

INDHIRA JACOBO

*Enamorarme
la primera vez,
fue mi error*



Enamorarme la primera vez fue mi error



Indhira Jacobo

Título: Enamorarme La Primera Vez Fue Mi Error

2017© Indhira Jacobo

Diseño de portada: China Yanly.

Revisión de estilo: Liliana Montero

1ª edición julio, 2017

©Todos los derechos reservados

No se permite la producción total o parcial de este libro; ni su incorporación a un sistema informático; ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico; mecánico, por fotocopia; grabación u otros sin permiso previo y por escrito de la autora con la ley de derechos de autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios.
Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

A mis tías, dos guerreras que se fueron muy pronto de este mundo porque no se supo detectar a tiempo la enfermedad.

A todas esas personas que en algún momento de sus vidas han perdido a un ser querido. Y, por supuesto, a todas esas personas que siguen mi trabajo y me apoyan de cerca y en la distancia: Liliana Montero, María Jacobo, Rocío Reyes, M. Carmen Romero Rubio; Yeimy Lebrón, Reyna Aquino...

A ustedes mis lectoras,

Un fuerte abrazo,

Indhira.

Índice

[*Prólogo*](#)

[*Capítulo I*](#)

[*Capítulo II*](#)

[*Capítulo III*](#)

[*Capítulo IV*](#)

[*Capítulo V*](#)

[*Capítulo VI*](#)

[*Capítulo VII*](#)

[*Capítulo VIII*](#)

[*Capítulo IX*](#)

[*Capítulo X*](#)

[*Capítulo XI*](#)

[*Capítulo XII*](#)

[*Capítulo XIII*](#)

[*Capítulo XIV*](#)

[*Capítulo XV*](#)

[*Capítulo XVI*](#)

[*Capítulo XVII*](#)

[*Capítulo XVIII*](#)

[*Capítulo XIX*](#)

[*Capítulo XX*](#)

[*Capítulo XXI*](#)

[*Capítulo XXII*](#)

[*Capítulo XXIII*](#)

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Capítulo XXVI

Capítulo XXVII

Capítulo XXVIII

Capítulo XXIX

Capítulo XXX

Capítulo XXXI

Capítulo XXXII

Capítulo XXXIII

Capítulo XXXIV

Capítulo XXXV

Capítulo XXXVI

Capítulo XXXVII

Capítulo XXXVIII

Capítulo XXXIX

Capítulo XL

Capítulo XLI

Capítulo XLII

Capítulo XLIII

Capítulo XLIV

Capítulo XLV

Capítulo XLVI

Capítulo XLVII

Epílogo

Biografía

Prólogo



Querida Everest,

¿Quieres saber qué veo yo cuando te miro?

Veo una mujer fuerte, hermosa, luchadora y de profundos sentimientos, debo reconocer que un poco loca, pero no serías tú sin ese toque de locura.

Te conozco desde hace poco pero con tu risa y espontaneidad has logrado lo que muchas no han hecho en años.

Dios, hemos compartido tantas cosas que debería ser fácil para mí hablar contigo. Seguro te preguntarás por qué te escribo estas líneas cuando bien podría decírtelo en persona. La respuesta es simple, porque tengo miedo de mirarte a los ojos y que me falten las palabras, miedo de enfrentar tu rechazo al confesarte que te quiero, que llevo enamorado de ti desde que tropezamos aquel día.

Qué locura, ¿no? A mí también me costó creerlo al principio

He salido a caminar por ahí durante el tiempo que lees estas líneas, para darte el chance de pensar en ello, no estoy siendo justo lo sé, yo he tenido tiempo de sobra para meditar mis sentimientos por ti, mientras que únicamente te estoy dando unos instantes para pensar si crees posible que

puedas llegar a quererme aunque sea tan sólo un poco.

Si la respuesta es afirmativa, quiero que sepas que no sólo te voy a querer, sino que también te voy a cuidar y llenaré tu vida de pequeños detalles que harán que nuestros días sean muy grandes.

Si tu respuesta no resulta ser lo que yo espero, descuida, te prometo que nada cambiará entre nosotros, haré como si esto no hubiera pasado y seguiré siendo sólo tu amigo.

Todo tuyo, y si me aceptas, siempre tuyo,

D.

Capítulo I



—¡Demonios! —grito al apagar un ruido estridente de un manotazo antes de volver a deslizar las manos debajo de mi almohada y caer rendida otra vez.

Mmmm... pero que gustito, podría quedarme todo el día aquí en mi cama.

¡¿En cama?!

¡Un momento! ¿Eso no es...?

Abro los ojos de repente, giro la cabeza y miro el despertador sobre la mesita de noche.

¡Mierda! ¡Mierda! Se me hace tarde.

De un salto salgo de la cama, corro al cuarto de baño y me ducho en: uno, dos, tres, top crono. Por suerte elegí mi atuendo la noche anterior, por lo que ponerme un pantalón de vestir negro y una blusa verde satinado me toma sólo unos minutos.

La ansiedad por éste nuevo empleo me mantuvo despierta hasta las tantas, ¿y todo para qué? Para terminar durmiendo ya entrada la madrugada y no escuchar el despertador.

Después de durar cuatro meses en paro y haber gastado hasta el último centavo de mi cuenta de ahorro, aunque no sé si se puede llamar cuenta de ahorros a una que solamente poseía cinco mil dólares, con los cuales tuve que pagar: el alquiler, las facturas y la comida. Vamos, cosas básicas para mi supervivencia. Por fin encuentro un trabajo como agente de servicio al cliente en un tour operador y se me hace tarde.

Recojo mi cabellera castaña en una cola alta. Me pongo un poco de rímel para resaltar mis ojos marrones, todo sin prestar realmente atención al resultado.

«Bueno Eve, no es digno de una modelo de pasarela pero no hay tiempo para más».

Agarro mi bolso y salgo disparada por la puerta, corro escaleras abajo cuando de pronto, ¡Zas!

—¡Ouch! —grito en el momento que me pego tremendo estrellón.

Joder, ¿Se puede ser más patosa?

Sin embargo ya debería saberlo: escalera, tacones y carrera no hacen buena mezcla.

—Permíteme ayudarte —se ofrece un joven ya cerca de mí.

¡Perfecto! No sólo me he partido el culo, sino que alguien ha sido testigo de mi bochorno.

Una vez de pie con la ayuda del buen samaritano, hago una mueca de dolor. Quisiera poder sobarme el lugar de mi molestia pero me niego a que un desconocido no sólo haya presenciado mi patética caída, sino también me vea frotándome el trasero.

¡Oye, el glamour ante todo!

—¿Te encuentras bien? —inquire el desconocido.

¡No me jodas! ¡¿De verdad él acaba de hacer esa pregunta?! ¿Qué parte dónde me he partido el culo se ha perdido?

Estoy a punto de soltarle una de mis perlas pero al levantar la cabeza me muerdo la lengua para frenar mis palabras impertinentes.

¿Pero por qué me pasan esas cosas a mí?

¡Mira que venir a caerme delante de semejante semental!

Trago en seco y respondo suavizando el tono.

—Sí, muchas gracias.

Él me dedica una sonrisa encantadora, de esas que te dejan idiotizada. Yo le devuelvo el gesto pero a diferencia de la suya, estoy segura que la mía, más que una sonrisa debe parecer una mueca extraña.

Nos mantenemos la mirada durante un rato largo y yo suspiro encantada.

¡Qué ojitos!

Podría quedarme aquí todo el día admirando el azul grisoso de sus ojos pero lastimosamente recuerdo que voy tarde; así que, con seguridad y tratando de mantener un poco de elegancia, le doy nuevamente las gracias y me voy.



Llego al edificio de mi nuevo trabajo, atravieso las puertas corriendo y tomo el ascensor para subir al piso número tres.

—Vamos, date prisa —le digo al ascensor mientras continúo presionando el botón de la planta una y otra vez.

«Eve, cálmate que eso no lo hará llegar más rápido».

Al cabo de unos minutos las puertas por fin se abren, salgo a toda prisa y choco de bruces contra un cuerpo duro.

—¡Ouch! —grito al caer penosamente al piso, dentro de la cabina del elevador.

¡Otra vez! ¡¿En serio?! Esto ya roza la crueldad.

—¡Pero serás bestia! —Prosigo molesta contra el responsable de mi

caída—. ¿Por qué no te fijas por dónde vas?

—Hasta donde tengo entendido se necesitan dos para poder tropezarse, por lo que deduzco que no era el único que iba distraído —replica en un tono tosco.

¡Genial! No solo es despistado, sino que encima es borde.

—¿Entonces qué? ¿Te vas a quedar ahí sentada haciéndole compañía al piso o te ayudo a levantarte?

Me tiende la mano y al levantar la vista me doy cuenta que no pude haber escogido mejor nombre, “bestia” porque tengo delante de mí a una bestia peluda. El tipo lleva el pelo al nivel del hombro y una barba de antaño.

¡Qué barbaridad!

Es increíble que en pleno siglo XXI todavía haya personas que anden por ahí con esas fachas.

—No gracias, ya has hecho bastante. Además, ¿Por qué iba a querer levantarme? —le suelto sarcástica—. ¿No ves que me lo estoy pasando en grande con mi amigo el suelo?

Él me mira con el rostro serio y retira su mano.

—Pues te aconsejo que te des prisa y termines tu fiestecita —me dice mientras se incorpora—. Algunos tenemos que trabajar y yo necesito el ascensor para bajar.

Tiene suerte que voy retrasada, si no se enteraría el pesado este.

Con la ayuda del pasamano me incorporo, no sin antes quejarme por el dolor.

Joder, creo que no podré sentarme bien durante una semana.

Salgo de la cabina con toda la dignidad que me es posible, sin tomarme la molestia de mirar si quiera al indeseable.

Llego hasta la oficina de Recursos Humanos, me disculpo con Hope, la

encargada, por mi llegada tardía. Por suerte es una señora muy agradable y no me lo toma en cuenta. Después de verificar y confirmar algunas informaciones en mi expediente, salimos a hacer el recorrido de la empresa.

En esta planta se encuentran: el departamento de Marketing, de informática, las oficinas de los supervisores y la del director. Hope me presenta con mi jefa, parece una mujer muy inteligente, estoy segura que me encantará trabajar bajo su mando. Una vez terminadas las presentaciones en ese piso, bajamos al segundo. En éste se encuentran: los departamentos de venta, servicio al cliente y boletería. Juntas visitamos uno a uno los diferentes departamentos y, en cada caso, todos me reciben con una sonrisa amable y un “bienvenida a la empresa.” Cuando llegamos al de venta, el ambiente es muy movido, los teléfonos no paran de sonar. Mis ojos se encuentran con el impertinente del ascensor que está hablando por teléfono, mientras Hope hace las presentaciones rápidamente éste ni siquiera se digna a levantar la cabeza. Salimos de ahí y me lleva hasta mi lugar de trabajo donde me presenta a mis tres compañeras.

Una vez se ha marchado ocupo mi cubículo y la pelirroja, Paige, creo que se llama, se acerca con una gran sonrisa.

—Bienvenida de nuevo. Hope me ha dicho que seré la encargada de ponerte al día y mostrarte el funcionamiento de todo.

Es muy mona.

—Muchas gracias —le contesto contagiándome de su buen humor.

—Ahora vendrá un muchacho de informática para habilitarte la computadora de manera que puedas empezar a trabajar, pero mientras, puedes ir viendo cómo lo hago.

Haciendo caso a su propuesta me acomodo junto a ella. Paige es un sol de persona, se pasa toda la mañana explicándome el funcionamiento de la empresa, todo con mucha paciencia al mismo tiempo que va respondiendo las

llamadas de los clientes. Gracias a ella, el nudo que tenía en el estómago por la ansiedad de ser nueva, se ha disipado. Me siento tranquila y cómoda con su presencia.

—Creo que es suficiente por hoy, además me muero de hambre —me anuncia acomodando sus lentes para la vista.

Miro el reloj y abro los ojos de la sorpresa al ver que son casi la una.

—Paige, de verdad te agradezco el tiempo que te has tomado...

—Qué va, eso no es nada mujer —me corta—, es mucha información pero una vez que le cojas el piso, resulta facilísimo.

Le decido una sonrisa. Es una chica muy agradable, tiene un rostro angelical con unos ojazos verdes preciosos, estoy segura que nos haremos buenas amigas.

—De todos modos, muchas gracias.

—Venga ya, que lo hago encantada.

Ella empieza a recoger su lugar de trabajo, al mismo tiempo que yo ocupo el asiento en el mío.

—Mira, dentro de unos treinta minutos regresarán las chicas y será nuestro turno para irnos almorzar, si te apetece podemos comer juntas.

—Claro, te confieso que esta mañana me desperté tarde y no tuve tiempo para desayunar, estoy que me gruñen las tripas del hambre.

—Pues no se hable más, ahora mismo llamo a David y le digo que te nos unes para la comida.

La miro extrañada, no sabía que seríamos tres y no quiero ser entrometida. Puede que el tal David sea su novio.

—¿Segura? Mira que no quiero molestar.

—Qué vas a molestar, te vienes con nosotros y no se diga más.

Le sonrío feliz porque de verdad odio comer sola y le agradezco mucho su oferta. Mientras estamos conociéndonos un poco mejor entre risas y

confidencias, me cuenta un poco sobre el cotilleo de la empresa. Veinte minutos más tarde, sé de quién me puedo fiar, cerca de quién no debo dejar mis pertenencias sin vigilancia, las resbalosas, los amantes clandestinos, en fin, un sin números de cosas. ¡Es increíble la cantidad de chismes que conoce esta mujer!

—¿Y qué tal te ha parecido la empresa hasta ahora?

—Sin contar el desfortuno que tuve esta mañana, hasta ahora me gusta.

Mi compañera se sienta frente a mí y me observa con sus enormes ojos verdes llenos de curiosidad.

—A ver mujer, cuenta, ¿qué te ha pasado?

Le hago un rápido resumen de mi encuentro en el ascensor.

—¡¿Bestia peluda?! —repite carcajeándose.

—Sí, es un Tarzán maleducado, ni siquiera se disculpó por haberme hecho caer.

Paige sigue riéndose.

—Pues debe ser alguien nuevo porque no conozco a nadie con esa descripción —añade cuando está un poco más calmada.

—No lo sé, pero cuando estuve haciendo la visita de la empresa lo vi en el departamento de ventas.

—¡Un momento! —dice frenando su risa de pronto y poniéndose seria—. ¿Estás hablando de un tipo con ojos color miel, de más o menos un metro noventa y una barba que le llega hasta...—dice alejando exageradamente la mano de su barbilla —...aquí.

—Bueno —replico de pronto insegura—, estaba demasiado molesta como para fijarme en el color de sus ojos, pero creo que sí, es él.

Ella vuelve a carcajearse, más fuerte esta vez.

—No me lo puedo creer —dice doblándose sobre sí misma.

—Ni yo, no entiendo cómo un hombre puede andar con esa barba tan

larga y esas greñas. ¿A quién le está haciendo competencia? ¿A santa Claus o a Osama bin Laden?

Ella sigue partida de la risa y yo la miro extrañada. No entiendo qué le causa tanta gracia, pero sin cortarme un poco prosigo.

—En fin, si es nuevo espero que su jefe no le llame la atención por presentarse con esa pinta.

—No creo que a su jefe le moleste —me avisa ya más calmada a la vez que levanta sus gafas para secarse algunas lágrimas de los ojos.

—¿Ah, no?

—No, porque resulta que él es el jefe.

¡Qué! ¡Nooooo!

Me muero. Me muero. ¡No puede ser posible!

—O sea, no es el jefe de la empresa —aclara—, pero es el supervisor del departamento de ventas.

Mierda, mierda, mierda... Que no sea el dueño de la empresa me deja más tranquila, pero aun así, es un supervisor... ¡Y lo he tratado de bestia!

—¿Me estás diciendo que le he faltado el respeto a un supervisor?!

—Ajá —confirma aún divertida—. A parte que también es mi mejor amigo.

Noooo. ¡Tierra trágame! pero no te quedes conmigo, escupe en algún lugar bonito, algo así como en... *Bora Bora*.

Diosito pero qué mala suerte la mía. Llevo más de quince minutos despotricando contra el mejor amigo de mi compañera quién resulta también ser un jefe. No es que sea el jefazo, pero aun así tiene un cargo.

Me agobio. No puede ser...

«Eve, en definitivo, calladita te ves más bonita».

¡Claro, ahora te vas a callar! Después de haberte cargado al pobre muchacho.

No sé cómo mirar a mi nueva y puede que ex compañera después de esto. Por lo que clavo los ojos en la pantalla de mi pc y me encorvo de forma a parecer lo más chiquita posible. ¡Qué vergüenza!

—Oye, tranquila que no pasa nada —me aconseja ya mucho más calmada.

Me giro totalmente agobiada hasta estar frente a ella.

—Lo siento, no quise ser mezquina. Es que soy así, hablo y hablo sin parar y digo lo primero que me llega a la mente.

—Despreocúpate, estoy segura que no lo dijiste con maldad. Yo misma le he dicho un millón de veces lo mal que se ve con esa barba y créeme, bastantes bromas le he hecho sobre ella.

Empiezo a sentirme más tranquila que se haya tomado mi metedura de patas tan bien. Desafortunadamente mi calma dura poco ya que en ese preciso momento entra el bestia pelu... digo, el supervisor de venta en nuestra área y yo quisiera poseer el poder de encogerme o por la misma ocasión, desaparecer.

—¿Ya estás lista? —pregunta en dirección de Paige.

—Sí, ya estamos listas para irnos.

Mis ojos se abren como platos de golpe y la miro primero a ella y luego a él quien se ha quedado igual de desconcertado que yo ante esa noticia.

Joder. No puede ser. ¿No me digas que es con quién vamos a ir a comer?

Ay Eve, vamos a ver cómo sales de esta.

—Eh... —empiezo a balbucear—... te agradezco mucho la invitación pero acabo de recordar que tengo algo que hacer.

Mi nueva compañera me mira con el ceño fruncido.

—¿Pero no me dijiste que te morías de hambre? —demanda algo confundida.

—Sí, pero es que esto es importante y no lo puedo posponer.

Estoy segura que no me cree nada, normal, es la excusa más patética que he escuchado.

—¿Segura?

—Sí, sí, ya comeré algo rápido.

—De acuerdo, nos vemos más tarde.

Ella toma su bolso, rodea su cubículo y empieza a cambiar.

Siento como el recién llegado tiene la vista clavada en mí y me pongo rígida. Se queda en esa misma posición durante un instante mientras yo finjo estar interesada en algo en la computadora, hasta que al cabo de unos segundos escucho la voz de Paige.

—Hey, nos vamos.

Escucho unos pasos alejarse y respiro al fin.

«¿En qué lío me he metido?» —pienso al enterrar la cabeza entre mis manos.

Capítulo II



—Molly no te rías que no es gracioso —prevengo a mi mejor amiga a través del teléfono.

—Pero es que te pasas, ¿cómo se te ocurre ponerte a criticar a alguien empezando un nuevo empleo?

—Lo sé —concuerto desanimada—, y ahora tengo miedo que me haga la vida imposible.

—Bueno, tampoco seas pesimista, además, ¿no me dijiste que Tarzán trabaja en otro departamento?

—Sí, pero trabajamos en la misma planta, por lo que no verlo se me hará casi imposible.

—Ay mujer, ya no le des más vueltas, puede que al final resulte no ser tan pesado y terminen llevándose bien.

—¡Ja! Lo dudo.

—¿Y dónde estás ahora?

—Llegando a casa. Iba a pasar por la cafetería a verte pero ha sido un día largo y sólo quiero dormir.

—Está bien. Mira, te tengo que dejar que ya se terminó mi *break*, pero

mañana te pasas por aquí y me cuentas bien cómo estuvieron las cosas.

—De acuerdo, besos. Te quiero.

—Yo también —dice antes de colgar.

Doblo en la 9th St., mi calle. Vivo en el barrio Park Slope en Brooklyn. Me gusta. Tengo cerca todo lo que necesito: El sunsine, la tienda china para arreglarme las uñas, un Mc Donalds, el Deli, varios restaurantes, que para mí que no me gusta cocinar, me viene como un guante. Incluso la oficina postal me queda cruzando la calle. Además, tengo Prospect Park a unas cuadras. Es un hermoso parque, nada que envidiarle a Central Park.

Solía vivir en Bushwick con mis padres, pero al morir ellos me era imposible quedarme en esa casa, demasiados recuerdos. Además quise buscar algo más acorde para una mujer sola y Park Slope era el lugar adecuado. Los precios son caros, pero corrí con la suerte de que mis caseros, una pareja ya entrada en edad, quisieron mudarse a una casa, algo más terrenal que vivir en un tercer piso y me lo dejaron a un precio asequible.

Al llegar a mi edificio veo a Lucie merodeando. Es una Bichón Maltés, es la perrita más cariñosa que conozco.

Me agacho, la tomo y ella se mueve juguetona entre mis brazos.

—Hola preciosa —digo mientras le acaricio su sedoso pelaje blanco satinado—, te has vuelto a escapar, ¿eh?

Busco sus redondos ojos negros y ella me devuelve la mirada de perro apaleado, pienso que avergonzada por su comportamiento, a la vez que continúa agitándose.

—No, no me mires así que esta vez no te va a funcionar. Mira que eres traviesa, ¿Cuántas veces te he dicho que las señoritas no andan por ahí solas? Sabes muy bien que podrías perderte o lo que es peor aún —bajo la voz y prosigo—: que el perro de la señora Rose quiera jugar contigo... ¡Puah! —exclamo con cara de horror—. Eso sí sería terrible.

La perrita ladra, creo que concordando conmigo, luego baja la cabeza, se acomoda entre mis brazos y deja de agitarse. Yo sonrío feliz de que nos hayamos entendido.

Entre damas hay que saber aconsejarse y el perro de la señora Rose es horriblemente feo.

—Vamos, te llevo a casa que la señora Ripolli te debe estar buscando.

Con Lucie en manos subo hasta el cuarto piso que es donde vive mi vecina de unos cincuenta y nueve años. Enviudó hace tres años y adoptó a la perrita hace dos para sentirse menos sola, es una mujer encantadora y muy dulce.

Llego y la puerta está media abierta, aun así toco, pero no hay respuesta. Asomo la cabeza entre la puerta y el marco al momento que llamo.

—Señora Ripolli.

Nada. No me responde.

Entro cautelosamente, dejo a la perrita en el piso y cierro detrás de mí para evitar que se vuelva a salir.

Es el silencio total.

—Señora Ripolli, ¡Lucie se ha vuelto a escapar! —grito en dirección de ninguna parte en específico—. ¡¿Está usted bien?!

Sigo sin obtener respuesta y comienzo a preocuparme. Es una señora entrada en edad y vive sola, muy bien pudo haberle pasado algo.

¡Oh por Dios! ¿Y si ha entrado un ladrón?

Después de todo, esto es Brooklyn y los crímenes siempre están a la orden del día.

Antes de pensarlo dos veces, agarro un candelabro de hierro que está arriba del recibidor de madera.

Con sigilo y pequeños pasos atravieso la sala que está poco iluminada, giro la cabeza en varias direcciones pero no hay señales de ella. Tomo el

pasillo en camino hacia la habitación. y escucho el agua de la regadera. No creo que un ladrón se esté tomando una ducha después de un robo.

Mierda, ¿Y si la mató y está tomando una ducha para limpiar la evidencia?

¿Qué hago yo aquí? Debería estar llamando a la policía. Puede que por andar haciendo de heroína, termine muerta yo también.

«Eve, ¡estás loca!».

Sí, en definitivo debo dejar de ver CSI, esas series me están volviendo paranoica.

Tomo un hondo respiro.

Allá vamos.

Empujo la puerta del baño y creo morir *ipso facto*.

—¡Hey!

—¡Oh por Dios! —exclamo asombrada.

Trato de tragar una y otra vez pero se me hace imposible. Tengo la boca seca y el corazón desbocado.

—¿Qué haces tú aquí?

—Lo si-siento —balbuceo sin poder apartar la mirada de su miembro—. La puerta estaba abierta, y pensé... pensé que algo malo le había pasado a la...

De pronto me callo al caer en cuenta que hay un desconocido bañándose en la ducha de mi vecina la viuda.

—Espera un momento, ¿y tú quién eres?!

—Soy el sobrino de la señora Ripolli.

Ohhhh...

Ay Eve, en la que te metes mi hija.

De inmediato me siento como una idiota. Ladrones, policía, cadáver... ¿en qué rayos estaba pensando?

—Yo, lo siento. De verdad lo siento, no creas que me ando metiendo en casas ajenas pero la puerta estaba abierta y la perrita se salió y sólo quise traerla de vuelta... —explico a toda velocidad con la mirada todavía clavada en su cuerpo. He visto hombres en la vida, pero éste, aparte de estar ¡desnudo! ¡De por Dios! Parece un modelo salido derecho de uno de los catálogos de ropa interior de Calvin Klein.

—Tranquila, no pasa nada —dice él saliendo de la ducha con toda la normalidad, aparentando estar muy cómodo y seguro de su cuerpo. ¿Y cómo no estarlo? Así mojado, bajo la iluminación de la lámpara, su cuerpo parece brillar con luz propia. Además que pareciera como si lo hubieran esculpido a mano, cada músculo es pura perfección.

¡Ay diosito pero que calor! Pero si hasta está despilado ahí abajo. ¡Qué bonito!

Él sonrío, seguro divertido ante mi cara de boba.

—Al parecer mi tía dejó la puerta abierta cuando bajó a hacer el mercado —me informa sin hacer el intento de cubrirse.

«¿Cómo no va a estar divertido, si te lo estás comiendo con la mirada?». —pienso e inmediatamente siento como toda la sangre me sube al rostro.

¡Qué vergüenza!

¿Pero qué hago yo todavía aquí parada en el baño de un desconocido, que además está en pelota?

Retrocedo con pasos torpes y tropezándome con algo a mis espaldas, salgo a la carrera del baño.

—Espera, no te vayas —escucho a mis espaldas pero no me detengo hasta que llego al salón.

Respiro varias veces para calmar el ataque de nervios, o por lo menos tratar, es que toda yo tiemblo.

¡Qué bochorno!

—Lo siento, no quise hacerte sentir incómoda.

Me giro y respiro más tranquila al ver que se ha puesto una toalla alrededor de la cintura.

—Discúlpame tú a mí por haberme metido de esa forma al baño. No era mi intención...

—No me molesta —me corta con un tono muy masculino y cierto acento—, y a ti tampoco debería importarte, en mi país la sexualidad es algo natural.

Me mira y termina dando un paso en mi dirección.

Me falta el aire, mentalmente me abanico con las manos.

Es que si de lejos era hermoso, de cerca es un Apolo.

—Por cierto, me llamo Daniel.

—Eve —replico insegura. Toso ligeramente para aclarar la garganta y con la voz más firme añado—: me llamo Eve.

—Encantado. Soy nuevo en la ciudad y no conozco a nadie, espero que aparte de ser vecinos también podamos ser amigos.

—El placer es mío y estaría más que encantada de ser tu amiga.

—He conseguido trabajo y vine a quedarme una temporada con mi tía.

Asiento como lerda. Embelesada ante semejante bombón.

—¿Y cómo sigues?

¿Ah?

¿Cómo sigo de qué? ¡¿Del casi infarto que me dio en el baño al verlo ante mí como Dios lo trajo al mundo?!

Pues bien, recuperándome de la impresión.

Él debe ver mi semblante confuso, porque se apresura a aclarar.

—Digo, de tu caída.

¿Mi caída? ¿Y él cómo sabe que me he caído?

¡Oh por Dios! ¡No pueeedee seeeerrr!

¡Pero si es el buenote de la escalera! Ni siquiera me había dado cuenta.

«¿Cómo te ibas a dar cuenta, si lo estabas mirando a todas partes menos a la cara?».

¡Fabuloso! Ahora no sólo va a pensar que soy torpe sino que también soy una atrevida que se anda metiendo en baño ajenos.

—Bien. Estoy muy bien, gracias por preguntar —respondo recuperándome de mi mudismo.

—Me alegro, te fuiste tan de pronto que me quedé preocupado.

¡Qué tierno!

—Es que iba tarde al trabajo.

—Entiendo... ¿Pero no te duele? ¿No te rompiste nada?

—No, todo está bien — digo mientras me examino a mí misma—. Todo está en su sitio.

—Puedo verlo desde aquí —dice pícaro.

Me lanza una mirada de pies a cabeza y yo me estremezco. Puedo dar por hecho que sus palabras llevan doble sentido.

Nos quedamos mirándonos en silencio, él perfecto, con sus ojitos azules hermosos, su sonrisa encantadora y yo, tratando de concentrarme sólo en su rostro y dejar de pensar en otra parte de su cuerpo.

—Bueno, tengo que irme. Si necesitas algo —digo mientras me dirijo hacia la puerta alargando las palabras—, vivo en el piso de abajo, apartamento 320.

—Lo tendré en cuenta. Y gracias, es muy amable de tu parte traer a la traviesa de Lucie.

—No fue nada.

Llegamos a la puerta y él se apoya en ella de forma relajada. No lo puedo evitar, lo miro sin disimulo, yo no tengo la culpa, el tipo está más bueno que el pan recién salido del horno.

—Espero contar contigo para que me lleves a conocer la ciudad.

—Todo el pene... el placer —me apresuro a corregir—, todo el placer será mío.

«¡Por Dios! ¿Pero qué me pasa?». —pienso llevándome las manos a la cara y enterrándola en ellas.

Quisiera poder darme contra la pared.

Él se ríe mostrando una perfecta línea de dientes blancos y es música para mis oídos.

Salgo de mi escondite y me quedo maravillada con la imagen que tengo delante de mí.

Daniel riéndose, semi desnudo, con su pelo castaño claro húmedo, rebelde y con gotitas de aguas esparcidas por su piel.

Suspiro hondo.

Es la imagen con la que toda mujer quisiera levantarse en las mañanas.

Tengo que irme de aquí antes de decir otra estupidez.

—Ya nos estamos viendo por ahí —digo antes de alejarme escaleras abajo.

Llego a mi piso acalorada, con las hormonas revueltas.

—¡Uf! Necesito una ducha para quitarme la calentura.

Capítulo III



Al día siguiente después de una noche de descanso y rejuvenecimiento, llego a la oficina de lo más animada con una gran sonrisa. Al subir a mi planta todo está tranquilo, miro a mi alrededor y me topo con la simpática de mi compañera.

—Buenos días —la saludo.

—Buenos días preciosa.

—¿Y dónde están todos? —le pregunto al ver que el piso no está poseído por el mismo ajetreo del día anterior.

—Hoy tenemos reunión —contesta al mismo tiempo que agita un vaso de café que lleva entre las manos—, así que lo más probable estén reforzando su dosis de cafeína.

Asiento.

No sabía nada de la dichosa reunión, me agobio un poco. No me gustan las reuniones y sobre todo si no sé de qué van. Por suerte he llegado temprano y Paige, que es más buena que el pan y está dispuesta a ayudar como siempre, me explica un poco de qué va todo.

Todas las semanas los supervisores se reúnen con su equipo y hacen un

briefing de cómo van las cosas. Durante la reunión, nuestra jefa recalca los puntos negativos que debemos mejorar, felicita al equipo por su buen rendimiento y nuevamente me da la bienvenida a la empresa.

Después de tres horas de reunión, en las cuales aprendo las diferentes técnicas que debo aplicar a la hora de atender a un cliente, de conocer un poco más a fondo las políticas, los servicios de la empresa y dónde, lastimosamente descubro que nuestro departamento trabaja muy a menudo con el departamento de ventas, razón por la cual estamos en el mismo piso, mi jefa da la reunión por terminada.

Vamos, que ellos venden y nosotras nos encargamos de complacer todos los caprichos de nuestros clientes durante su estadía.

No muy bien hemos atravesado la puerta de la sala de reunión cuando Paige enreda su brazo con el mío.

—Te invito a comer —me dice.

Al recordar que suele hacerlo con su amigo, la miro con desconfianza mientras trato de que se me ocurra algo para salir de ésta, la chica se ha portado muy bien conmigo y no quiero parecer grosera.

—Paige, de verdad te agradezco la invitación pero...

—Sólo seremos tú y yo —me corta.

—Pues en ese caso, yo encantada —respondo con demasiada prisa y entusiasmo.

Paige sonrío y me da una ligera palmadita en el hombro.

—¡Oye! Aunque lo parezca, él no come gente.

—Lo siento, sé que es tu amigo y estoy siendo una peste. Si quieres que comamos con él por mi está bien, no tengo ningún problema.

—Me alegro que quieras darle una oportunidad pero aunque quisiera no puede, tiene reunión con el director y los otros supervisores.

Sus palabras me llenan de alivio. No sé por qué, pero la verdad es que

no quiero toparme con él.

Salimos de AC. Travel & Tour y nos dirigimos a un pequeño local que vende comida rápida a una cuadra de la empresa.

—¿Por qué no comimos en la cafetería de la compañía?

—¡Estás loca! La comida en la empresa es intragable... —replica mientras hacemos la fila para pedir nuestra consumición—... Nunca sabes lo qué te sirven.

Paige se pide una ensalada cesar y una Coca Cola, yo me pido una hamburguesa doble con la misma bebida.

Diez minutos más tarde, nos acomodamos en una de las mesas.

—A ver cuéntame un poco de ti —me pide ya sentada.

—Pues no hay mucho que contar, he vivido aquí toda la vida, no terminé mis estudios por lo que trabajo de lo que haya y aparezca.

—¿Y por qué no terminaste una carrera?

—Los grandes estudios no se hicieron para mí —respondo encogiéndome de hombros.

Bien podría contarme la historia triste de mi vida pero prefiero resumirlo a eso.

Pasamos media hora hablando de todo y de nada, me cuenta que al igual que yo es hija única, tiene veinte y cinco años, no tiene novio; le gusta un chico que vive en su misma calle, pero aparte de intercambiar algunas miradas, no ha pasado nada de nada. También me cuenta que no se lleva bien con Charlotte, una de nuestras compañeras de trabajo, al parecer es una “lagartona interesada.” Nos reímos de nuestros defectos y miserias y descubrimos que tenemos muchas cosas en común.

—¿Cómo entraste tú a trabajar en la empresa? — le pregunto al terminar de comer.

—Gracias a David —responde. Su respuesta me sorprende.

—¿Ah sí?

—Ajá.

Espero que continúe pero no lo hace.

—¿Y eso por qué? —me intereso.

—No conseguía trabajo, David entró como supervisor, un año después había una vacante y él me animó a enviar mi currículum. Yo estudié contabilidad, lo mío son los números, nada que ver con el turismo, pero como los empleos están tan escasos termine haciéndole caso y dos semanas más tarde entré a trabajar. Nunca me ha dicho nada pero estoy segura que él tuvo mucho que ver con que me aceptaran.

No sé bien por qué ya que el tipo me cayó como piedra en un zapato, será la curiosa que llevo dentro, porque en vez de contentarme con eso, vuelvo a preguntar.

—Paige, si David es uno de los supervisores, ¿por qué no está en la tercera planta como los demás?

—Él lo quiso así, dice que prefiere estar cerca del equipo y de esa manera controlar mejor las cosas, poder corregirlos e intervenir en caso de que una venta no esté saliendo bien. Ya sabes, esa clase de cosas.

—¿Y hace mucho que trabaja en la empresa?

—Hace tres años.

—¿Y hace mucho que son amigos?

—Uiii, muchísimo — responde enredando su brazo con el mío—. Nos conocemos desde niños, aparte que ahora también somos vecinos.

—Ya veo.

—Pero para no agradarte mi amigo estás muy interesada en su vida — dice al detener sus pasos y mirándome con una sonrisa traviesa.

Arrugo la frente y la observo con una ceja levantada.

¿Y ella qué me cuenta?

Al ver el brillo malicioso en sus ojos, abro los míos bien grande y me apresuro a aclarar.

—Noooo, no te hagas ideas tontas que no es lo que parece, sólo me entró curiosidad de saber cómo una persona como tú... —hago énfasis en la última palabra—... puede ser la mejor amiga de una persona como él. Eso es todo.

Mi compañera y ahora nueva amiga, me mira y sonrío como si no creyera ni mu de lo que le acabo de decir.

Yo elevo los ojos al cielo. Está loca si piensa que a mí me podría interesar de alguna forma ése tipo.

A mí quien me robó el sueño a noche fue un extraño de ojos azules grisoso y cierto acento encantador.

«Ay Danielito.»

Aunque no veo porque le agregue el “lito” ya que de chiquito, el niño no tiene ni “ito”.

Mejor no voy por ahí porque me sube la temperatura y aún me faltan muchas horas de trabajo por delante.

¡Qué calor!

Capítulo IV



A la mañana siguiente llego a la oficina, subo a la cafetería por mi dosis diaria de café. Al entrar, lo primero con lo que me topo es con la barba de David, lo miro con disimulo, ¡es que parece que se fuera a ahogar en ella! Únicamente es barba y cabello. De inmediato me encamino hacia donde está el muchacho que atiende detrás del mostrador, le pido mi bebida y mientras espero, siento la mirada de David sobre mí, me inquieta de una forma extraña pero me niego a voltearme. En cuanto el simpático de Ángel me entrega el café, salgo a toda prisa de ahí.



Al final de la jornada las chicas se han ido y el silencio se apodera del piso. Yo me quedo esperando que el hotel de Puerto Plata me confirme una reserva sobre una actividad (nadando con los delfines). Es un regalo de cumpleaños que una señora le quiere ofrecer a su nieta durante el viaje que harán al Caribe en verano. La señora me explicó lo importante que es para ella que todo esté bien arreglado. Así que aquí estoy, esperando que el chico del

departamento de reserva me envíe el email confirmando mi solicitud y los detalles.

A las seis de la tarde por fin tengo todo listo: día, hora y punto de encuentro.

Subo toda la información al sistema y le envío un correo a la clienta.

Feliz de haber cumplido mi cometido y de poder irme por fin a casa, tomo mi iPod, lo enciendo y sonrío encantada al escuchar la canción que está de moda.

Me dirijo en dirección del ascensor. Cuando llego éste no está en planta, aprieto el botón para llamarlo y mientras lo espero empiezo a canturrear.

“ Despacito, quiero respirar tu cuello despacito, deja que te diga cosas al oído para que te acuerdes si no estás conmigo.

Despacito, quiero desnudarte a besos despacito, firmar las paredes de tu laberinto y hacer de tu cuerpo todo un manuscrito.”

Estoy tan concentrada en la canción que sin importarme el lugar donde me encuentro, empiezo a mover mis caderas al ritmo de Fonsi con Daddy.

¿Qué puedo decir? Adoro a Daddy Yankee y si encima me lo pones junto al sexy de Luis, es escucharla y querer mover el esqueleto. Ha de ser la parte latina que llevo dentro.

Cuando las puertas del ascensor se abren, entro, me giro y al hacerlo pego un brinco del susto al descubrir a la bestia peluda de David mirándome con evidente curiosidad. Estaba tan centrada en la música que no lo escuché llegar.

Me parece ver asomarse una sonrisa pero desaparece demasiado pronto como para estar segura.

Pero qué mala suerte la mía. Pensé que ya todos se habían marchado.

No puedo creer que me atrapara dando golpes de cinturas. ¡Qué fuerte!

Él entra en el ascensor sin decir una palabra, se acomoda en el fondo mientras yo me quedo más rígida que árbol en invierno.

Ya no escucho la música, sólo cuento los segundos para salir de aquí.



Atravieso la ciudad y cuarenta minutos más tarde, estoy cruzando la puerta de la cafetería dónde trabaja Molly. No bien he puesto un pie en el local que mi mejor amiga sale detrás del mostrador y me envuelve en un fuerte abrazo que yo le devuelvo gustosa, como si tuviéramos mucho tiempo sin vernos, cuando hace tan sólo tres días que estuvimos juntas.

Molly al igual que yo mide un metro 69 pero al tener dos tallas de más, luce un poco más bajita. Ambas somos hijas de padres emigrantes, solo que en mi caso, huérfana y en el suyo, aún le queda su mami.

—No tienes idea el gusto que me causa verte. A ver si me alegras un poco el día.

—Hola para ti también —respondo con una sonrisa al momento que rompo el abrazo.

—No sabes el día horrible que he tenido —prosigue con cara de agobio —, te juro que si no fuera porque la situación está tan difícil y necesito el trabajo, ya hubiera mandado al tonto de culo de Henry de paseo a la mierda.

La compadezco, entiendo a la perfección de lo que habla.

Molly y yo nos conocemos desde hace cuatro años. Yo ya llevaba un mes trabajando aquí cuando ella empezó, de inmediato congeniamos y nos hicimos muy buenas amigas.

Al principio trabajábamos para el señor Taylor y todo funciona bien, no digo que las cosas fueran de color de rosa, no obstante, era un jefe justo y no se metía con nosotras. El ambiente era otro.

Para nuestra mala suerte, enfermó el año pasado y tuvo que dejar el negocio en manos de su hijo, quién resultó ser todo lo opuesto a su padre, o sea, ¡un tirano!

No sólo se contentaba con hacernos la vida de cuadritos, sino que empezó a doblar los turnos, haciéndonos trabajar más pero con el mismo sueldo.

Y como yo no soy una santa y tengo la boca bien puesta, empecé a quejarme hasta que hace cuatro meses el muy miserable dedujo que el trabajo que hacíamos las dos, lo podía hacer una sola persona, por lo que terminó despidiéndome.

Lo que no sabe es que al final me hizo un gran favor porque con las ganas que tenía de matarlo, era eso o yo me convertía en asesina y terminaba presa.

—Recuerda lo que siempre decimos.

La morena de pelo corto y ojos marrones me mira, toma un hondo respiro y se cruza de brazos.

—El trabajo apesta pero la paga es buena... —empieza a decir con cara de agobio.

—Y necesaria —termino la frase junto con ella a la vez que asiento con empatía.

Ella se descruza de brazos, enreda su brazo con el mío y me empuja hacia la barra.

—A ver, cuéntame, ¿cómo están las cosas?

—No hay mucho que contar. Ya te lo dije todo por teléfono.

Ocupo uno de los asientos mientras que ella rodea el mostrador.

—¿Qué te pongo? —me pregunta ya detrás del mostrador mientras se acerca a la cafetera.

—Un frappuccino

Mientras mi amiga me prepara la bebida, pienso en la escena del ascensor.

¡Qué tipo más extraño!

—Toma —dice en el momento que arrastra la bebida frente a mí—. Y no me vengas con que no hay nada que contar, ya me dijiste lo del tipo raro de tu trabajo pero aún no me has comentado sobre tu misterioso y nuevo vecino.

Molly no cambia, siempre ávida de noticias.

Sonrío a la vez que cierro los ojos y suspiro. El recuerdo de él parado frente a mí como diosito lo trajo al mundo invade mi cabeza.

¡Uff! Sólo de imaginármelo me entran ganas de hacer travesuras.

—Uiii... el que solo se ríe...

La voz de Molly me saca de mi burbuja pecaminosa.

—Anda, no seas egoísta y comparte. Dime la verdad, ¿es un pollito pío?
—pregunta mi amiga apoyando sus manos sobre el mostrador e inclinándose ligeramente hacia adelante.

Me río.

Ese es un código que nosotras inventamos para cuando entraba algún cliente buenón a la cafetería no ser atrapadas hablando de él descaradamente.

De manera que recordando el cuerpo bien definido de Daniel le respondo.

—Es un pollito pío pío.

O sea, en nuestro lenguaje... ¡está buenísimo!

—¡Epa!

—Ni te imaginas, bien podría ser uno de los galanes de esas telenovelas mexicanas que nos traen locas.

—¿Así como Alejandro, el de sortilegio?

Lo pienso unos instantes, la verdad es que Willian Levy estaba bien bueno en esa novela. Aunque para mí, ya no está tan papacito.

—Bueno, creo que Daniel está más buenote —digo y mi amiga abre los ojos como platos, incrédula. Yo también lo estaría, sobre todo porque William Levy es el galán de moda, las tiene a todas locas.

—Es que si lo vieras —prosigo—, tiene unos abdominales y una *V* que se pierde dónde empieza el bello púbico, que no es que tengas porque saberlo pero de igual forma te lo voy a decir... —comento dejándome llevar por la emoción; mientras me acerco un poco más y bajo levemente la voz —... ¡No tiene!

—¡¿NO!?

—Nanay.

—Hijaaa, que suerte la tuya. Yo tengo más de un año pidiéndole a Justin que se depile esa zona pero él nada de nada. Dice que los hombres de verdad no van con esas maricadas.

Me río.

¡Hombres! La falta de seguridad en su masculinidad aún me sorprende.

—Pues a ver cuándo me lo presentas.

—Nena, no corras tan rápido que apenas nos hemos visto dos veces y en ambas, he terminado cubriéndome de ridículo.

—Cierto, además cuando venga a ver, hasta gay resulta ser.

—¡Ni lo digas! —clamo alarmada. ¡No por Dios! Eso sí sería un desperdicio—. ¡Qué la boca se te haga chicharrón!

—De acuerdo, de acuerdo, retiro lo dicho.

Pasamos los siguientes veinte minutos, habla, que habla, que habla...

—Bueno, me voy. Estoy exhausta.

Me levanto y saco dos dólares de mi cartera para pagar.

—Oye, deja eso, paga la casa.

—A ver si algún día terminamos pagando nuestras bebidas.

—¡Y terminar de enriquecer al tacaño de Henry! Claro, ¿cómo no?

Sonrío, nos damos un rápido beso y me despido.



Al llegar al apartamento voy subiendo las escaleras cuando me encuentro con Daniel, que por cierto, va impecable con unos vaqueros negros ajustados y una camisa a juego con los botones abiertos. El estilo le da un toque misterioso y sexy. Está arrebatador.

—Buenas noches preciosa —me saluda pícaro.

Yo le devuelvo el saludo con un “hola” al mismo tiempo que él se acerca y me sorprende al darme dos besos en las mejillas, empapando mis fosas nasales de su maravillosa colonia.

¡Vaya con los europeos! ¡Qué forma de saludar!

No es que yo sea una persona seca, ni antipática pero tampoco ando por ahí repartiendo besos a una persona que apenas conozco.

Después de recuperarme y salir de *Babilandia*, le doy las buenas noches y comienzo a subir las escaleras. Tan solo he subido tres escalones cuando lo escucho llamarme.

—Eve, la otra noche no me diste tu número.

«Noooo. Y no por falta de ganas». —pienso al tiempo que las mariposas revolotean en mi estómago.

Estoy que doy brincos de felicidad no sólo porque se haya acordado de mi nombre que por cierto en sus labios y con ése acento tan encantador que tiene, hace que suene a pecado, sino también porque es más que obvio que está interesado, no obstante, como toda mujer me gusta hacerme la interesante por lo que respondo secamente.

—No, no lo hice.

Él se me queda mirando con sus penetrantes ojos y al ver que no añado

nada, insiste.

—¿Y crees que me lo puedas dar ahora?

Me vuelvo a quedar callada. El corazón me late a toda prisa. El tipo no se anda con rodeos.

¡Me gusta!

Está claro que él me gusta. ¡Me gusta mucho! Pero no quiero que se crea el más más por estar tan bueno, ni tampoco que piense que le ando dando mi número a cualquier hombre de buenas a primeras.

Respiro hondo.

—No lo sé, ¿cómo para qué tendría que dártelo? —le suelto impertinente

Él me observa, sube un escalón de manera que quedamos a la misma altura.

—Quedaste en enseñarme la ciudad y pienso que sería más fácil si tengo tu número para poder llamarte y quedar uno de estos días —añade con una sonrisa seductora y una seguridad aplastante.

Su cercanía hace que el corazón se me acelere un poco más.

¿Cómo hará para verse tan bien?

Lo miro, lo miro y lo miro. Tengo dos opciones, o seguir haciéndome la interesante un poco más o hacer lo que me muero de ganas desde que nos cruzamos el otro día.

Sé muy bien que le voy a dar mi número, hace rato que esa decisión fue tomada, de manera que opto por la segunda, tomo el celular de su bolsillo y le hago un gesto con la cabeza para que lo desbloquee. Él sonríe victorioso, sabe que se acaba de salir con la suya. En cuanto lo hace, le guardo mi número entre sus contactos. Al terminar, devuelvo el teléfono al bolsillo delantero de su camisa negra.

Sus labios me lanzan una sonrisa baja bragas. Levanta la cabeza hasta

estar a sólo centímetros de mi boca, tanto que por un momento creo que me va a besar.

—Ahora sí tendré buenas noches —dice sin quitar sus ojos de los míos y haciendo énfasis en la palabra “sí”.

Sonrío.

Está siendo un adulator pero está tan bueno el condenado que se lo paso por alto.

Capítulo V



—Buenos días —saludo a mis compañeras de forma jovial dispuesta a enfrentarme al último día de mi primera semana laboral.

Lizzy y Paige me devuelven el saludo de la misma manera, al contrario de Charlotte que únicamente me dedica un “hola” entre los dientes. No le caigo bien y no tengo idea del porqué.

Ocupo el asiento en mi cubículo y de inmediato Paige se levanta de su silla y se acerca a mí.

—Luces radiante, ¿a qué se debe tanta alegría?

Sonríó a la vez que ladeo la cabeza.

—Mi reina, es viernes y el cuerpo lo sabe —respondo—. Es fin de semana y en la noche voy a salir con unos amigos, ya sabes, para darle un gusto al cuerpo.

Estoy agotada, después de cuatro meses de paro mi cuerpo se ha acostumbrado a la vagancia y la semana ha estado muy movidita, de manera que no doy para más. Me encerraría en mi pequeño apartamento y dormiría hasta el lunes, sin embargo, le he prometido a Molly que saldríamos en la noche, además estamos en plena Serie Mundial de Baseball, esta noche hay

juego y no pienso perdérmelo.

Mi compañera sonrío y regresa a su puesto.



A media mañana Paige me arrastra a la cafetería. Mientras nos tomamos un café le cuento mis planes, incluso la invito pero ella horrorizada se niega, según sus palabras no entiende cómo a una chica le puede gustar esa clase de deporte. Ambas nos sorprendemos y quedamos encantada al darnos cuenta que las dos vivimos cerca. Ella vive en Prospect Heights, a tan sólo treinta y cinco minutos a pie de mi casa. Chismeamos un poco sobre la empresa, para después pasar al tema del corazón. Ella está que babea por un tipo que la trae muerta y yo le cuento sobre cierto Apolo que quedó en escribirme pero que aún no lo ha hecho.

Luego de quince minutos entre cotorreo y cotorreo, regresamos a nuestro lugar de trabajo.

Cuando ocupo mi puesto, me llama la atención mi bandeja de mensajes que anuncia la llegada de uno nuevo. Abro el email, lo leo durante unos instantes y me sorprende al leer que uno de los hoteles con los que solemos trabajar en Bahamas, acaba de negar una reserva para una salida dentro de cuatro días. Como no entiendo el motivo busco el número en la lista de proveedores y llamo al hote. Después de esperar diez minutos, me comunican con la persona encargada de reservas. En un tono profesional le pido las explicaciones pertinentes y ella me responde que hace semanas atrás enviaron un reporte de “*Stop Selling*” indicando que esa habitación está *overbooking* y que debíamos parar la venta hasta nuevo aviso.

Termino la llamada un tanto confundida y como es la primera vez que me toca un caso como éste, le pido ayuda a Paige.

—A ver, muéstrame el email —me pide inclinándose sobre mi hombro.
Hago lo que me pide y ella le echa un rápido vistazo.

—¿Y te han dicho que enviaron el *stop selling*? — pregunta algo confusa.

Asiento.

—Déjame verificar —prosigue mientras abre una ventana y entra en el intranet de la compañía. Al tiempo que me va explicando los pasos, me informa que cuando un proveedor envía un paro de ventas, el equipo de Backoffice lo registra en el sistema, de manera que los comerciales no puedan seguir vendiéndola y no pasen casos como este—. Ves, aparece en rojo, lo que significa que el vendedor no debió venderla.

—¿Y ahora qué hago?

—Verifica quién realizó la venta —me aconseja—, lo llamas y le pides que lo arregle. Es un tremendo lío porque tendrá que explicarle al cliente que la habitación que solicitó, no está disponible y ni te imaginas el numerito que va a montar el cliente.

Dicho esto regresa a su asiento y yo haciendo caso de lo que me dijo, verifico en el sistema para ver quién es el responsable.

En la carpeta del cliente aparece el nombre de un tal Peter, por lo que busco su número de extensión y le marco.

—¿Sí? —responde en el primer timbre.

—Disculpa, soy Eve, del departamento de servicio al cliente...

—Ya lo sé —me corta y yo me quedo de piedra, no sólo por su tono cortante, sino también por el hecho de que lo sepa.

—¿Cómo sabes que yo soy? —inquiero en el mismo tono.

El bufa y yo pongo los ojos en blanco. ¡Qué borde!

—Todos los empleados tienen un teléfono asignado... —empieza a explicarme con dejadez, al parecer le aburre mi pregunta—... y cada

departamento tiene un código, el de ustedes empieza con el número dos y en vista que en el indicador aparece el 204, deduje que eras tú por ser la nueva y ocupar el último cubículo —termina de forma mecánica.

Vaya. No tenía ni idea de eso.

—En fin —continuo sin dejarme distraer— te llamaba para decirte que el Hope Town Harbour Lodge ha declinado la reserva del señor Philip.

—¿Y?

—¿Cómo qué “y”? Pues que debes llamar al cliente y hacer un cambio.

—Mira, muñeca, te recuerdo que ese es tu trabajo, no el mío.

¡Oh! ¿Pero éste tipo de qué va?

—Mi trabajo, muñeco, es asistir al cliente como bien lo dice el nombre del departamento...

—Déjame que te explique una cosa —me vuelve a cortar el indeseable—, mi trabajo es vender, no corregir errores.

—No hubiera habido ningún error si fueras más competente al momento de hacer tu trabajo y verificaras la disponibilidad de las habitaciones antes de andar vendiéndolas —le suelto molesta.

—Disculpa, pero tengo demasiado trabajo como para perder el tiempo con tonterías.

Dicho esto, sin cortarse un pelo, el insolente cuelga. Yo me quedo boquiabierta mirando el auricular.

«¡Pero será hijo de...!».

—¡Me ha colgado! —digo pasmada, mirando a las chicas, aún sin poderme creer que me haya trancado el teléfono. Charlotte no disimula su alegría y se le escapa una risita tonta, regocijándose de mi miseria.

—Se me olvidó prevenirte —replica Paige torciendo el gesto—, los comerciales se creen los muy muy porque según ellos, son quiénes mantienen la empresa abierta, ya que ellos son los que venden.

—Que creído se lo tienen —digo con ironía.

—Sí, conmigo no suelen meterse mucho porque conocen mi relación con David pero a las demás, o por lo menos a las que no le hacemos ojitos... — prosigue mirando con disimulo a Charlotte—... no se lo ponen fácil.

—¿Y ahora yo qué hago? —inquiero preocupada.

—Puedo llamar a David, a ver...

—No —la interrumpo—, no quiero que piensen que soy la nueva que se queja con los jefes por todo.

Y además no quiero tener que deberle ningún favor al tipo ése.

Ambas decidimos que es mejor hablarlo con nuestra jefa pero al llegar a su oficina, resulta que no está y no regresará hasta el lunes en la tarde.

Pienso, pienso y pienso, cómo solucionar esto.

Me pongo manos a la obra y hago funcionar mi cerebro. Llamo otra vez al hotel, sólo me faltó arrastrarme para que aceptarían la reserva, sin embargo, no hubo forma, todo lo que obtuve fue un rotundo, “No”.

Desanimada y nerviosa llamo al cliente para explicarle la situación; como es normal, se molesta, me dice del mal que me voy a morir y hasta amenaza con denunciarnos por fraude.

Llega la hora del almuerzo y todavía no he logrado resolver el asunto. Estoy que me tiro los pelos de pura frustración. Las chicas se preparan para irse a comer. Al levantarse Charlotte me dedica un “buena suerte” lleno de ironía antes de marcharse.

Elevo los ojos al cielo mientras maldigo por dentro. Es oficial, es una bruja y no le caigo bien.

¡Pues que se joda! Porque ella a mí tampoco. No tendré un título en turismo, pero tengo un cerebro, uno muy bueno por cierto y estoy convencida que voy a resolver ésto.

Me salto la hora de la comida; Paige se apiada de mí y me trae una barra

de proteína, juntas intentamos resolver el embrollo.

A las cinco de la tarde, hemos resuelto el asunto. Después de analizar varias posibilidades, el hotel confirmó la reserva en una Jr suite, que es una habitación superior a la que había solicitado el cliente. Para nuestra fortuna, esa habitación acababa de entrar en una promoción y costaba un 20% menos de su precio habitual. Llamo al cliente y luego de disculparme nuevamente por los inconvenientes causados, le informo que durante su estadía estará instalado en una habitación más grande y más bonita que la que había reservado al inicio. Lo que el cliente vio como *Up grade*, no fue más que un ajuste de precio. Al final la empresa no tuvo que pagar nada y el cliente quedó satisfecho.

Al final del día ya no puedo más. Estoy frita. Lo único que quiero es llegar a mi apartamento y echarme a dormir.

Media hora más tarde, llego a mi casa, me quito los zapatos sin usar las manos. Los lanzo uno a uno con los pies. Sólo escucho el ruido cuando caen en algún lugar por ahí.

Me desplomo en el mueble. ¡Vaya día me ha tocado!

Estoy cerrando los ojos cuando escucho mi teléfono vibrar.

Lo abro y tengo un WhatsApp.

Recuerda que esta noche hay juego

No llegues tarde.

No lo haré

:)

Devuelvo el móvil al piso y cierro los ojos nuevamente. No llegaré

tarde, sólo necesito dormir un poco.

No han pasado dos minutos que el aparato vuelve a vibrar.

¡Puff! Qué pesadita puede llegar a ser mi amiga en algunas ocasiones.

De mala gana tomo el celular, dispuesta a decirle dos cosas. Al abrir el App, me doy cuenta que no es Molly sino un número que no conozco.

Tengo deseo de verte, ¿estás?

Los ojos se me abren como a los muñequitos de los Looney Toons, al imaginarme de quién podría ser, al mismo tiempo que me siento de golpe. El corazón se me acelera y con las manos temblorosas escribo.

Sí, acabo de llegar.

Espero ansiosa que el doble check se ponga azul, cosa que sucede de inmediato.

Puedo bajar a tu casa?

¡Qué! ¿Ahora?

Echo un vistazo rápido a mi alrededor, no soy una persona muy ordenada que digamos, la prueba, acabo de lanzar mis zapatos en algún rincón. El apartamento está hecho un desastre; esta semana a penas si he tenido tiempo de recoger y organizarlo.

Miro el celular, tengo que responder, él ya sabe que he leído el mensaje y no quiero que piense que lo he dejado en visto, de manera que tecleo un rápido:

De acuerdo

A la velocidad de la luz, me levanto, recojo a toda prisa lo que puedo

del salón: cartón con resto de comida china, botellas de Coca Cola, etc. Lo llevo todo al pequeño rincón que me sirve de cocina y lo aplasto en el bote de basura. Peino mi cabello con los dedos al mismo tiempo que me huelo bajo las axilas. Ya no queda resto de mi Splash favorito “*Pure seduction*”; es bueno y huele muy bien, no obstante, no se le puede pedir que haga milagros después de más de ocho horas de trabajo.

Tocan a la puerta, recorro una última vez la estancia con los ojos, tomo un hondo respiro para calmar la adrenalina y abro.

—Hola preciosa.

—Hola —lo saludo de vuelta.

Ahí está Daniel, vestido con ropa deportiva, pelo mojado y aún así va genial.

¿Con quién habrá pactado para verse siempre así de bien? ¿Con el de arriba o con el de abajo?

Sus ojos me recorren entera y por un momento desearía no haberle abierto la puerta, porque mientras él se ve fenomenal, yo, con una jornada laboral encima y las prisas con la que recogí el salón, debo parecer una loca.

—¿Cómo has estado? —me pregunta.

—Bien.

—Siento no haberte llamado pero he tenido un montón de cosas que hacer, no es fácil integrarse en la gran manzana —me avisa un poco decaído con sus ojitos apagados.

Como tonta asiento. Si antes estaba un poco molesta con él por no haberme llamado, se me acaba de pasar en un abrir y cerrar de ojos. Lo entiendo muy bien, para mí la semana ha sido complicada en mi nuevo trabajo, me imagino lo que ha de haber sido para él en esta gran ciudad.

—¿Quieres pasar?

Daniel afirma con la cabeza y yo me muevo para cederle el paso. Cuando pasa por mi lado, el olor de *after shave* y recién duchado me azota.

¡Huele divino!

Cierro la puerta y me apoyo en ella con las manos detrás de la espalda, me refresco la vista viendo tan perfecto semental en medio de mi espacio lleno de imperfecciones.

Él entra y se queda parado en medio de la sala, mirando el entorno. No hay mucho que descubrir, es un apartamento de cuarenta metros cuadrados, digno de una chica de 23 años, decorado con muebles tradicionales. No soy una obesa de la decoración por lo que sólo le he puesto unas cortinas rosadas para darle un toque más femenino y personal.

Cuando termina de contemplar mi humilde morada, él se gira y me mira de abajo arriba, sus ojos se iluminan durante el recorrido; yo me acaloro y las mariposas vuelven a hacer estragos en mi estómago.

—Lo siento, estoy hecha un desastre pero acabo de llegar del trabajo y no he...

—Para mí estás perfecta —me interrumpe con ese acento sexy que me pone a mil.

Sonrío encantada.

Daniel se acerca hasta estar a tan solo diez centímetros de distancia de mi rostro. Sus penetrantes ojos me traspasan, dejándome clavada en el sitio, mientras siento como el salón se va cargando de una energía llena de deseo, a la vez que mi corazón se acelera.

Él se humedece los labios, se inclina un poco más apoyando una mano contra la puerta por encima de mi hombro y mis ojos viajan a esa parte de cuerpo, se me seca la boca. Su cercanía me tiene cardiaca.

Estoy pensando en que si él no le pone fin a mi agonía, lo haré yo. Por suerte él no tarda en susurrar:

—Llevo toda la semana queriendo hacer algo, ¿me permites?

Por la mirada que me ha lanzado antes, ya me imagino de que se trata y como es algo que también quiero, asiento.

Él toma mi rostro entre sus manos, cubre los últimos centímetros que nos separan y posa sus labios sobre los míos.

Al principio es un beso sin prisas, inocente, como si estuviera tanteando el terreno. Luego se separa de mí, sorprendida que se haya detenido, abro los ojos y lo encuentro observándome. Él al ver que ha conseguido su objetivo, o sea, descolocarme, sonrío, se humedece los labios y vuelve a besarme con mucho más ímpetu esta vez. Su gesto pícaro me vuelve loca. Yo abro la boca concediéndole el espacio. Nuestras lenguas se encuentran y el beso se vuelve más húmedo, más íntimo.

Mi respiración se acelera.

Me muero. ¡Como besa este hombre!

El beso es tan arrebatador que me deja sin sentido, pronto las mariposas han dado lugar al deseo, un deseo que me recorre las venas.

Por lo general suelo tener aunque sea tres citas con un hombre antes de dar el siguiente paso. Sin embargo, las exigencias del beso hacen que quiera más, por lo que mando las reglas al carajo y me aprieto contra él buscando más fricción, más calor. Daniel que no es nada tonto, entiende mi necesidad y profundidad más el beso.

Me levanta en volada y me conduce hasta el mueble sin dejar de poseer mi boca.

En un quite y pon nuestras ropas salen volando y cuando vengo a abrir los ojos, ya estoy desnuda debajo de él.

Si me hubiera imaginado que el día terminaría así, me hubiera pasado la rasuradora esta mañana, pero ya ni modo echarse para atrás.

Segura de lo que quiero y dispuesta a disfrutar un buen rato, me lanzo

sobre él y le como la boca. Nos besamos, disfrutamos y termina por pasar lo que ambos queríamos.

Al cabo de un rato, aún jadeando después del segundo asalto, estamos tirados en mi cama con la vista clavada en el techo.

Estoy feliz.

Éste hombre no sólo sabe lo quiere sino que también sabe lo que hace.

Me ha dejado frita.

Recuerdo que quedé en verme con Molly en el bar en menos de veinte minutos, salto de la cama, me voy al baño, hago pis y me doy una ducha rápida.

Al salir, Daniel esta todavía acostado en la cama. Paso como flash frente a él, voy a mi cómoda y agarro: un tanga, unos vaqueros, una camiseta y regreso al baño.

Podría cambiarme delante de él, después de todo ya me ha visto en todo mi esplendor, pero me da un poco de vergüenza que me vea desnuda. Ya sé que es estúpido puesto que hace poco hemos estado haciendo de todo, pero no es lo mismo, ya que cuando estás en la cama teniendo sexo con un hombre, él suele concentrarse en todo menos tus imperfecciones, mientras que cuando estás fuera de ella, ellos les encanta pasar tu cuerpo por una lupa.

—Mira, he quedado con unos amigos... —le anuncio ya vestida — ...y me tengo que ir.

—Ah claro, lo entiendo. Ahora mismo me visto y me voy —dice saliendo de la cama.

—No quiero que pienses que te estoy echando pero estaba previsto hace mucho y no puedo faltar.

—Descuida —contesta ya con el pantalón gris de algodón puesto mientras busca sus tenis.

Lo observo vestirse a la carrera y me siento mal de echarlo así sin más.

Como no quiero que piense que soy una mujer sin escrúpulos y también porque quiero pasar más tiempo con él, conocerlo un poco más, le propongo.

—Hemos quedado para ver el juego de baseball esta noche, ¿por qué no vienes conmigo?

—Gracias, no me gusta el baseball —replica de una vez, sin siquiera tomarse el tiempo de pensarlo.

Su respuesta me sorprende, además que me suena a excusa para no acompañarme. Siento como una espinita se me clava en el pecho. Abro la boca dispuesta a preguntarle si se arrepiente de lo que pasó entre nosotros cuando él añade:

—A parte de que mañana tengo un casting y debo madrugar.

—¿Un casting?

— Sí, para la revista Vogue.

Me carcajeo.

Joder, si cuando pensé que había salido de un catálogo para ropa interior de hombres, nunca imaginé que estaría en lo cierto.

—¿Por qué te ríes? ¿Tanta gracia te causa que sea modelo? —pregunta con el rostro contraído, puede que ofendido por mi actitud.

—No, no. Para nada —respondo tratando de controlar mi risa histérica. Todavía no me puedo creer que hace unos quince minutos estaba haciendo galopetas con un modelo. «Con razón está tan bueno el condenado»—. Es que me has agarrado fuera de base —prosigo para tranquilizarlo.

Su gesto se dulcifica, creo que mi respuesta ha conseguido su cometido.

Ya vestido, se peina el pelo para atrás con los dedos y se acerca hasta donde me encuentro.

—De verdad lo siento, si no tuviera ese compromiso te acompañaría.

Como no disculparlo, si me mira con esos ojitos y me lo pide con ese tono dulzón. Además, es europeo, lo de ellos es el Fútbol, no el baseball.

Sin previo aviso, entierra su mano en mi cabello y me besa apasionadamente durante unos segundos, me besa sin tregua y yo más que encanta le devuelvo el beso de la misma forma.

—Hasta pronto preciosa —me dice luego de romper el beso.

Yo me quedo como lerda, suspirando mientras lo veo salir de mi casa.

¡Vaya con el modelito!

Capítulo VI



El sábado en la mañana, me despierto descansada, a pesar de haberme acostado tarde la noche anterior por culpa del juego, que por cierto, ¡fue un partidazo! Y si bien le dimos guerra al equipo contrario, perdimos cinco carreras por dos contra Puerto Rico; me levanto con las energías renovadas.

Me doy un baño y me preparo algo para desayunar. Echo un vistazo a mi piso y al llegar al mueble, mi mente se pierde en el recuerdo de lo vivido ayer con Daniel. Recuerdo que me arranca más de un suspiro.

«Sí, seguro que repetiría». —pienso al recordar la pregunta que me hizo Molly cuando le conté lo sucedido.

Por desgracia, el recuerdo también me hace caer en cuenta que tuve que correr para ordenar un poco el apartamento antes que él llegara, porque estaba hecho un desastre.

No, en definitivo, no puedo permitir que me agarre otra vez desprevenida.

«Eve, ya estás dando por hecho que habrá una próxima vez».

De verdad lo espero porque me encanta ese hombre.

Pongo la música a fondo y vuelvo a mirar el apartamento sin tener idea

por dónde empezar.

Suspiro.

—Eve, no lo pienses mucho, que si lo haces, capaz y al final no limpias nada —me apremio.

Sin pensarlo dos veces me pongo con las tareas del hogar: Lavo el baño, friego, tiro la basura, paso la trapeadora. Mientras, recibo todo tipo de memes de parte de Justin con referente al partido de la noche anterior.

No lo culpo, bastante me burlé de él en el encuentro entre USA y RD, en el cuál ellos perdieron. Los memes son tan divertidos que en vez de molestarme, termino riendo. Que creatividad tiene la gente.

Suelto el teléfono y sigo con la limpieza cantando a pleno pulmón una canción de Ha Ash que me encanta:

“ Te idealicé a mi lado en mis noches y días, y me aferré a la idea que tú eras el amor de mi vida.

Hoy te pido perdón, perdón, perdón por haberte confiado sin dudar mi corazón, por entregar mi alma a tus brazos, por confiar mi cuerpo en tus manos.

Perdón, perdón, perdón, por crearme esa falsa historia de amor y te pido perdón, por haber esperado demasiado de un perdedor.”

Dejo todo impecable, al final creo que ni el mismo *Mister Limpio* lo hubiera hecho mejor.

Después de mediodía recibo un mensaje vocal de Molly, diciéndome que Justin ha tenido que ir a ver a su mamá, de manera que está libre y quiere que nos reunamos en el K K bar. Le respondo que “encantada” y que “nos vemos alrededor de las seis”.

Recordando que Paige me había dicho que no tenía muchas amigas y salía poco, le envió un WhatsApp.

*Salida entre chicas al KKB
Te apuntas?*

Después de cinco minutos me responde.

Y eso qué es?

Entorno los ojos al mismo tiempo que sacudo la cabeza. No puedo creer que ella no sepa de lo que le estoy hablando. ¡Por Dios, vivimos en el mismo distrito! Y el KKB es uno de los locales más conocidos de Brooklyn.

*Kuiper karaoke bar
En la 55th con Flushing ave*

No lo sé

*Paige, no me jodas que es sábado.
Así que quiero ver tu lindo trasero allí a las 6*

Le escribo frustrada. En cuanto siga así, a los cuarenta ya no será Paige, la pelirroja sexy de ojos esmeraldas. En su lugar, la llamarán Paige la solterona con siete gatos.

Por suerte, ella parece entender que la vida es mucho más que trabajo y me responde.

Está bien, allí estaré.

Mentalmente aplaudo en el momento que me levanto y me encamino hacia la puerta. Tengo que hacer el mercado y comprar un poco de comida para la nevera, la pobre está más vacía que los criaderos de pavo, en tiempo de *Thanksgiving*.



A las seis y diez llego al local en unos jeans oscuros y una camiseta rosada pálida de tirantes, aprovechando la cálida brisa de primavera.

Entro, busco con la mirada a Molly y la visualizo sentada en el fondo cerca del escenario.

Sonríó encantada. Escogió un buen puesto.

Al llegar a la mesa me quedo boquiabierta sin poder creer lo que ven mis ojos.

—¡Pero mujer... ¿Qué te has hecho?!

Mi amiga sonrío abiertamente y tomando pose de *top model*.

—¿No te gusta? Es mi nuevo look.

—¡Pero si tienes el pelo de dos colores!

Me río, intento evitarlo pero es más fuerte que yo y termino muerta de la risa. No es porque tenga el pelo de dos colores, es que lo lleva al puro estilo de Cruela de Vil, a diferencia que el lado blanco lo tiene azul.

—Dime la verdad, ¿es uno más de tus experimentos fallidos? —inquiero sin poder parar de reírme.

Molly tuerce el gesto y se desinfla al mismo tiempo que se deja caer en la silla.

—Quise hacerme unas mechas y ese fue el resultado.

Me muerdo los labios para frenar mi risa histérica porque sé lo importante que es para ella. Todos tenemos un sueño y el de mi amiga es abrir una peluquería, por eso siempre está experimentando con su propio cabello. Lo malo es que casi nunca el experimento sale como ella quiere. Lo bueno de Molly es que tiene una personalidad extrovertida, que lleva con mucho orgulloso sus libras de más y sus intentos fallidos.

—¿Hace rato que llegaste? —le pregunto para cambiar de tema.

—No, hace apenas unos minutos.

—Me gusta la mesa que escogiste.

—Ya sabes cómo es, ahorita se llena el local y no hay donde sentarse.

Por lo menos desde aquí podremos burlarnos un poco de los participantes.

Me río mientras tomo asiento junto a ella. Levanto la vista y le hago un gesto con la mano a Jason, el chico de la barra, para que me ponga lo mismo que mi amiga.

—No me dijiste que venía una amiga tuya del trabajo.

—Sí, de hecho me pregunto dónde estará que... —replico tomando mi teléfono dispuesta a llamar a Paige. No puedo creer que no vaya a venir.

No logro terminar la frase cuando veo a la pelirroja entrando al bar. Se para en la puerta y mira a su alrededor con torpeza. Parece pez fuera del agua.

Levanto la mano para que pueda vernos y sus ojos se iluminan al reconocermos.

Camina en nuestra dirección, ganándose varias miradas de algunos de los caballeros del local. No es para menos, es una chica preciosa pero aún no es consciente de su potencial.

—Hola —la saludo—. Por un momento pensé que nos dejarías enganchada.

—Pues pensaste bien porque estuve así... —anuncia separando apenas unos centímetros su dedo índice del pulgar—... de no venir.

—Me alegro que lo hayas hecho, ya verás lo bien que te lo vas a pasar. Por cierto, ella es Molly, mi mejor amiga... —digo apuntando hacia la mencionada—... Molly, te presento a Paige.

Al encontrarse con los ojos de Molly, mi compañera de trabajo se queda pasmada, no es para menos pero rápidamente trata de ocultar su sorpresa.

Ambas intercambian un “Mucho gusto de conocerte” justo en el momento

que tiro una silla e invito a la recién llegada a que tome asiento.

—¿Y qué se supone que haremos aquí? —pregunta Paige.

Molly la mira con los ojos bien abiertos.

—¡Pero tú de dónde has salido?!

Me río.

—No me lo vas a creer... —digo en dirección de Molly—... de aquí mismo.

La mirada de Molly se ensancha, incrédula.

Al principio yo tampoco lo podría creer. Aún quedan chicas inocentes en Nueva York.

—Hijaaa pero te tenían encerrada —prosigue Molly.

—Bueno, tampoco es para tanto —se queja Paige, creo que un poco ofendida—. Suelo salir de vez en cuando con David.

—¿Y quién es David?

Ladeo la cabeza y hago un gesto con los ojos hacia Molly dándole a entender que ella ya sabe quién es él.

Mi amiga que es más rápida que Schumacher durante una vuelta del Fórmula 1, suma dos más dos y se le ilumina el bombillo. Como la conozco tan bien, le doy una ligera patada bajo la mesa para que no se le vaya la boca, pero llego muy tarde porque en el mismo momento ella añade:

—¿El rarito de tu trabajo?

Elevo los ojos al aire antes de lanzarle una mirada de disculpa a Paige.

Sé que David es su mejor amigo y no creo que le haga gracia escuchar que hemos estado hablando de él y encima que le hayamos nombrado “el rarito,” además de Tarzán, bestia peluda, Yeti, entre muchos otros.

—O sea, ¿que pasó de ser bestia peluda a rarito? —dice con el rostro serio.

De inmediato me siento mal, es una chica estupenda, me cae muy bien y

no quiero que se moleste.

Paige contra todo pronóstico, se echa a reír y yo respiro aliviada pero aun así me disculpo.

—Tranquila, pero que sepas que él no es tan rarito como crees.

—¿Ah no? —inquiero incrédula de que eso fuera cierto.

—No, él es reservado, una persona seria, de pocas palabras pero es muy bueno en su trabajo y es un excelente amigo. Siempre ha estado ahí para mí, es como el hermano mayor que nunca tuve. Estoy segura que si le dieras la oportunidad te darías cuenta lo encantador y el gran corazón que tiene.

—Parece como si estuvieras haciendo una ficha técnica para una agencia de citas —se burla Molly.

Paige y yo sonreímos.

—¿Y por qué anda con esa pinta? ¿Acaso a la novia no le molesta?

—Está soltero.

«No me sorprende».

—Oye, ¿y de verdad es tan horrorosa la barba?

—Ajá.

—¿Algo así como Yeti?

Me río. Molly y sus cosas.

—No tanto... pero no va muy desencaminado.

—Qué mala son —dice Paige sonriendo.

—Cariño, si las mujeres fuéramos buenas, Dios estaría casado con una y el diablo no tendría cachos —añade Molly y es inevitable termino carcajeándome.

En ese momento llega Jason con mi cerveza, le pregunto a Paige qué quiere para tomar, me dice que una Coca Cola. Obvió su pedido y le pido a Jason que le traiga lo mismo que a nosotras.

Ella se queja, resopla y se niega. Yo la ignoro totalmente, es sábado, es

noche de chicas y nos la vamos a pasar en grande.

Poco a poco el local se va llenando y los aspirantes al próximo *Américan Idol* van tomando lugar en el escenario.

Vamos por nuestra cuarta ronda de cerveza. Nos hemos reído, criticado y hablado un poco de todo. La complicidad entre Molly y Paige es cada vez más evidente y yo no puedo estar más que encantada, ya que a pesar de que son personas con caracteres muy diferentes, se lleven bien.

—No sé cómo lo hacen... —dice Paige en el momento que señala en dirección del escenario a un chico que está cantando “*It’s raining men*” con una voz bastante chillona para un hombre de su estatura—... yo me moriría de la vergüenza si alguien me escuchara cantar.

Molly arrastra su silla hasta estar más cerca de Paige y murmura en su dirección.

—Te voy a confesar algo —dice bajito arrastrando las palabras, como si de verdad le fuera a contar un secreto. Al parecer el alcohol ya está haciendo efecto—. Everest y yo lo hemos hecho.

—¿Everest!?! —exclama Paige sorprendida y yo entierro la cara entre mis manos.

¡No puede ser! Mi amiga y su bocota.

—¿De verdad te llamas Everest? —vuelve a preguntar alargando cada palabra.

Afirmo con la cabeza.

—¿Everest Montés?! —continúa Paige entre la risa y la incredulidad.

Doy un trago a mi cerveza mientras me preparo para lo que viene.

Desde niña siempre he sido víctima de todo tipo de burlas con relación a mi nombre. Para cuándo terminé la secundaria, estaba tan harta de lo mismo que dejé de usar mi nombre completo, para convertirme sólo en Eve.

Ella se carcajea, Molly se contagia de su risa mientras que yo me

mantengo impasible.

No me hace gracia, de hecho, a veces hasta me molesta que se burlen, dado que para mí ese nombre tiene un significado especial.

—¿De qué pensabas que era el diminutivo? —inquire Molly cuando ambas están un poco más calmadas.

—No lo sé —responde ella encogiéndose de hombros—, de Evelyn tal vez, o sencillamente Eve.

—No puedo creer que casi hayamos llegado al final de la noche sin que te fueras de la lengua.

Mi amiga ni se inmuta ante mi tono acusatorio, en vez de eso toma su cerveza y da un trago largo.

—Ya sabes que me encanta tu nombre —dice tras apurarla hasta el final y devolver la botella vacía a la mesa.

—A mí también —concuerta Paige—. Me parece original.

Ya muy avanzada la noche Paige está súper pasada de tragos y Molly insiste en que debe ser iniciada en el grupo y que para ello debe subir a cantar. Para mi sorpresa Paige no pone mucho reparo, creo que el alcohol habla por ella y termina subiendo al escenario.

Escoge la canción *Blank Space* de Taylor Swift.

Al principio luce un poco tímida y casi no se le escucha la voz pero según va agarrándole el gustito, se va soltando. Se acomoda las gafas, abre los brazos y se apodera del escenario.

Por suerte es una chica hermosa porque la cantada, no se le da para nada.

Molly y yo nos morimos de la risa. No obstante, le lanzamos gritos de aliento.

Cuando termina de cantar, el bar se llena de aplausos y algunos silbidos.

En el momento que baja del escenario, un chico la agarra por la mano,

tirando de ella hacia atrás. No sé qué le está diciendo, sólo veo que Paige esboza una sonrisa tímida y niega con la cabeza, haciendo que el tipo la suelte.

Al llegar a la mesa, Molly la felicita por su coraje e interpretación y le pregunta qué tanto secreteaba con el desconocido.

—Nada, sólo me pidió el número —responde ella con la cara roja como un tomate.

Molly y yo intercambiamos una miradita cómplice. Estoy segura que nuestra chica tímida se calla algo.

—¿Y? —pregunto sin aguantarme la curiosidad.

—¿Qué?

—¿Por qué luces tan acalorada?

Su rostro se enciende más todavía, ella se sienta, le da un trago a su cerveza mientras se abanica con la mano.

Cuando termina de dar el sorbo, levanta la cabeza, nos mira a ambas y yo estoy que me muero de la curiosidad hasta que ella suelta.

—Me ha dicho, “Oye chica fuego, te invito a mi casa para que cantes en mi micrófono” —confiesa con cara de agobio.

Molly y yo nos partimos de la risa, más por su cara de horror que por lo que él le haya dicho.

—Bienvenida a Brooklyn —le dice Molly sin contener la risa.

Las tres nos miramos y nos carcajamos.

El bar se ha ido quedando vacío y nosotras estamos como una cuba.

Hemos hablado de cómo Molly y Justin se conocieron, de cómo nos conocimos nosotras, de mi rollito de ayer con Daniel y de todos los hombres que nos han roto el corazón.

—Pues qué envidia, de verdad —dice Paige—. Yo sólo he tenido un novio y fue el de la secundaria. Terminamos hace tres años y desde entonces no he vuelto a salir con nadie.

—¡Dime por favor que no eres virgen! —le pide Molly.

—¡Nooooo! ¡Por supuesto que no! —niega ella escandalizada. Pero estoy segura que muy lejos no debe andar. Una chica que se sonroja tan fácil, o es virgen o sólo ha conocido a un hombre en la vida.

Jason me hace seña desde la barra, mostrándome su reloj. Lo capto de volada, es hora de dar la velada por terminada.

—Chicas, tenemos que irnos —les aviso poniéndome de pie. Al hacerlo me mareo un poco pero no lo suficiente para aturdirme.

Molly me imita, en cambio Paige no se mueve. En vez de levantarse empieza a hablar arrastrando las palabras.

—Para que vean que no soy tan santurrona como creen, les voy a confesar un secreto. Me gusta mi vecino de al lado. Ya lo he dicho —prosigue dando palmadas en la mesa—. Y estoy segura que también le gusto pero creo que es muy tímido y no se atreve a decírmelo.

—¿Y por qué no sé lo dices tú? —inquire mi mejor amiga.

Paige levanta la cabeza y se queda mirando a lo lejos con la frente arrugada, quizás meditando las palabras de Molly.

—Noooo —prosigue alargando las palabras—. No me atrevería. Me moriría de la vergüenza si me rechazara.

Como veo que ella no tiene intenciones de levantarse la agarro por un brazo y le hago un gesto con los ojos a Molly para que me ayude por el otro lado. Ambas la levantamos.

Paige se tambalea, casi se cae, por suerte Molly y yo a pesar de nuestro estado, la sujetamos con fuerza para que no termine con el culo en el suelo.

—Sabes, leí un artículo en el Cosmo que explicaba que al 80% de los hombres les gusta que las mujeres tomen la iniciativa.

—¿Así?

—Aja —confirma Molly—. Yo que tú me lanzaría y le diría lo que

siento.

—¿Tú creeessss?

—Sí.

Las tres nos encaminamos fuera del bar, me despido de Jason con un gesto de la mano y una vez fuera Paige ladea la cabeza en mi dirección.

—¿Y qué si él forma parte del 20%?

La miro con empatía.

—Tendrás que arriesgarte para saberlo.

Caminamos hasta la esquina, trato de parar un taxi. Después de quince minutos por fin consigo que uno se detenga y acepte montarnos en las condiciones que estamos.

—¿Saben qué? Lo voy a hacer ahora —anuncia Paige una vez acomodadas en el asiento trasero.

—¿Qué cosa? —inquiero confusa.

—Le voy a decir a Brad lo que siento por él.

¡Qué! ¿Cómo qué ahora? ¡Se ha vuelto loca!

La miro como si de pronto le hubieran salido tres cabezas.

—Paige, no creo que sea ni el momento ni la hora más adecuada.

—Claro que si, después de todo soy la chica fuego.

Trato de persuadirla por todos los medios de que es una mala idea. Intento que Molly me ayude a hacerla desistir pero esta está más loca que Paige y sigue empeñada en apoyarla en esa locura.

—Al 286 en Park Pl —casi grita ella hacia el taxista. No sé cómo ha conseguido darle la dirección con lo bebida que está, ni mucho menos cómo él ha entendido sus palabras entrecortadas. Pero lo hace. Debe ser la costumbre del oficio.

En varias ocasiones creo que Paige va a vomitar dentro del taxi, el taxista nos lanza miradas de advertencia.

Una vez llegamos al bonito y tranquilo barrio residencial, nos paramos delante de una casa crema de cuatro pisos, el pobre hombre nos apresura para que salgamos. Le lanzo un billete para pagar la carrera y me disculpo por la molestia.

Ya en la calle, Paige está que se cae de la borrachera. Empieza a verificar los números de los edificios y cuando por fin encuentra el que estaba buscando, me señala la ventana de donde vive el tal Brad.

Molly que está más que a favor por la causa, comienza a lanzar piedrecitas en dirección de la ventana al mismo tiempo que grita el nombre de Brad.

Paige se ríe como tonta. Algo dentro de mí me dice que esto no va a acabar bien.

—Es como en la secundaria —dice ella con una risa histérica.

Definitivamente, no debí dejar que bebiera tanto.

«De esta y terminamos presa por desorden en la vía pública».

Después de diez minutos, el tipo sigue sin abrir la ventana y yo tengo el brazo adormecido de tanto tenerla agarrada para que no se caiga.

—Paige, ya vámonos, se lo dirás mañana cuando estés más sobria —le pido rogando a todos los cielos para que me haga caso.

Ella sacude la cabeza en negación.

—Se lo voy a decir hoy —insiste terca y las palabras salen trabadas.

¡Vaya que me salió cabeza dura la niña!

—Así se habla chica fuego —la anima Molly mientras aplaude con las manos y da brinquitos.

Unos instantes después, una luz se enciende en el interior del departamento, ella se queda mirando el número del edificio y maldice.

—¿Qué pasa? —inquiero yo.

—Mierda, me he equivocado de edificio.

—No me jodas Paige, ¿si éste no es el edificio de Brad, entonces de quién coño es? —pregunto sin ocultar mi nerviosismo. Si antes estaba preocupada de que nos llamaran a la policía, por lo menos mantenía la esperanza de que el tal Brad apareciera en cualquier momento. Sin embargo, ahora me ha invadido el pánico de que hayamos despertado a algún vecino molesto.

No bien he terminado la frase cuando la ventana se abre y se asoma una sombra.

¡Mierda! ¡No puede ser!

—David —responde ella justo antes de vomitarme encima.

¡Joder! Lo que me faltaba.

Capítulo VII



La mato, juro por Dios que la mato. Aunque para ello, primero debo esperar que se le pase la borrachera.

Es que sólo a mí me pasan estas cosas.

—¿Se puede saber a qué viene tanto alboroto?! —grita David desde la ventana del segundo piso, en un tono ronco y autoritario.

Yo me quedo muda, rígida.

—¿Ha dicho David? —inquire Molly con la frente arrugada ignorando la pregunta de él—. ¿David, el raro?

—Sí —respondo con los dientes apretados, deseando que la tierra me trague.

—¿Paige, eres tú?! —demanda él reconociendo a la mata de pelo rojo que llevo en brazos—. ¿Pero se puede saber qué diablos le han hecho?

Yo siento como mis palpitaciones se vuelven irregulares al tiempo que una bola de ansiedad se instala en mi estómago.

No sé si es su aspecto, o su semblante serio y duro, no sé qué es... lo único de lo que estoy segura es que su presencia me perturba. Me aterroriza.

—¡No se muevan! —ladra él—. Ya bajo.

Mierda, mierda... ¿Qué voy a hacer ahora?

Mi amiga empieza a dar marcha atrás con el susto plasmado en la cara.

—¿Qué haces? —susurro.

De pronto se me han quitado las ganas de reír o gritar y sólo tengo deseos de salir corriendo de aquí.

—Me voy —me anuncia muy pancha.

—¡Qué! —grito, pero luego recuerdo el lugar donde estoy y bajo la voz—. No te puedes ir, te recuerdo que todo esto fue idea tuya.

—Lo sé, ¿pero lo has visto? El tipo tiene toda pinta de asesino en serie, y es mejor que digan: aquí corrió... que aquí murió, así que yo mejor me voy.

—Molly, ni se te ocurra —la amenazo.

Pero que va, mi amiga ni corta ni perezosa, la muy gallina se marcha y me deja sola.

No la culpo, la verdad que si no fuera porqué tengo a Paige medio en un estado de coma etílico, yo también me hubiera echado a correr.

Escucho a Paige murmurar un “Brad eres el hombre más sexy” claro que en su estado, la palabra “sexy” fue remplazada por “chechy”.

«Es un mal chiste».

Pienso una y otra vez. Cierro los ojos y los aprieto con fuerza, como si de esa forma podría escapar de esta realidad, o mejor aún, salir de esta pesadilla y, quizás, si me concentro lo suficiente podré despertarme en mi cama y darme cuenta que todo ha sido un mal sueño.

Pero como el sueño de los pobres, es la burla de los dioses, cuando los abro me encuentro a David frente a mí con una caraaaa, que hasta el más grande de los hombres se encogería de puro susto.

—¿Qué le pasó? —inquire él brusco al mismo tiempo que me la quita de brazos.

Por un lado se lo agradezco porque ya no me quedaban fuerzas pero por el otro, siento que me he quedado desprotegida, expuesta. De alguna manera, Paige era mi escudo contra él.

Una vez que sin ningún esfuerzo aparente, la carga entre sus brazos, me lanza una mirada de repulsión. En un inicio pienso que es porque le desagrada mi presencia, hasta que caigo en cuenta que tengo toda la camiseta llena de vómito y el olor es nauseabundo.

—¿Qué fue lo que tomó? —vuelve a preguntar ya con un pie en el primer escalón.

—Unas cuántas cervezas —respondo insegura.

—¿Unas cuántas? —dice con ironía—por el estado que se encuentra, más bien parece que se tomó todo el bar de la esquina.

«Exagerado».

—Me imagino que la idea de ir de copas fue tuya —prosigue en un tono acusatorio.

—Sólo salimos a divertirnos un poco.

—No puedo creer que la hayas hecho tomar así, ¿se puede saber en qué estabas pensando?

—En divertirnos. Aunque puede que tal vez algunas personas no sepan lo que eso significa.

Bien pude haberle dicho “tú no sabes lo que eso significa” pero no debo olvidar que es el mejor amigo de Paige y mi supervisor, no directo pero no deja de ser uno y no puedo volver a faltarle el respeto.

—No sabía que para divertirse había que beber hasta caer en estado de coma.

Entorno los ojos. Me desespera su actitud.

—Disculpe usted, no sabía que divertirse era un crimen.

—Ella no está acostumbrada a tomar, no debiste permitir que bebiera de

esa forma.

Lo sé, pero primero muerta antes de admitir que él tiene razón.

—¡Puf! tampoco es para tanto. Te recuerdo que es una persona adulta.

Él resopla, creo que dándome por imposible.

Yo me quedo en el mismo sitio esperando que termine de entrar para poder salir a toda prisa de aquí, llegar a mi casa, tomarme un baño y con un poco de suerte dormirme y despertarme mañana con amnesia.

Ya en el último escalón, justo antes de entrar por la puerta se detiene.

—¿Te vas a quedar ahí parada? —me pregunta por encima de su hombro al ver que no lo sigo—. ¿No piensas entrar? Pensé que a lo mejor querías cambiarte esa camiseta.

Yo me quedo en el mismo sitio con la mirada clavada en su espalda, analizando las opciones: la primera sería seguirlo dentro y asearme un poco, o puesto que estoy segura que ningún taxi me abordará en este estado, la segunda sería pasearme por las calles de Brooklyn llena y empestada de vómito.

A pesar de vivir a media hora de aquí y ser pasada la una de la mañana, debo admitir que la segunda opción no me parece tan mala. Incluso, la prefiero a tener que meterme en la boca del lobo.

Justo cuando estoy por declinar su ofrecimiento, él parece darse cuenta de mi indecisión.

—Oh por favor, no seas niña —me avisa con exasperación—, que no te voy a comer

«Mala elección de palabras». —pienso al recordar que el lobo sí quería comerse a Caperucita.

Lo miro durante unos segundos y aunque sé qué posiblemente termine lamentándolo, lo sigo dentro.

Una vez en su apartamento mientras él se pierde hacia la habitación, yo me quedo en la sala, observo alrededor y para que decir que donde quiera que

miro, todo está ordenado. Tanto, que yo aquí parada, cubierta de vómito, parezco una mancha en la decoración nada exuberante pero moderna y acogedora. Es espacioso, más grande que el mío. Tengo miedo de moverme y desordenar su magnífico espacio tan bien organizado.

—Toma —me dice al extenderme una camiseta y sobresaltándome. No lo escuché llegar—. Puede que te quede grande pero es mucho mejor que ir por ahí en esas condiciones.

—Gracias —murmuro.

—El baño está detrás de esa puerta.

Sin perder tiempo cruzo por su lado y corro al cuarto de baño, agradecida de poder quitarme al fin éste olor repugnante.

Quince minutos más tarde, salgo y lo encuentro en el salón de pie frente a la ventana.

Se gira al escucharme y nuevamente esa inquietud que siento cuando lo tengo cerca se instala en la boca del estómago.

—Lo siento pero no tengo nada más acorde a tu talla —dice al mismo tiempo que muestra la camiseta con un gesto de la mano—. Aunque veo que te las has apañado bien.

Sus labios se curvan hacia arriba mostrando una pequeña sonrisa al ver el nudo que le he hecho a la camiseta en el costado para que me entallara mejor.

—Muchas gracias —vuelvo a repetir.

Durante unos segundos el silencio se apodera del salón.

—Vamos te llevo a tu casa — dice rompiendo el silencio.

—No es necesario —replico rápidamente, rechazando cualquier idea que me mantenga más tiempo junto a él. ¡Este hombre me pone de los nervios!
—. Vivo cerca, además puedo tomar un taxi.

—Vamos, te llevo —repite en un tono que no deja lugar a duda de que fuera a cambiar de opinión, por lo que asiento.

Al llegar abajo él me pregunta la dirección de mi casa y se la doy.

—¿Te importaría si vamos caminando?

—No.

—Tengo carro pero hace una noche estupenda y me vendría bien caminar un rato.

Su cercanía mientras bajamos las escaleras, me ha puesto nerviosa, de manera que no me quiero imaginar lo que sería compartir el mismo coche durante quince minutos, razón por la que respiro aliviada ante su propuesta.

Empezamos a caminar y yo trato de calmar mis latidos. Levanto la vista al cielo y compruebo maravillada que tiene razón, el cielo está despejado y hace una noche magnífica.

Las noches de primavera en Nueva York son así, sencillamente... hermosas.

Poco a poco nos envuelve un no tan incómodo silencio. De vez en cuando levanto la cabeza y lo encuentro observándome.

Sonrío. No sé si es el hecho que se haya portado amable conmigo o porque debajo de la luz de la luna, con su barba y su casi metro noventa, no parece tan intimidante, así que respiro, me relajo y disfruto del paseo

Capítulo VIII



El domingo decido quedarme en casa y descansar, después de la semana que tuve, me lo tengo bien merecido. Estoy en el mueble viendo *CSI NY* cuando recuerdo el momento en el que David me acompañó a casa. No dijo ni una sola palabra en todo en camino. Subió conmigo hasta la puerta, me dedicó un “buenas noches” y así sin más, se marchó. Recalcando lo que yo ya sabía, es un tipo bien raro y por lo poco que pude ver en su apartamento, también una persona bien sola.

Molly me llama para saber cómo terminó todo, hablamos un buen rato, en un principio me finjo molesta, la acuso de ser una mala amiga pero al final terminamos riéndonos con lo sucedido.

En la tarde Daniel me sorprende apareciendo por mi casa, pedimos pizza, de la cual el sólo se come un pedazo y yo me devoro el resto. Me habla un poco más de él, es un español, más precisamente de Galicia. Tiene 26 años. Siempre ha querido ser modelo, y, hace poco recibió una propuesta para posar por la revista *Vogue*, razón que lo ha traído a NY. Luego pasamos todo el resto del día retozando en la cama.

¡Uf! Éste hombre me gusta cada día más.

Me gusta cómo besa, como me toca y ni que hablar de su acento... me pone muchísimo.



El lunes en la mañana llego al trabajo y encuentro a mi chica fuego recostada en su mesa de trabajo con la cabeza sobre los brazos.

Sonríó. Me imagino que aún no se le pasa la resaca.

—Buenos días —saludo como cada mañana, alegre y feliz de empezar un nuevo día, al igual que siempre Charlotte es la única que me devuelve el saludo de mala gana pero ya ni caso.

Ocupo el asiento en mi lugar de trabajo y me giro hacia Paige al mismo tiempo que enciendo mi computador.

—¿Cómo lo llevas?

—Fatal —responde en el momento que medio se incorpora dejando descansar la cabeza en una mano.

—Ayer te llamé varias veces para saber cómo estabas pero no contestaste.

—Dormí todo el día, no hubo forma de que me levantara, me sentía demasiado mal. ¿Dime por favor que todo lo que creo que hice no es cierto?

Aprieto los labios para evitar sonreír ante su cara de horror y pena al mismo tiempo que afirmo con la cabeza.

—Ay padre, ¡qué vergüenza! —se lamenta enterrando su cara entre sus manos—. Y pensar que te vomité encima. ¡Qué horror! Nunca más podré mirarte a la cara sin pensar en eso.

—Paige, no le des tanta vueltas al asunto, no es nada. Todas nos hemos emborrachado alguna vez en la vida.

—Pero me imagino que no de una forma tan dramática.

—Eso es lo de menos, lo importante es pasarla bien y además David me prestó una camiseta... —hablando de eso, tengo que devolvérsela—...así que olvídale. Yo ya ni me acuerdo.

—¿Pero cómo no te vas a acordar?!

—De verdad, chica fuego, déjalo ya.

—¿Oh por Dios, eso también pasó?! —pregunta con el rostro más rojo que un tomate.

—Ajá, y te confieso algo... —prosigo bajando la voz— ...eres mucho más divertida siendo la chica fuego.

Ella se hunde más en el asiento, seguro queriendo desaparecer mientras que yo sonrío divertida. Lo más probable es que se atormente durante una semana pero de seguro será una historia que recordará toda su vida. Cuando uno se va para el otro mundo, eso es todo lo que uno se lleva, recuerdos y lo vivido.

Nuestra jornada laboral transcurre de lo más normal. No he visto a David por ningún lado. A las diez subo a la cafetería a buscarle un café bien cargado a mi chica fuego, también voy con la esperanza de verlo y poder devolverle su camiseta pero no aparece.

Por suerte para Paige, durante el día no tenemos ningún sobre salto, los clientes deben estar también de resaca porque el teléfono suena poco y las veces que lo hace, son para solicitudes sencillas.

A las cinco el piso empieza a quedarse vacío, todos se van marchando. Me quedo vigilando la puerta a ver si lo veo pasar y entregársela, bien pude hacerlo antes pero no quería que nadie en la empresa me viera y se hicieran una idea errónea.

Media hora más tarde, nada que pasa, ya deseo marcharme a casa por lo que me levanto y voy en su búsqueda.

Entro en su departamento y lo encuentro con el rostro serio y

concentrado en su ordenador.

—Hola —lo saludo casual intentando que éste encuentro sea de lo más normal y pacífico. Por lo menos eso espero.

Él levanta la vista de la pc, al verme arruga la frente, creo que sorprendido de verme aquí.

—Buenas tardes —responde escueto.

—Eh... yo, quería devolverte esto —anuncio sacando la camiseta de mi bolso—. Muchas gracias.

—No fue nada.

Le tiendo la bolsa con la camiseta por encima de la pantalla de la pc. En cuánto la agarra, me giro dispuesta a salir de aquí.

«Bueno, no fue tan difícil».

Después de todo, creo que sí podemos tener una conversación normal.

—¿La lavaste? —escucho que demanda cuando ya estoy en el quicio de la puerta.

Su pregunta me detiene en seco. Aunque más que su pregunta, fue su tono apremiante

¿Cómo qué si la lavé? ¿Y eso qué significa?

¿Acaso piensa que soy portadora del Ébola o algo parecido?

Me volteo y su cara de horror me lo dice todo.

—¡Por supuesto que la lavé! —respondo indignada y molesta—. Y muy bien lavada, tanto, que no queda rastro de mí en ella. Así que puedes estar tranquilo, además para que no te quite el sueño te informo, ¡que no tengo ninguna enfermedad contagiosa!

Dicho eso, doy media vuelta y me marcho de ahí dejándolo boquiabierto.

Así mismo, a ver, ¿pero quién se ha creído?

Mierda, le he vuelto a gritar.

«Eve, que es tu superior, un día vas a conseguir que te despidan».

Arrggg... pero es que éste tipo por más que no quiero, me saca el mal genio.

¡Y a mí quién me busca me encuentra!



Es miércoles y estoy concentrada en mi trabajo. De pronto recibo el mismo email que la semana pasada pero esta vez de un hotel diferente. Al igual que la otra vez llamo al hotel para verificar la razón y de igual forma me explican que mandaron un reporte de *stop Selling*.

Sigo al pie de la letra todo lo que me enseñó Paige la semana pasada y me cercioro que toda la información sea correcta.

Al entrar a la carpeta del cliente veo de nuevo quién es el culpable.

—¡La madre que lo parió! —Exclamo molesta mirando mi computadora, ganándome las miradas curiosas de mis compañeras.

—¿Qué ocurre? —me pregunta Paige con las cejas levantadas.

—El muy cabrón me la ha vuelto a hacer.

—No entiendo. ¿De qué hablas?

—Peter ha vuelto a vender una habitación que no estaba disponible.

Paige se levanta y viene a mi encuentro. Se inclina un poco y chequea la información que está en la pantalla.

—¡Qué bolas! De verdad, no me lo puedo creer. Con lo difícil que fue conseguir arreglar las cosas la última vez ¿y ahora qué vamos a hacer? Porque dudo mucho que volvamos a tener tanta suerte.

Me jode, me jode mucho que las personas sean tan desconsideradas.

¿Qué se ha llegado a creer éste tipo? ¡¿Qué voy a estar aquí resolviendo sus mierdas!?

Pues que mal me conoce.

Ahora mismo va a ver de qué pie yo calzo.

Me levanto de la silla poseída por los mil demonios y paso por al lado de Paige. Ella al ver la cara de malas pulgas que llevo, me agarra por el brazo.

—¿Y tú a dónde vas? —me pregunta deteniendo mis pasos.

—A resolver éste asunto, así que te pido por favor que estés pendiente de mi puesto por si entra una llamada.

—¿Pero a dónde vas? —repite.

—A ponerle los puntos sobre las íes al tal Peter ese.

—Ay Eve, por favor. No montes un escándalo.

Voy a tratar pero es que tanto descaro puede conmigo. De manera que no le hago caso y salgo disparada hacia el departamento de venta.

Cuando llego, es el mismo alboroto de siempre. Cada quién pegado a su teléfono, ofreciendo nuestras mejores ofertas. Parecen corredores de bolsas.

Para mi suerte, David no está en su escritorio. Peter acaba de colgar una llamada y se pone a hacer anotaciones en un papel. Con pasos firmes y tratando de mantener la profesional que llevo dentro, me acerco al tipo de piel morena.

—Me acaban de rebotar otra reserva.

Él levanta la cabeza con la frente arruga.

—¿Y? —replica con un tono chulesco.

Respiro hondo y cuento hasta diez para calmar mi mal carácter. Su actitud de chulito me saca de quicio.

—Pues que al igual que la otra vez el hotel no quiere confirmar y hay que avisar al cliente para encontrar una solución.

—Me imagino que si lo resolviste la otra vez, de igual forma lo puedes hacer ahora —me suelta con una sonrisa petulante.

Le voy a dar... juro que si sigue así, le voy a dar un cocotazo.

El tipo en definitivo, es más borde de lo que pensé. No obstante, recordando que soy nueva y el consejo que me dio Paige de no montar un escándalo; aprieto las manos para controlar mi cabreo.

—Peter, la otra vez fue casi un milagro. Sí pudimos resolver lo de la reserva pero esta vez el hotel ha sido claro, no la va a confirmar.

—Mira bonita, eso no es asunto mío, después de todo ustedes están ahí para resolverlo.

Su respuesta me desespera y muy a mi pesar saca a la superficie ese mal carácter latino que llevo dentro.

—Oye bonito, que somos el servicio al cliente y estamos para ayudar a los clientes... —digo de lo más chulesca, haciendo énfasis en la palabra “ayudar”—... no para resolver tus meteduras de pata. El otro día te salvé el culo pero no voy a seguir arreglando tu mierda, así que te aconsejo que llames al cliente y arregles tu lío.

En cuanto termino mis palabras, soy consciente de que me he pasado. Pero es que con tipos con éste, es imposible ser diplomática.

—Señorita Montés —escucho detrás de mí y un aire frío recorre mi espina dorsal al mismo tiempo que se me corta la respiración—. ¿Se puede saber cuál es el alboroto que está usted formando en mi departamento?

Me quedo fría. No me muevo.

Observo cómo Peter muestra una sonrisa de satisfacción y mi cabreo contra él aumenta. Quisiera poder darle una bofetada que le borre la risita ridícula de la cara.

Respiro hondo, llenándome de valor, me giro y enfrento a David.

Le hago un rápido resumen de lo su sucedido pero él no muestra ninguna reacción. Por un momento creo que todo lo que he dicho ha sido en vano, hasta que con un tono firme, que no deja lugar a duda de quién es el jefe, él mira por

encima de mi hombro y le dice a su empleado:

—Peter, vas a llamar al hotel y tratarás por todos los medios que le asignen la habitación que el cliente reservó. Si el hotel se niega a cambiar de opinión; vas a llamar al cliente, le explicarás la situación, ¿cómo? No lo sé y no me interesa. Le vas a proponer una habitación similar en el mismo hotel o en algún hotel vecino y si para tu mala suerte el cliente no acepta, le ofreces un *Up grade* en el hotel inicial y la diferencia de precio será reducida de tu comisión. Eso te servirá a verificar la disponibilidad de las habitaciones antes de realizar una venta. El servicio al cliente está aquí para apoyarnos y orientar a nuestros clientes durante su estadía, no para estar corrigiendo errores que bien pueden ser evitados con un poco de atención y un buen uso de la información en nuestra base de datos.

Peter aprieta la mandíbula, obviamente molesto pero no pronuncia ningún sonido, sólo se limita a asentir.

Yo estoy que salto del gusto. Sonrío satisfecha y giro sobre mis talones para salir de aquí de lo más espumosa. No bien he llegado a la puerta cuando David me llama con un tono severo.

—Señorita Montés.

Creo que me he alegrado demasiado rápido.

—La próxima vez que tenga alguna queja de uno de mis subordinados, le agradecería que tenga la amabilidad de venir y hablar conmigo directamente. No me gusta que se ande montando espectáculos en este departamento. ¿Le quedó claro?

«Clarísimo».

No respondo. Lo miro desafiante, furiosa de que me haya llamado la atención delante de los demás, como si yo fuera una niña de preescolar.

—¿Le quedó claro? —vuelve a repetir haciendo hincapié en cada palabra.

Afirmo con la cabeza muy a mi pesar y me voy.

Capítulo IX



Entre risas y burlas estoy con Paige recordando lo sucedido el sábado pasado mientras subimos el ascensor. Por fortuna ya se le pasó la vergüenza y comienza a ver lo divertido del asunto.

—¿Te apetece venir a almorzar con nosotros? —me pregunta ella.

Todavía no termino de digerir lo sucedido el miércoles cuando él me regañó delante de todos. Es viernes y desde el incidente evito mirarlo cada vez que nos cruzamos, aunque por donde quiera que me muevo siento como si no me quitara los ojos de encima, al menos que sean ideas mías.

—Lo siento chica fuego pero tengo planes.

Puede que suene a excusa pero no lo es. Anoche el guapetón de Daniel me mandó un mensaje invitándome a comer hoy al medio día. Será algo así como nuestra primera cita y estoy tan contenta que no me cabe la alegría en el cuerpo.

Paige tuerce el gesto desconcertada pero no dice nada.

Estoy segura que piensa que no quiero ir a comer con David. Ella insiste en que le dé una oportunidad. Lo he pensado pero todavía no estoy segura de querer hacerlo.

Es un todo: su forma tan tosca de ser, su aspecto y encima es un supervisor. Yo soy de las que digo, los jefes mientras más lejos, mejor. Es que ese hombre apenas si se ríe y yo soy de las que les gusta la pachanga, divertirme, vivir la vida. No creo que nos llevemos bien.

Ella se pone seria de repente y me siento mal. Le he tomado mucho cariño desde que nos conocemos y no quiero ningún tipo de malestar entre nosotras.

—Nena, he quedado con Daniel pero la semana próxima de seguro que me apunto.

Mis palabras la animan y sonrío de nuevo. Ella sabe lo mucho que me gusta Daniel y lo importante que esta salida es para mí. Es una forma de conocerlo mejor fuera de la cama.

Ha sido una semana larga. Me está costando adaptarme a mi nuevo ritmo de trabajo, nunca pensé que sería tan difícil y al llegar el final de la semana, estoy muerta de cansancio.

Son apenas las diez de la mañana y me cuesta mantener los ojos abiertos, mucho más concentrarme en lo que estoy haciendo en la computadora, de manera que me levanto y subo a la cafetería para un nuevo chute de cafeína.

En verdad lo necesito.

Mientras el buena gente de Ángel me prepara mi café cómo sabe que me gusta: ¡Bien cargado y bien rico! Me quedo en el mostrador hablando con él.

Me cuenta que es el segundo hijo de tres hermanos, que llegó hace tres años a Estados Unidos y que es colombiano. Pero eso último ya lo sabía por ése hermoso acento que tiene.

Me encanta cómo habla.

Y cuándo me suelta cosas como: “Ay mamacita, quién fuera mantequilla para derretirme en esa arepa” o “quién fuera bizco para verte dos veces.” Es

inevitable, termino muerta de la risa.

Es un sin vergüenza.

Puede que algunos sean groseros pero con ése acento tan sexy no se puede hacer otra cosa más que reírse y más cuando lo hace sin mala intención.

Ángel tarda más de lo normal en prepararme el café. A veces creo que lo hace adrede para alargar nuestros encuentros. Lo apresuro para que termine porque ya me he entretenido demasiado. En cuanto me entrega el café me volteo a toda prisa y me tropiezo contra un muro de músculos, derramando así mi tan deseado café.

—Lo siento —me disculpo a toda prisa. Al levantar la cabeza me quedo perpleja.

¿¡Otra vez!?

Joder, entre tantas personas que trabajan en este edificio me he tenido que tropezar con él.

Ahí está David con su barba de antaño y su cara de malas pulgas, acribillándome con la mirada.

—He visto personas torpes y despistadas en la vida pero donde llegaste tú... —gruñe malhumorado—... nunca tanto.

Sus palabras me molestan. Me he disculpado y además, como bien dijo él la primera vez: “Para tropezarse se necesitan dos” porque en este caso yo estaba distraída, ¿pero y él? ¿Cuál es su excusa?

—¿Has visto lo que has hecho? ¿Acaso no tienes nada mejor que hacer que ir por la vida tropezándote con las personas?

«Sí, y para mi desgracia contigo lo he hecho dos veces».

—¿¡Por qué no te fijas por dónde vas?! —continúa al tiempo que se sacude la camisa.

—Bájale un poco que me he disculpado y no fue intencional —me defiendo tratando de mantener la calma. Entiendo que esté enfadado pero no

me gusta su tono.

—Tu disculpa me vale, tengo una reunión en veinte minutos con el director y mira cómo me has dejado. Me has arruinado la camisa.

—¿De verdad crees que por un poco de café se va a arruinar la jodida camisa esa? Pues que mal me conoces. Vamos al baño de mujeres, te quitas la camisa y ya verás cómo en un pipas te quito la mancha —propongo para reparar el daño que he causado y por la misma ocasión llevar la fiesta en paz.

—Estás más loca de lo que pensé si crees que voy a entrar al baño de las mujeres —se niega.

Que terco.

Resoplo para no perder la paciencia.

—Está bien, si tanto te molesta la idea —digo poniendo los ojos en blanco—, yo no tengo ningún inconveniente en entrar en el baño de hombres.

—¡¿Pero tú eres tonta o no te enteras de nada?! ¡No pienso ir contigo a ningún lado! —grita llamando la atención de las personas repartidas por el lugar sobre nosotros.

Quisiera mandarlo a dónde se fue el padre a pie pero luego recuerdo quién es y lo importante que es para Paige, por lo que mandarlo a la mierda no estaría bien. Pero eso sí, cuando mis ojos se encuentran con los suyos, le digo de todo menos bonito.

—Entonces, si no quieres ir al baño quítate la camisa y yo me ocupo del resto —insisto al tiempo que mentalmente pido paciencia a todos los dioses, ángeles y santos que existe para no estrangularlo con la corbata. Cosa que sería una lástima porque es una linda corbata y lamentaría tener que arruinarla.

—¿Tendrías por casualidad vinagre? —pregunto en dirección de Ángel y él sacude la cabeza en negación—. Pues pásame una agua con gas y un poco de jabón líquido para el lavavajillas.

—¡Tú no te muevas! —ladra David al tiempo que lo apunta con un dedo

—. No necesito que busques nada. Deberías estar trabajando, en vez de andar bochincheando todo el rato como una vieja chismosa.

Ángel se queda perplejo.

A mí me entra ése no sé qué, que me suele dar y pierdo la poca paciencia que me queda.

—¡No señor! Con él no te metas. No vengas a pagar con él tu mal genio que no tiene la culpa —replico sin poder quedarme callada—. He sido yo quién lo ha entretenido más de la cuenta...

—También serás la causante de su despido —me corta arisco.

—¿Y tú quién te crees que eres? ¿El Dios del universo? —pregunto contagiándome de su malhumor.

La verdad no entiendo por qué tanto revuelo por una puñetera mancha. Si me hubiera hecho caso, ya lo hubiéramos resuelto.

—No pero estoy seguro que a su jefe al igual que a la tuya les encantaría saber que pasan más tiempo cuchicheando que haciendo por lo que se les paga, ¡Trabajar!

Sus palabras me sacan de quicio.

—Sabía que eras una bestia peluda gruñona —digo con toda la intención de molestarlo y sus ojos se abren sorprendido—, pero no que eras un chismoso.

—¿Cómo me has llamado? —pregunta desafiándome con la mirada.

—Chismoso, bestia peluda, gruñón, ¡Y la lista se ha quedado corta! —repito levantando la voz sin importarme una mierda que me esté fulminando con la mirada, ni mucho menos ser el centro de atención. De todos modos, seguro que mañana seremos noticias en los pasillos.

David gruñe cual león enjaulado.

Juraría que en este momento quisiera lanzarse encima de mí y aniquilarme aquí mismo.

—No te permito que me llames chismoso —se defiende a través de sus dientes apretados.

Curioso, lo de gruñón y bestia peluda no lo ha debatido.

—Debes de serlo para estar pendiente de lo que hago.

—Mira tú —dice burlón—. Te conocía torpe e impertinente pero no soñadora.

Lo miro con las cejas levantadas.

¿A qué se refiere?

—¿Soñadora?

—Sí, por llegar a pensar que a mí me importa una mierda de lo que hagas o dejes de hacer —me quedo muda ante el tono duro de sus palabras —... pero te aconseje que te bajes de esa nube porque ni me interesa, ni tengo tiempo que perder en niñerías.

Suspiro y ahogo un aullido de frustración.

Es que este hombre me desespera.

Es un idiota con “i” mayúscula.

¡No lo soporto!

—Pero da la casualidad que cada vez que vengo estás aquí —continúa exponiendo su punto como si de esa forma justificara su acusación.

—A ver, ¿pero tú te crees que todo es trabajo? —digo abriendo los brazos—. Pues te cuento que no somos robots, somos seres humanos y los humanos, por lo menos los “normales” —recalco para no decir, “menos los alienígenas como tú”—, socializamos de vez en cuando.

David achica los ojos y me lanza una mirada envenenada, yo se la mantengo, preparada para otro round.

Su pecho sube y baja.

Mi pulso está a mil.

Él abre la boca y yo ya estoy preparada para replicar. Sin embargo, bufa

y con pisadas fuertes y apresuradas, sale de la cafetería con un humor de los mil demonios.

Yo me desinflo en el sitio.

«Joder, menudo espectáculo el que hemos montado».



Estoy tan eufórica pese mi inconveniente con David que me he pasado el resto de la mañana pendiente del reloj; contando los segundos restante para el medio día.

A la hora del almuerzo salto de mi silla, me despido rápido de Paige y bajo a toda prisa.

En el ascensor le mando un mensaje a Daniel preguntando dónde nos vemos y él me responde que ha tenido un imprevisto y no podrá salir del estudio. A pesar de eso me dice que compre la comida en el camino y que comeremos allí.

Su mensaje me molesta y me decepciona un poco pero trato de ser positiva, todavía nos veremos aunque no sea en las condiciones que yo imaginaba.

Salgo de la empresa, me paro en el comercio de la esquina, pido algo de comer ligero para Daniel, con eso de que es modelo se cuida bastante y casi no come carbohidratos.

Quince minutos más tarde, ya con el pedido en mano, tomo un taxi de manera a llegar más rápido, solo tengo una hora y media para comer y quiero pasar el mayor tiempo posible con él.

Cruzar la ciudad es infernal, los tapones me retrasan, estoy ansiosa por llegar pero respiro para calmarme, después de todo, esto es Nueva York y el tráfico es parte de su encanto.

Veinte minutos más tarde al llegar al edificio donde están realizando el casting le envió un mensaje para avisarle que llegué. Me desespero en frente del edificio mientras espero su respuesta que llega diez minutos más tarde.

—Siento mucho la tardanza —se disculpa él cuando se acerca a mí casi a la carrera.

Lo miro atontada, está guapísimo con esos levy's ajustado y esa camiseta azul cielo cuello V que resalta aún más el azul de sus ojos. ¡Todo un bombonazo!

Tengo que pestañar varias veces para salir de mi ensimasmiento.

—No te preocupes, lo importante es que ya estás aquí —respondo dispuesta a empezar a disfrutar de nuestra cita.

Me acerco y le doy un beso, el cual él termina rápidamente.

Frunzo el ceño un poco desconcertada al ver su comportamiento tan distante.

—Lo siento, sé que te prometí un almuerzo en todo su esplendor pero me ha salido éste trabajo en último minuto y no podía zafarme.

Parece realmente afectado por lo situación. Así que evalúo la situación, es perder veinte preciados minutos a interrogarlo e intentar averiguar por qué luce tan distante o pasar un buen rato en su compañía. Me toma un segundo decidirme.

—No le des más vuelta —digo esbozando media sonrisa—. Mira, te traje una ensalada y una soda con gas, ¿dónde crees que podemos acomodarnos para comer?

Él se rasca el cuello, parece nervioso, mira a todas partes menos a mí.

—Éste..., sé que te dije que comeríamos juntos pero no puedo. Solo he bajado para decírtelo.

¡Qué! Tiene que ser una maldita broma.

He cruzado toda la ciudad para que él me salte con esa mierda.

Siento como mi cuerpo empieza a arder. Entrecierro los ojos y lo miro incrédula.

Estoy tentada a ponerle la ensalada de sombrero y mandarlo al diablo.

—De verdad quería que saliéramos a comer pero este trabajo es así, siempre estás corriendo y en el momento que menos lo piensas te están llamando. Soy nuevo en esta agencia y no puedo negarme cuando me consiguen un contrato.

Estoy frustrada y desilusionada pero sus palabras me parecen sinceras de manera que miro hacia el cielo y respiro hondo.

—No pasa nada, lo dejamos para otra ocasión.

Daniel sonríe. Se acerca a mí y me acaricia la mejilla con los nudillos.

—Te lo voy a compensar —me dice antes de inclinarse y besarme. En esta ocasión el beso es más largo, más profundo y más apasionado pero me sabe poco.

—Anda ve a trabajar —le digo terminar el beso.

Sonrío como una tonta. Soy consciente que se lo estoy poniendo fácil pero lo entiendo. No es sencillo integrarse ni en un nuevo trabajo, ni en una nueva ciudad.

Él agarra el paquete con la comida y regresa disparado por donde mismo vino.



Arrastrando los pies y con el ánimo por el suelo regreso al trabajo. Voy entrando al edificio cuando veo a Paige que se acerca al ascensor del brazo de David, quién se ha cambiado la camisa. Me detengo y los observo a distancia, tratando de entender qué es lo que los une y los vuelve tan amigos. Ella es menuda, frágil y, aunque es una chica muy dulce y un poco reservada, está

llena de vibra. Sólo le falta soltarse un poco las greñas. Mientras que él, es tan ermitaño, grande y salvaje. Son físicamente tan opuestos y sin embargo tan amigos.

David le dice algo, ella sonríe y ambos están perdidos en lo que sea que él le está contando, hasta que cómo si él sintiera que lo estoy observando levanta la cabeza y me mira por encima del metro sesenta y cinco de Paige. De inmediato siento como me arden las mejillas de pura vergüenza a la vez que me siento incómoda de que me haya atrapado en plan *voyeur*.

Él le dice algo, Paige se gira y la cara se le ilumina en cuanto me ve.

Ella lo suelta y viene a mi encuentro mientras que él sube en el elevador.

—¿Cómo te fue? —curioseosa sonriente.

Su pregunta hace que recuerde lo sucedido y se me encoge el corazón. Me había hecho muchas ilusiones con esa cita.

Paso cinco minutos a contarle toda la historia mientras que esperamos que baje el ascensor.

—Andaaaa, lo siento.

—No más que yo y encima ni siquiera pude comer. Mi hamburguesa estaba en la misma bolsa que su comida y ni tiempo me dio de decirle. Para qué decirte que me muero de hambre.

—Ya sé que es poco recomendable, ¿pero por qué no subes y comes algo en la cafetería? —me propone en el momento que llega el elevador y entramos.

Me gruñen las tripas, estoy tentada en decirle que sí, sin embargo en ese mismo momento nuestra jefa entra antes de que la puerta se cierre.

—No, ya no tenemos tiempo. Es una suerte que no llegara tarde —susurro para que sólo ella me pueda escuchar.

Llegamos a nuestra planta y cada una ocupa su puesto. Abro mi ordenador dispuesta a concentrarme sólo en el trabajo y olvidarme de todo lo

demás.

Veinte minutos más tarde estoy escribiendo un e-mail a un cliente con toda la información sobre un crucero que piensa realizar junto a su esposa por el Caribe, cuando siento que una persona se para a mi lado.

Despego la vista de la computadora y trago en seco al descubrir a David parado frente a mí con un vaso en la mano.

—Eh... te he traído esto —me dice tendiéndome el vaso y una barra de galletita con proteína.

Lo miro con la frente arrugada sin entender lo que sucede.

—Es un jugo natural —me aclara.

Puedo ver eso pero lo que no logro entender es por qué él me lo está dando a mí.

—Paige me dijo que no has comido nada... —añade, puede que ante mi evidente confusión— ...y como sé que no puedes subir a la cafetería te he traído algo para que aguantes hasta que se termine la jornada.

Boquiabierta me quedo. Le lanzo una mirada acusadora a mi compañera y luego lo miro de vuelta. No puedo creer que Paige le haya dicho eso pero sobre todo, no entiendo por qué se tomó la molestia si no somos amigos, no trabajamos juntos y nuestros pocos encuentros no han sido de lo más agradable que digamos.

Lo miro sin saber qué decir o qué hacer.

Es un gesto muy dulce y amable de su parte. Puede que sólo quiera enterrar el hacha de guerra y esta sea su forma de sacar la bandera blanca.

Una sensación cálida se instala en mi pecho y sin proponérmelo mis labios se curvan hacia arriba mostrando una tímida y agradecida sonrisa.

Le tomo el vaso y la barra de la mano.

—Gracias —digo con sinceridad.

Él me mira durante unos segundos y sin decir nada más se va. Yo me

quedo recostada de mi silla mirándolo totalmente desconcertada.

Capítulo X



No entiendo. Por más que lo pienso no entiendo por qué hice eso. Desde que esa mujer llegó a la empresa únicamente me ha dado dolor de cabeza. En primera, porque es una deslenguada maleducada, que no analiza las palabras antes de que salgan de su boca. En segundo, precisamente por eso, porque lleva trabajando aquí quince días y no me la he podido quitar de la cabeza. He tratado de encontrar una razón lógica y nada.

Al segundo día de estar en la empresa me encontré soñando con ella. Cuando me desperté tenía una dolorosa erección que decidí ignorar. Al entrar en la ducha traté de bajarme el calentón con el agua fría. Sin embargo, cada vez que cerraba los ojos, ahí estaban los de ella marrones esperándome y esa boquita bien afilada gritoneándome como una histérica, provocándome. Mientras apoyaba la mano en las baldosas y dejaba que el agua corriera por mi piel, aclarando el jabón, la imagen de ella allí conmigo me golpeó. Sin proponérmelo, empecé a acariciarme alimentando mis pensamientos de ella y en cuanto imaginé sus labios de un tono rosado natural alrededor de mi glande, succionando, tragándoselo entero, me corrí tan fuerte que por un momento llegué a pensar que caería de rodillas en el piso del baño.

¿Qué coño había pasado? No lo sabía. Lo único que tenía claro era que seguía visitándome en sueños, provocando que mojara mis sábanas pensando en ella.

Hacía mucho que no me sentía atraído de esa forma por una mujer, inquieto, curioso, excitado...

Cada vez que entro en la cafetería y la veo conversando y riéndose tan desenfrenadamente con Ángel, un instinto animal y primitivo sumerge en mí. Me dan ganas de estamparle mi puño en la cara por idiota, porque cada vez que la ve parece entrar en babamundo. Y eso es otra cosa que no logro entender, antes de que ella llegara Ángel me parecía un muchacho trabajador y hasta simpático pero ahora cada vez que lo veo, lo percibo como una amenaza que debo eliminar. Esta mañana cuando los vi juntos me entraron ganas de asesinarlo y aún más cuando ella lo defendió con tanto fervor. Sentía que la sangre me hervía en cada maldito vaso sanguíneo.

Estoy loco. Lo sé, jodidamente mal de la cabeza pero joder, por más que intento no mirarla me es imposible. Cuando se ríe abiertamente, detona naturalidad por cada poro y yo, sin proponérmelo, termino con mis ojos sobre ella.

Cierto, es una morena bonita, con una nariz fina y unos ojos preciosos, con una mirada intensa y transparente. No tiene los senos grandes pero sí un culo respingón bien puesto, aun así no me parece motivo suficiente.

«Mujeres más bellas he visto».

La semana pasada me quedé preparando un reporte de ventas, en general prefiero hacerlo cuando todos se han marchado para estar más tranquilo.

Al marcharme, cuando la vi parada esperando el ascensor dando golpes de cadera mientras tarareaba una canción, sentí una sensación de calor que me subía desde los pies hasta la cabeza y ya no puede dejar de mirarla.

Me quedé tieso mirando sus caderas moverse e inconscientemente mis

ojos bailaban al ritmo de sus movimientos.

Mierda, parecía un estudiante de secundaria, excitado por tan sólo un movimiento de cadera.

El sábado en la noche cuando le pedí que camináramos hasta su casa, lo hice con la intención de comprender por qué me perturba tanto, pero me fue imposible concentrarme en nada más que no fuera el hecho de ver que llevaba puesta mi camiseta. Y, joder como quise recuperarla en ése momento simplemente porque se la había puesto y su olor debía estar impregnado por todas partes. Iba cardíaco todo el camino, tratando de coordinar mis pensamientos. Encima la noche estaba calurosa, las estrellas y la luna hicieron acto de presencia. En resumen, una noche perfecta para un paseo nocturno. En ése momento, maldecí a los dioses por burlarse de mí y hacerme las cosas tan difíciles.

Estar a su lado era agotador. Tenía demasiadas cosas por controlar y sentimientos que descifrar. Al final dejé de intentar entender cualquier cosa y me enfoqué en disfrutar del paseo y del silencio agradable que nos envolvió.

Y hoy, cuando la vi observándonos a Paige y a mí, lucía triste, apagada, era la primera vez que la veía así desde que llegó. Ella siempre anda con una sonrisa en los labios, alegre.

¿Por qué siempre parece estar tan feliz? En ocasiones me pregunto, ¿de dónde se habrá escapando? ¿Un circo? ¿Una feria? Debía ser eso, para que siempre esté de buen humor con todos. Bueno, menos conmigo. A mí cuando me ve, me mira con cautela, con curiosidad como si yo fuera un animalito salvaje expuesto en una feria o a punto de saltarle encima.

Por un momento quise acercarme a ella y preguntarle qué le ocurría pero luego recordé que para ella sólo soy una bestia peluda. Por esa razón le pedí a Paige que fuera a hablar con ella y subí el ascensor a toda prisa. No contento con eso, tuve que escribirle a Paige para saber qué le había pasado y en cuanto

me comentó lo sucedido con su novio, sentí un pinchazo en el corazón, por el hecho de saber que no estaba disponible. No obstante, antes que la idea se materializara en mi cabeza, ya estaba caminando en dirección de la cafetería.

Me tomó quince minutos decidir qué le compraría, ya que no sabía lo que le gustaba pero como es mujer y ellas siempre están cuidando de su línea, le pedí un jugo de naranja natural y una barra de proteínas.

Pude mandárselo con Paige pero en el fondo quería que ella supiera que lo había hecho yo.

Ahí es donde no encuentro la lógica. ¿Por qué es tan importante para mí que ella lo supiera?

No lo sé, a lo mejor simplemente quería que viera en mí algo más que una bestia peluda.

Capítulo XI



Llego a mi casa y tomo una ducha. Esta noche hay juego y a pesar que RD perdió seis carreras a tres y fue eliminada por USA el martes en San Diego, hoy me toca apoyar el equipo de Molly, o sea, Puerto Rico. Ni modo, no queda de otra. Todo sea por la amistad y el amor al deporte.

Me preparo un sándwich de atún y me tiro en el mueble a matar un poco el tiempo viendo mentes criminales.

Termino el episodio con los mocos tendidos porque se ha ido mi Derek. Qué triste, con lo que me gustaba a mí el buenote de Morgan.

Me maquillo ligero, como hace un calor infernal me hago una cola de caballo, me pongo unos vaqueros y una blusa de tirantes con las letras "*I'm sexy and I know it*" que me regaló Molly para mi cumpleaños el año pasado.

Dispuesta a pasarlo en grande junto con mi compinche, abro la puerta y me quedo patitiesa cuando me encuentro con Daniel del otro lado apunto de tocar con una mano y una caja de chocolates en la otra.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto con desgana, aún no termino de digerir el plantón de la tarde.

—Sé que te he fallado y quería disculparme —responde con cara de

perro arrepentido.

Lo miro y cojo la caja de chocolates. En caso de que decida cerrarle la puerta en la cara por lo menos ya tendré los bombones en mi poder.

—¿Puedo pasar?

—De hecho iba de salida.

—Seré breve —replica de una vez en un tono urgente.

Quiero decirle que no, sé que debo decirle que no. Él tiene toda la pinta del *bad boy* rompe corazones estampada en la cara, razón por la que debería dejar las cosas hasta aquí.

La conciencia me grita ¡aléjate! Pero por experiencia sé que la vida es una, una corta y yo quiero vivirla intensamente. Además que él me gusta, de verdad me encanta, por ese motivo me muevo y le cedo el paso.

Una vez en el salón, mira a su alrededor, creo que curioseando un poco. Las dos veces que ha estado aquí apenas si hemos salido de la cama.

Una foto sobre una pequeña estantería le llama la atención, él se acerca, la toma y la observa durante unos segundos.

—¿Son tus padres? — me pregunta aún con la foto en mano.

Asiento.

—Tu padre era un hombre de color —afirma pero más que una confirmación, por su cara diría que es una pregunta.

—Creo que ya ha quedado aclarado que es mi padre —replico y no pasa desapercibida la amargura en mi voz.

—Pero tú eres blanca —insiste con la frente arrugada, creo que confundido.

¿Y ahora qué? Me molesta su comentario. ¿A cuento de qué viene esa pregunta?

En la fotografía también está mi mamá y él no ha dicho: “o pero tu madre es blanca”

Me ha tocado la fibra sensible, mi padre. Me acerco a él y le quito la foto de las manos de mala gana.

—Soy latina —le aclaro molesta—, pero no dejo de ser mestiza.

—Lo siento, no quise ofenderte, sólo era curiosidad. Aunque la pregunta ha estado de más, es obvio que es tu padre, te pareces mucho a él —añade con una sonrisa.

Lo miro pero no digo nada. De pronto me pican los ojos y aparto la mirada para clavarla en la fotografía. Me invade la tristeza, la añoranza de ellos. Los extraño horrores.

Extraño llegar a la casa y encontrar a mi mamá frente a los fogones horneando una de sus recetas. En ocasiones cierro los ojos y si me concentro lo suficiente me parece que puedo llegar a oler su famoso pastel de fresas. Y mi padre, a él es a quien extraño más.

Mejor no sigo por ahí porque me pongo sensiblon.

Tomo un hondo respiro y alejo los pensamientos, eso sí puedo hacerlo, porque lo que es el dolor, disminuye con el tiempo pero nunca desaparece.

—Descuida, no has hecho ni dicho nada malo —digo suavizando el gesto.

Reconozco que cuando se trata de mis padres siempre estoy a la defensiva.

—Yo siento mucho lo que pasó hoy al medio día, me hacía mucha ilusión comer contigo pero soy nuevo en esta agencia y tengo que aceptar todo lo que me propongan, si no otro lo hará por mí. Así es este trabajo y yo llevo mucho queriendo hacerme un nombre en este medio. Tengo veinte y seis y ahora que por fin estoy obteniendo resultados, no quiero meter la pata.

Lo contemplo unos segundos, de verdad parece agobiado por lo sucedido. De pronto me siento mal y hasta un poco egoísta. Es su trabajo, no puedo molestarme por algo así y más cuando sólo ha pasado una vez.

Sonrío de forma sincera.

—Está bien. No pasa nada, olvidemos el asunto.

—Entonces, ¿estoy perdonado? —inquire con cara de pillo.

—Sí, estás perdonado.

Él se acerca despacio como cazador vigilando su presa y me toma por la cintura.

—Qué bueno porque me moría de ganas de hacer esto.

Dicho eso se inclina y me besa con ternura y yo, como boba, me derrito toda.

—Me gusta tu blusa —me dice al romper el beso—. Que sepas que yo también pienso que eres sexy.

Yo sonrío medio encantada y medio avergonzada.

Daniel se inclina y me da un ligero mordisco en la oreja.

—Y te lo pienso demostrar en cuanto te lo quite y estés desnuda ante mí —continúa él susurrándome al oído en un tono seductor.

Yo sonrío con nerviosismo.

¡Dios santos! Como me enciende cuando me habla así, sin reparos ni rodeos.

—Lo siento guapo pero he quedado con Molly para ver el juego —le informo empujándolo ligeramente para poder mirarlo a los ojos—. ¿por qué mejor no vienes conmigo?

—Lo siento preciosa pero sabes que a mí ese deporte no me va.

—Lo sé, pero no tendríamos que quedarnos todo el juego, sólo sería un rato y de paso conocerías a mi mejor amiga.

Yo sé que es un poco pronto para las presentaciones, lo nuestro es algo nuevo pero de verdad me gusta mucho y quiero que Molly lo conozca y me diga si estoy perdiendo el juicio.

Vamos que apenas si lo conozco y me trae vuelta loca y sin idea.

—No sé cariño, ha sido un día largo y estoy cansado.

Respiro, lo miro y lo doy por perdido. Otro día será.

—Bueno, ya voy tarde. Me tengo que ir.

—Está bien —me dice y se inclina. Estampa sus labios contra los míos y me besa, pero no es un beso tierno como el anterior. Es un beso exigente. Abro la boca y le cedo el espacio. Su boca me devora, no me da chance a nada. Nuestras lenguas se encuentran y mientras el beso se torna más apasionado e íntimo, él baja sus manos por mis espalda y me atrae hacia sí, haciendo que el deseo crezca en mí.

—Tengo que irme —anuncio cerca de sus labios.

—Lo sé —me dice y vuelve a comerme la boca.

El beso de torna salvaje, ardiente. Me acaloro.

—De verdad me tengo que ir —vuelvo a repetir entre beso y beso con la respiración a mil pero no con la misma seguridad de antes.

—Lo sé —vuelve a repetir con la respiración igual a la mía—. Algo que deberías saber de mí es que se me dan bien los polvos rápidos.

Me río a carcajadas. Será creído y sin vergüenza.

—Aunque te deseo tanto que quizás deberías avisarle a tu amiga que llegarás un poquito tarde —prosigue levantándome del piso y llevándome hasta el cuarto. Con sus manos por todas partes de mi cuerpo, se me hace imposible negarme.

Éste hombre me ha lanzado un hechizo del cual no quiero salir.

En lo que canta un gallo, estamos los dos desnudos de pie enfrente de mi cama.

Con una mirada abrazadora me recorre de arriba abajo y toda yo me estremezco ante su penetrante mirada.

Me pongo de puntillas, entrelazo mis manos detrás de su cuello y busco sus labios. Es un beso tierno que me llena de calidez y que enciende la llama

de la pasión dentro de mí.

Me muero por estar con él, pero no quiero prisas, sino todo lo contrario, quiero que se pierda en mí de una forma lenta y apasionada.

Poco a poco me va tumbando en la cama. Al separar sus labios de los míos, se inclina y recorre el centro de mis pechos. Primero con besos suaves, hasta que se desplaza y llega al pezón; pasa la lengua con ligereza alrededor de la aureola, luego chupa el pezón, tira de él con suavidad y yo enloquezco.

El fuego recorre mis venas, mi cuerpo. Mi sexo pide su atención a gritos, lo deseo con una intensidad que me sobrepasa.

—Eres preciosa —me dice.

Introduce un dedo en mi interior a un ritmo lento y enloquecedor pero ejerciendo la presión precisa en esa parte de mi cuerpo que tanto anhelaba su tacto. La sensación es maravillosa.

Él vuelve a poseer mi pecho al mismo tiempo que continúa bombardeando su dedo en mí.

—Daniel —jadeo, poseída por la lujuria.

Él abandona mis pechos para regresar a mis labios, me devora y yo aprieto más mi cuerpo al suyo buscando sentir su cuerpo duro, su calor.

Cuando se separa de mi boca me mira con los ojos encendidos por la pasión. Yo paso mi mano por su torso, deteniéndome unos segundos en su pecho y tirando con la fuerza necesaria sobre su pezón. Daniel cierra los ojos y gime. Le gusta, lo descubrí la última vez que estuvimos juntos.

Él estira su mano y coge un condón que hay sobre la cama, se lo pone y mirándome a los ojos se introduce en mí.

—Mmmmm —jadeo al sentir como me llena, como nos fundimos en uno, como cada parte de mi cuerpo cobra vida.

—Quédate conmigo esta noche —susurra cerca de mis labios con la mirada oscurecida y un tono ronco.

Cierro los ojos, pienso en Molly, nunca le he fallado, los juegos son sagrados para nosotras. No obstante, no quiero alejarme de él.

—De acuerdo —digo y espero de corazón que Molly lo entienda.

Capítulo XII



El domingo la sensación de hacer pis me despierta. Siento un cuerpo duro, sudoroso y cálido abajo de mí. Abro los ojos y descubro feliz que se trata de Daniel.

Intento no despertarlo y salgo de la cama. Corro al baño, me siento en el batee y hago pis.

Al terminar me miro en el espejo, desgredada, legañosa y con residuos de maquillaje. Todo un espécimen.

Me pongo una bata corta de *Hello Kitty* que tengo colgada en la puerta del baño y después de parecer un poco más persona regreso al cuarto.

Cuando entro, Daniel ya está de pie poniéndose su ropa.

—¿Qué haces?

—Vestirme.

—Ja ja —ríó irónica —eso ya lo veo listillo. Lo que quiero saber es, ¿por qué te estás vistiendo?

—Tengo que ir al gym.

Echo un vistazo al despertador que está en la mesita de noche.

—¿Al gym? ¿En serio?

—Aja.

—Tú no haces las cosas a medias, ¿eh? Gimnasio y todo.

Él sonríe.

—Tengo que mantenerme en forma.

—Pero si sólo son las siete de la mañana —me quejo.

—Lo sé y ya se me hizo tarde.

Me siento en la cama y lo observo. Por suerte me he cubierto porque me sentiría incómoda desnuda delante de semejante hermosura.

—Pensé que pasaríamos el día o por lo menos la mañana juntos —digo con pesar.

—Podemos hacerlo.

Sus palabras me reaniman de nuevo.

—¿De verdad?

—Claro, puedes venir conmigo al gym. Digo, lo paga la agencia pero puedo llevar a un invitado.

Tuerzo el gesto. No era realmente lo que tenía en mente.

Me levanto dispuesta a usar mis dotes de seducción y me acerco a él, me pongo de puntillas y lo beso suavemente.

—¿Y por qué no dejas de ir aunque sea sólo por hoy —demando mientras le acaricio el torso por encima de su camiseta a la vez que le lanzo una mirada seductora—. De todos modos, creo que ayer hiciste suficiente ejercicio.

Sus labios se curvan en una dulce sonrisa.

—Si te quedas, prometo mantenerte bien ejercitado para que tu agente no te ponga quejas.

—Mmmm.. No me tientes —me pide junto antes de acunar mi rostro entre sus manos, inclinarse y besarme con ternura.

—Te llamo más tarde —prosigue después de romper el beso.

Y dicho eso, sale de mi casa dejándome abrumada y llena de sentimientos encontrados.



Me paso el día dando vueltas en mi apartamento tratando de entender mi rollito con Daniel.

Al final me hartó de pensar tanto en lo mismo. Miro por la ventana, el día está precioso de manera que decido salir a disfrutar de un lindo día soleado.

Tomo el metro y decido visitar a Molly al trabajo pero antes hago una parada rápida.

Llego a la cafetería, miro a través de la puerta de cristal antes de entrar, veo al tirano de Henry detrás de la caja registradora, por lo que decido no hacerlo.

Toco el vidrio para llamar la atención de mi amiga, Molly levanta la vista de su libreta y al verme tuerce el gesto. No está contenta pero eso ya me lo imaginaba.

Veó como le hace seña con un gesto de la mano a su jefe. Me alejo unos pasos y me recuesto en la primera pared que encuentro. Cinco minutos más tarde Molly sale del local a mi encuentro. Tiene los cachetes colorados, toda pinta de estar cabreada.

—Al parecer mi deseo de que el tipo ese te matara a polvazos no se me concedió —me dice al llegar donde estoy.

—Piensa, si eso hubiera pasado, te hubieras quedado sin mejor amiga— digo haciendo un mohín.

—Una amiga traidora que me dejó tirada para tirarse a su vecino de ojos bonitos y de pene depiladito.

Sonrío.

—Además, si me hubieran matado a polvo, ¿quién te hubiera traído esto? —continuo mostrándole lo que llevo en la mano.

Sus ojos se iluminan al ver la bolsa de Valentinos's, su heladería preferida pero de inmediato se recompone y vuelve a estar seria.

Al parecer el helado no será suficiente. Está verdaderamente molesta.

—Lo siento, ¿de acuerdo? Sé que fui una mala amiga y que no debí dejarte plantada por un buen polvo. Te prometo que es la primera y última vez que eso pasa.

—Espero de verdad que haya valido la pena porque estás a un *out* de que no te hable nunca más —añade antes de tomarme la bolsa de mi mano.

Sonrío victoriosa. Seguirá molesta uno o dos días pero luego se le pasará.

—¿Y dónde está el culpable de que haya perdido 20 dólares? —demanda mirando a su alrededor.

—¡Molly! —la reprendo—. ¿Cuántas veces te he dicho que no andes apostando?

—No me digas nada, estaba aburrida y sola.

—¿Cómo que sola? ¿Y Justin?

—No vino, no sé qué le sucede. Últimamente anda medio raro —me informa encogiéndose de hombros con aire abatida. Luce triste. No me gusta verla tan desanimada.

—Anda, quita esa cara. Seguro que estaba haciéndole algún recado a la pesada de tu suegra. Todavía no entiendo cómo una mujer tan amargada, pudo traer al mundo a un hijo con un corazón tan grande.

Ella gira medio cuerpo en dirección de la cafetería, yo la sigo con la mirada y ambas descubrimos a Henry parado en la puerta con cara de malas pulgas, dando ligeros golpes sobre su reloj de mano.

—Hablando de amargados —dice Molly en medio de un suspiro—, debo regresar.

La observo, sigue seria pero creo que ya no es por mí, más bien es por lo que sea que sucede con Justin.

—¡Hey! Esta noche te paso a buscar al cierre, nos vamos a mi casa y tenemos una noche solas tú y yo, ¿qué te parece la idea?

—Está bien, pero sólo porque quiero que me cuentes con lujos y detalles lo que pasó con el señor pene depiladito. Quiero saber por qué no vino contigo.

Asiento.

Ella sonrío al fin antes de marcharse.

—Ah por cierto —grita na vez que llega a la puerta de la cafetería—, me debes 20 billetes.

—Molly, en serio te pasas.

—Tú fuiste quien me dió plantón.

Esboza una sonrisa malévola antes de entrar y yo me quedo ahí, parada sonriendo también.

« Ay Molly, ¿qué haría yo sin ti? »



Días después casi no he visto a Daniel, nos escribimos por WhatsApp pero está tan ocupado entre casting y casting más su rutina diaria en el gimnasio que cuando llega en las noches está tan agotado que no saca tiempo para nada más.

Este trabajo le pide que esté tan perfecto que ayer me descubrí mirándome en el espejo y encontré algunas que otras celulitis. Creo que yo también debería empezar a cuidarme un poco más.

El equipo de Molly ganó el miércoles, por lo que se enfrentará contra Estados Unidos en la final que se jugará la semana próxima. Después del último plantón tengo interés en no perdermelo si es que quiero conservar nuestra amistad.

—¿Las tienes? —le pregunto a Molly en una nota de voz mientras subo por el ascensor.

—¿Qué cosa? —inquire Paige a mi lado.

Voy a responderle cuando escucho el pitillo del WhatsApp anunciando un nuevo mensaje. Le doy a reproducir a la nota.

“Yeah Baby”

Escucho su respuesta y quisiera ponerme a gritar ¡sí, sí! Pero las demás personas que van conmigo pensarían que estoy loca, así que me conformo con sonreír complacida.

—Son unas entradas para ir a ver a Wason Brazoban —respondo en dirección de Paige que todavía me mira esperando una respuesta.

—¿Y ése quién es?

—Es un cantautor Dominicano, de vez en cuando hace una gira por los barrios hispanos parlantes de Estados Unidos y cuando está en la ciudad siempre lo voy a ver.

—¿Y cuándo es eso?

—El viernes de la semana próxima —respondo en el momento que llegamos a la planta y salimos del elevador—. ¿Te gustaría acompañarnos?

—No lo creo, mi español es tan bueno como mi vida amorosa.

—¿Has vuelto a ver a Brad?

—Sí.

—¿Y?

—Nada. Seguimos en las mismas: una mirada rápida y un tímido

“buenos días” cuando nos topamos fuera del edificio. Siempre me le quedo mirando a ver si se anima y me invita por fin a salir pero nada, de nada.

—¿Y en qué quedó eso de dar el primer paso?

—No lo sé —dice en el momento que se deja caer en su silla—. Ya no estoy tan segura.

Empezamos nuestra jornada laboral pero Paige no vuelve a hablar lo que es extraño en ella, desde que la conozco siempre tiene un chisme o una anécdota que contar. De manera que a las diez de la mañana, es mi turno de arrastrarla hasta la cafetería para intentar levantarle el ánimo.

Subimos, voy hasta el mostrador por mi dosis diaria de cafeína. Al llegar hay una larga fila, visualizo a Ángel, pongo mi mejor sonrisa y le hago una seña con la cabeza, gesto que capta de una vez para tomar mi pedido. Por si la sonrisa no fuera suficiente le pico un ojo de forma cómplice. Sé que le gusto, también sé que soy mala por aprovecharme de eso pero soy mujer y una tiene que saber usar sus armas.

—A ver... ¿qué te preocupa? —inquiero poniendo un vaso de café frente a ella y ocupando el asiento de al lado.

Paige mira el vaso, desvía su mirada hacia la fila y luego me mira sorprendida.

—Guao... ¿cómo lo has hecho?

—El arte de la seducción —digo chasqueando los dedos y mirando en dirección del mostrador donde Ángel continúa mirando hacia nuestra mesa.

—¿Ves? Eso precisamente es lo que me preocupa —dice desanimada.

—A ver, explícate.

—Me gustaría ser más como tú y Molly. Ustedes son mujeres atractivas, seguras y si les gusta un tipo van por él sin sentir miedo de ser rechazadas. Incluso Molly con sus michelines se siente más atractiva y segura que yo.

—Hey, hey frena el carro ahí chica fuego —le pido divertida con la última parte de su oración—. Mira que si Molly te escucha hablar de sus michelines capaz te deja calva.

—Perdón; no quise sonar despectiva. Es que a veces pienso que a lo mejor no le gusto lo suficiente o por lo menos mi aspecto no es lo suficientemente atractivo para pedirme una cita.

—Pero cómo no le vas a gustar si eres una chica hermosa. Lo que pasa es que no le sacas provecho a esos hermosos ojos verdes que tienes —comento mientras le echo un poco de azúcar y muevo mi vaso—. Deberías dejar de esconderte detrás de tus anteojos y quizás, si te animaras a usar ropa un poco menos holgada, estoy segura que estarías guapísima.

Ella continúa meneando el contenido de su vaso pensativa sin todavía tomar un sorbo de su café, puede que esté analizando mis palabras. Al cabo de unos segundos levanta la vista, sin embargo no parece convencida del todo.

—Mira Paige, todas las mujeres son lindas y atractivas a su manera, sólo es cuestión de saber sacar esa *femme fatal* que todas llevamos dentro —acercó mi silla un poco más a ella y le aprieto la mano con cariño—, como diría Molly si estuviera aquí: “nada que no se consiga con un buen corte de cabello y un pantalón bien ajustado.”

Ya mucho más animada regresamos a nuestro puesto de trabajo. Hemos quedado que en la semana iríamos de compra para mejorar un poco su aspecto y darle un toque más juvenil.

Aprovecho y le pregunto si no conoce un gimnasio que no sea muy caro, me responde que no sólo no conoce uno que no sea muy caro, sino que ninguno en general ya que en su vida ha pisado uno.

Sin embargo, recordando que David suele correr en el parque que está cerca de su casa algunos días en las mañanas, se le ocurre la brillante idea que podemos empezar a correr con él. Después de quince minutos de hablar del

asunto y en los cuales recuerdo que he aceptado darle una oportunidad a David, además que necesito hacer ejercicio pero no tengo dinero suficiente para apuntarme en un gimnasio, aparte de que estoy convencida que sola nunca voy a comenzar a ejercitarme, me sumo a la idea.

Sólo espero que a él no le moleste, ya que cada vez que salimos a comer al medio día, lo único que hace es escucharnos a Paige y a mí hablar sin parar y cuando decide aportar algo a la conversación, lo hace en monosílabas.



Al final del trabajo me paso por la cafetería y encuentro a Molly con los codos apoyados en la barra, la cabeza enterrada en sus manos y la vista perdida a lo lejos. No tiene pinta de tener el mismo ánimo de esta mañana cuando hablamos por WhatsApp.

—¿Qué te ocurre? —demando al pararme frente a ella.

—Es un mal parido mentiroso... es que ganas no me faltan de agarrar a golpes al muy cabrón —suelta al incorporarse y yo me quedo pasmada ante semejante metralleta de insultos.

—Dime a ver, ¿ahora qué ha hecho el tirano de Henry?

—No, si por primera vez ése no me ha hecho nada. O sea, aparte de que sólo le faltaría que me pidiera que le hiciera el saludo militar al llegar en las mañanas, nada novedoso —me informa en dirección de la máquina de café.

—Entonces, ¿de quién hablas?

—¡De Justin! —prosigue molesta.

—¿Pero se puede saber qué te ha hecho el pobre?

—¡Pobre!.. Si ya veo que al igual que a mí, a ti también te tiene engañada el muy sin vergüenza.

Elevo los ojos al cielo a la vez que sacudo la cabeza negando para mí

misma. No tengo ni idea de que habrá hecho Justin pero estoy segura que Molly está exagerando.

—Podrías dejar de despotricar y decirme ya qué fue lo que hizo —le pido en el momento que pone la taza de café frente a mí.

—Me engaña, el muy bastardo me engaña.

Tiesa me quedo, con la taza a medio camino de mi boca. No me lo creo. Es que ni aunque me lo pinten, canten o dibujen. ¡Qué no! Pero si Justin es más bueno que el pan, aparte de que está requete enamorado de Molly.

—Vamos... por favor. Eso no es cierto —comento saliendo de mi asombro.

—Ni más ni menos, para que te enteres.

—Pero Molly, ¿cómo estás tan segura?

—Últimamente siempre llega tarde en la noche, según él muy cansado... ¿Tú crees? ¿Qué tan cansado puede estar si es profesor de español por favor? —explica gesticulando con las manos a la vez que alarga la última palabra para hacer más énfasis en sus dudas—, y cuando vengo a meterme en la cama ya está roncando.

—Mujer, pero eso no quiere decir nada —digo devolviendo la taza a la barra y respirando más aliviada. Seguro que Molly se está ahogando en un vaso de agua, no puede ser de otra forma.

—No, espera que ahora viene la mejor parte. Hoy me ha dicho que estaba en casa de su madre, ¿y adivina qué?... que diez minutos más tarde me llama mi suegra y me dice que le recuerde llevarle el estetoscopio de la Doctora Juguete que se le quedó a Kiara en nuestro departamento cuando la cuidamos semanas atrás, ¿recuerdas?

Asiento. Por supuesto que lo recuerdo, la sobrina de Justin es una hermosura de cinco años pero lo que tiene de hermosa, lo tiene de agotadora. Es imposible no recordarla.

—Entonces yo, todavía ajena a lo que está ocurriendo —continúa ella indignada—, le pregunto que por qué no se lo dice ella misma y mi suegra que como tú bien sabes, es todo un encanto —prosigue poniendo los ojos en blanco e ironizando—, me contesta como si yo fuera la mujer más estúpida de la bolita del mundo, que porque no logra comunicarse con él al móvil, ¿lo puedes creer?

Es cierto que todo lo que dice deja mucho que pensar, no obstante me cuesta. No consigo creer que mi flacuchento la esté engañando.

—Molly, yo entiendo que puedas pensar eso, pero la verdad creo que debe haber otra explicación.

—La única explicación es que ya no le gusta —prosigue afligida—, yo sé que he subido unas libritas pero no es como para que se busque una Barbie esquelética...

—Cariño claro que no —la interrumpo antes que siga fantaseando, porque conociéndola como lo hago, de seguro ya se imagina a Justin dejándola, viviendo con otra y teniendo trillizos—, además tesoro, Justin adora cada una de tus libras.

—Yo... ya no estoy segura —dice y entonces se le llenan los ojos de lágrimas no derramadas. Lo que me da a entender que no es un melodrama más, el asunto de verdad le preocupa. Molly es una persona con mucho carácter. No es alguien que se derrumba con facilidad.

—¿Por qué no lo hablas con él? —pregunto bajito en el momento que le pongo mi mano sobre la suya y busco su mirada triste.

—Ya lo he pensado pero ahora mismo no puedo. Tengo cosas que aclarar primero.

Decido quedarme un rato más hablando con ella, animándola. Media hora más tarde aún no lo he conseguido por lo que termino quedándome hasta

el cierre. Regresamos juntas, la acompaño hasta su casa y de ahí me voy para la mía pensando en la inseguridad de Paige, los chichos de Molly y mi celulitis. Es increíble todas las inseguridades que las mujeres podemos sacar a flote por culpa de los hombres.

Al llegar a mi piso Daniel me espera con unos negativos de unas fotos que le han tirado y que saldrán la semana próxima en la revista *Vogue*. Me pide todo emocionado que le ayude a elegir las mejores tiras. Por supuesto, las fotos se la han sacado junto a una Barbie que saca a flote todas mis inseguridades y que reafirma mi idea de que debo empezar a cuidarme más y hacer más ejercicio.

Capítulo XIII



El viernes al salir del trabajo arrastro a Paige a mi pasatiempo favorito: ¡las compras! En camino hacia aquí Molly no dejó de despotricar en mi contra, que si era una mala amiga y una traidora por irme de compras sin ella. Traté de calmarla diciendo que se lo compensaría pero cuando me envió un emoji con un puño levantando el dedo corazón, decidí crear un grupo en el cuál estuviera Paige, para que ella también fuera víctima de sus insultos. Después de todo, vamos de compras por y para ella.

Al llegar a Macy's, Molly claudicó únicamente cuando Paige le prometió que le dejaría cortar las puntas de su cabello.

Pobrecita no sabe en el lío que se ha metido.

—¡Válgame Dios!... pero has visto los precios —clama Paige al ver el precio de una blusa de tirantes veraniega—. ¿A ti se te olvidó cuál es nuestro sueldo? Porque si tal es el caso déjame decirte que no hay forma que yo me compre varias blusas así de costosas.

—No estás aquí para mirar precios —digo quitándole la etiqueta de la mano y empujándola por el pasillo—. Estamos aquí para encontrarte un nuevo *look*, ya después resolveremos el asunto del precio. Además debes aprender a

darte un gustito de vez en cuando, no mirar los precios, sólo dejarte llevar y cometer una locura.

—¿Y eso cómo se hace?

—Sencillo... sales, entras a una tienda, arrasas con todo, al puro estilo Julia Roberts en *Pretty Woman* a diferencia que en vez de que sea un millonario quién te pague las compras, lo haces tú misma. Cierras los ojos, pasas tu tarjeta de crédito y luego, durante dos meses te vuelves loca porque tienes que pagar la tarjeta de crédito y no sabes cómo, pero en cuanto te pones la linda ropa que compraste y te miras en un espejo, estás tan divina que te dices a ti misma: “el sacrificio valió la pena”

Y dicho eso Paige pasa las dos horas siguientes midiéndose: camiseta menos grises, más bien de colores pasteles, faldas tejanas que muestran más piernas, pantalones más ajustados que resaltan sus curvas y algún que otro vestido veraniego. Al verla medirse tanta ropa no me puedo resistir y me uno a ella aun sabiendo que no podré comprarme nada. Nos llevamos un montón de ropa a uno de los probadores, hacemos todas las combinaciones habidas y por haber, nos reímos y disfrutamos como niñas. Paige se la está pasando tan bien que he tenido que ser yo quién dijera “basta” para detener el monstruo que yo misma he creado.

—No pensé que me reiría tanto comprando ropa.

—Si ya te lo digo yo, parecías una chiquilla en la noche de navidad.

—Es que nunca imaginé que sería tan divertido.

—Al escucharte pensaría que es la primera vez que vas de *shopping*.

—No, ya lo he hecho antes —dice y al escuchar la debilidad de sus palabras me veo en la obligación de girar la cabeza y mirarla con las cejas levantadas.

—¿Con quién? Y mira que tu madre no cuenta —bromeo.

—Ja ja ja, que chistosa... —dice sarcástica pero muy a su pesar se ríe y

luego añade—: suelo venir sola o cuando David viene a comprar si necesito algo aprovecho y lo compro.

Joder no sé cuál de las dos opciones es más triste: si el hecho que sea un hombre el que te acompañe o venir sola.

—¿Y no tienes amigas?

—Claro que tengo pero no son del tipo con las que sales de compras.

—Y eso que sólo hemos comprado, aún nos falta la parte donde vamos a la peluquería, te haces la manicura, pedicura y sales siendo otra persona, totalmente rejuvenecida —comento mientras salimos del departamentos de damas y cruzamos el de caballeros—, pero eso lo dejaremos para cuando Molly esté libre porque si no, no quieras tú saber la que nos va a montar.

Ambas nos reímos sólo de imaginarlo.

—Dime una cosa, al final nunca me has contado cómo es que tú y David se hicieron amigos.

—Mis padres me habían comprado una bicicleta nueva, mi papá tenía que irse a trabajar y me dijo que al regresar me enseñaría pero yo estaba tan ansiosa que no me aguanté las ganas y tomé la bici sin que mi mamá se diera cuenta. Salí a montar, o por lo menos quería intentarlo, de manera que pasó lo que tenía que pasar...

—¿Se conocieron? —la interrumpo totalmente absuelta en la historia.

—No... ¡Qué me partí hasta la madre! —añade y yo me río. Es raro escucharla hablar así—. Y cómo si no fuera el peor de mis males, lo hice delante de un grupo de chicos del barrio y como era de esperarse cuando ocurren esos casos, todos se echaron a reír, menos él. David se levantó y me ayudó a pararme del suelo. Me preguntó si no sabía montar y le dije que no, que era mi primera bici y que mi papá estaba trabajando y no podía enseñarme, así que él muy caballeroso se ofreció a hacerlo. Desde entonces somos inseparables.

—¿Y nunca ha pasado nada de nada entre ustedes?

—¡No! —replica rápidamente horrorizada. No sé porque se sorprende tanto, creo que todas nos hemos colado en alguna ocasión por nuestro vecino del al lado. Sino, miren a mí que ando arrastrando los huesos por Daniel.

—Jamás —añade ella—. Siempre lo he visto como un hermano mayor y creo que él me ve de la misma forma.

—¿Y siempre fue así de serio? —pregunto sin poder controlar mi curiosidad.

—No, antes de Sam él era diferente.

—¿Y quién es Sam?

Pero bueno, ¿y es que no puedo cerrar la boca? Siempre quiero saber más y más.

—Sam era...

De pronto se queda callada y me aprieta su mano alrededor de mi muñeca obligándome a detenerme.

—¿Qué pasa? —pregunto extrañada.

—Es... es Brad —tartamudea.

—¿Dónde? —inquiero levantando la cabeza y buscando a mí alrededor, lo que es tonto ya que no tengo la menor idea de cómo es.

—El que está mirando los calzoncillos —me informa con la mirada puesta en él. Sigo la dirección de sus ojos y lo veo en todo su esplendor: alto, castaño claro, casi tirando a rubio. No luce nada mal o por lo menos desde aquí.

—¿Qué esperas para ir a saludarlo? —le vuelvo a preguntar al ver que se ha quedado petrificada en el sitio.

—¿Y qué... qué le voy?

—Por el momento un “hola” estará bien y ya después la conversación fluirá por sí misma —la animo tirando de ella hacia dónde se encuentra Brad

sosteniendo unos calzoncillos de... ¿Corazones?

«Qué raro».

Para mí ya perdió todo su atractivo con esos calzoncillos.

—Hola —lo saluda ella tímidamente, en un tono tan bajo que no tengo idea de cómo él la ha escuchado. Pero curiosamente lo hace. Él se distrae de su tarea y levanta las cejas sorprendido. Luego con disimulo trata de regresar los calzoncillos a su lugar. Si de lejos me parecían feos, de cerca son horriblos.

—Hola —responde él de vuelta forzando una sonrisa—. ¿Cómo estás?

—Bien.

Él mueve la cabeza asintiendo a su respuesta y yo me le quedo viendo, esperando un... “¿qué tal?” “Qué casualidad”, o “estás hermosa hoy”. Cualquier cosa que haga que la conversación fluya, pero nada. En vez de eso se produce un incómodo silencio. Uno en el cuál pude haber rezado dos Ave María y un padre nuestro.

Ladeo la cabeza y miro a Paige para ver si consigo hacerle algún gesto con los ojos para que reaccione y diga algo, ¡de por dios! Pero ella sigue embelesada y no me mira. Y como ya no aguanto más, vamos que me aburro a mares profundos, decido echarle una mano.

—Eh... Paige, ¿no me habías dicho que tenías prisa porque ibas a llevar el ordenador al técnico?

Mis palabras la sacan de su estado catatónico y me mira desconcertada.

—¿Ah?

—Eso que me comentabas hace rato, que tenemos que ir a ver si encontramos al técnico abierto —insisto estancando los ojos en su dirección pero ella ni se entera. Sólo me falta sacar el cartel de “sígueme la corriente” pero como la chica es más lenta que una tortuga en entendimiento de signos,

me doy por vencida y me giro hacia Brad.

—¿No sabrás de uno por casualidad? Y si es posible que sea bueno y no muy caro.

—Yo... yo puedo ayudarla.

—¿Tú? —pregunta Paige sorprendida con su respuesta y a mí me entran ganas de patearla para que abra los ojos.

—Sí, soy informático.

—Oye, pero es que el mundo es un pañuelo —continuo yo fingiendo inocencia.

Ambos se activan y empiezan a hablar y yo quisiera gritar: ¡Sí, por fin! Él le pide el número para quedar en la semana e ir a revisar la pc. Mi amiga toda emocionada, no deja de asentir a todo con cara de tonta y de sonreír nerviosa. Luego de intercambiar algunas palabras más se despiden y él se marcha. Paige se gira hacia a mí y me mira con cara de agobio.

—Dios mío, Dios mío, ¿pero cómo supiste que era informático?

—Paige, tú para usar anteojos ves muy poco —me quejo entornando los ojos—. Lo leí en el carnet de su trabajo que lleva colgado en el bolsillo de su camisa. Dice programador, o sea, que algo de informática tiene que saber.

Ella se ruboriza, creo que avergonzada de no haberse fijado en algo tan evidente.

—¡Mierda, pero mi computadora funciona perfecto! —clama con estupor al darse cuenta de la mentira que he montado.

—Tú tranquila, la mía lleva más de cinco meses arrinconada en algún lugar de mi apartamento. He querido llevarla al técnico pero sólo la revisión te cuesta un ojo de la cara, de manera que lo deje por perdido. Así que acabamos de matar dos pájaros: tú obtendrás una cita y yo por fin podré volver a usar mi computadora.

Ambas lanzamos una carcajada y seguimos nuestro camino en dirección

de la caja, en donde a Paige se le borra la sonrisa en cuanto la cajera le dice el total a pagar.

La miro divertida.

—Ya me lo agradecerás en tu cita con Brad.

Capítulo XIV



El sábado en la mañana me despierto con las energías al top y decidida a cumplir con mi nueva resolución. Le mando un mensaje a Paige para saber a qué hora y en dónde nos encontraremos para ir a correr. Su respuesta no se hace esperar y me dice que nos juntaremos en Prospect Park dentro de treinta minutos.

Tomo una ducha rápida, me pongo una lycra, unos tenis, una camiseta, me hago una trenza y agarro una manzana. Estoy lista para irme.

Al salir a la calle el día está hermoso así que me voy caminando y de esa forma aprovecho y me doy un baño de sol que buena falta me hace.

Media hora más tarde llego a paso lento al parque cuando veo a David parado de brazos cruzados contra un árbol.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto cuando estoy en su campo de visión.

—Esperando a Paige, ¿y tú, qué haces tan lejos de tu casa?

—Quedé en verme aquí con ella. Ambas hemos decidido empezar a correr.

Mi respuesta parece sorprenderle.

—Yo llevo rato esperándola, así que suerte con eso —dice con sorna—.

Ya me decía yo que era extraño, llevo corriendo muchos años y nunca ha querido venir conmigo, de repente me dice que se le antoja empezar a hacer ejercicio —prosigue incrédulo, entendiendo al igual que yo la jugarreta que nos ha hecho la pelirroja.

Pero es que si no me da una buena razón para su ausencia, hablaré con Molly y cuándo le vaya a cortar las puntas, me aseguraré que la deje como Demi Moore en *Ghost*.

No puedo creer que Paige me haya hecho esto. Nuestra chica fuego no resultó ser tan inocente como pensé. Es cierto que desde que David me llevó el jugo el otro día, hemos decidido enterrar el hacha de guerra pero no cómo para que surja algo entre nosotros.

—Bueno ahora es distinto.

—¿Por qué?

—Porque le gusta un muchacho y quiere verse bien para él.

—¿Y esa también es tu excusa? —suelta de golpe mirándome directamente a los ojos con interés y su pregunta me agarra desprevenida. Me desconcierta, después de todo, ¿qué puede importarle a él las razones por la que yo hago esto?

—Yo ya tengo a alguien en mi vida pero sí, eso también va para mí.

Él chasquea la lengua al tiempo que se descruza de brazos y se aleja del árbol.

—Ambas están locas —replica en un tono seco, puede que molesto—. Ustedes están bien como están.

—Eso lo dices porque no eres tú quién tiene que verme desnuda —le suelto sin pensar.

Él ladea la cabeza y me mira de arriba abajo. Sus ojos se oscurecen, me penetran y siento una extraña sensación de estar desnuda ante él, me incomoda y de inmediato lamento haber dicho esa frase.

—Lo único que digo es que si van a hacer ejercicio, deben hacerlo por ustedes misma, no para agradarle a algún descerebrado.

«Daniel no es ningún descerebrado».

Sus palabras me molestan, abro la boca para soltarle una de mis perla pero luego la cierro.

Mi vida es mía y no tengo porqué darle explicaciones.

Tuerzo el gesto pensando seriamente en dar la vuelta y regresar por donde mismo he venido pero luego pienso que estoy resuelta a hacer esto y además ya estoy aquí.

—¿Ya terminaste de correr?

—No, apenas empiezo.

—¿Puedo correr contigo?

—Si es lo que quieres.

Que joder con este hombre. ¿No puede sencillamente responder un simple “sí”?

Elevo los ojos al aire y empiezo a correr antes de que me arrepienta.

Ya me he alejado unos metros, cuando veo que él no me sigue. Giro medio cuerpo y lo veo plantado ahí mirándome de una forma extraña.

—Pensé que el arte de correr, era precisamente esto que yo estaba haciendo, mover los pies y avanzar — digo con ironía luego de devolverme y estar a su altura .

—Antes de correr y sobre todo si es tu primera vez, debes empezar calentando los músculos.

Lo miro y resoplo.

Este hombre me desespera.

Me volteo y de mala gana subo un pie en un banco y me bajo estirándolo, luego repito la misma acción con la otra pierna.

—¿Y tú no te vas a estirar?

—Ya lo he hecho.

Cinco minutos después de haber estirado cada parte de mi cuerpo, me giro y lo encuentro con la mirada a lo lejos, fijada en ningún lugar en particular.

«Ni siquiera está mirando si lo hago bien».

Seré idiota, debí marcharme en cuanto supe que Paige no vendría. Es más que claro que mi presencia le molesta.

—Ya está —le suelto malhumorada.

—Bien, ahora ya estás lista para correr cinco kilómetros —replica y creo que lo dice irónicamente. Sin embargo, con éste hombre nunca se sabe, así que no estoy segura.

—Dije que quiero estar en forma, no prepararme para correr el maratón de verano.

Él sacude la cabeza, negando para sí mismo. Creo que está exasperado. Bien, porque a mí también me exaspera su actitud.

—Como tú quieras, solo avísame cuando desees parar.

—Perfecto.

Empezamos a correr en un silencio total, al principio lo agradezco pero luego de quince minutos, tanto silencio me empieza a agobiar. Me distraigo mirando a mi alrededor, sin embargo, llega un momento en el que ya he mirado: el cielo, las nubes, los pajaritos cantando, los árboles, los demás corredores paseando sus perros y estoy hasta la coronilla de tanto silencio.

«Y ni siquiera me traje el iPod».

Claro, como creí que estaría la traidora de Paige, pensé que nos la pasaríamos cotorreando todo el rato y que no me haría falta.

Ladeo la cabeza, y ahí está él, con la cabeza en alto y la vista al frente, igual que un militar durante su entrenamiento.

Al cabo de veinte minutos ya no aguanto más.

—Dime una cosa, ¿cuando empezaste a correr hiciste un voto de silencio o algo por el estilo? Te lo pregunto para saber si vas a mantener tu estado de mudismo durante todo el trayecto.

—¿De qué quieres hablar?

—Yo que sé: del clima... los problemas que hay en el medio oriente, cualquier cosa... Por lo menos es lo que suelen hacer las personas normales, hablar para conocerse.

—No me gusta hablar si no tengo algo que decir.

Dios mío, ¿pero éste hombre de donde ha salido?

—Claro, tú sólo hablas cuando es necesario —digo sarcástica, imaginando lo aburrido que debe ser eso.

—Exacto.

Joder, pero es que me entran ganas de darle unos cuantos cocotazos a ver si reacciona. No entiendo cómo una persona puede vivir de una forma tan robóticamente monótona. ¡Eso no es vida!

—Te propongo un juego.

Él gira la cabeza y me mira cómo si estuviera a punto de hacerle una propuesta indecorosa.

—¿Qué clase de juego? —inquire con cautela.

—Uno sencillo, ya verás. Es el juego de las veinte preguntas. Yo te hago una y tú tienes que responder de la forma más sincera que puedas. Luego es tu turno y puedes o hacerme la misma pregunta u otra, como lo prefieras.

—¿Y para qué sirve eso?

Paciencia, paciencia, Dios mío dámela para no colgarlo aquí mismo.

Respiro hondo.

—Para hablar y de paso conocernos mejor.

Lo observo esperando alguna reacción de su parte, me parece ver un brillo en sus ojos, puede que el juego no le sea tan mala idea, así que me

animo a seguir.

—Como yo fui quién propuso el juego, empiezo, ¿de acuerdo?

El asiente.

Bien. Todo lo que me interesa es hacerlo hablar de manera que suelto lo primero que me viene a la mente.

—Si pudieras irte de vacaciones, ¿a dónde irías?

Su frente se arruga, creo que analizando la respuesta. Abre la boca para contestar pero de una vez la cierra.

Arrrggg... es increíble que hasta para responder una simple pregunta tenga que darle tantas vueltas.

—Espero por todos los dioses que no estés pensando en decirme qué te irías de mochilero por Europa del Este y unirte a los franciscanos para ayudar a los más desfavorecidos —suelto exasperada por su silencio prolongando.

—¿Qué tendría de malo? —pregunta en un tono defensivo y yo no puedo creer que haya acertado.

—No, si no tiene nada de malo. Al igual que no lo tiene armar un rompe cabezas un viernes en la noche, o aprender mandarín en tus tiempos libres — digo, imaginándolo a él haciendo todas esas cosas—. Lo que pasa es que es aburrido y son cosas que haría una persona que no sabe cómo divertirse. A parte que ir de mochilero por Europa no es algo que yo haría durante mis vacaciones.

—¿Ah no?

—Hum, Hum.

—¿Y qué me propondría señorita diversión?

—Pues yo te aconsejaría que fueras a un lugar exótico, caluroso, algo así como... ¡Brasil! —propongo ignorando su tono irónico y sus ojos se abren como si estuviera diciendo el disparate más grande del mundo—. Piénsalo — le pido deteniendo mis pasos, él se detiene a mi lado pero sigue trotando—.

Rio de Janeiro, sol, zamba, mujeres hermosas caminando por la playa con sus diminutos bikinis brasileños. ¡Oye! Que te alegraría no sólo la vista sino también el cuerpo, si entiendes lo que quiero decir —termino guiñando un ojo en su dirección pero a él parece no darle ni frío ni calor por lo que claudico. Con éste hombre no hay quién pueda. Que se vaya con los franciscanos o hasta el mismo vaticano para hacerse Papa si eso lo hace feliz. Total, ni me importa.

—Tu turno —digo con desgana retomando la carrera.

—Te devuelvo la pregunta, ¿dónde te gustaría ir?

—¿A mí? ¡A París! —grito con una sonrisa de oreja a oreja, sólo de pensarlo me emociono.

—¿Por qué Francia?

—Un momento, no he dicho Francia, dije ¡París! que es muy diferente. ¿Y el por qué? Pues por todo: la *mode parisienne*... —digo imitando el acento francés que escucho en las películas—... tomar algo sentada al pie de la Torre Eiffel, caminar en la noche por los campos éliseos, visitar Notre Dame de París, el palacio de Versalles...

—Okey, ya lo entendí —me corta medio divertido—. Te gusta París.

—Gustarme es poco, ¡me encanta! Y si algún día ahorro lo suficiente, no lo pensaré dos veces, tomaré el primer avión e iré a cumplir mi sueño de conocer *la ville lumière*.

Giro la cabeza y lo descubro observándome detenidamente. No me había fijado, sus ojos miel lucen más claro a la luz del sol. No sé si es por su penetrante mirada que no me deja pero me parecen hermosos.

Pestañeo para poder dejar de mirarlo y miro al frente.

«Eso fue raro. ¿Por qué ya no me incomoda su mirada?».

Debe ser porque ya no está tan serio. Luce más relajado y puede que por eso yo también me sienta menos a la defensiva en su presencia.

—Te toca —me dice sacándome de mis pensamientos.

—Está bien. A ver... ¿Qué libro has empezado a leer pero por una u otra razón no lo has podido terminar?

—Crepúsculo —anuncia y yo me quedo con el ojo cuadrado.

—¡En serio!

Vaya, pero si el señor aburrimiento es una caja de sorpresa.

—Sí —prosigue encogiéndose de hombros—. Paige me tenía loco hablando del tal Edward que al final terminé comprando el libro, pero la verdad no entiendo cómo esa clase de lectura puede gustar, es tan poco creíble como que los marcianos viven en martes.

—Pues no sabes de lo que te pierdes, a mí me gustó mucho, lo único es que yo prefiero al morenito.

Oh sí, *team Jacob forever*.

—¿Y ése cuál es?

—El lobo.

—No sabía que había un lobo en la historia, pensé que trataba de vampiros.

—Si lo hubieras leído hasta el final lo sabrías.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Eso, que si has dejado un libro sin terminar.

Lo pienso un momento, sí he dejado un libro pero como me encanta fastidiarlo, decido no decirle cuál, en vez de eso le suelto una de las mías.

—Me fue imposible terminar “Pídeme lo Que Quieras”.

Él gira la cabeza y me mira con las cejas levantadas, no entendió nada. Normal, le he dicho el título en español.

—No me suena, ¿de qué va?

Mis labios se curvan en una sonrisa malévol.

—Pues es un libro erótico donde el protagonista masculino introduce a

la protagonista femenina en un mundo de puro morbo, sexo caliente, intercambio de parejas, tríos...

Él se detiene de golpe y me mira con los ojos como platos.

Su cara es un poema y yo suprimo una risa traviesa que amenaza con salir.

—¿Me estás jodiendo? —inquire descolocado, incrédulo.

«Oh no querido, de hecho es una lástima que no esté en inglés, porque no te caería mal leerlo y perderte tras las puertas del *Sansations*. Estoy segura que se te quitaría un poco la amargura».

Me río sólo de pensarlo.

—Sí, estoy bromeando. Claro que lo terminé, y no sólo eso sino que también lo devoré y lo disfruté al máximo. De hecho creo que deberías leerlo, puede que aprendas algo de Eric y Björn.

—¿Y esos quiénes son? —inquire con los dientes apretados.

—Los protagonistas masculinos de la saga.

De pronto se pone serio, su rostro se ensombrece y se acerca hasta estar frente a mí. Al ser yo más pequeña que él y encima estar en tenis, tengo que levantar la cabeza para poder mirarlo a los ojos.

Su mirada dura y amenazante me atraviesa y tengo que tragar en seco.

Ay virgencita, creo que lo he cabreado de verdad.

—¿Estás insinuando que tengo algo que aprender con relación al sexo? —pregunta sin dejar de mirarme con el pecho subiendo y bajando. Su mirada es tan intensa que yo por primera vez me quedo muda en su presencia. Él al ver que no respondo añade con la voz ronca—: porque si es el caso, quizás deberías darme unas clases privadas, aunque a lo mejor te sorprendas y pueda que sea yo quién termine enseñándote algo.

Joder, esa última frase salió tan sexy que me muerdo el labio para evitar decir una estupidez.

Es que apenas ha dicho eso y me han venido todo tipo de imágenes a la cabeza de nosotros dos...

Oh nooooo. Padre amado, ¿qué me pasa?

Debe ser el calor que me está afectando el cerebro.

Yo y mi bocota. ¿Pero por qué no me puedo quedar callada?

Es su culpa, él tiene algo que me lleva a querer picarlo todo el tiempo.

Tomo un hondo respiro y pestañeo varias veces para salir del trance que me han causado sus palabras poniéndome cada vez más nerviosa.

—Sólo estaba bromeando —replico bajito.

—Bien. Pero para tu información mi vida sexual y yo estamos muy bien. Gracias por tu interés —prosigue molesto traspasándome con su intensa mirada mientras me observa sin pestañar.

Esta vez sí que lo he cabreado.

«De acuerdo, me lo he ganado».

A los hombres no le gustan que pongan en duda su virilidad y yo me he pasado insinuando que tiene cosas que aprender. Después de todo, yo que voy a saber, a lo mejor es todo un Dios en la cama y se le da muy bien el sexo.

¡¿Pero a mí que más me da todo eso?!

«Eve, mi hijita, tienes que parar».

Seguimos corriendo otra vez rodeados por el silencio. Yo ya no tengo ganas de seguir jugando por lo que me mantengo calladita.

Es más creo que es mejor regresar a mi casa.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

Asiento.

—¿Por qué no usas tu nombre completo?

Lo miro sin entender de lo que habla. O sea, ni modo que todos me llamen, Eve Montés.

Creo que se da cuenta de mi confusión porque rápidamente añade:

—Quiero decir, ¿por qué te presentas con el nombre de Eve en vez de Everest?

Me detengo en seco. Lo miro sin ocultar mi asombro.

¿Cómo lo sabe?

No creo que Paige se lo haya dicho, dado que luego que Molly metiera la pata, el lunes al regresar al trabajo le explique mis razones y ella me prometió no decir nada.

Ahora es mi turno de estar molesta.

—¿Has estado espiando mi expediente?! —le grito colérica.

—¡No! Yo... sería... sería incapaz de hacer eso.

—¿Entonces cómo lo sabes?

—El día que llegaste, tu expediente estaba encima del escritorio de Hope y vi el nombre por casualidad, luego cuando te presentó supe que eras tú, aunque me sorprendió que te presentara como Eve en vez de Everest.

Intento controlar mi mal genio, respiro pausadamente y me paso una mano por la cara.

Se me quitaron las ganas de seguir con esto, de manera que me doy la vuelta y empiezo a hacer el camino de forma inversa.

—¿A dónde vas?

—No lo ves, de regreso a mi casa.

—¿Estás molesta?

Me quedo callada.

—A ver, te encanta andar por ahí juzgando y sermoneando a los demás pero cuando se trata de ti en seguida te bloqueas y te montas sobre tu cabello dispuesta a salir a toda prisa.

Ignoro sus palabras y continuo mi camino.

—Vaya, me alegra ver que no eres inmune a todo, al parecer también tienes tus debilidades.

Será imbécil.

Es que si no se calla, le voy... le voy a dar un guantazo para que cierre la boca.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta tu nombre? —prosigue él al mismo tiempo que siento como me empieza a hervir la sangre—. ¿Te avergüenzas de llevar el mismo nombre de una montaña?

—¡Serás hijo de..! —digo al mismo tiempo que levanto la mano para voltearle la cara de una bofetada pero él me agarra el brazo, tira de él con fuerza, pegándome a su pecho e inclinando la cabeza hasta estar a tan solo unos centímetros de mi rostro.

—¿De qué?

—¡Eres un cabrón de mierda! —Lo insulto soltándome de su agarre—. Y para que lo sepas idiota, no me avergüenzo de mi nombre, más bien todo lo contrario, me enorgullezco.

—Seré todo lo que quieras pero no soy un cobarde como tú. Me has llamado de todas las formas posibles y nunca me has visto salir corriendo. Si tanto te enorgulleces de tu nombre, entonces, ¿por qué lo escondes?

—¡Porque me cansé de que la gente pisoteara y llenara de burlas algo que es tan sagrado para mí! —grito sintiendo como se me nubla la vista y la voz se vuelve pesada.

El rostro de David se dulcifica y me contempla como si me viera por primera vez.

—¿Por qué es tan importante para ti? —pregunta con voz suave.

Y sin saber exactamente por qué, me veo explicándole algo que hasta ahora sólo lo sabía Molly.

—Porque me lo puso mi padre —susurro.

Sus cejas se levantan, confundido. Yo sé que lo que he dicho no explica las razones por lo que prosigo.

—Cuando mi papá era joven su sueño era escalar el monte Everest, o por lo menos intentarlo —digo y una sonrisa amarga se apodera de mis labios —, durante muchos años ahorró hasta el último dólar para realizar ese viaje y el día que lo logró, mi mamá le anunció que estaba embarazada. Como comprenderás, el viaje quedó descartado, ya que el dinero que había reunido serviría para buscar una casa más amplia y preparar todo para mi llegada. Por eso me bautizó así, según sus propias palabras, yo fui y siempre seré su Everest. El desafío más grande e importante de su vida. ¿Ya ves porque lo hago? Tampoco pretendo que lo entiendas, con que yo sola lo sepa me basta y me sobra —le suelto con la voz cargada por la emoción que me proporcionan esos recuerdos.

Aparto la vista y aprieto los ojos, no quiero que las lágrimas me traicionen y derrumbarme delante de él que sigue ahí plantado, mirándome con pena. Nunca me ha gustado que me miren así, como si fuera una niña rara, rota.

—Everest es único, algo así como tú. Me gusta —dice y luego empieza a correr.

Yo me quedo ahí de pie, mirando su espalda ancha y antes de que me dé cuenta, mis labios se curvan en una sonrisa ante la sorpresa de su respuesta. Esperaba que cualquier cosa saliera de sus labios, menos eso.

Sus palabras me llenan de calidez y de un sentimiento que no logro entender.

Capítulo XV



La mano me hormigueaba, el deseo de tocarla era demasiado grande y tenía que salir corriendo para no terminar acercándome y acariciándole la mejilla para luego estrecharla entre mis brazos.

Sabía que había algo detrás de su nombre, lo supe desde el día que llegó a la empresa y se presentó ante todos con el nombre de Eve. Hablé con Paige para sonsacarle la información pero no hubo forma, la chica no quiso soltar prenda.

Everest es un nombre hermoso, con fuerza, único, al igual que lo es ella. Sin embargo hoy la vi diferente, vulnerable. Tenía ese brillo de felicidad al igual que de pérdida inigualable, tanto, que no puede evitar conmoverme y emocionarme al verla tanta distinta.

¡Maldita seas mujer! Me tienes en un estado de alerta constante. Cuando te tengo cerca siento un aleteo desconocido que me recorre todo el cuerpo. Tengo que controlar simultáneamente: la vibración de mi cuerpo, el corazón que amenaza con salirse de mi pecho y el hormigueo de las manos que mueren por tocarte.

Intento por todos los medios no perder el control con ella pero no me lo pone fácil.

Como hace rato cuando se agachó para estirarse, dándome un buen vistazo de su trasero dentro de ese pantalón lycra gris con una raya color fucsia al costado, tuve que mirar a lo lejos, un punto imaginario, cualquier parte que no fuera ella y esas nalgas que me tienen idiotizado. Era pasar por antipático o por perverso. Por suerte, llevo un pantalón holgado que me permitió esconder la tremenda erección que me provocaron sus movimientos.

Además que no me da tregua.

Pero es que esa mujer carece de pudor y vergüenza. ¿Cómo se le ocurre hablarme del dichoso libro ése? ¿En qué estaba pensando?

“Trio, intercambio de pareja...” Ella está intentando matarme en el acto, ¿o qué? Puede que sea un poco ermitaño, reservado ¡pero sigo siendo un hombre! Ella no puede pretender decir esas cosas y que yo me quede indiferente.

Joder, llevo más de un año sin echar un polvo y viene ella y pone esas imágenes en mi cabeza.

Y ahí estaba yo, excitado, con el corazón martillando en mi pecho, con la segunda erección de la mañana que me había provocado sus comentarios y que estoy seguro seguiré teniendo durante semanas, mientras la imaginaba a ella en cada una de esas situaciones. Y viene ella, como siempre de deslenguada y me dice que tengo cosas que aprender.

Yo, aprender cosas de un maldito personaje literario de un libro erótico. Joder, me cabreeé tanto que lo único que quería era tomarla allí mismo, de todas las formas posibles, hacer que se corriera una y otra vez, para demostrarle que no tengo nada que aprender de un jodido personaje literario.

Estoy que no veo por llegar al apartamento y poder pegarme una ducha fría a ver si se me baja el calentón.

¿A quién pretendo engañar?.. Estoy deseando llegar para poder masturbarme y hacer desaparecer la erección de caballo que tengo.

Joder, por culpa tuya me duelen hasta los huevos.

Capítulo XVI



El domingo apenas pongo un pie fuera de la cama me quejo del dolor. Me duele todo el cuerpo, pero sobre todo las piernas y el único culpable de mis males, es él.

«David» —pienso con una sonrisa.

Es que después de nuestro pequeño altercado por culpa de mi nombre, seguimos corriendo y jugando a mi juego de preguntas, al final le confesé que el libro que no había terminado fue el de Romeo y Julieta.

“¿Por qué?” —preguntó él y le fui sincera.

“Porque es Shakespear y para mí es como si estuviera en ruso”.

Recuerdo gratamente el estallido de carcajada que lanzó, fue agradable escucharlo reír tan abiertamente, su risa fue cálida. Se veía diferente y me gustó mucho más ese David, risueño y relajado. Al final terminamos corriendo cinco kilómetros y ni yo misma me lo creía.

Sin embargo, aquí está la consecuencia, creo que durante una semana caminaré como si tuviera algo metido entre el culo.

Como no es mucho lo que puedo hacer en mi estado, le mando un mensaje a Daniel, me responde que está en el Gym y que luego se pasará por

aquí para anunciarme una sorpresa.

«Para variar» —pienso con ironía, ¿y ahora con qué sorpresita me saldrá?

Me doy una ducha, me pongo un pijama cómodo, cojo una botella de vino tinto y me tumbo en el sofá dispuesta a relajarme y pasar un día tranquilo, acompañada de un maratón de *How To Get Away With Murder* por Netflix.

Después de cuatro episodios estoy tan agotada que me quedo frita en el mueble. Cuando me despierto ya es de noche y Daniel nada que da señales de vida. Así que apago el televisor y me voy acostar.



El lunes en la mañana de vuelta al trabajo, estoy en la cafetería por mi dosis diaria de cafeína, es que yo sin café no soy persona. Estoy sentada leyendo el periódico cuando veo llegar a Paige y sonrío encantada al ver que me ha hecho caso y se ha puesto una falda jeans arriba de las rodillas, unas botas vaqueras y una camisa verde limón que escogimos juntas y que resalta el color de sus ojos. Se ha hecho una cola alta y se ha puesto un poco de maquillaje. Camina en mi dirección con torpeza e inseguridad a toda prisa, creo que trata de pasar desapercibida pero falla totalmente porque giro la cabeza y encuentro a media cafetería mirándola, incluso el indeseable de Peter está boquiabierto con un cruasán a medio camino de su boca.

—Oh por Dios, siento que todo el mundo me mira —me dice al llegar a la mesa casi a la carrera y ocupar un asiento frente a mí al mismo tiempo que se acomoda los anteojos.

—Es algo bueno. Deberías estar complacida porque estás preciosa.

—¿Estás segura? Mira que me siento desnuda.

—Tesoro, estás perfecta. Es sólo cuestión que te acostumbres a no pasar

desapercibida, aunque te faltó algo.

—¿Qué cosa? —inquire mirándose desconcertada así misma.

—Seguridad. Cariño, puedes ponerte lo que quieras pero debes saberlo llevar con la frente en alto, es lo que le demuestra a los demás que tienes confianza en ti misma y que te importa un rábano lo que ellos piensen de ti, que sólo tu opinión cuenta.

Ella sonrío complacida.

Bajamos de la cafetería y al llegar a nuestro puesto de trabajo, Lizzy y Charlotte se quedan igual que los demás, pasmadas por el nuevo look de mi chica fuego.

Empezamos a trabajar de lo más a gusto mientras Paige me explica que Brad la llamó el domingo y que quedó en pasar a revisar la pc cualquier día de la semana. Entre llamada y llamada vamos armando varios temas de conversación para que las cosas salgan cómo ella quiere.

Al medio día bajamos a la tienda de la esquina y comemos con David. Por primera vez desde que almorzamos juntos la comida resulta de lo más amena, su actitud es otra, es más abierto y participa en la conversación de vez en cuando. No deja de estar serio pero está más receptivo. Tanto, que descubro que le gusta el béisbol y lo invito a ver la final el martes por la noche junto con Molly y Justin. Para mi grata sorpresa no se niega y hasta Paige termina animándose y se suma a la lista.



Llego a mi edificio como a las siete de la noche, agotada. Ha sido un día largo. Recojo el correo y subo los escalones a paso lento mientras leecho un vistazo rápido.

—Hola preciosa —me saluda Daniel agarrándome por la cintura y

sobresaltándome.

—Mierda, casi me matas de un susto —me quejo en el momento que se me caen los sobres de las manos.

—Lo siento, te he visto a distancia y he corrido para alcanzarte pero ibas tan centrada en tus papeles que no me has visto llegar —dice y las comisuras de sus labios se curvan en una sonrisa de niño travieso. Se ve tan feliz y relajado con su cabello alborotado que termino contagiándome con su entusiasmo y me sonrío yo también mientras me agacho a recorrer el correo que se me ha caído, pero él se me adelanta, se acuclilla y lo recoge por mí.

—¿Se puede saber qué es lo que mirabas tan distraída? —pregunta divertido y después baja la mirada a uno de los sobres que acaba de tomar. De repente su sonrisa se convierte en una carcajada. En un principio pienso que es por la revista que recibo semanal sobre mi horóscopo hasta que lo veo leer detenidamente el destinatario.

—¿¡Everest!?! ¿Tu nombre es Everest?

«Aquí vamos» —pienso con resignación.

Increíblemente desde mi conversación con David, ya no me molesta tanto lo que los demás piensen. Es mi nombre y lo que es mejor aún, me encanta. Aparte que era inevitable que éste momento llegara, tarde o temprano se terminaría enterando.

—¿De verdad te llamas Everest? —insiste al ver que no le respondo, calmándose un poco de su chiste privado.

Yo apoyo una mano en el pasamano de la escalera y empiezo a subir.

—Sí —respondo con los dientes apretados mostrando mi irritación por su regocijo ante su reciente descubrimiento.

—¿Como la montaña? —vuelve a insistir asombrado.

Yo me giro, cruzo los brazos bajo mis pechos y lo miro desafiante.

—Ya quedó claro que me llamo Everest —digo de mala gana quitándole

el sobre de las manos mientras que continuo cuesta arriba hacia mi casa.

—Joder, tus padres no te lo pusieron nada fácil.

—Algunos piensan que es único y original —replico torciendo el gesto para luego dibujar una sonrisa agradecida al recordar las palabras de David.

—¿Alguien de quién debería sentir celos? —pregunta acercándose a mí al tiempo que pasa una mano por mi cintura y me atrae hacia él.

Lo pienso unos instantes sólo para que crea que lo estoy analizando pero en verdad estoy convencida de que no, no existe forma alguna de que deba sentir celos de David.

—No, para nada —respondo después de unos instantes a la vez que sacudo la cabeza.

—Me alegro escuchar eso. Que sepas que los gallegos somos muy posesivos de nuestras mujeres —dice y me da un sonoro beso en la sien.

Me quedo anonadada.

¿En verdad mis oídos han escuchado lo que acaba de decir? ¿O es mi imaginación que me ha hecho escuchar lo que me gustaría haber escuchado?

Eso significa que piensa que soy... ¿Su mujer?

Entonces, lo nuestro no es sólo un rollito rápido y nada más.

—¿Qué era esa sorpresa que me tenías que contar? —pregunto para alejar la bruma que me ha causado sus palabras.

—Ah, sí—dice y su rostro se ilumina de pronto—. Dentro de tres semanas la agencia va a dar una fiesta y asistirán varios modelos, diseñadores, periodistas. Ya sabes... —dibuja comillas en el aire—... gente importante del medio y Susan quiere que asista para presentarme a unas cuantas personas que según ella son un punto clave para mi carrera.

—¿Quién es su Susan? —pregunto en el momento que introduzco la llave en la cerradura.

—Es mi agente.

—¿Okey y me cuentas eso por?

—Porque quiero que me acompañes —responde de la forma más natural en el momento que pongo el correo sobre la mesa y me giro para mirarlo medio extrañada y medio fascinada con lo que acabo de escuchar.

—¿Quieres que te acompañe? —demando dudosa. Es la segunda frase que ha dicho en menos de quince minutos que me ha puesto a imaginarme cosas y yo necesito que sea más claro. Desde que nos conocemos, no hemos pasado de la puerta del cuarto. Nada de salir a comer, al cine, a bailar o simplemente a caminar bajo la luz de la luna —o sea, cosas sencillas que hacen las parejas normales—. Otra vez una sonrisa se dibuja en mis labios al recordar la noche que David me acompañó a casa, la noche estaba preciosa.

«¿Por qué pienso en él?»

Es extraño, es la segunda vez que pienso en David y más extraño aun es que lo he hecho para compararlo con Daniel.

—Sí —contesta con firmeza—. ¿Por qué lo dudas?

—No lo sé —prosigo removiéndome nerviosa en el sitio—. Quizás porque hemos hecho las cosas al revés, hemos empezado acostándonos en vez de tener una cita.

«O tal vez porque tú nunca tienes tiempo y yo ya no sé qué pensar sobre lo que sea que sea esto y he llegado a pensar que sólo me buscas para tener sexo» —pienso con amargura.

Daniel se acerca a mí, me pasa la mano por la espalda y me atrae hacia él.

—Sé que no te he dedicado el tiempo suficiente para dejarte claro mi postura hacia ti —anuncia como si leyeras mis pensamientos y después me levanta la barbilla con un dedo. Su mirada azul intensa me espera—. Me gustas, me gustas mucho y quiero que las cosas funcionen entre nosotros. Aunque no te lo demuestre porque el trabajo me consume mucho, ni te lo diga

a menudo, eres mi chica y sí, quiero que mi chica vaya conmigo a la fiesta de mi trabajo y que todos vean que soy un hombre afortunado por tener a mi lado a una mujer tan hermosa.

Coño, si eso no es una declaración en toda la regla, ¿entonces qué es?

Sonríó complacida cual tonta por sus palabras.

¿Por qué será que las mujeres nos ponemos bobas desde que el hombre que nos gusta nos dice dos o tres palabras bonitas?

—¿Entonces? —pregunta él sin dejar mis ojos.

—¿Entonces qué?

—¿Vas a acompañarme?

—Sí, claro que iré contigo.

Daniel sonrío de oreja a oreja, mostrando una dentadura perfecta. Se inclina y me da un ligero mordisco en la oreja.

—Verás que nos la vamos a pasar genial —susurra en mi oído y su aliento me eriza todo el vello de la nuca.

Recuerdo sus palabras “eres mi chica” y suspiro de puro gusto.

«Eso es precisamente lo que quiero ser: “su chica”» —pienso al tiempo que siento las mariposas hacer estragos en mi estómago mientras que él sigue devorándome el lóbulo de la oreja y yo me derrito toda ante su atención.

—No me gusta que tengas dudas sobre nosotros —me dice y las palabras salen amortiguadas mientras que su boca baja por mi clavícula.

—Es normal que las tenga —replico tratando de no derretirme ante el placer que su boca me estaba causando—. Nunca hemos hablado de nosotros.

—Voy a tratar de pasar más tiempo contigo para que no te queden dudas al respecto de que eres mi morenita linda.

Y dicho esto me agarra por el pelo y busca mis labios al tiempo que pega su cuerpo al mío.

Me besa frenético y nuestra respiración al igual que nuestro deseo,

aumenta a medida que el beso se torna más pasional, demandante.

La promesa de sus palabras me llena de esperanza y puede que lo nuestro sea para él algo más que un simple revolcón. A lo mejor no cumpla lo prometido por culpa de su trabajo pero el simple hecho de querer intentarlo, ya es bastante para mí.

Esa noche hicimos el amor. No una, ni dos, sino tres veces y yo estaba en mi nube personal donde Daniel era el Dios de cada una de mis terminaciones nerviosas, de mis deseos, de mis orgasmos...

Capítulo XVII



El martes llego a la casa a las seis y estoy agotada.

Quisiera tirarme en mi cama y dormir hasta mañana de un sólo tirón pero no puedo, esta noche hay juego. Se juega la final Puerto Rico – Estados Unidos en el clásico Mundial de Béisbol y he quedado con los chicos en el Olean Bar para verlo.

Me meto en la ducha y me quedo un largo rato bajo el chorro de agua para ver si así logro sacarme un poco el cansancio de encima. Últimamente estoy muerta y no entiendo la razón. Aunque puede que tenga una idea, en las mañanas he ido a correr con David y en las noches Daniel me ha mantenido muy ocupada practicando el deporte de la alcoba. Sonrío al recordar las noches de pasión que hemos tendido, desde el domingo no hemos parado, nos hemos visto todas las noches y hemos dormido juntos. Claro, menos hoy. Está noche ha tenido que ir a New Jersey para hacer unas fotos y no regresa hasta mañana en la tarde y ya siento que lo voy a extrañar en la soledad de mi cama.

Salgo de la ducha y aprovechando el calorcito me pongo un short jean, una blusa de tirante de dos capas tipo volantes blanca y unas sandalias. Estoy terminando de ponerme el rímel cuando escucho el sonido de mi teléfono.

Salgo al salón y mientras lo cojo de encima de la mesa voy bailando y canturreando “*I can't stop the feeling, so just dance, dance, dance*”

—Hola tesoro.

—No puedo ir esta noche a ver el juego con ustedes —me anuncia Paige media histérica al otro lado de la línea.

—¿Y eso por qué?

—Brad me acaba de llamar y me ha dicho que viene esta noche a reparar mi computadora, bueno, la tuya, eso... da igual, ya me has entendido.

—Sí, te entendí —respondo sonriendo al notar su nerviosismo.

—¡Dios Eve, no tengo idea que voy a decirle!

—Paige, cálmate. Ya lo hemos hablado, sólo mantente tranquila y deja que la conversación fluya de forma natural.

—¿Y qué me voy a poner?

—Ponte algo bonito pero sea lo que sea, lo importante es ser tú misma —le aconsejo mientras escucho el ruido de unas puertas al abrirse. Ya la imagino inquieta abriendo y cerrando los cajones de la cómoda buscando que ponerse.

—De acuerdo, no debe ser muy difícil. Dejar que la conversación fluya, ponerme algo bonito y ser yo misma —dice no muy segura, intentando autoconvencerse.

—Exacto. Todo saldrá bien, ya me contarás mañana como ha ido todo, ¿de acuerdo?

—No, no te atrevas a colgarme. Ahora mismo me vas a ayudar a elegir lo que me voy a poner.

—Pero Paige, ¿cómo te voy a ayudar a elegir un atuendo si no estoy contigo? —pregunto sin entender su petición y con lo histérica que está, capaz y me hace bajar hasta su casa para ayudarla a vestirse.

—Eh... tienes razón. Ya no sé lo que digo. Es que estoy nerviosa Eve,

Brad me gusta, me gusta mucho y no quiero meter la pata.

—Está bien, tranquila. Ya veremos qué podemos hacer.

Miro el reloj del teléfono y son las ocho y cuarto. El juego empieza a las nueve. Voy justa de tiempo pero no puedo dejarla colgada así de nerviosa, por lo que pongo el teléfono en alta voz, continuo maquillándome y terminando de arreglarme mientras del otro lado, ella se va midiendo las ropas y me manda fotos por el WhatsApp, para que le de mi visto bueno. Finalmente, al pasar media hora, después de tres cambios de ropa en los cuales, según yo, ella estaba más que perfecta en los tres, llegamos a un acuerdo y le deseo suerte.



A las nueve y veinte llego al local. El sitio está a rebosar de gente y no le cabe un alfiler. Busco a mis amigos alrededor del bar, encuentro a Molly sentada en una mesa con cara de querer matarme, la miro y me disculpo. Lo sé, he llegado tarde, pero oye, mejor tarde que nunca.

—¿En dónde está Justin? —le pregunto ya en la mesa. Es una suerte que ella llegara antes porque si no me hubiera tocado ver el partido de pie.

—No ha venido —responde haciendo una mueca con la boca.

Su respuesta me sorprende. Justin le encanta el béisbol tanto como a nosotras, nunca se perdería un partido.

—¿Por qué?

—Tenía que ir a donde su mamá —dice al tiempo que dibuja comillas en el aire.

La cara de Molly me lo dice todo: no le cree nada, está desencantada, triste y desanimada.

«Voy a tener que hablar con mi flacuchento».

—¿No me dijiste que venía Paige con el Yeti?

—Sí, pero Paige no viene, le ha salido una cita con Brad...

—Uiiii... —me interrumpe—. ¡Hasta que por fin se le dió!

—...Y David, pues no sé. No debería tardar o a lo mejor se rajó y al final no viene —replico encogiéndome de hombros—. ¿Cómo vamos? —pregunto mirando en dirección de la pantalla grande.

—Por el momento nada interesante.

Pedimos dos cervezas, nos concentramos en el juego dispuesto a pasarla bien y a no pensar en nada más.

¡Arriba Puerto Rico!

Vamos, que si estuviera jugando la liga americana le iría a los Yankees pero siendo el clásico mundial, prefiero que el trofeo se lo lleve Latino América. Además que los puertorriqueños han jugado bastante bien y estimo que se merecen el triunfo.

Puerto Rico al bate, Molly está que no se aguanta.

—¡Vamos chicos! —grita levantándose de su silla pero nada, Stroman, el pitcher americano, elimina a cada uno de los jugadores y las dos primeras entradas terminan sin puntos, es un teñido duelo entre bates y manoplas.

—¡Puñeta! —grita Molly molesta.

—¡Joder! —grito.

“Mierda, coño, nooo...” se escucha entre los seguidores del equipo.

Molly se levanta y va por nuestra segunda ronda de cerveza. Cuando regresa a la mesa es la tercera entrada, es el turno de batear de Puerto Rico.

—¡Sácala, sácala! —vocea ella.

El jugador batea pero no llega más lejos de la primera base, aun así Molly se emociona. No todo está perdido. Es el turno de Avilés.

—¡Vamos... danos un *Home Run*! —continúa ella levantándose de la silla y mordiéndose las uñas.

—¡Sienta tu trasero hispano de una maldita vez que no veo!

Giro media cabeza hacia atrás para mirar de donde viene el insulto. Es un idiota con pinta de motociclista, pelo largo rubio y los brazos llenos de tatuajes. Al igual que Molly lo ignoro al mismo tiempo que Avilés batea... la saca lejos... nos llenamos de esperanza, sin embargo el defensor americano la agarra en el aire y son tres *out*.

Nuestro ánimo decae un poco. En ese momento llega David, el bar está tan repleto que la silla que le habíamos guardado, hace mucho que fue ocupada, así que no le queda más que quedarse de pie.

—Lo siento, tuve que hacer unos reportes y se me hizo tarde.

—Despreocúpate —le digo yo al momento que me levanto y le doy un rápido beso. Estoy contenta de que haya venido. Por un momento pensé que se había rajado.

Los presento a él y a Molly. Como ella está tan sumergida en el juego, apenas si intercambian un rápido “mucho gusto” antes de que su atención regrese a la pantalla.

La tercera entrada prosigue, voy por una otra cerveza y de paso traerle una a David, le pido a él que tome mi asiento para que no me lo quiten. Al regresar, estoy pendiente de la pantalla y de los gritos de Molly. David hace el intento de pararse pero yo pongo una mano sobre su hombro para detenerlo. Poco a poco el juego continúa y yo, no estoy segura en qué momento pero termino sentada sobre una de sus piernas. Espontaneidad del juego, supongo. Al darme cuenta intento levantarme, no quiero parecer una fresca de cascos ligero, nos hemos vuelto amigos pero no para tomarme tanta confiancita pero él me sostiene por la cintura y me lo impide. Lo miro, preguntándole con los ojos, “¿qué hace?” Me mira, creo que preguntándose, “¿qué pienso?” Nos mantenemos la mirada y durante unos segundos, compartimos un momento de complicidad e intimidad que no sé cómo traducirlo, y sin entender la razón, me quedo donde estoy. Quizás porque en el fondo, no se siente raro.

Estamos de los nervios pero aún queda mucho juego por jugar. Al cabo de un rato, él se levanta, me dice que va al baño y yo asiento justo en el momento que Kinsler se manda un *Home Run* que le da la ventaja al equipo americano, traduciendo el juego 2-0.

A partir de ese momento el bar se llena de gritos por los fanáticos de USA. Molly se levanta maldiciendo para ir por otra ronda.

—¡Oye tú, ¿qué tengo que hacer para que muevas tu gordo y feo trasero de mi vista?! —grita alguien a nuestras espaldas, provocado la risas de otras personas.

Giro la cabeza sobre mi hombro y descubro que se trata del mismo idiota de ahorita. Estoy por ignorarlo y esperando una de las respuesta bien formulada de mi amiga. Me sorprendo al no escuchar nada. Miro a Molly y veo cómo se desinfla en su asiento y su rostro se descompone. Entonces, puede que por la adrenalina del momento, quizás porqué estamos perdiendo dos carreras por cero o por el simple hecho que no soporto que nadie se burle de las libras de mi Molly ni de ninguna mujer, me levanto de la silla y con pasos firmes camino hasta la mesa donde está el idiota.

—Oye, triplefeo.

—¿Qué fue lo que me dijiste? —demanda él, en el momento que se levanta de su silla, apoyándose de la mesa. Trago en seco ante su metro ochenta. Es que yo con mi metro sesenta y nueve parezco una enana delante de él. Sin embargo, cabrones como éste me los encontraba a diario en el barrio, por lo que estoy acostumbrada a tratar con ellos.

—Dije, “oye, triplefeo” —repito sin dejarme intimidar—. Porque por lo menos ella tiene problemas de hormonas, en cambio tú, ¿cuál es tu excusa para ser tan feo? —pregunto, provocando las risas de su amigos en la mesa—. Además que lo de ella se quita con unas horas en el gym o una buena dieta pero a ti, lo cretino y feo no se te quita ni volviendo a nacer, ni mucho menos

pasando por un quirófano —prosigo ante la cara de asombro del tipo. ¿Qué pensaba él? ¿Qué iba a insultar a mi amiga e irse de rositas? No señor. Odio esa clase de bravucones que se creen muy machos.

El grandullón se endereza y sale detrás de su mesa, camina hasta estar parado frente a mí con el pecho subiendo y bajando. Me mira con la ira impregnada en sus ojos a la vez que sus fosas nasales se abren de una forma irregular, como toro enjaulado, enloquecido por ser liberado. No obstante, no le tengo miedo. Puede que él esté furioso pero yo también lo estoy, aparte que soy una mujer y no creo que se atreva a levantarme la mano. O por lo menos, cuento con ello.

—Te crees muy lista, a ver si sigues siendo tan valiente cuando te enseñe a respetar a los que son superiores a ti —dice, y después da otro paso en mi dirección.

De acuerdo, puede que me haya equivocado y que a él no le importe pegarle a una mujer.

—¡Tu superior a mí... permíteme reírme!

—Sí, nosotros los americanos, los blancos puros somos superiores a ustedes. Por suerte, Trump ya es presidente y pronto todos ustedes, hispanos de mierda, regresarán a sus países.

Ok. No sólo estoy en frente de un cretino sino que estoy frente a un cretino racista. ¡Genial!

Quisiera gritarle: “¡Soy americana, Idiota, nací en Brooklyn!” Pero no me da la gana. Es una pena que en pleno siglo XXI todavía tengamos que enfrentarnos a esta clase de personas. En ocasiones, es mejor no decirles nada y dejar que se ahoguen en su propio veneno.

—No creo que seas superior a mí pero algo si debo reconocer, eres un cabrón con los cojones bien puesto para decir eso en un barrio de Brooklyn y en un bar lleno de hispanos —prosigo sin poder callarme la boca con la furia

y la rabia que me provocan personas de su calaña.

El tipo da otro paso amenazador en mi dirección, pero yo no me muevo. Soy incapaz de demostrarle miedo al malnacido y eso se lo debo a mi padre, que desde pequeña me enseñó a defenderme y no demostrarle miedo a bravucones como éste.

—Yo que tú tendría mucho cuidado con el próximo paso que vayas a dar —se escucha a mi espalda, alto, fuerte y claro en un tono que no deja lugar a duda que está hablando en serio.

«David, lo había olvidado».

Mierda. Si hubiera recordado que estaba aquí, quizás hubiera pensado mejor las cosas antes de responderle al imbécil que está parado frente a mí con cara de querer matar a alguien. Puede que a mí por ser mujer él se lo pensara dos veces antes de hacer algo estúpido pero ahora que su furia y atención están enfocadas en la persona que está detrás de mí, no estoy segura de que se aguante las ganas.

—Repíte lo que dijiste —dice el grandote con la mirada inyectada de sangre en dirección de David.

—Dije...

Pero no le da tiempo terminar porque el grandullón pasa por mi lado y le propicia un puñetazo en plena cara. David se tambalea y retrocede unos pasos. Al levantar la cabeza no estoy segura cuál está más cabreado, entre él o el grandote. David se lanza encima del tipo, ambos caen al suelo y después de ahí, se arma la de Dios. Se escuchan los gritos de las mujeres histéricas. El bar se vuelve un caos y es un todos contra todos. David y el tipo están en el piso agarrados a golpes, trato de visualizar a Molly y la encuentro justo en el momento que levanta su botella de cerveza y se la pega a un tipo en la cabeza, al ver que ella no está mal parada, entro en acción. Tomo un taburete de madera que hay en la barra y se lo pego en la espalda al grandote que en ése

momento está encima de David dándole un puñetazo. El tipo se queja de dolor, eso le da la ventaja a David de recuperarse y lo empuja. Se lo quita de encima, lo agarra por el chaleco de cuero y le propina un golpe en el estómago. No obstante, aquello ya no es un caos, más bien, es el Apocalipsis: las sillas son la mejor arma que tienen a la mano, las botellas vuelan encima de nuestras cabeza, y en el momento que una botella aterriza estrellada cerca de mi pie, David me mira preocupado, se deshace del tipo lanzándolo contra la barra. Me agarra por la mano y da unos pasos hasta llegar donde Molly, la toma por el brazo al nivel del codo y nos arrastra fuera del bar.

Una vez en la calle, él levanta la mano para llamar la atención de un taxi.

—¿Se puede saber qué fue eso? —me pregunta molesto.

Lo miro extrañada. No entiendo su pregunta.

—¿Qué fue qué?

—¿Se puede saber cómo se te ocurre ponerte a discutir con un imbécil así? —me reprende al tiempo que sacude su mano convertida en un puño.

—Oh por favor, estoy acostumbrada a tratar con idiotas como ése...

—¡Aun así es un hombre, te imaginas lo que hubiera ocurrido si yo no hubiera estado ahí! —me interrumpe gritando mientras abre y cierra los dedos haciendo una mueca de dolor.

—¡Nada, no hubiera pasado nada! —grito enfadada—. Te recuerdo que lo tenía bien controlado antes de que tú llegaras —me defiende impertinente cruzándome de brazos. No entiendo a qué viene su repentino ataque hacia mí. Yo no necesito que nadie me cuide. He sido hija única y siempre he sabido arreglármelas sola y mal no me ha ido.

Sus ojos dejan los míos y bajan hasta mi pecho, chasquea la lengua frustrado, se gira y vuelve a llamar un taxi pero esta vez, en vez de levantar la mano, pita con los labios. Al segundo, hay un taxi parado frente a nosotros. Lo

abordamos y primero le damos la dirección de Molly que extrañamente se ha mantenido callada.

Durante el trayecto nos mantenemos en silencio. Pienso una vez más en lo ocurrido en el bar. Nunca hubiera imaginado a David en plan defensor, agarrándose a golpes con otro tipo por mí. Me pregunto, ¿qué hubiera pasado si en lugar de David, hubiera estado Daniel? ¿Hubiera actuado de la misma forma? Con eso de que debe mantener su rostro impecable para sus fotos, en el fondo no estoy tan segura.

Ladeo la cabeza y lo encuentro serio como siempre, con la vista al frente y el ceño fruncido. Pongo los ojos en blanco y me concentro en Molly.

—Hey nena, estás muy callada, ¿qué te pasa?

—Nada. Estoy bien.

—¿Segura? No es propio de ti estar tan apagada.

Ella asiente pero yo no me quedo muy convencida.

Llegamos a la casa de Molly, se baja del taxi y se despide de ambos cabizbaja.

Le doy mi dirección al taxista. Miro en varias ocasiones a David, sigue callado, luce molesto, no lo entiendo y me desespera su actitud. Pensé que habíamos avanzado, ahora nos llevamos mejor y se supone que hablando se entiende la gente. Pero no, él prefiere mantenerse taciturno.

—¿Cómo te sientes? —pregunto en tono suave, tratando de recuperar el buen humor que teníamos antes de la pelea.

—Bien —gruñe sin siquiera mirarme pero extrañamente, no me molesta, al contrario, sonrío.

En las pocas semanas que nos conocemos, he descubierto varias facetas de David: gruñón, serio, amistoso, protector y ahora que ya no me parece intimidante, me gustan.

Llegamos a mi casa, miro el taxímetro, saco un billete para pagar pero el

gruñe un “ya lo pago yo”

—¿No vienes? —le pregunto una vez fuera del taxi con la puerta abierta —. ¿Por qué no subes y te curo esa herida que tienes sobre el ojo?

Le propongo pensando en la manera en la que me ayudó el día que Paige me vomitó encima. Me parece justo que le devuelva la moneda.

Él se lo piensa unos instantes mirándome de arriba abajo.

—Oh por favor, no te voy a comer —digo con una leve sonrisa recordando sus propias palabras y poniendo mi mejor cara de niña buena. David saca un billete y se lo pasa al chofer y mi sonrisa se ensancha. He ganado. Él podrá ser muy gruñón, pero en el fondo, es un blando.

Subimos hasta mi departamento, lo dejo en el salón y voy al baño por un poco de alcohol y algodón para limpiarle la herida. Al regresar lo encuentro con la foto de mis padres en la mano y me pongo rígida.

—Te pareces mucho a tu papá —me dice cuando me acerco hasta él. Sonrío y me relajo.

—Eso dicen —respondo quitándole la foto de la mano y llevándolo hasta el sofá. Cuando se sienta, abro el pote de alcohol y mojo un poco de algodón, me hincó en el mueble y me inclino levemente sobre él y procedo a limpiarle el corte.

—¡Ouch! —se queja reteniendo mi mano y apartándola de su cabeza.

—No seas niño —digo divertida.

—Claro, lo dices porque no eres tú quién tiene la ceja partida.

—Está bien, trataré de tener más cuidado, ¿le parece bien al bebé? — pregunto poniendo la voz como si le estuviera hablando a un niño pequeño y él me mira en consecuencia, poniendo los ojos en blanco. Sonrío—. Te propongo un juego —digo recordando lo que solía hacer mi mamá cuando yo estaba pequeña y me daba algún golpe o sufría un corte. Ella me pedía que cerrara los ojos mientras me contaba alguna historia. Según ella, eso haría que no me

doliera, y aunque parezcas extraño funcionaba. Terminaba tan absuelta en su historia que me olvidaba del dolor.

—Le tengo miedo a tus juegos.

—No seas bobo —replico dándole un ligero golpe en el hombro—. Es el mismo del parque.

Él se lo piensa unos instantes y después claudica.

—Está bien pero esta vez empiezo yo.

—Y después las mujeres nos quejamos de que no quedan caballeros —digo con ironía.

—Lo siento morena pero mi caballerosidad la dejé al igual que mi orgullo en el piso del bar mientras el grandullón me partía hasta la madre.

Me río.

—Que sepas que no has estado mal, estoy segura que Mike Tyson estaría orgulloso de ti —y no miento. En verdad se ha defendido bastante bien para mi sorpresa—. Cierra los ojos y recuesta la cabeza —le pido para poder estar más cerca de su cara y poder curarle mejor.

—¿Para qué? —pregunta con cautela.

—De acuerdo, de acuerdo. Me has descubierto. Te he traído a mi casa para drogarte y aprovecharme de ti —bromeo al tiempo que elevo los ojos al aire exasperada—. Y la mejor forma que he encontrado, ha sido arma un pleito en el bar, hacer que te agarres a golpe y que te partieran la cara para poder llevar a cabo mi macabro plan.

—Ja ja. Que chistosa me has salido.

—Sólo recuéstate y cierra los ojos.

David me hace caso pero su cuerpo sigue tenso.

—Empieza —le pido antes de volver a mojar el algodón que se ha medio secado con tantas palabrerías.

—¿Desde cuándo sales con tu novio? —pregunta y casi juraría que le ha

costado pronunciar la última palabra.

Me sorprende que haya escogido esa pregunta precisamente, pero aun así le respondo.

—Hace un par de semanas.

—¿Y es cierto que es modelo?

—Sí, y esa son dos preguntas. Así que a mí también me van a tocar dos —le anuncio en el momento que empiezo a desinfectarle la herida y siento como su barba me hace cosquillas en el brazo—. ¿Por qué te dejaste crecer la barba y el cabello?

Su cuerpo se tensa más a la vez que abre los ojos de golpe y me agarra el brazo. Su movimiento me hace dar un ligero brinco. Lo miro extrañada por su reacción. Su mirada es dura al igual que reflexiva y puede que un poco melancólica. Por un momento pienso en decirle que no importa, que olvide mi pregunta. Sin embargo, mi curiosidad puede más que yo. Tengo que saber que causó semejante reacción, es más, quiero saberlo.

—No me mires así. ¿Acaso tengo que recordarte las reglas? No olvides que muy a mi pesar te confié lo que se ocultaba detrás de mi nombre. Así que espero la misma sinceridad de tu parte.

Él me mira fijamente. Al ver que yo no aparto la vista y que no pienso claudicar sobre éste asunto, lanza un largo suspiro y suelta mi mano.

—Porque dejó de importarme que las mujeres me encontraran atractivo —responde al cabo de un rato. Arrugo la frente, extrañada. No entiendo. ¿Eso qué quiere decir?.. ¿Qué es gay?

—¿Y eso por qué? —pregunto con precaución. No quiero sacar conclusiones apresuradas.

David vuelve a cerrar los ojos y a recostar la cabeza en el respaldo del mueble. Yo retomo mi tarea y guardo silencio dándole el tiempo que necesita para responder.

—Hace tres años salía con una mujer. No era cualquier mujer. No, ella era bella —empieza a contar y yo mentalmente suspiro aliviada—. Desde que la vi supe que quería compartir mi vida con ella y entonces después de año y medio de noviazgo, decidí que ya era tiempo para cumplir ese sueño. Una tarde salí temprano del trabajo y pasé a buscarla. Quería darle la sorpresa y no le avisé. Estaba a punto de cruzar la calle para entrar al edificio donde ella trabajaba cuando la vi salir al lado de su jefe. Quise acercarme pero al estar con él me frené para concederle el espacio que merecía en su hora de trabajo. Me quedé en la acera y me dije: —Le doy un momento que termine de hablar con su jefe y en cuanto lo haga, la sorprendo— Después de un momento en el que ambos intercambiaron unas palabras, empezaron a alejarse pero no por separados, sino juntos. Mientras ellos caminan del otro lado de la acera, yo imitaba sus pasos en la mía. Estaba ansioso que terminaran de hablar, pensé incluso que irían a alguna reunión fuera de la empresa y que mi sorpresa tendría que esperar hasta la noche. Sin embargo, él puso la mano sobre su trasero. Mi primer instinto fue cruzar la calle para partírla la cara al imbécil por atrevido, pero nuevamente me frené al ver que ella ni se inmutaba. Lo que me hizo sospechar que no era la primera vez que eso pasaba. Entonces, ellos doblaron en el primer callejón que encontraron, él la postró contra la pared y empezó a besarla con desesperación. Me quedé ahí plantado, sin poderme mover, con el corazón en un puño, desangrándose por dentro mientras veía como la mujer a la que estaba a punto de pedirle matrimonio, se dejaba meter mano por su jefe.

El corazón me da un vuelco. ¡Qué zorra! ¿Cómo se puede ser tan descarada?

Trago saliva para contener la opresión en el pecho que me ha causado su confesión.

Entiendo en parte su actitud, el porqué es tan ermitaño, tan serio y el

porque se comporta como viejo gruñón.

—¿Y todavía la amas? —pregunto tratando que no se note la tristeza en mi voz mientras limpio también un poco de sangre sobre su labio inferior, a pesar que su barba me dificulta un poco la tarea.

El guarda silencio.

—No —responde al cabo de un rato y siento como su cuerpo se relaja al fin.

—Entonces, ¿por qué sigues guardándole luto?

—No entiendo.

—Dijiste que dejaste crecer tu barba y cabello después que terminaste con ella para evitar que alguna mujer se te acercara, pero ya han pasado muchos años y aún sigues llevándola. Yo creo que si ya no sientes nada por ella, o sea, si lo has superado, deberías cortarla. Es una forma de dejar el pasado atrás y volver a ser tú.

—No es tan fácil volver a ser uno después de que te destrozan el corazón —dice con pesar y sus palabras se pierden en un suspiro.

—Las personas tenemos tendencia a gastar demasiado tiempo y energía odiando, llenándonos de rencores y perdiendo nuestros años más preciados con personas que no lo merecen. La vida es sólo una, y una muy corta. Yo pienso que debemos gastar más energía arriesgándonos a hacer las cosas que nos hacen felices que a vivir recordando el pasado con amargura...

Él abre los ojos de golpe y la intensidad de su mirada me atrapa, me deja sin habla. Durante su relato, aunque no estoy segura de saber en qué momento dejé de curarle la herida y fui acercando mi rostro hasta estar a tan sólo centímetros del suyo. Quizás por la intensidad del momento que acabamos de compartir, me descubro acariciándole suavemente el pómulos sobre la barba con mis nudillos mientras mis ojos se niegan a dejar los suyos. Como si de esa forma podría apartar el mal y la tristeza de lo que ella le hizo.

Es raro pero su barba ya no me molesta tanto como antes.

Se ve relajado, tranquilo y de cierta forma, me gusta saber que a lo mejor, esa tranquilidad me la debe a mí.

El brillo de su mirada me abraza. Dicen que la mirada es la puerta del alma y que en ella, los ojos confiesan en silencio los deseos y los secretos más profundos del ser humano. Si tal es el caso, por la forma en que sus ojos me atraviesan, y bailan entre los míos y mi boca, juraría que en este instante, David desea besarme. Lo que es peor aún, es que mientras él levanta su cabeza, acercándose un poco más, de manera que puedo sentir su aliento en mis labios a la vez que su mano se posa bajo mi blusa en la espalda baja, llenando mi cuerpo de calor y cubriendo cada poro de mi piel con sensaciones extrañas que no logro explicar, algo en mí está cediendo.

—Ya está —digo separándome de él bruscamente. Me levanto del sofá de un brinco como si su piel quemara.

—Gracias —responde después de toser ligeramente—. Eh... me tengo que ir.

—Claro, ya nos veremos mañana en el trabajo.

—Everest... yo... eh... no importa, déjalo.

Y dicho esto me dedica un “buenas noches” y se va de mi casa dejándome a mí totalmente confundida.

No entiendo que fue lo que pasó.

¿De verdad quería besarme? O lo más raro aún, ¿Por qué por un momento deseé que lo hiciera?

Capítulo XVIII



Tenía que salir de ahí. Tenía que hacerlo o terminaría cometiendo una estupidez que lo arruinaría todo.

Dios pero es que se veía tan hermosa esta noche. Cuando llegué al bar y la vi con ese short y esa blusa creí perder el poco sentido que me queda. Tuve que quedarme unos metros de distancia contemplándola, mientras calmaba el deseo de agarrarla y estamparle un beso que le durara toda la maldita vida. Sin embargo, cuando se paró y fue por una cerveza y vi como algunos hombres se la comían con la mirada, mi instinto animal se despertó y ya no pude quedarme en las sombras. Tenía que acercarme para marcar terreno y que todos en ése jodido bar supieran que ella era mía, que me pertenecía y a nadie más.

Yo trato, de verdad que lo hago. Trato de decirme que ella no está disponible y que nunca se fijará en mí de esa forma, pero coño es que el destino me juega cada jugarreta. Como en el momento que estaba tan absuelta en el juego que no se dio cuenta cuando se sentó sobre mis piernas. Joder, sentí mi corazón latir tan deprisa que tuve miedo que algún momento se detuviera por el exceso de velocidad. Lo peor es que no me hubiera importado

morir, lo hubiera hecho con todo el gusto del mundo, porque durante esos segundos en los cuales ella estaba sobre mi pierna, relajada, disfrutando de algo tan sencillo como un partido de béisbol, yo me sentía en el paraíso. Por eso cuando hizo el intento de levantarse, se lo impedí. Necesitaba que se quedara ahí, seguir sintiendo la suavidad de su piel, el maravilloso olor a fresa que emanaba su cuerpo. No tengo idea si es su perfume, su champú, o su crema corporal. No lo sé y no me importa. Lo único que tengo claro es que olía jodidamente a gloria y durante esos minutos que estaba sobre mí, necesitaba ese olor y me aferraba a él, como un *junkie* en recuperación.

Llegó el momento en el que en contra de mi propia voluntad, tuve que levantarme. Era eso o que se diera cuenta que tenía un bulto entre las piernas que luchaba por ser liberado. Para mi suerte, ella estaba tan pendiente del juego que no se dió cuenta y tuve que ir al baño para desahogarme. Sí, lo admito, parezco un niño puberto, masturbándome en los baños públicos porque no aguanto las ganas que ella despierta en mí. Es algo inexplicable. Es el calor que ella irradia, es su olor, su forma tan natural de reírse, como mueve su cabello al hacerlo. Es un sin número de cosas que ella hace de forma inconsciente y que la hace ver tan sexy.

Pero luego cuando regresé y la vi discutiendo de tú a tú con ése tipo enorme creí que moriría pero esta vez de terror. Se me congelaron las venas por el miedo de que le fuera a hacer algo. Pero es que esta mujer me desespera de la misma manera que me excita. Es que no entiendo cómo se le ocurre medirse con un tipo que va medio borracho y que le saca dos cabezas. Ella no conoce límites.

En cuanto la vi ahí parada frente al tipo, no sé contra quien estuve más furioso, si contra ella por ponerse a sí misma en peligro o contra el tipo por atreverse a mirarla y hablarle de esa forma.

Al salir del bar, quería que ella entendiera que no puede hacer esa clase

de cosas. Que estamos en Brooklyn, joder y aparece uno que otro loco. Pero como siempre, ella no cedió, en vez de darme la razón, prefirió enfrentarme y me vi nuevamente excitado. Es que hasta discutir con ella me pone, tengo que estar enfermo. Sí, enfermo de ella.

Lo único que quería era llegar a mi casa y pegarme un regaderazo que me quitara el cabreo, la desesperación y la excitación. Joder, no entiendo cómo una sola persona puede provocar tantos sentimientos a la vez. Sin embargo, cuando llegamos a su casa y me invitó a subir con ese aire de niña buena al mismo tiempo que de niña traviesa, no tuve más remedio que aceptar. Es su culpa, cuando estoy a su alrededor me vuelvo débil y no hay nada que ella me pida que no hiciera.

Pero hace unos instantes, el deseo de tocarla era tan grande que sentía arder mi mano. Y no sólo la mano, me ardía todo el cuerpo por el deseo de poseerla. El animal que llevo dentro rugía y gritaba “¡Tómala!” “¡Tómala que es tuya.” “¡Tómala ya!” Y lo hubiera hecho, la hubiera tomado, si eso no significaría perder la poca amistad que tenemos. Aunque por un minuto me pareció ver en su mirada la sombra del deseo.

Si ella no se hubiera apartado, hubiera terminado tumbándola contra el sofá y la hubiera besado con desesperación y deseo.

Por eso tenía que salir huyendo. Porque cada día me cuesta más controlar lo que siento por ella. Era comportarme como un cobarde e irme o como un cavernícola y tomarla ahí mismo, besarla hasta que entienda de una maldita vez que es conmigo con quien debe estar y no con ese modelito de quinta.

Capítulo XIX



Llego al trabajo, Paige está subiendo el ascensor y en él, en cuanto me ve bloquea las puertas para evitar que estas se cierren.

—Tenemos que organizar una salida, ¡ya! —grita con un tono urgente en cuanto cruzo las puertas.

—Buenos días para ti también.

—Discúlpame... eh... buenos días —dice acomodándose las gafas y yo sonrío.

—Paige, estoy bromeando. A ver, cuéntame, ¿por qué tenemos que organizar una salida con tanta urgencia?

—Porque invité a Brad a salir...

—Eso está bien —la interrumpo con una sonrisa pícaro.

—Sí, pero el problema es que le dije que estaríamos todos.

—¿Todos quienes? —inquiero mirándola con curiosidad.

—Tú, David, yo y si quieres puedes invitar a Molly.

—¿Y por qué has dicho eso?

—Pues porque cuando terminó de arreglar tu computadora...

—¿Ah, sí? —La corto nuevamente en el momento que se abren las

puertas—. ¿Logró repararla?

—Sí, al parecer tenía un virus que se descargó cuando intentaste bajar una película de un servidor. La reparó y consiguió recuperar la mayoría de tus archivos.

Eso me hace sonreír, es bueno poder volver a usarla. Claro que esta vez, intentaré no robarme la wifi de la señora Rose, ni bajar películas ilegales.

«O quizás, sólo invierta un poco de dinero y me compre un anti virus».

—Bueno, como te seguía diciendo —continúa ella—, en cuanto terminó de reparar tu laptop, se iba a ir así sin más y como yo no encontraba qué hacer y no quería que se fuera así sin más, le dije que en agradecimiento lo invitaba a salir. No lo vi muy convencido con la idea, así que le dije que no estaríamos solos, que David y tú también estarían allí.

—Pero espérate un segundo —digo deteniendo nuestros pasos en el recorrido hacia nuestro puesto de trabajo—. ¿De qué hablaron la noche entera mientras él reparaba mi computadora?

—De nada —responde con desgana y yo la miro con las cejas levantadas, sorprendida. Qué tipo más extraño.

—¿Nada, de nada, de nada?

Ella sacude la cabeza.

—Bueno sí, le pregunté por su trabajo, él me preguntó por el mío, por David pero nada importante.

—¿Cómo que te preguntó por David?

—Sí, quería saber si salíamos. Creo que al vernos pasar tanto tiempo juntos a lo mejor pensó que teníamos algo. Pero me apresuré a aclararle que no y tenía que ver cómo se le iluminó el rostro Eve.

—Ya... —respondo retomando la marcha.

—Pero después de eso no dijo nada más y en cuanto vi que había terminado y se marchaba, entonces se me ocurrió...

—Que podríamos salir todos para que puedas volver a verlo —termino yo por ella, entendiendo por donde va el asunto.

Vaya que la niña aprende rápido. ¡Bien por ella!

—Bueno pues el viernes te dije que iría a un concierto, si quieres, después podemos ir al Mystique Club.

Paige abre la boca y yo me apresuro a aclarar.

—Es una discoteca situada en Bushwick. Ponen todo tipo de música, el ambiente es súper chulo y estoy segura que la pasaremos bien —explico mientras ella va asintiendo no muy convencida—. Organizo todo con Molly y te aviso, ¿de acuerdo?

—Perfecto. Mil gracias Eve —agradece emocionada mientras se me echa encima y me abraza por el costado.

—De nada mi reina, siempre que se pueda aquí estaré.

Ambas ocupamos nuestros puestos de trabajo y empezamos con nuestra jornada laboral.

Al medio día vamos a comer, David no come con nosotras. Me parece extraño y espero seriamente que no me esté evitando por lo que pasó a noche.

Durante el almuerzo le escribo a Molly para que mueva sus contactos y consiga una boleta para Paige, de manera que venga con nosotras al concierto y después de ahí vayamos juntas hasta el club.

A eso de las cuatro de la tarde, ella me responde que consiguió la boleta más una adicional.

Le cuento todo a Paige y le explico que como logro conseguir dos boletas puede invitar a Brad al concierto, aunque no estoy segura de que lo vaya a disfrutar dado que la música es en español.



A las siete llego a mi edificio y se me ilumina la vida al ver a Daniel en el Portal. Yo feliz de que haya vuelto corro como niña pequeña y me le tiro sobre él, enredo mis brazos detrás de su nuca y él hace lo mismo alrededor de mi cintura.

—¡Has vuelto!

—Sí, quería verte pero no sé cómo llegar a tu trabajo, así que aquí estoy, esperando que mi princesa llegara para poder hacer esto.

Y dicho eso, tira mi cabello ligeramente para separar mi cabeza de su cuello y me planta tremendo beso, uno de esos de telenovela y yo como boba, me estremezco toda.

—¿Por qué no me llamaste? —pregunto al romper el beso pero mantengo mi agarre alrededor de su cuello.

—No quise importunarte en horas de trabajo.

—¿Cómo te fue?

—Bien. Susan dice que las fotos serán un éxito seguro —responde con media sonrisa. Luce cansado—. ¿Y tú, cómo te fue en el juego anoche?

—Todo bien hasta que se armó un pleito que para que te cuento y David, Molly y yo tuvimos que salir corriendo del bar.

Daniel se aleja un poco de mi rostro y me mira exhaustivo.

—¿David? ¿Quién es David?

—Es un compañero de trabajo.

—¿Alguien de quien deba estar celoso?

—Puede —digo separándome de él. Pero lo he dicho más para picarlo y ver su reacción que por otra cosa. Intento alejarme pero él reafirma su agarre en mi cintura. Lo miro y su mirada se torna sombría.

—Lo que te dije el otro día era cierto, no me gusta compartir lo que es mío. No me gusta que estés saliendo con el tipo ése por muy compañero tuyo que sea.

¡Disculpa!

“¿Lo que es mío?”

Bloqueada, me le quedo mirando.

¿Pero quién se ha creído? ¿Qué soy yo? ¿Una propiedad?

Cierto, lo que he dicho quizás no estuvo bien, pero lo he dicho en broma y no me gusta su tono autoritario.

—Escucha gallito, bájale dos al tonito —digo separándome de su agarre—. Conmigo no te queda esa pose de novio celoso. Yo cuando estoy con una persona, es con una sola persona —prosigo haciendo énfasis en la palabra “sola”—. No ando por ahí de cuenera. Ya te he dicho que David es un compañero de trabajo que se ha convertido en un amigo, y si no te gusta que salga con él fuera del trabajo, pues te aguantas.

Me mira con el ceño fruncido. Mi respuesta no le gusta. A mí su tono no me agrada. No permito que nadie me hable así, por muy bueno que esté, ni por mucho que me guste.

—Cuando se te pase el berrinche y se te quiten esos aires de machito gallego —continuo molesta—, me avisas.

Y dicho eso, paso por su lado y me voy.

Subo a mi departamento enfadada. Me meto bajo la ducha para ver si se me quita el cabreo. Salgo del baño y me pongo una ropa cómoda para estar en casa. Enciendo el televisor, más para llenar el vacío y el silencio de la casa que por verla.

Llamo a Molly para hablar un rato y saber cómo va su asunto con Justin pero todo sigue igual. Durante los veinte minutos que dura la conversación, intento hacerla entrar en razón para que lo hable de una vez con él, hasta que me promete que sí, que lo hará. Coordinamos lo del viernes y cuelgo.

Estoy cansada, no me apetece hacer nada de comer, miro en la puerta de la nevera el número del delivery del restaurante chino y estoy a punto de

marcar cuando escucho unos golpes en la puerta.

Con el celular en mano voy a abrir y me quedo sorprendida al encontrar a Daniel al otro lado.

Me le quedo mirando, tanteando el terreno antes de hablar. Quiero saber en qué plan ha venido. Porque en cuanto prosiga con la misma actitud le cierro la puerta en la nariz.

El me mira precavido. Su expresión ha cambiado y su rostro se ha dulcificado.

—Me he comportado como un idiota.

No me muevo, tampoco digo nada. Que se ha comportado como un idiota, eso no es novedad y es algo en lo que ambos estamos de acuerdo.

—Lo siento, no debí hablarte así —su tono de voz cambia, se vuelve más dulce y es menos audible—. Lo que pasa es que casi no tengo tiempo para verte, me la paso trabajando a todas horas mientras que tú andas por ahí en bares con un tipo que está enamorado de ti. Lamento haber dicho lo que dije pero no por estar celoso.

—No andaba por ahí en bares —me defiendo—. Estábamos viendo el juego y además Molly estaba con nosotros...

—Lo sé, lo sé, no es culpa tuya —prosigue en un tono conciliador—. Es sólo que me molesta que él pueda compartir contigo cosas que yo no.

—Bueno, pero eso es porque tú no quieres.

—No es que no quiera, es que ahora mismo no puedo. Tengo mucho trabajo, lo que es bueno. No creas que me estoy quejando, pero a veces me jode, porque no puedo estar contigo de la forma que yo quiero.

Lo miro, sus palabras me hacen sonreír.

Me relajo y lanzo un largo suspiro.

—David no está enamorado de mí, lo he dicho para molestarte — confieso.

—¿De verdad? —pregunta, yo asiento y su rostro se relaja—. No sabes el alivio que me da escuchar eso —el da un paso hacia adelante y me acomoda un mechón pelo que se ha soltado de mi moño improvisado—. Eve, eres una mujer estupenda y no quiero perderte. No quiero que esto que tenemos se termine.

Sus palabras están cargadas de ternura y son un bálsamo para mis oídos.

—Yo tampoco quiero que termine.

Ahora quien sonrío es él.

—¿Has cenado?

—Estaba a punto de llamar al delivery —digo moviendo mi celular en frente de su cara.

—Te invito a comer la mejor lasaña de todo Brooklyn —propone y yo lo miro extrañada. Nací y crecí aquí y para poder comer una comida italiana en toda su regla hay que ir al barrio Italoamericano. No entiendo cómo él, siendo nuevo en la ciudad lo conozca.

—Está bien, deja que me cambie...

—No es necesario —dice y luego se agacha y recoge una bolsa que estaba en el suelo y en la cual yo no había reparado.

—¿Y eso qué es?

—La lasaña de la tía —dice con una sonrisa traviesa y yo sonrío. No puedo evitarlo.

—Lo tenías todo bien preparado, ¿ah?

—Era mi segunda opción, la lasaña de la tía nunca falla.

Me muevo para cederle el paso.

A veces me pregunto, ¿por qué se lo pongo tan fácil?

A de ser porque la vida es muy corta como para perder el tiempo en rencores y enojos tontos. Aparte de que creo que me he enamorado del macho Gall ego.

Capítulo XX



Al abrir los ojos en la mañana sonrío al ver el hermoso rostro de Daniel. Aún soñolienta apoyo la cabeza en mi mano y me quedo contemplándolo. Bien dicen que lo mejor de las peleas, son las reconciliaciones. Y aunque lo nuestro no fue realmente una pelea, sino más bien un desacuerdo, debo admitir que me encantó su forma de hacerse perdonar. A noche me hizo el amor con tal fervor que por un momento pensé que me partiría en dos.

«Oh, sí. Sexo duro y salvaje, como me gusta a mí».

Ahora que sé lo que Daniel siente por mí y cómo se siente con respeto a nosotros, ha hecho que me llene de esperanza y me planteé algunas cosas. Hace mucho tiempo que no tenía una relación seria. Primero, con lo de mi padre no tenía tiempo para nada, me la pasaba corriendo de aquí para allá entre la casa, el hospital y el trabajo. Y luego, cuando murió mi mamá, no tenía cabeza para centrarme en nada que no fuera mi propio dolor. Sin embargo, mientras más tiempo paso con Daniel, más me doy cuenta que extrañaba tener esa conexión con otra persona, que me llenen de mimos, despertar en las mañanas arropada por el calor de un hombre.

«No tengo idea cómo funcionará esta relación pero lo que es seguro es que voy a hacer lo imposible para que lo haga» —pienso al tiempo que paso mis dedos entre su alborotado pelo castaño claro.

—Buenos días preciosa —me dice Daniel al abrir sus bellos ojos con voz soñolienta.

—Buenos días.

El bostezo y yo sonrío.

—¿Qué hora es?

—Ya casi es hora de levantarse —le informo después de mirar hacia el despertador que está encima de la mesa de noche detrás de él.

—Te has levantado temprano.

—Sí. No sé muy bien porqué pero anoche dormí como un tronco —replico con una sonrisa traviesa antes de intentar incorporarme para salir de la cama pero, él tira de mí y me hace un placaje contra el colchón.

—¿Ah, no? —dice con voz ronca de recién levantado—, pues déjame recordarte la razón, o más bien las razones por las que has dormido como un tronco, dado que fueron varios los polvos que te eché.

Me olisquea el cuello, raspándome con su barba incipiente. Yo me río por las cosquillas que me provoca mientras me remuevo debajo de él y lo empujo con las manos para tratar de alejarlo de mí.

—Daniel para por favor —pido entre risas—, tengo que ir a trabajar.

—Prometo que seré rápido —me dice con una sonrisa media picara y un brillo de depredador en los ojos.

—Pero, ¿tú no te cansas nunca?

—De ti, jamás —continúa él, introduciendo una pierna entre las mías para separarla y poder rozar su pene ya erecto contra mi sexo—. Cada vez que estoy contigo, sólo quiero más y más —prosigue, antes de besarme y bajar su mano hasta mi entrada y tocar levemente mi clítoris, quemándome, haciendo

que mi piel se despierte y arda de deseos por él—. Y cuando no estoy contigo, sólo pienso en el momento que te volveré a ver para poder perderme entre tus piernas —dice al abandonar mis labios y llevar los suyos a mi cuello. La sensación de su lengua húmeda y cálida provoca que una corriente eléctrica de puro deseo me atravesase entera y baje hasta mi vagina—. Y al parecer yo no soy el único, mírate, estas húmeda y temblado por mis caricias.

Y es cierto, ¿cómo no estarlo, si sus palabras me ponen a mil? Me gustan los hombres decididos, que sepan tomar a una mujer a la hora del sexo. Una mezcla de ternura y dominación que me pone loca.

Cierro los ojos, disfruto de lo que sus dedos me hacen sentir a la vez que su boca va bajando, recorriendo mi piel dejando regueros de besos, encendiéndome, enloqueciéndome a su paso, hasta llegar a mi pecho. Su lengua húmeda roza la aureola y ése ligero roce hace que me pierda en un mar de sensaciones.

Sus dedos siguen enloqueciéndome, mandando ramalazos de placer por todo mi cuerpo. Llevándome lejos, muy lejos.

Daniel retira su mano y mi sexo se queja, arde, quiere más de sus caricias. Siento como se acomoda entre mis piernas, y sin dejar de jugar con mi pezón, él se agarra el pene y lo lleva hasta mi entrada. Abro los ojos de golpe.

—¿Qué haces? —pregunto con la respiración errática por el deseo de volver a sentir sus dedos.

—Lo siento preciosa pero no aguanto más, necesito penetrarte con urgencia —responde después de abandonar mi pecho.

—No te has puesto preservativo.

—Lo sé, pero me imagino que estás en control prenatal —prosigue antes de volver a besarme el cuello.

—No.

—¿No?

Niego con la cabeza.

—¿Y eso por qué? —inquire al levantar la cabeza y mirarme directamente a los ojos.

—Bueno, mi vida sexual en los últimos meses no ha sido muy activa que digamos.

—Pues te puedo asegurar que estoy totalmente limpio. La agencia hace exámenes cada tanto y se asegura que estemos en perfecta salud. Y tú me acabas de decir que tienes mucho que no estás con nadie, por lo que doy por hecho de que también estás limpia —añade y después busca mis labios para volver a besarme, pero nuevamente me alejo.

—Te agradezco la confianza pero aun así ponte un condón.

—Amor, se me agotaron a noche y te deseo demasiado en estos momentos, aparte que nosotros ya llevamos unas semanas saliendo y creo que podemos dar ese paso, somos una pareja después de todo.

—Lo sé pero no.

—¿No?

—A ver Daniel, tener relaciones sin protección es una responsabilidad muy grande. No es algo que se deba decidir con la cabeza caliente y las hormonas revueltas. Yo estimo que primero debemos conocernos mejor, hablarlo y si ambos concordados que es lo que queremos hacer, vamos al médico y nos hacemos la pruebas correspondientes antes de dar ése paso.

—Pero Eve...

—Lo siento guapo, pero sin gorrito no hay cumpleaños —le aviso y esta vez sí logro escabullirme debajo de su cuerpo.

En eso no pienso ceder por más que lo deseé. Nunca he tenido relaciones sin protección y no voy a comenzar ahora.

—Eve, ¿qué haces? ¿En serio me vas a dejar así?

Lo miro divertida mientras me dirijo hacia el baño.

—Está bien, pero al menos podemos hacer otras cosas.

—Podríamos pero ya voy tarde para el trabajo.



Llego al trabajo quince minutos tarde, por lo que no tengo tiempo de subir a la cafetería a tomar mi dosis diaria de café. Apenas me siento en mi puesto de trabajo y sin perder el tiempo empiezo a trabajar.

La mañana transcurre de lo más movidita, las personas están como locas haciendo planes para sus vacaciones de verano. Con Paige casi no hemos tenido tiempo para bochinchar.

Al medio día, doy gracias a todos los dioses de la comida por ser la hora del almuerzo. No he desayunado y me muero de hambre.

Paige y yo nos dirigimos a nuestro local habitual para comer. Nuevamente David no nos acompaña y empiezo a pensar de verdad que me está evitando. Comemos, cotorreamos como siempre y aunque parezca extraño, no disfruto de la comida como quisiera. Me hace falta la compañía de David. Me doy cuenta que me he acostumbrado a su seriedad y a su cara de malas pulgas. Necesito verlo, además, tengo miedo de haber removido sus malos recuerdos y que ahora por culpa mía se encuentre mal.

La hora de la comida termina y regresamos a la faena. Por suerte, la cosa está más calmada que en la mañana.

A las cuatro, algo más fuerte que yo me impulsa a subir a la cafetería. Compró un café bien cargado y se lo llevó a David. Sé muy bien que el gesto puede ser mal interpretado pero no me importa. No le he visto desde el martes en la noche y tengo miedo que vuelva a comportarse como un viejo gruñón.

Al llegar siento algunas miradas sobre mí, me imagino que deben estar

sorprendido de verme aquí y teniendo en cuenta el numerito que monté la última vez que estuve aquí, no me extraña nada.

Él está sentado frente a la computadora con el gesto serio. Sonrío al ver la arruga que se le forma en la frente cuando está concentrado en algo. Como si sintiera que lo estoy observando, él levanta la vista, me ve y sus ojos se abren asombrados.

—Hola —lo saludo al llegar a su escritorio.

—¿Qué haces aquí? ¿Sucede algo? —pregunta alarmado y la arruga de su frente se cierne un poco más.

—Todo está bien. Es sólo que llevo dos días sin verte y quería traerte esto —respondo al mostrarle el vaso de café—. Bien cargado, como te gusta.

—Gracias pero ya tengo uno.

Sus ojos se desvían al vaso que está encima de la mesa al lado del teclado.

«Claro que tenía que tener uno» —pienso con ironía.

Era algo que debía imaginármelo. A él le gusta el café tanto como a mí. Pero yo, tonta al fin, no me detuve a pensarlo. Lo único que deseaba era verlo, saber que se encontraba bien.

¿Ahora qué hago yo? ¿Qué le digo que no me haga quedar como una idiota?

—Eh... también vine porque quería saber si vamos a ir a correr el sábado.

¿En serio he dicho eso?

—Claro.

—Te lo pregunto porque casi no te he visto y pensé que tal vez tendrías algo que hacer y no estarías disponible.

—No.

Y otra vez volvemos a las puñeteras monosílabas.

—¿”No”, no tienes nada que hacer o “no”, no estarás disponible?

—No tengo nada que hacer —responde en un tono seco y puede que quizás sea yo por el hecho que me está por bajar el periodo y estoy media sensible, pero su respuesta me parece fría y distante.

—Bien. Pues hasta el sábado —me despido y quisiera poder darme golpes con su propia mesa.

Pero que ridícula he sonado.

“Hasta el sábado”

¿Y eso qué significa? ¿Que no lo pienso ver hasta entonces?

Imposible, ¡si trabajamos en la misma planta, de por Dios!

Él asiente y de inmediato vuelve a clavar la vista en su pc.

Me desespero. No pido que se ponga a brincar de alegría pero joder, ahora supuestamente somos amigos y lo mínimo que espero es una sonrisa. Alguna muestra de que se alegra de verme. Como un “Hola, ¿qué tal? O “he estado muy ocupado por eso no me has visto”. Pero no. Volvemos con las mismas distancias del principio. Sólo que de forma cordial.

Me molesta su comportamiento.

No lo entiendo. ¿Qué fue lo que pasó?

Aunque puede que esté así porque estamos en el departamento de ventas, delante de sus empleados y tiene que mantener las formas.

Suspiro o más bien resoplo.

Con el ceño fruncido, confundida, por los sentimientos encontrados que me provoca su comportamiento, salgo del departamento de ventas y regreso a mi puesto.

Termino mi jornada laboral exhausta. Desde que hablé con David, no he parado de martillarme los sesos con lo mismo. Es que prefiero que me grite a que me trate de lejitos.

¡Joder! Ya basta. Mañana ya lo hablaremos y aclararemos todo. Me

niego a seguir machacándome con lo mismo.

Llego a mi casa y estoy tan agotada que no quiero nada. Sólo quiero dormir. Incluso, le mando un mensaje a Daniel explicándole que necesito descansar y que ya nos veremos mañana.

Me meto en la ducha, al salir me pongo mi pijama de Hello Kitty y a las siete y cuarenta me meto en la cama dispuesta a caer en los brazos de Morfeo pero mi gozo es un pozo porque escucho la cerradura y luego la puerta de mi casa abrirse.

Me tumbo de nuevo en el colchón y maldigo en silencio.

A veces me arrepiento de haberle dado las llaves de la casa a Molly. Pero claro, al morir mis padres y quedarme yo sola en éste mundo, decidí darle una copia para casos de emergencias. Sólo que en el caso de Molly, una emergencia se traduce: entrando en mi casa sin importar la hora ni el día. Ya sea para ver una peli, robarme el cosmo semanal, venir tirarse en el sofá y ordenar una pizza o abrir una botella de vino a las dos de la mañana porque Justin ha tenido que quedarse de nuevo donde su madre.

—Hola cariño —dice al entrar en el cuarto.

—¿Molly qué haces aquí?

—He discutido con Justin y he venido a quedarme contigo esta noche.

Me siento en la cama y cruzo los pies.

—¿Qué ha pasado?

—Pues que está vez sí estoy convencida de que me engaña el muy bastardo —responde y se desploma en la cama a mi lado.

—¿Qué ha pasado? —vuelvo a preguntar.

—Le he revisado el móvil y el muy cabrón tiene varios mensajes de mujeres, ¿te lo puedes creer?

Sus palabras me sorprenden y me dejan caer de muy alto. Hasta ahora, yo estaba convencida que todo era una exageración de Molly, pero de ser así,

yo misma me lo cargo por sin vergüenza y descarado.

—¿Qué clase de mensajes?

—No los leí todos, porque él se estaba bañando y tuve miedo que me encontrara con el teléfono en la mano. De manera que sólo alcance a leer unos cuantos.

—¿Unos cuantos? —pregunto asombrada—. ¿Pero de cuantos mensajes estamos hablando?

—Muchos. Demasiados —responde con la voz cargada de tristeza—. Algunos nombres se repetían. Así que ya ves, no sólo me engaña sino que lo hace con varias mujeres.

—¿Y qué decían? —inquiero con empatía.

—Citas con hora y dirección.

—¿Sólo eso?

—¿Y te parece poco?!

—No, bueno... no lo sé. Yo pensé que me dirías que habías encontrado un intercambio de mensajes amorosos. Pero no lo sé Molly, yo quiero creer que tal vez haya una explicación lógica —le advierte la optimista que llevo dentro—. ¿Qué te dijo cuando se lo comentaste?

—Nada.

—¿Nada? —pregunto incrédula—. No te dijo nada, ¿ni siquiera para defenderse?

—Bueno, tampoco se lo dije.

—No entiendo.

—Que no le dije nada de los mensajes —me avisa—. No quería que me acusara de estar revisando sus cosas...

—Si no le dijiste nada —la interrumpo sin entender—. Entonces, ¿por qué discutieron?

—Porque le reclamé su actitud y le pedí explicaciones de sus llegadas

tardías a la casa.

—Pero Molly, no quedamos en que ibas a hablar con él y le ibas a plantear tus dudas.

—Así es, pero al final no he podido —confiesa y su voz se carga de una emoción por las lágrimas retenidas—. Tú me conoces, sabes que no soy una mujer cobarde pero también sabes lo mucho que quiero a mi flaco y tengo miedo de enfrentarlo y que se vaya.

—Molly, te entiendo pero creo que es mejor saber la verdad que vivir en la zozobra de no saber.

—Lo sé, ya encontraré la forma. Sólo necesito llenarme de valor y encontrar el momento adecuado.

—Cariño, eso mismo me dijiste hace unos días.

—Lo haré, te prometo que lo haré.

No decimos nada. Nos quedamos calladas. Ella, acostada en la cama con la vista al techo, creo que culminando todo lo que hemos hablado y yo, sentada a su lado concediéndole el tiempo que necesita para organizar todo eso.

Ella ladea la cabeza y pronto frunce el ceño al caer en cuenta en algo.

—¿Y tú por qué estás sola? Pensé que encontraría a señor pene depiladito aquí contigo.

—¿Podrías dejar de llamarlo así? —pido medio divertida.

—Antes no te molestaba.

—Es cierto, pero ahora que somos novios, me suena raro escuchar a mi mejor amiga llamarlo de esa forma.

—Tienes razón. Espera, ¿has dicho novios? —pregunta al mismo tiempo que se apoya en los brazos e incorpora medio cuerpo y me mira asombrada.

—Sí, somos oficialmente novios.

Sonrío complacida. De repente escucho un gruñido.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Eso qué?

—Eso —digo al escuchar de nuevo el mismo ruido.

—Ah, eso. Ha sido mi estómago. Es que he decidido ponerme en régimen y no he comido nada en todo el día.

En el momento que ella anuncia eso pongo los ojos en blanco y me levanto de la cama. De todos modos, no creo que vaya a dormir hasta dentro de un buen rato.

—Molly, si es por lo que dijo el idiota del bar...

—No es por eso —me corta.

—Entonces, ¿es por lo que piensas que Justin te está haciendo?

—Tampoco —se defiende mientras me sigue hacia el salón—. Lo hago por mí —prosigue, yo ladeó la cabeza y la miro por encima de mi hombro con las cejas levantadas, sorprendida, interrogativa. No me lo creo.

—No me mires así, ¿has pensado que quizás me cansé de usar una talla 44 y que a lo mejor quiero ser más como tú, delgada? Eres tan esbelta que todo lo que te pones te queda bien. No tienes que estar preocupándote si la falda te queda demasiado corta, o si la blusa te queda muy ajustada, ni tener miedo de que se levante y termine mostrando tus rondores —termina quejándose mientras yo sigo mi camino hasta la cocina. Abro la nevera y saco los restos de lasaña que queda de la noche anterior.

—Molly, te conozco desde hace cuatro años y nunca te he visto con una ensalada en las manos, así que disculpa si me sorprende que decidas ponerte a dieta de la noche a la mañana —comento en el momento que introduzco el bowl en el microondas—. Si me aseguras que lo haces por ti, porque de verdad sientes que quieres adelgazar y no porque tengas miedo de perder a Justin, que para tu información, por si se te ha olvidado, te recuerdo que siempre ha estado más que encantado con tu talla 44, te prometo que mañana mismo busco

el primer gimnasio que exista entre tu casa y la mía y nos inscribo a ambas. ¿Qué me dices?

—Puff, ¿a quién pretendo engañar? Llevo tan sólo un día y me estoy muriendo de hambre —confiesa al tiempo que se desploma en una de las tres sillas del comedor—. Venga ya, pásame lo que sea que estés calentado que en vez de tripa pareciera que tengo un león enjaulado en el estómago.

Me río al tiempo que el pitillo del microondas anuncia que la comida ya está.

Saco el plato de lasañas y se lo pongo en frente. Me giro para buscar una cuchara y en cuanto me volteo para pasársela, ella ya le ha metido un dedo al boud.

—Joder, esto está buenísimo —comenta una vez que se lleva el dedo a la boca y lo chupa—. ¿De dónde la has sacado?

—Me la ha traído Daniel.

—Veo que el modelito no sólo te alimenta en la cama, sino que también fuera de ella.

Sonrío y me siento en frente de ella. Paso los próximos diez minutos explicándole porqué Daniel me ha traído la lasaña mientras la veo devorar el plato como si hace cien años que no comía.

—Bueno, yo pienso que Danielito no está tan desencaminado —opina con la boca media llena—, y mira que no lo conozco y me suda tener que darle la razón. Sin embargo, creo que no se equivoca con respecto a David.

—Ay Molly, por favor. Lo de David lo inventé para ponerlo celoso pero es más que obvio que no es cierto. Tú y yo sabemos que hace poco apenas y me toleraba...

—Una cosa no tiene que ver con otra. A ese tipo le gustas. Yo que te lo digo. Si bien sabes que tengo un olfato femenino que no falla —dice terminando de masticar a la vez que se toma la punta de la nariz con el dedo.

—Se dice instinto femenino mensa.

—Es lo mismo.

—Molly, te digo que no. Si a duras penas si me ve como una amiga.

—La verdad que tú lo que tienes de linda, a veces lo tienes de burra — me acusa mientras se levanta de la silla y pone el plato en el fregadero.

—Ey —me quejo—. A ver Sherlock, cuéntame, ¿cómo fue que lo averiguaste? ¿Entre cada sillazo o cada botellazo? Porque hasta donde pude ver estabas tan absuelta en el juego que apenas si le prestase atención.

—Bueno, con lo poco que vi me bastó —prosigue después de abrir la nevera y tomar una botellita de agua. Da un sorbo y después de tragar añade —: ése hombre te mira como si te quisiera comer

Sonrío con sus ocurrencias.

Estoy segura que si hubiera visto el trato frío y distante que me ofreció hoy, no pensaría lo mismo.

—Eso es imposible.

—Pero que terca —me acusa exasperada—. Piénsalo bien y veras que tengo la razón.

Lo pienso unos instantes y nuevamente lo sucedido la noche del juego viene a mi mente, sobre todo el momento en el que creí que me besaría, pero no lo hizo. Y luego está su actitud de los últimos dos días. No, en definitiva no.

—Ya deja de ver tantas novelas que después te andas haciendo unos numeritos que no hay quién te aguante.

—Bueno, tú sabrás pero después no digas que no te avisé. Oye, hablando de novelas, ¿has visto el último capítulo de la Doña? —pregunta entusiasmada volviendo a su silla. Yo sacudo la cabeza en negación—. ¡Pues que el Saúl se la volvió a montar a la Mónica con La Doña! No sabes que penita me dió de verdad. Pero es que los hombres en definitiva son unos

rastreros.

Paso la siguiente hora escuchando el resumen de la telenovela, que con los comentarios exagerados de Molly, termina siendo más largo que los 45 minutos de transmisión.

Capítulo XXI



Me despierto sobre saltada, abro los ojos y aún media adormilada veo cómo Molly da brincos en mi cama.

—¡Feliz cumpleaños! —grita sin parar de saltar.

Su grito hace que me despierte del todo. ¡Es mi cumpleaños!

Me siento en la cama y una sonrisa de oreja a oreja se apodera de mi rostro.

Molly se deja caer en la cama y aún rebotando me rodea con sus brazos en un fuerte abrazo.

—¡Felicidades tesoro!

—Muchas gracias, nena.

—Espera —me anuncia al separarse de golpe. Sale disparada del cuarto, dejándome sola y desconcertada.

Al cabo de unos segundos entra en la habitación cantando feliz cumpleaños, con un *cup cake* con una pequeña vela morada encendida.

Mi sonrisa se hace más grande y me uno al canto.

—Pide un deseo.

Lo pienso un segundo y no, no hay nada que pueda desear. Soplo la vela

y ambas gritamos un “weeee” en unísono antes de fundirnos nuevamente en un abrazo de oso y empezar a dar brincos de alegría.

—¿Pensaste que me había olvidado?

—No, pero estoy empezando a sospechar que la discusión con Justin fue una excusa para quedarte conmigo anoche.

—No iba a dejar que mi mejor amiga amaneciera sola el día de su cumpleaños.

Nos reímos.

Deja el *cup cake* en la mesita y sale otra vez disparada para el salón. Yo me quedo preguntándome que inventará esta vez, hasta que escucho “*Uptown Funk*” de Bruno Mars sonar en la radio. Me encanta esa canción de manera que me pongo de pie sobre la cama y sin importarme la hora que es, ni pensar en mis vecinos, me pongo a cantar a pleno pulmón.

Molly entra y de inmediato se sube también en la cama y se me une en coro.

*“I gonna kiss myself, I’m so pretty.
I’m too hot (hot damn)
Calle the police and a fireman.
Make a dragon wanna retire man.
I’m too hot (hot damn)
Say my name you know who I am
I’m too hot (hot damn)
Am I bad bout that money, break it down”*

Y ahí, dando brincos en mi cama en mi pijama de Hello Kitty, cantando y disfrutando con mi mejor amiga, como niñas pequeñas, soy feliz.

Al cabo de un rato Molly se va, se le hacía tarde para ir al trabajo y yo

me ducho de buen humor.

¡Veinte y cuatro años!

¡Sí, sí, sí!

—Un año más de vida —digo en un suspiro con una inmensa sonrisa.

Salgo de la ducha, me pongo un vestido veraniego azul marino con motivos rojos y unas bailarinas negras, me hago una cola, me maquillo de forma leve y estoy lista.



Una hora más tarde llego al trabajo con las energías al tope. Cuando me acerco a mi cubículo y creo morir *ipso facto*, ¡pero del gusto! Mi cupo de trabajo está decorado con globos. A cada lado de la mesa hay varios globos pequeños de color rosa con uno verde en el centro, formando una flor. Al lado de la pantalla de mi ordenador, hay dos globos inflados con helio: uno en forma de corazón y el otro de forma circular en rojo con toques metálicos en el cual está escrito *Happy Birthday*. Hay confeti de diferentes colores esparcidos por la mesa y encima del teclado hay una tarjeta. La abro y sonrío emocionada al leer:

¡Feliz cumpleaños! En nombre de toda la empresa te deseo lo mejor y espero que estés a gusto formando parte del equipo.

Está firmada por el Director de la empresa y por Hope.

¡Qué lindo! No puedo evitar emocionarme. En los cuatros años que trabajé para Henry y su Papá nunca tuvieron un gesto parecido hacia mí. Es más, creo que incluso se les olvidaba y, que una empresa tan grande y en la cual sólo llevo unas semanas trabajando tenga esa clase de detalles, es señal de que estás en el lugar correcto.

Todo está saliendo perfecto. Nuevo empleo, nuevo chico, nuevos amigos

y un año más de vida.

¿Qué más se le puede pedir al mundo?

Paige entra en nuestro apartamento con un vaso de café en la mano y en cuanto me ve, corre a mi encuentro y me envuelve en un abrazo.

—¡Feliz cumpleaños!

—¡Muchas gracias, tesoro!

—¿Por qué no me lo habías dicho? —pregunta tras romper el abrazo.

—No lo sé, se me fue de la cabeza —digo y me encojo de hombros. Es la verdad, no pensé ni un segundo en contársel, y ahora que lo pienso, también se me pasó decírselo a Daniel—. ¿Cómo te enteraste?

—Cada vez que un empleado cumple años, Hope manda un correo interno felicitándolo y adjunta a todos los empleados al e-Mail para que lo sepamos. Es una forma de mantener el buen ambiente entre los empleados.

Oh, qué chulo.

Nos ponemos a trabajar.

A las diez subo a la cafetería y gracias a la información que me dio Paige, no me sorprendo cada vez que topo con un empleado y éste me felicita con una sonrisa sincera o una de cortesía. Pero la verdad, no me importa cuál sea la razón. Estoy en una nube. Éste está siendo el mejor cumpleaños que he tenido en años.

A las cuatros, Hope nos cita a todos en la sala de reunión. Al llegar me quedo boquiabierta cuando al entrar veo una enorme tarta con mi nombre inscrito en ella sobre la mesa.

Todos me cantan feliz cumpleaños, y al terminar, los besos y las felicitaciones no se hacen esperar. Incluso, el director y mi jefa me felicitan. En medio de todo el bullicio y apapachos que yo acepto encantada, entra Hope con una bandeja, seguida de dos empleadas, las cuales también están portando una bandeja con copas plásticas. Todos se mueven para dejarles un espacio.

—Feliz cumpleaños mi niña —me dice cuando llega hasta mí con una enorme sonrisa.

—Muchas gracias Hope, la verdad no sé cómo agradecerte todo esto — digo emocionada casi hasta las lágrimas.

—Esto —dice mirando a su alrededor con una sonrisa acogedora—. No es nada, lo hacemos cada vez que un empleado cumple años, además, ustedes son mis pollitos y si yo no los mimo, capaz y nos abandonan.

Ambas sonreímos y nos abrazamos antes de empezar con el brindis.

Todos levantan sus copas y gritan al unísono: ¡Por Eve!

Pruebo mi copa y la sidra de manzana está riquísima. Todo está perfecto, o casi perfecto dado que mi nube de felicidad se ve tachada por una nube gris llamada David. Lo busco en cada rostro pero no está en la sala y no lo he visto en todo el día. No puedo dejar de sentir un queje de decepción.

Le pregunto a Paige por él y me informa que hoy se ha marchado más temprano. Escuchar eso, no sólo reafirma mi decepción, sino que también me llena de tristeza. Entiendo que no somos tan amigos como lo son él y Paige. No obstante, creo que habías avanzado lo suficiente como para merecerme un “feliz cumpleaños”

Hope parte el bizcocho y lo va repartiendo entre los empleados. Poco a poco la sala se va quedando vacía y al cabo de media hora, todos regresamos a nuestros quehaceres.



Llego a mi casa pero no con el mismo ánimo de esta mañana. Estoy llena de sentimientos contradictorios que no logro entender.

Me gusta Daniel, es más, creo que estoy enamorandade él. Sin embargo, ayer en la mañana cuando me pidió tener relaciones sin protección, estuve

recia. Me cerré en banda. ¿Por qué? No lo tengo claro. Por otro lado, desde lo ocurrido el martes en la noche con David, siento que algo ha cambiado, por lo menos en mí; porque por lo que de él se trata, es obvio que todo sigue igual. Estoy segura que no me gusta como hombre, eso está más que claro. No obstante, lo extraño un mundo. Extraño tenerlo a mi alrededor. Y no verlo hoy, ha sido un golpe duro de encajar. Y no logro entender el motivo.

«Mañana lo veras todo mucho más claro» —pienso con resignación y para qué negarlo con cierta amargura.

Envuelta en una toalla, me dejo caer en el sofá y reviso las felicitaciones de mis amigos por el WhatsApp y por el Facebook.

Justin me envía un mensaje de felicitaciones que dice:

¡Una tarea sencilla para ti! Pon una mano derecha en tu hombro izquierdo y tu mano izquierda en tu hombro derecho y ahora grita en voz alta:

¡Acabas de recibir un gran abrazo de cumpleaños de mi parte!

Me parto de la risa antes de enviarle un “idiota” acompañado de un emoji riendo en respuesta. A los dos segundos me envía otro mensaje disculpándose por no pasar a verme y le respondo que no importa, ya que la verdadera celebración será mañana después del concierto de Wason Brazoban y le advierto que a esa no puede faltar.

Daniel me escribe para saber cómo he pasado el día. Le cuento la sorpresa de la empresa y me reprocha que no sé lo haya contado. Me disculpo alegando que se me había ido de la cabeza. Cuando creo que me va a responder el mensaje, me suena el móvil anunciando una llamada.

—Así que mi morenita linda está de cumpleaños y no me había dicho

nada.

—Ya te dije que se me pasó —me defiendo.

—Pues, hay que salir a celebrarlo.

—No lo sé.

—¿Qué te pasa? No te noto muy feliz para estar de cumpleaños.

—Nada, sólo estoy cansada.

—Vamos —trata de animarme—. Te llevaré a un lugar bonito.

—Está bien —acepto pese no estar muy de humor. Pero tiene razón, es mi cumpleaños y no pienso dejar que nadie me lo amargue.

—Bien, voy saliendo del estudio. En una hora paso por ti.

Termino la llamada y me preparo. Me pongo un vestido negro con motivos morado, me calzo unos zapatos de agujas, me maquillo suave y me dejo las ondas naturales suelta.

Cuarenta minutos más tarde, escucho unos golpes, cojo mi bolso y abro haciendo mi mejor pose en el quicio de la puerta.

—Estás hermosa —dice y luego posa una mano en mi espalda y me atrae hacia él—. Hermosa es quedarse corto. Estás divina.

Sonríó encantada antes de que él se incline y me dé un rápido beso.

Llegamos a un restaurante pequeño pero acogedor cerca del puente de Brooklyn. Al entrar Daniel sigue con su mano apoyada en mi espalda baja, posesivo. No me ha soltado ni un segundo desde que salimos del apartamento.

—Mesa para dos —le anuncia al *maître*—. Al nombre de Stanton.

—Aquí está —dice el hombre después de verificar el nombre en su lista de clientes—. Por aquí, acompáñeme por favor.

Ladeo la cabeza y levanto una ceja interrogativa en su dirección.

—Susan ha hecho la reserva —me informa entendiendo mi pregunta no formulada—. También me ha dicho que se come muy bien.

—Tu agente no hace las cosas a media —asevero mirando alrededor y

apreciando lo pintoresco y lindo que es el lugar—. Es precioso.

—Oye, lo mejor para mi chica.

Nos acomodamos en la mesa en el exterior. El cielo está despejado, tenemos una maravillosa vista del puente de Brooklyn y la brisa de verano sopla agradablemente. El mesero nos entrega la carta y Daniel tras echarle un rápido vistazo, pide una botella de Lambrusco. Me quedo contemplándolo. Se le ve seguro. Me parece increíble lo bien y rápido que se ha adaptado a esta ciudad. Está tan hermoso, con su pelo rebelde y su camisa blanca que fácilmente podría dejar a cualquiera sin respiración.

Él estira el brazo por encima del mantel rojo con cuadros blancos, me toma la mano y me acaricia los nudillos.

—¿Estás bien? ¿Te gusta el lugar?

—Me encanta —respondo mirando el jardín a mi alrededor—. Muchas gracias por traerme.

—No creerías que te dejaría sola en un día tan especial —asevera con media sonrisa en el momento que me aprieta ligeramente los nudillos—. No entiendo por qué no estás con Molly.

—Bueno, hoy le tocó hacer doble turno. Así que la celebración la hemos dejado para mañana.

—¿A dónde van? —inquire y luego se inclina ligeramente hacia adelante interesado.

—A un concierto y luego vamos a bailar por ahí.

—No me habías dicho nada.

—Estaba planeado hace mucho y como siempre estás ocupado pensé que no podrías venir.

—Bueno, te informo que mañana sacaré el tiempo para ir a celebrar contigo —me informa justo en el momento que llega el mesero con la botella de vino. Yo sonrío ligeramente.

—¿En serio vas a venir? —pregunto incrédula a la vez que agradablemente sorprendida.

—Sí, yo creo que ya es hora de que vaya conociendo a tus amigos.

Me apoyo en la silla y mi sonrisa se hace más grande. Dijo que haría el esfuerzo y lo está haciendo mientras que yo sigo aquí preocupada porque el idiota de David no me deseó feliz cumpleaños.

Tengo que estar mal de la cabeza.

Sacudo la cabeza para alejarlo de mis pensamientos y disfrutar de la velada.

—Bueno lo del concierto estará un poco complicado porque no creo que se pueda conseguir boletas a estas alturas pero...

—No hay problema. De todos modos, yo tengo que reunirme mañana con Susan para tratar unos asuntos sobre la velada de la semana que viene. Fiesta a la cual quedaste en acompañarme —recalca al tiempo que yo asiento mientras paso la yema de los dedos sobre la copa de vino—. Pero puedo verte después en la disco. Es cuestión de qué me mandes la ubicación.

Sonrío como una idiota. No puedo pedir mejor cumpleaños.

Capítulo XXII



A las siete de la mañana suena mi despertador. Es temprano y quedé en ir a correr con David. Hago un amague para incorporarme pero luego recuerdo que él ha vuelto a comportarse como el idiota de antes. Entonces, apago el despertador de un manotazo y decido seguir durmiendo. Si él ha decidido comportarse de una forma fría y distante conmigo, pues yo no tengo porque aguantármelo. No me da la gana. Cierro los ojos y poco a poco voy cayendo en los brazos de mi querido Morfeo.

Me despierto sobresaltada. Tuve un sueño bastante extraño, en el que tenía que elegir entre David y Daniel. Es algo tonto, pero por algún motivo esa elección me angustiaba. Giro la cabeza y compruebo que he dormido toda la mañana.

Salgo de la cama, miro el móvil y me doy cuenta que me he quedado sin batería. Lo pongo a cargar y aún en pijama, me pongo con los quehaceres del hogar.

A las cuatro de la tarde ya he terminado. Me extraña que Molly no me haya llamado en el día pero luego recuerdo que el teléfono sigue apagado. Lo

enciendo y tengo varias llamadas perdidas, entre las cuales hay cuatro de David, dos de la noche anterior y dos de esta mañana.

Pienso que debería devolverle la llamada pero nuevamente me acuerdo que pasó de mí ayer en todo el día, que por alguna extraña razón que no logro explicar, aún sigo molesta. De manera que bloqueo el teléfono y ni caso, no se la devuelvo.

A las siete de la noche termino de prepararme. Me he puesto un vestido blanco corto, amarrado por una cinta en el cuello y con un escote en la espalda. Deja mucha piel a la vista y me hace sentir sexy y atrevida. Me maquillo con tonos nude, nada muy llamativo. Me recojo el pelo en un moño no muy elaborado, de manera a mostrar el escote de la espalda del vestido que para eso está hecho, para lucirlo.

A las siete y media salgo de mi apartamento y al llegar abajo, ya Molly me espera sentada en un taxi.

—¿Dónde está Justin?

—Tranquila nena —me responde ella al ver la cara de malas pulgas que he puesto—. Le he pedido que se adelante para que nos guarde una buena ubicación.

Asiento conforme y media hora más tarde estamos allí.

Wason Brazoban no es un cantante muy reconocido. Por lo tanto, el local donde se va a presentar no es muy grande.

Estamos en la puerta, Molly está mostrando nuestra invitación al seguridad cuando siento unas manos en mi espalda, me giro y es Paige que ha llegado con... ¿David?! ¿Y él qué rayos hace aquí?

—El local es muy bonito —me dice Paige, justo después de darme un beso en la mejilla—. Nunca había venido.

—Gracias por venir tesoro. Pero... ¿dónde está Brad? —pregunto mirando con disimulo a David que se ha mantenido a una distancia prudente.

—Me ha dicho que tenía que trabajar, pero que nos ve en la disco más tarde y cómo ya tenía la boleta, le pedí a David que nos acompañara. Espero que no te moleste.

—No, qué va —miento. Porque la verdad ahora mismo, lo observo ahí parado con su gesto serio e imperturbable y sólo quiero gritarle y preguntarle: ¡¿qué diablos te pasa conmigo?! Sin embargo, No es ni el momento ni el lugar. Por lo tanto, pongo mi mejor cara con una sonrisa fingida.

Entramos todos juntos en el local y empiezo a buscar a Justin con la mirada. Lo visualizo en una mesa apartada de escenario pero aún conservando una excelente vista. Nos acercamos, apenas me ve se pone de pie y me levanta en volada.

—¡Feliz cumpleaños! —grita mientras me da vueltas en el aire.

—Gracias —replico riendo, divertida por sus locuras—. Pero ya bájame que vas a hacer que se me vea el culo.

Justin es un hombre alto, delgado, muy delgado. Por eso lo bauticé “mi flacuchento” tiene el pelo castaño claro y ojos marrones claros. Tiene el pelo medio largo, pero siempre lo lleva bien peinado hacia atrás. Molly dice que junto a sus gafas, tiene un toque de “profesor sexy”.

Tiene un estilo sofisticado que le da un aire de nerd. No obstante, nada que ver con su personalidad. Es un hombre súper divertido.

—¿Cómo está mi montaña preferida? —demanda todavía sin soltarme pero por lo menos ya ha dejado de dar vueltas.

Yo entorno los ojos al escuchar su pregunta. Siempre que me ve es lo mismo. Me salta con frases como: “Eres más fría que el hielo, normal llevas el nombre de una Montaña” o cuando me enfado y luego me dice: “¿estás segura que tu nombre es Everest? Porque tienes el corazón más duro que un iceberg”. Sin embargo, no me molesta, Justin es el único a quién le acepto esas clases de reflexiones. Es tan buena gente que las dice sin ninguna mala intención.

—Estoy bien molesta contigo —respondo una vez que me ha dejado en el piso. Me ha dado tantas vueltas que una vez en el suelo me tambaleo un poco.

Él me lanza un mohín entrelazado con una sonrisa media sin vergüenza.

—¿Y yo qué he hecho?

—Te parece poco estar desaparecido —le reclamo dando ligeros golpes en su hombro—. A penas si te he visto en las últimas semanas.

—¡Ay! —grita fingiendo dolor.

—Te lo mereces —digo siguiéndole el juego—. Nos dejaste tiradas el día de la final y eso sí no te lo pienso perdonar —prosigo fingiendo estar molesta.

Su gesto cambia y de pronto se torna serio. Él mira a Molly por el rabillo del ojo y al seguir su mirada, veo cómo ella tuerce el gesto. Lo capto en volada. Es un tema susceptible y no es el mejor momento para comentarlo. De manera que decido cambiar de tema.

—Mira, ellos son David y Paige, mis compañeros de trabajo. Chicos, él es Justin, el novio de Molly.

Mientras ellos se estrechan las manos e intercambian “un encantado de conocerte” me hago una nota mental de que debo hablar con él tan pronto como la ocasión se presente.

Le echo una mirada al local mientras todos tomamos asiento. La decoración es sencilla, sin embargo, la poca iluminación, el mantel rojo y las velas sobre la mesa, le dan un toque íntimo y romántico.

—Me encanta lo que te has hecho en el pelo.

—Gracias Paige —responde Molly con una sonrisa al pasar la mano sobre la mecha rosa que se ha hecho en el cabello.

—¿A que está preciosa? —pregunta Justin con un brillo de orgullo en los ojos—. Cambia tanto de peinado que es como estar con distintas mujeres

en una —añade y después le da un sonoro beso en la cabeza.

Molly lo fulmina con la mirada y yo me quedo con cara de *what*. No puedo creer la mala elección de palabras.

—Justin, ¿podrías traernos algo de tomar por favor? —le pido para evitar que la sangre llegue al río. Ya que desde aquí puedo ver los deseos de asesinato en los ojos de Molly.

Él siempre tan displicente asiente más que encantado.

—¿Lo mismo de siempre?

Asiento.

Una vez que Justin se ha ido, le pido a Molly que se tranquilice y que no le dé vueltas al asunto esta noche.

Paige le pregunta de qué va el concierto y luego ambas se lanzan en una conversación privada. Sobre mechas, cambio de look y esas cosas.

—Tengo algo para ti —murmura David quién se ha sentado a mi lado.

Giro la cabeza lentamente y lo miro extrañada. ¿Me está hablando a mí? ¡No puede ser! Desde que llegó no ha dicho ni una palabra y ahora de pronto me dice que tiene algo para mí.

—¿Ah, sí?

—Quería dártelo ayer pero no estabas en tu casa.

—Oh, ya. ¿Y a qué hora fue eso? —pregunto en un tono seco. Me molesta su actitud y no puedo disimularlo. Él no puede un día no hablarme y al otro aparecer como si nada hubiera pasado.

—No importa. Sólo ábrelo... por favor —añade al ver que no me muevo.

Respiro hondo armándome de paciencia y cojo el paquete cuadrado perfectamente envuelto que ha puesto sobre la mesa.

Tiro del lazo azul oscuro y lo desenvuelvo entre molesta y nerviosa. Tras arrancar el papel descubro una caja. Al abrirla me quedo muda y sin

evitarlo una sonrisa tonta se dibuja en mis labios.

—Es preciosa —digo embelesada mirando la bola de nieve, dentro de la cual se encuentra la torre Eiffel y en la parte de abajo en resina están las calles de París y monumentos tales como: el arco de triunfo, la catedral de Notre Damme, entre otros.

—¿Te gusta?

—Me encanta —respondo sin poder quitar la vista de encima. Creo que en mi vida nadie me había regalado algo tan bonito y no es por el regalo, sino por lo que significa para mí. Paris, mi sueño.

—Gracias —prosigo y está vez sí lo miro directamente a los ojos, le confieso con los míos toda la emoción que siento en éste momento. Nos mantenemos la mirada y por unos instantes volvemos a ser David y Everest. Sin distancias, ni frialdad. Sólo nosotros.

David abre la boca, como si me fuera a decir algo. Su mirada se vuelva más intensa pero luego la cierra e inspira hondo antes de pasarse la mano por el pelo.

—Voy a ver si Justin necesita ayuda con las bebidas —me anuncia.

Yo asiento y vuelvo a mirar mi bola, la sacudo y sonrío feliz como una niña en el día de navidad viendo la nieve caer.

Aún con la vista clavada en mi regalo, escucho un “guau” proviniendo de la boca de Molly.

—¿Y eso?

—Ah, ahora entiendo mejor —se me adelanta Paige, cortando así mi respuesta y ganándose mi atención.

—¿Qué entiendes mejor ahora?

—Ayer al salir del trabajo llamé a David para saber por qué había salido tan temprano de la empresa y me dijo que andaba de compras, cosa que me sorprendió porque David odia hacer eso —me contesta—. Ahora entiendo

que estaba comprando tu regalo.

La noche avanza y el presentador anuncia la llegada del artista esperado. Las personas aplauden, pero cuando Wason aparece en escena, el local se viene abajo y los gritos y silbidos, incluso los míos, llenan la estancia.

Él saluda y nos agradece a todos por nuestra presencia y apoyo antes de sentarse, tomar su guitarra y empezar a cantar. Primero canta “Tú me cambiaste la vida” a esa le sigue otra y otra, hasta que ya avanzado el concierto, toca “¿Qué vida?” Y es el real boom. Todo el mundo se pone de pie, yo saco mi celular, me olvido de mi alrededor y empiezo a grabar mientras junto con los demás canto en coro:

*“¿Y qué vida? Si a mí la vida se me fue contigo
Si desde que te fuiste ya no vivo
Yo me limito solo a respirar.*

*¿Y qué vida? Pa’ qué me dices cosas sin sentido
Tú sabes que sin ti sólo respiro
Sólo vivo si a mi lado estás.”*

¡Pero cómo canta éste hombre! Hace que se te achine la piel con esas cosas tan bonitas que dice.

Al terminar esa canción, él toma una pausa. Yo me siento, estoy acalorada, muerta de la sed y casi afónica de tanto gritonear y canturrear.

A los quince minutos, vuelve al escenario y en cuanto anuncia la próxima canción es mi perdición. Me emociono hasta las lágrimas. Es imposible no perderme en los recuerdos, es una mezcla de sentimientos agridulces.

David me toma de la mano y con voz suave y cautelosa me pregunta qué

me pasa.

Le explico que un día salí de la universidad, claro que para ése entonces aún no había tenido la necesidad de abandonar mis estudios y, que al llegar a mi casa encontré a mis padres bailando esa canción en la cocina. Al parecer estaban buscando algo para bailar y yo había dejado el cedé en el tocadiscos. Lo que es extraño porque esa no es una canción para bailar, más bien para sentarse y tomarse unos tragos con tus amigos.

—¿Sabes que me respondió cuando le hice el comentario? —le pregunto, aunque la pregunta es más para mí misma—. Me contestó que cualquier canción es buena para bailar siempre y cuando se encuentre la persona ideal para hacerlo—recuerdo con una sonrisa entre la alegría y la tristeza—. Y desde ése día se ha convertido en una de mis favoritas.

Y sin previo aviso, David me tiende su mano.

—Baila conmigo —aclara, ante mi evidente confusión.

Sonríó levemente, le tomo la mano y acepto encantada. Sin importarme que esta no sea una canción para bailar ni que las personas a nuestro alrededor nos miren raros, por ponernos a bailar cuando todo el mundo está sentado.

David pone una mano en mi espalda, sobre el escote y siento el calor que desprende su mano a través de mi piel. Me acerca hasta estar pegados el uno al otro. Me pongo rígida por su cercanía. No obstante, eso no me detiene al contrario, me dejo mecer entre sus brazos.

—¿Podrías traducirme lo que dice por favor? —me susurra al oído.

Yo cierro los ojos, me dejo llevar mientras le voy cantando cerca del oído las siguientes palabras en inglés.

*“Sentado en el banco de aquel viejo bar
Yo tímidamente te invito a bailar y tú,
Sonriéndome aceptándome.*

*Bailamos bachata, merengue, bolero
Hablamos bajito, chocando los cuerpos
Y así, cupido flechándomeeeee.*

*Termina la fiesta cada cual a su casa
Yo me voy con tu cara pegada en el alma
Y sin bien conocerte, ya te comienzo a extrañar*

*Tal parece que yo, me acostumbre a ti en un sólo día
Que te ando extrañando como si hacen años que te conocía
Tal parece que yo en un sólo baile te entregue mi vida
Tal parece que el sentimiento venció las reglas que había.”*

Según le voy traduciendo la canción siento cómo mi cuerpo se va relajando y disfruto del momento y de la calidez de su cuerpo. Ya no me importan las razones por las que desapareció ayer o por qué ha estado tan distante. Nada importa. Lo único que me interesa es saber que en éste preciso instante, un hombre de apariencia dura y salvaje, con manos grandes, fuertes y puede que a veces hasta torpe, me sostiene entre sus brazos con ternura y delicadeza, brazos en los cuales me siento segura y que no puedo pedir mejor regalo.

Levanto la cabeza y sus ojos miel me esperan. Lo que veo en ellos me perturba al punto de ponerme nerviosa, intento apartar la mirada pero David baja la cabeza y pega su frente a la mía.

—Everest, yo... —hace una larga pausa. Yo despego mi frente de la suya y lo descubro con los ojos cerrados. Al abrirlo, siento esa energía que nos rodea, esa conexión que sentí el día que estuvimos en mi departamento y mi corazón empieza a dar brincos por los nervios, ¿por qué me perturba tanto su

mirada?—... Yo... feliz cumpleaños —dice y algo en mí está segura que no era lo que quería decir en realidad. Abro la boca para preguntarle pero en ése mismo momento termina la canción y, entonces él me suelta.

El concierto termina y en una carrera de taxi que dura cuarenta minutos, llegamos al Mystique Club.

Al entrar a la disco, la música es atronadora, nos vamos encontrando con unos amigos, y cómo es de esperar, pese que mi cumple fue ayer, cada uno me felicita. Algunos de una forma muy efusiva. ¡Viva el recordatorio de Facebook! Creo que desde que existe nadie olvida un cumpleaños.

Llegamos hasta la barra y nos hacemos un pequeño espacio en la esquina. Molly le cuenta al *barman* que estoy de cumpleaños y que esto es una celebración por lo que mi copa no puede estar vacía.

Pedimos una ronda de bebidas y con Molly empezamos a bailar.

A la media hora de estar ahí, llega Brad y a Paige se le ilumina la vida y una sonrisa de boba enamorada que conozco muy bien inunda sus labios. Creo que en el fondo tenía miedo de que él le diera el plantón.

—Buenas noches —saluda él al llegar a la barra.

—Hola —contestamos ambas en coro. Yo le agrego un leve gesto levantando la mano y Paige con su sonrisa que no la abandona.

—Lo siento, se me ha hecho un poco tarde.

—Descuida, lo importante es que estás aquí —se apresura a contestar ella.

Ladeo la cabeza y me encuentro con cuatro pares de ojos interrogativos. De pronto caigo en cuenta de que Justin y David no saben quién es el recién llegado. De manera que me apresuro a hacer las presentaciones.

—Chicos, él es Brad. Brad, estos son Justin, Molly y David.

—Un placer —responde él tendiendo la mano.

Molly me mira con disimulo y asiente dando su visto bueno antes de que

Justin tire de su brazo y la lleve a la pista de baile. Sí, Brad se ve muy bien pero todavía hay algo que no me cuadra.

—Everest está de cumpleaños —dice Paige como si de esa forma pudiera cubrir el silencio incómodo que se ha hecho presente.

—Felicidades —me dice él sin mucho entusiasmo. Se ve tan serio que por un momento me parece estar viendo a David.

—Gracias.

Me acerco a David y le agarro de la mano.

—¿Quiero bailar? ¿Me invitas?

Su cuerpo entra en tensión, no parece estar muy convencido, me mira en alerta pero no le doy tiempo a resistirse. Imito el gesto de Justin y tiro de él hacia la pista.

Suena “I Need Your Love” de Ellie Goulding feat Calvin Harris, ambos bailamos. O más bien, yo bailo dado que David sólo se limita a mirarme como si yo hubiera salido de una caja de sorpresa, o venido de otra galaxia, mientras que yo me deshueso toda.

Al terminar la canción, él quiere regresar a la barra puesto que según sus palabras no le gusta esas músicas tan movidas. Le explico que Paige necesita privacidad. Él acepta quedarse, a regaña dientes pero lo hace.

Tres canciones más tarde miro en dirección de mi chica fuego y con pesar veo como Brad está recostado frente a la barra con el frente hacia la pista, mientras que Paige tiene la cabeza metida en su Cosmopolitan. Por lo que al terminar “Can’t stop the feeling” no veo el caso de retener más tiempo a David en la pista y junto con Molly y Justin regresamos a la barra.

—Voy al baño, ¿me acompañas?—le pido a Paige.

Ella asiente y se levanta.

—Yo también voy —anuncia Molly.

Las tres nos encaminamos hacia los lavados.

Necesito saber qué es lo que le ocurre a Paige. Lleva varios días esperando esta noche y no veo que haga nada para hacer avanzar las cosas entre ella y Brad.

Al llegar al baño, hay cola para entrar. Tampoco es que importe mucho puesto que yo sólo quiero conversar en total tranquilidad.

—¿Qué ocurre? —pregunto en dirección de Paige una vez que estamos dentro del baño, lejos del ruido.

—Nada.

—Por favor nena, llevo diez minutos mirándote desde la pista y a parte de apresurar tu bebida no te he visto decir una sola palabra —interviene Molly adelantándose a mi punto.

—Bebía rápido porque no sabía qué decir y necesitaba mantener mis manos ocupadas —se defiende.

—Paige, ambas sabemos que el alcohol no te sienta bien, así que trata de ir suave y mantenerte sobria. Por otro lado, estamos en una discoteca, si no quieres hablar con la boca deja que tu cuerpo lo haga por ti —continuo yo.

Paige baja la cabeza tímidamente y se abraza a sí misma.

—Nena, somos nosotras y sabes que puedes hablarnos.

Ella murmura algo, debe de ser para sí misma porque Molly y yo, pese que estamos tan cerca, nos miramos y ambas tenemos una conversación silenciosa. Yo le pregunto con los ojos, ¿qué fue lo que dijo? Y ella se encoge de hombros. Tampoco entendió nada.

—Paige, ¿qué dijiste?

—Que no sé bailar —repito con una expresión entre la vergüenza y la timidez.

Me quedo muda. No puede ser. Debí haber escuchado mal.

Vuelvo a mirar a Molly y al ver su cara Incrédula, entiendo que no lo hice.

—A ver cariño, pero algo debes de saber —la anima Molly—. A ver muéstrame qué tal lo haces.

—No.

—Paige —insiste Molly.

—Que no —continúa ella terca.

—Escucha, tienes dos opciones. La primera es bailar delante de nosotras y que intentemos ayudarte o pasarte la noche entera sentada, aburrida y perder la oportunidad de bailar con el chico que te gusta. Tú decides —intervengo yo.

Paige se lo piensa. Su mirada baila entre ambas hasta que lanza un suspiro de resignación.

Empieza a moverse, yo me muerdo el labio inferior para no reírme, sería una mala amiga si me reíría en estos momentos, sabiendo lo importante y la gravedad el asunto.

—Cariño, parece que te estás electrocutando —dice Molly como si tal cosa y es inevitable, yo suelto una carcajada que hace que a Paige se detenga en el acto.

—Olvídenlo —dice con frustración antes de girar sobre sus talones para marcharse.

—Espera Paige —la detengo y trato de controlar mi risa—. Mira, bailar no es tan difícil. La música es algo que llevamos dentro. El problema es que mueves todo el cuerpo, y eso te hace parecer descoordinada —le explico y ella me mira con mucha atención. Me coloco detrás de ella y pongo mis manos en sus caderas—. Lo importante cuando bailas, sobre todo cuando eres mujer, es mover la cadera, lento, suave, al ritmo de la música.

Empiezo a mover sus caderas de un lado al otro.

—Paige, estás muy tensa. Tienes que soltarte —le aconsejo y ella lanza un suspiro exasperado.

—No es tan fácil —se queja.

—Cariño, claro que lo es, lo que pasa es que no sabes y es lógico que te parezca difícil. Más adelante prometo que te daré unas clases pero ahora mismo debemos hacer lo que podamos. Tú sólo no muevas mucho los pies, muévete lento y déjate llevar por la música.

—Yo... no sé Eve, lo mejor sería dejar esto.

—No, ni hablar. No te des por vencida.

Pasamos los próximos quince minutos bailando delante del espejo del baño antes de regresar con el grupo. Aprovecho que los hombres están sumergidos en una conversación para arrastrar a Paige a la pista, y cuando digo, “arrastro” es casi de forma literal.

En un principio está tensa, rígida. Sin embargo, al igual que pasó la noche en la que fuimos al KK Bar, termina soltándose las greñas y empieza a reírse y a disfrutar con nosotras.

Varias canciones después regresamos con nuestros amigos.

Hablamos, bebemos y ya avanzada la noche, ella coge valor e invita a Brad a bailar. Sonrío con orgullo. Es una chica valiente. Me gusta.

—¿Qué pasa? —pregunta David inclinándose ligeramente hacia adelante en la barra.

—Paige que empieza a desesperarse de que Brad no se le declare o por lo menos que le dé una señal y yo le estoy diciendo que lo haga ella. Que se lance al vacío.

—Everest tiene razón —lo miro con asombro. David dándome la razón. ¿Qué mosca le habrá picado?—. Si de verdad te gusta, ve por él. A veces los hombres no nos atrevemos a confesar nuestros sentimientos por miedo a no ser correspondido, de manera que preferimos callar y conformarnos con lo que sea que ustedes estén dispuestas a darnos —prosigue, y al llegar a la última

frase, deja los ojos de Paige para buscar los míos.

—No lo sé, no es tan sencillo como lo pintan.

—Nadie ha dicho que sea sencillo. Sólo es cuestión de arriesgarse, de lanzarse al vacío, de vivir. Porque si no lo hacemos, ¿de qué nos sirve la vida? —la animo yo.

Ella ladea la cabeza, mirando a David y luego a mí. Repite la acción varias veces, creo que agarrando valor.

—De acuerdo.

Y dicho eso, se gira y se acerca a Brad que sigue hablando con Justin.

Yo me le quedo mirando para no perderme ni ápice de la escena.

—Disculpa, Brad.

—¿Sí? —dice éste después de girar medio cuerpo para mirarla.

—Éste... tú... digo..., yo.

—¿Pasa algo? —la interrumpe él y ella inspira hondo.

—¿Qué piensas de las mujeres que dan el primer paso? —le suelta ella de golpe, nerviosa.

—No lo sé.

—Pues estás a punto de averiguarlo —le informa con determinación y luego se pone de puntillas, agarra su rostro entre las manos de ella y le paga tremendo beso. Mentalmente saco los pompones y me pongo a gritar ¡sí, sí! ¡Ésa es mi chica fuego!

Me quedo esperando que él enrede sus brazos alrededor de su cintura, la incline hacia atrás y le devuelva el beso. O sea, ¡el momentazo! Pero no, Brad se queda cual estatua de la libertad, rígido con los brazos abiertos y los ojos como platos, desconcertado.

Joder, ¿pero éste hombre qué tiene en las venas? Hielo tendrá que ser, porque sangre de seguro que no.

Segundos después, Paige se separa, da media vuelta y camina de regreso

hasta donde estoy, más roja que un tomate.

Miro a David, él capta mi silenciosa petición y después de darle una ligera palmada en la mano a Paige, se aleja y nos da un poco de intimidad.

—Me muero. No puedo creer que haya hecho eso. Eve me voy a morir.

—Tranquila —trato de calmarla tomando su mano y dándole un ligero apretón para reconfortarla. Tiene la mano fría y la pobre tiembla como una hoja—. Debes estar orgullosa de ti, no sólo lo has hecho, sino que lo has hecho sobria y siendo tú misma.

—No lo digas tan alto que ahora mismo me bebería no sólo un whisky, sino todo lo que hay en el bar para calentarme y calmarme. Cielos Eve, siento que el alma ha abandonado mi cuerpo y que en cualquier momento me voy a desmayar —comenta agobiada—. ¿Lo has visto? No me ha devuelto el beso. ¡Qué vergüenza! —continúa enterando la cara entre sus mano.

Abro la boca para decirle que es una mujer valiente y que no debe sentir vergüenza por desmontar sus sentimientos. Sin embargo, en ése momento llega Brad y no puedo decirle nada.

—Paige —la llama, pero ella no se voltea. Él se aclara la garganta y vuelve a llamarla—. Paige, lo siento... yo no quería hacerte sentir mal pero me has agarrado por sorpresa.

Esas palabras captan su atención y se gira para enfrentarlo.

—No, discúlpame tú a mí. Tú me gustas mucho y creí que sentías lo mismo por mí pero ahora me doy cuenta de que no es así.

—Eres una chica muy linda... —odio ése tipo de introducción que por lo general viene acompañado de un “no eres tú, soy yo” y ahí es donde te entran ganas de quitarte el zapato y entrarle a zapatos.

—... pero, no eres mi tipo —termina él. Yo hago una mueca con la boca a la vez que entorno los ojos. No me lo puedo creer.

Paige lo observa, su frente se arruga mientras se acomoda bien las gafas.

—¿No soy tu tipo? —pregunta tratando de no alzar la voz. Sigue roja, pero su semblante ha cambiado. No creo que el color carmín de sus mejillas se deba a la vergüenza.

—No.

—Pero... pero te la pasas mirándome constantemente y aceptaste ir a mi casa para reparar la computadora...

—Exacto —la corta él, quien mantiene una pose impasible—. Fui a tu casa a reparar una computadora, computadora que por la cantidad de fotos que hay de Eve, asumo que no es tuya, sino de ella —recalca mirando en mi dirección. Paige se remueve incómoda, nerviosa de saberse descubierta y yo sonrío. Le dedico un “gracias” articulado y me encojo de hombros en modo de disculpa. Después de todo, no hemos hecho nada malo. Ha sido sólo una mentira piadosa.

—De nada —me contesta él, acompañado de una leve inclinación de la cabeza antes de volver a centrar su atención en Paige—. Fui porque es mi trabajo, soy informático, además me pareces una muchacha muy simpática y no me costaba nada echarle una mano.

—Entonces, si te diste cuenta de que la pc no era mía, sabías que lo hice para llamar tu atención, ¿no es así?

Él asiente.

—Y aun así aceptaste otra invitación y aquí estás, ¿por qué? —prosigue ella conmocionada y no es para menos.

—Para conocerlo mejor a él —dice inclinando la cabeza hacia dónde se encuentran nuestros amigos. Paige y yo seguimos la dirección de su mirada.

—¿David? —pregunta, y está vez no se contiene y alza la voz llamando la atención del interpelado—. ¿¡Viniste a ver a David?! —asevera incrédula.

—Sí, paige. Soy gay —confiesa sin reparos, como si fuera la cosa más obvia. No digo que todos los gays andan vestidos como locas emplumadas

pero al verlo tiene toda pinta menos de serlo.

Joder, que fuerte.

—¿Eres... gay? —repite ella, insegura mientras que él afirma con la cabeza. Ella se queda callada unos segundos. La observo mientras mueve los ojos a ambos lados, creo que absorbiendo las fuertes palabras de Brad. Su cerebro parece trabajar a toda prisa.

—Me mirabas siempre que estaba con él, me preguntaste si éramos novios y aceptaste venir en el momento que supiste que él iba a estar presente —prosigue ella, pero sus palabras son tan bajistas que es cómo si se estuviera hablando a sí misma, o más bien rememorando. Si yo no estuviera tan cerca, no la habría escuchado—. ¡Pero David no es gay! —vuelve a gritar saliendo del trance en el que estaba sumergida.

—Lo sé, me di cuenta esta noche al observar cómo la mira a ella.

«¡¿A mí?! ¿Y yo qué tengo que ver?»

Me dan ganas de preguntarle de qué está hablando pero entiendo que no es el mejor momento para aclaraciones.

—Mira, David es un hombre serio, callado, con un aire misterioso y salvaje. Lo veo pasearse por el vecindario tan educado, caballeroso y me resulta fascinante. Nunca lo he visto con ninguna mujer aparte de ti y pensé que tal vez podría ser gay. Mi intención no era confundirte y te lo pensaba decir el día que fui a tu casa y me di cuenta de tu interés por mí pero luego me invitaste a venir esta noche y me dijiste que él estaría aquí. Reconozco que aproveché la ocasión para acercarme a él y conocerlo al fin.

Paige lo mira pasmada. Él la mira, creo que esperando que ella diga algo. Pero no lo hace. No muestra ninguna reacción o sentimiento. Luce anublada.

Yo no sé cómo lo hace para mantenerse tan tranquila, yo ya le hubiera dicho de todo menos bonito. Pero esa soy yo, que suele ser una deslenguada.

Sin embargo, hay casos en los cuales un silencio vale más que mil palabras. Y éste es uno de ellos.

Me acerco, tomo su mano y se la aprieto con fuerza. Tengo miedo que en cualquier momento se desplome

—Mira lo siento. Será mejor que me marche.

Ambas asentimos. Es el momento más incómodo que he presenciado en mi vida.

Brad se marcha sin despedirse de nadie. Paige se gira hacia la barra, sus ojos están húmedos y me mata verla tan triste. Joder, es que si no la hubiera influenciado para que se lo dijera, nada de esto hubiera pasado.

—Paige, lo siento...

—No, no lo sientas, porque yo no lo hago.

La miro asombrada.

—¿Ah, no?

—No. Si no lo hubiera hecho, seguiría como tonta llenándome la cabeza de pajaritos pensando que no se atrevía a declararse por timidez. Si ya hasta nos veía casados y con hijos —explica en medio de una sonrisa que no le llega a los ojos.

Ella inspira hondo y clava la vista al frente.

—Gay, eso sí que no me lo esperaba.

—Bueno cariño, debimos imaginarlo cuando lo vimos con esos calzoncillos horrorosos de corazones en las manos —digo para tratar de quitarle un poco de drama al asunto y parece que funciona porque Paige sonrío.

—Eve.

—¿Ajá?

—¿Ahora sí me puedo tomar ése trago?

—Claro, pero éste lo pago yo.

No me equivoqué. Paige es una mujer valiente. Otra en su lugar ya se hubiera echado a llorar. Yo no estoy segura de cuál hubiera sido mi reacción pero lo más probable es que me hubiera marchado a casa para estar sola. Sin embargo, ella sigue aquí, con la frente en alto, aguantando como toda una guerrera.

La noche sigue avanzando. Bebemos, bailamos y entre todos intentamos hacer que Paige se la pase bien a pesar de lo ocurrido.

Estoy en la barra hablando con mis amigos cuando siento unas manos posarse en mi cintura, me sobresalto antes de girarme y toparme con los bellos ojos azules de Daniel.

De inmediato, enredo mis brazos alrededor de su cuello y ambos nos fundimos en un beso de película que me deja sin aire.

—Viniste —digo eufórica tras romper el beso.

—Te dije que lo haría.

Sonríó feliz, lo tomo por el brazo y lo presento al grupo.

—Chicos, él es Daniel. Daniel, ellos son, Justin, Paige, Da... —me detengo al notar que David ya no está. ¿En qué momento se movió, si hace apenas unos segundos estábamos hablando?—... Y Molly —termino confusa.

«¿A dónde se habrá marchado?» —pienso buscándolo alrededor.

—Mucho gusto —dice Daniel.

Los saluda uno a uno hasta llegar donde Molly, a la cuál le tiende la mano pero mi amiga lo contempla de arriba abajo sin ocultar su molestia. La acribillo con los ojos para que no sea pesada y no lo deje la mano tendía.

—Pero al final sí existes. Por un momento pensé que eras parte de la imaginación de mi amiga o una clase de fantasma al cual sólo ella podía ver —comenta sarcástica, todavía sin aceptarle el saludo.

—Molly —la reprendo para que corte el rollo.

—¿Qué? —finge inocencia—. Ustedes llevan más dos meses saliendo y no le había visto ni un pelo.

—Lo siento —se disculpa Daniel antes de dejar caer el brazo—. Acepto mi culpa, tienes toda la razón de odiarme, no he estado muy presente, he tenido mucho trabajo pero para mi defensa quiero que sepas que estoy loco por esta señorita —dice posicionándose detrás de mí y rodeándome la cintura con sus brazos—, y estoy haciendo mi mayor esfuerzo para estar más presente en su vida y por ende en la vida de sus amigos.

Molly acepta finalmente el saludo y yo sonrío complacida y feliz.

Capítulo XXIII



¿Por qué tuvo que venir?

En cuanto vi como su cara se iluminó en el momento que él la rodeó por la cintura, lo supe. Supe que no era uno más de los tantos que la habían felicitado esta noche y a los cuales quise estamparle mi puño en la cara por ser tan jodidamente expresivos. ¿Cuál era la necesidad de tener que levantarla en volada como si hace cien años que no la veían? No lo entiendo. ¿No se supone que un abrazo debe durar apenas unos segundos? Digo, para mí lo socialmente correcto sería tres segundos máximo. Pero no, con Everest no era caso, cada vez que alguien se le acercaba para felicitarla, el abrazo se tornaba una eternidad, por lo menos para mí. Por suerte la música endemoniada acallaba cada uno de mis gruñidos.

Coño, es que pareciera que toda la maldita discoteca estaba al tanto de que era su cumpleaños y yo no tenía la más mínima idea de que conociera a tanta gente. No estaba preparado para ver tantas muestras de cariño.

Era él, el tipo que tuvo la suerte de conocerla y enamorarla primero que yo y que día a día la aleja más de mí.

El animal protector, salvaje y territorial que existe en mí y que se

mantiene oculto, sumergió y sin proponérmelo, fui retrocediendo hasta ser engullido por la multitud. Fue lo mejor que pude haber hecho, porque el deseo de arrancarla de sus brazos y reclamarla como mía era demasiado grande.

Tenía que irme y esa era mi intención, estaba ya fuera de la disco cuando di media vuelta y regresé. ¿Será que me gusta autoflagelarme? Sí, debe de ser eso, por qué sino, ¿cómo diablos podría explicar el haber regresado? Sin embargo, aquí estoy, observándolos entre las sombras, cual *voyeur* obsesionado. Enfermándome un poco más de celos, rabia y envidia mientras lo veo rodearla con sus brazos, besarla en el lóbulo de la oreja, provocando sus risas. Jesús, sólo tú sabes lo que daría por estar en su lugar.

Tantos años aislado de cualquier sentimiento. Desde lo sucedido con Samantha me he mantenido alejado del género femenino. Sí, como todo hombre que necesita desahogarse de vez en cuando, tengo mis líos por ahí. Pero sólo rollos pasajeros. De esos, aquí te vi, aquí te tomo y bye bye.

Así lo he querido y he estado cómodo con esa elección. He creado muros a mi alrededor para que nadie pueda entrar. Para que nadie tenga el poder de volver a hacerme añicos y por la misma ocasión desordenar mi vida.

Sólo entran las personas que yo permito o así solía ser, hasta que llegó ella y, sin previo aviso, sin pedir permiso entró en mi vida llenándolo todo, removiendo todo, cual tornado rabioso.

He tratado con todas mis fuerzas mantenerme alejado de ella. Desde lo ocurrido en su departamento, me he mantenido distante para evitar cometer una estupidez pero luego pasan cosas como la de esta noche cuando la tuve en mis brazos durante el tiempo de una canción y la esperanza de que sí se puede, que podemos estar juntos, renace en mí.

Ayer, cuando recibí el correo de Hope avisando que ella estaba de cumpleaños, apresuré todo el trabajo que tenía para poder salir temprano.

Lo primero que quise fue salir a buscarla, estrecharla en un abrazo y

felicitarla. Claro, que la felicitación era la excusa perfecta para poder tocarla. Joder todavía me hormigueaba la mano desde la noche que salí de su apartamento y necesitaba ése contacto por muy efímero que fuese. Sin embargo, pensé mejor las cosas y decidí hacerlas de otro modo.

Anduve tienda tras tienda buscando el regalo ideal para ella. Primero pensé en comprarle un perfume, pero luego de recordar su olor, ése que me vuelve loco y que días después aún lo siento en mi fosas nasales, desistí de la idea. Me gusta demasiado para que lo cambie. Después pensé en unos pendientes pero no encontré nada que reflejara su personalidad, sencilla al tiempo que salvaje, pasional. Sí, así es Everest. Busqué y busqué pero todo me parecía impersonal. Necesitaba algo especial, algo que ella supiese apreciar y que cada vez que lo viera la hiciera sonreír, y para qué negarlo, también pensar en mí. En cuanto vi la bola de nieve en un bazar, lo supe de inmediato, había encontrado el regalo ideal y, al ver su expresión y su sonrisa esta noche, realicé que no me había equivocado. Se veía tan tierna y hermosa. Joder, es que la hubiera besado ahí mismo hasta que los pulmones me quemaran quejándose por la falta de oxígeno.

Primero verla con ese vestido hizo que casi me diera un paro, luego su forma de mirarme mientras me daba las gracias por el obsequio y para terminar, bailar esa canción; tenerla entre mis brazos canturreándome al oído, temblando por el recuerdo vivido. Eso es mucho con demasiado para un simple mortal en mi estado.

Llegó un momento en el que me perdí entre su perfume, su aliento cálido en mi oreja y la sensación de que por cuatro minutos, ella era sólo mía. Estaba tan perdido en mi ensoñación que ya no escuchaba lo que me decía pero estoy convencido de que mañana mismo voy a descargarla y pese no hablar español, sólo por el hecho de ser una de sus favoritas y de haberla bailado con ella, me la voy a aprender de memoria. Porque desde ya, será también una de las mías.

Sí, la noche transcurría de lo más perfecta pero tuvo que aparecerse él y arruinarlo todo.

Lo miro con la envidia y los celos burburgeando en mis venas. No entiendo que le ve ella a ése payaso. Debo reconocer que tiene lo suyo, ojos azules, pelo rebelde que le da su toque de rompe corazones. No es que los hombres me pongan pero uno debe reconocer cuando el otro es atractivo y éste lo es jodidamente, para mi mala suerte. Parecía un muñequito sacado de la portada de una revista. Todo lo opuesto a mí que con esta pinta parezco salido de algún lugar perdido en Siberia. No obstante, él no es hombre para ella. Podría apostar mi corazón y mi orgullo en ello. El modelito la mira, pero no la ve. No ve el fuego que arde en sus ojos y sus ansias de que alguien lo apague. Tampoco ve esa mezcla de niña traviesa y mujer fatal, media tierna, media demonia que me vuelve loco.

¡Esto es absurdo!

Yo a mis treinta años sintiendo celos de un niño.

No lo soporto más, chasqueo la lengua y salgo disparado como loco de ese lugar.

Una vez en la calle le mando un mensaje a Paige, le digo que tuve que marcharme y que se asegure de regresar acompañada a casa.

Estoy convencido que Everest se va a enojar en cuanto sepa que me he marchado pero no puedo quedarme. No es sano. Ni para mi estabilidad emocional ni para el bienestar físico de ése imbécil.

Capítulo XXIV



Me levanto el domingo después de mediodía y lo primero que ven mis ojos es la bola de cristal que está situado al lado de mi despertador. Una sonrisa de oreja a oreja se apodera de mis labios. Estoy segura que a partir de ahora mis despertares serán más placenteros. «Ay David, no pudiste escoger mejor regalo».

Por cierto, ¿por qué te habrás marchado tan precipitadamente y sin despedirte?

Salgo de la cama y como cada mañana lo primero que hago es revisar mi teléfono. Abro el WhatsApp y leo un mensaje de parte de Paige.

Pensé que te gustaría tenerlo.

Parecen una pareja de enamorados :)

Le doy a reproducir al video y me quedo mirando, somos David y yo mientras bailábamos anoche. Sonrío nuevamente de oreja a oreja. Es cierto, nos vemos bien juntos.

«“Una pareja de enamorados” —pienso y un suspiro se escapa de mis labios—. Está loca».

Pero al pensarlo algo se despierta en mí. Una sensación auténtica y única rodea cada vena de mi corazón. Es una emoción extraña pero cálida.

Sacudo la cabeza para sacarme esa sensación del cuerpo.



El lunes, tras una nueva discusión con Daniel la noche anterior por haberme negado nuevamente a mantener relaciones sin preservativos, pido

permiso en el trabajo para ir al ginecólogo. Necesito ponerme el DIU con urgencia.

Llego al centro médico, tomo un turno y le pregunto a la muchacha detrás de la ventanilla — quién mastica un chicle con la boca media abierta como si estuviera aburrida de estar aquí— si me puede atender la Doctora Lane quién es el médico que siempre suele hacerlo. Es súper simpática y además ya conoce mi historial médico, de modo que todo sería más fácil y rápido. La chica me responde que la doctora está de vacaciones y no regresará hasta dentro de dos semanas pero que en su lugar me recibirá la Doctora Jacob. Asiento de mala gana pero no me queda de otra. Bien podría marcharme y regresar dentro de dos semanas pero odio los hospitales y todo lo que tenga que ver con ellos.

Tomo asiento en la sala y espero a que me llamen.

—Everest Montés —media hora más tarde, escucho que la súper mega eficiente secretaria grita mi nombre—. Consultorio 202, pasillo a la izquierda, tercera puerta —prosigue ella después de explotar una bola de su goma de mascar ruidosamente mientras yo me levanto.

Entro en el consultorio y detrás de un escritorio me espera una señora de unos cincuenta años de edad, con el pelo negro recogido en un moño con un lápiz. Va vestida con una bata blanca que ha dejado abierta, bajo la cual lleva una camisa negra con rayas blancas.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes —responde a mi saludo—. Tome asiento.

Hago lo que me dice a pesar de su gesto duro y serio.

—¿Qué la trae por aquí Señorita... —mira una hoja encima de su mesa —... Montés?

—Quiero colocarme el DIU —respondo directo.

La doctora Jacob empieza a hacerme preguntas de rutina sobre mi

historial médico mostrándose distante y profesional.

—¿Cuándo fue su última revisión médica?

Elevo los ojos al aire mientras hago memoria para dar un tiempo exacto.

—Dos años —respondo al cabo de unos segundos.

La cara de la doctora me lo dice todo, piensa que soy una irresponsable. No la culpo, soy consciente que es mucho tiempo pero en la cafetería trabajaba mucho, no tenía tiempo para ir al médico y además soy una persona que se enferma poco, por no decir nunca.

—¿Puede usted estar embarazada?

—No —contesto muy segura de mí.

—¿Tiene usted novio?

—Sí.

—¿Mantienen relaciones?

Pongo cara de circunstancias ante su pregunta, soy una mujer de veinte cuatro años y estoy aquí para colocarme un DIU, es obvio que virgen no soy.

—Sí —respondo sin entender a qué viene esa pregunta tan estúpida.

—Cuando se mantiene relaciones sexuales y encima sin estar usando un anticonceptivo, no se responde con tanta seguridad a esa pregunta —me dice ella, sin pizca de gracia en su rostro—. Siempre existe esa posibilidad —continúa en un tono que me pareció de lo más cortante y desagradable.

Su actitud ruda y despegada me molesta, los doctores de los centros médicos de barrios pobres como Brooklyn o Queens, tienen la tendencia a tratarnos como si fuéramos adolescentes irresponsables o como si estuvieran aquí haciéndonos un favor y no por amor a su carrera.

Sin perder mucho tiempo me explica que debe revisarme la vagina, cuello uterino y el útero. La dejo que se lance en su explicación para no irritarla más, pese que no es la primera vez que me coloco uno y conozco de sobra el procedimiento. Si me hubiera atendido con la doctora Lane, otro gallo

cantaría, ella sabe cuánto detesto los hospitales y es tan buena gente que me hubiera ahorrado el dolor de cabeza de tener que escuchar todo esto.

Luego de terminar de explicarme el procedimiento, me dice que antes de ponerme el aparato debo hacerme unos análisis y exámenes de rutina.

No me da chance se asentir e inmediatamente empieza a escribir un montón de cosas en una receta. Estiro un poco el cuello para ver qué tanto escribe. Entre su mala escritura y mi distancia es poco lo que puedo ver y mucho menos comprender.

Al terminar me tiende la receta, le lanzo una rápida ojeada y me parece una exageración todo lo que ha puesto. (Ecografía, examen de orina, de sangre, etcétera) un sin número de exámenes que yo no sé para qué sirven. La doctora Lane, nunca me hubiera mandado a hacer ni la mitad de lo que ahí pone.

—¿Para qué tantos análisis?

—Por precaución —me responde escueto como si yo hubiera hecho la pregunta más estúpida del mundo.

—Pero la Doctora Lane nunca me manda a hacer tantas pruebas —me quejo.

—Como bien se habrá dado cuenta, yo soy la Doctora Jacob, no Lane y cada quien hace como mejor le parezca. Si piensa que puede perder mucho tiempo haciéndose esas pruebas, pues le recomiendo que espere que mi colega regrese. Aunque teniendo usted tanto tiempo sin revisarse, le recomendaría que de igual forma se las hiciera.

Resoplo.

Esta vez la que está irritada soy yo. Me desespera y me molesta su actitud borde y fría por partes iguales y si el hecho de haber resoplado no se lo demuestra, mi mirada acribilladora se lo deja clarito. Pero a doña rectitud y frialdad no parece importarle porque de inmediato pasa de mí y se pone a escribir.

Por un momento quisiera y pienso incluso en levantarme, marcharme y regresar cuando la Doctora Lane esté de regreso pero tendría que esperar dos semanas y además ya tomé una tarde libre para esto en el trabajo y no quiero tener que volver a pedirlo. Lo peor de todo es que tendría que regresar y eso no es opción. Así que entornó los ojos y manteniendo la boca calladita, me levanto para hacer todo lo que me ha mandado.

Paso toda la tarde haciéndome las jodidas pruebas y en cuanto tengo reunido los resultados de todas se las llevo a la doctora.

Ella las visualiza sin mostrar ninguna reacción hasta que sus ojos llegan a la ecografía y su rostro se contrae.

Un sudor frío me recorre la espina dorsal. Mi cuerpo se ha puesto en alerta.

La doctora me ordena realizarme otras pruebas, entre las cuales solicita que me hagan una tomografía con carácter urgente.

Expectante, con el corazón ya en un puño, le pido que me explique qué está pasando pero ella se niega, me dice que prefiere tener todos los resultados antes de decirme cualquier cosa.

Esta vez no refunfuño, estoy demasiado nerviosa para eso. Me levanto y hago lo que me ordena.

Una hora más tarde regreso donde la doctora con los nuevos resultados.

Ella me mira y la sombra de la preocupación pasa por sus ojos pero enseguida se recupera.

—Everest... —empieza y su voz ha cambiado, se ha vuelto más apaciguada, ya no está tan distante como al inicio. Y entonces, incluso antes de que termine, lo sé... tus exámenes muestran una masa en tu ovario izquierdo. Bien podría ser un quiste pero los resultados de tus marcadores tumorales apuntan hacia un proceso canceroso de ovario. Yo te aconsejo que vayas

donde un oncólogo para que se te practiquen más pruebas para confirmar el resultado y en el caso de ser un Cáncer, descubrir de qué tipo para empezar con un tratamiento lo antes posible...

La escucho hablar pero no la oigo. Solo alcanzo a retener una o dos de cada cinco palabras que salen de su boca, entre las cuales se me quedan grabadas como fuego en el hierro: “Cáncer” “ovario”.

Salgo del consultorio, me recibe el calor candente de verano y el cielo azul claro. Todo lo contrario a cómo me siento en estos momentos. Tengo el corazón en un puño, el ánimo por los suelos y el miedo calando hasta los huesos. Miro a mi alrededor el panorama y a pesar de los colores, para mí todo es gris.

Llego hasta el metro y lo abordo. Todo lo hago mecánicamente. No muestro ninguna reacción ni emoción, creo que estoy en estado de shock. Es como si mi vida se hubiera detenido, como si se hubiera quedado en ése consultorio.

Sin embargo tengo frío, lo que es extraño ya que estamos a finales de agosto y todavía es verano. Pero los muertos no sienten ni frío ni calor, por lo que tener frío debe ser algo bueno, eso significa que aún sigo con vida.

Mis ojos se mueven por el vagón y observo cada rostro: Niños, mujeres, hombres, ancianos, algunos van mirando el reloj cada tanto, seguro se le hace tarde para llegar algún lado, otros van concentrados en las páginas de un libro, sin contar aquellos que van o muy serios o charlando entre risas con su compañero de al lado. Tantas personas que viven su rutina diaria, sin imaginarse que hay un mal rondando por ahí que los asecha a todos. Un mal silencioso que no avisa cuando llega y que no toma en cuenta si somos grandes, pequeños, blancos, negros, católicos o musulmanes. No, esa maldita enfermedad no hace distinción entre ningún sexo, color o raza.

Sabía que existía esa posibilidad, siempre fui consciente de ello. Pero claro, cuando se tiene tan sólo veinte y cuatro años piensas que esa posibilidad está muy pero muy lejana. Sobre todo, cuando supuestamente tienes toda la vida por delante y tanto sueños por cumplir.

Sin embargo, yo mejor que nadie debería saberlo. No tenemos la vida comprada. En cualquier momento nos atrapa la realidad, el destino nos golpea en la cara y nos damos cuenta que la vida es prestada.

Yo lo tenía claro, o por lo menos eso pensé, al igual que creí que estaba preparada para algo así pero no, hoy descubrí que no lo estoy. Nunca se está preparada para escuchar la palabra “Cáncer” y mucho menos cuando todos sabemos que esa palabra, es sinónimo de “Muerte”. Si lo sabré yo bien.

Salgo de la boca del metro y camino, camino sin rumbo fijo, con la mirada a lo lejos y los ojos vidriosos; las lágrimas amenazan con salir pero me niego a dejarlas caer, porque si lo hago, sería aceptar la realidad y entonces ya no habrá vuelta atrás.

Mis pies se mueven por inercia mientras que en mi cabeza le doy vueltas una y otras vez a las palabras de la doctora.

Tengo deseos inmensos de patear, de gritar: “¿Por qué a mí?” “¿Por qué ahora?!” Pero por alguna razón el grito se queda atorado en mi garganta. Quizás porque si lo hago, sería un grito aterrador, uno que vendría de lo más profundo de mis entrañas y las personas a mi alrededor podrían asustarse o pensar que me estoy volviendo loca.

Llego a mi casa y apenas cruzo la puerta, me dejo caer en el suelo. No tengo fuerzas para seguir de pie, además que estoy temblando como una hoja. Lo que es extraño, ni siquiera me había dado cuenta hasta ahora. No entiendo en ese estado cómo logré llegar hasta aquí sin caerme en el camino.

Miro a mi alrededor hasta que mis ojos se topan con la fotografía de mis padres haciendo mi realidad más latente, real y dolorosa.

—¡Mamá... ya llegué! —le aviso desde el marco de la puerta al llegar de la NYU dónde estoy estudiando una Licenciatura en Lenguas Modernas. Tiro las llaves sobre la repisa de madera que adorna el pasillo. En la casa reina un silencio poco habitual. No se escucha el sonido de cucharones dentro de alguna olla mientras mi mamá guisa una de sus deliciosas recetas, ni se le escucha tarareando alguna canción mientras va recogiendo y arreglando la casa pese que ésta ya esté impecable.

«Qué extraño —pienso, aunque no le doy importancia—. A lo mejor salió a hacer el mercado».

Reconozco que aunque esa idea cruza por mi mente, me inquieta no escuchar nada, porque conozco muy bien su rutina diaria. Mi madre es una mujer que sale poco y, muchos menos, sin mi padre. Siempre se las arregla para estar en la casa a la hora de nuestro regreso con algo succulento esperándonos sobre la mesa.

Puede que esa, inconscientemente, sea mi primera alerta.

—Estamos aquí —escucho la voz de mi padre que proviene de la cocina mientras miro a mi alrededor ya con el pie en el primer peldaño, dispuesta a subir la escalera. De inmediato me dirijo hasta allí, sorprendida de su presencia en nuestro hogar a tan temprana hora del día.

Mi papá es un obrero y suele llegar siempre entre las seis y siete de la noche. En el tiempo que tengo de conciencia, nunca ha faltado ni un sólo día a su trabajo, por lo menos que yo lo recuerde. Ni siquiera estando enfermo. De hecho, en los diecinueve años que tengo, nunca lo he visto enfermarse. Siempre con el pie al cañón, fuerte como un roble.

Esa fue mi segunda alerta.

Algo no anda bien. Lo sé, o más bien, lo intuyo.

Entro en la cocina y casi se me corta la respiración al ver el

semblante de mi mamá. Ambos están sentados en la mesa, uno al lado del otro, y mientras él le sostiene la mano por encima de la mesa a la vez que me dedica una sonrisa que no le llega a los ojos; ella está pálida, con la angustia estampada en la cara. Al verme quiere esbozar una sonrisa que no llega lejos, en su lugar se cubre la boca con la mano que le queda libre para intentar reprimir un sollozo mientras tiembla como una hoja. Y digo, “intentar” porque fracasa estrepitosamente.

El corazón me da otro brinco y todas mis terminaciones nerviosas se tensan. Si antes de entrar lo intuía, ahora estoy segura. Algo anda jodidamente mal.

—Ven, acércate —me pide mi padre con una voz extremadamente serena—. Tenemos que hablar.

Cubro los pocos pasos que me separan de la mesa, arrastrando los pies porque de pronto mi cuerpo se siente pesado, al igual que el ambiente. La tensión se puede cortar en el aire. Es sofocante.

—¿Qué sucede? —pregunto con cautela e inquietud. Es una pregunta de esas que haces pero que en el fondo no estás segura de querer saber la respuesta.

—Hija, en los últimos meses me he sentido muy cansado...

—Normal, trabajas demasiado —lo interrumpo. Primero, porque es la verdad. Trabaja mucho para asegurarse de que nunca nos falte nada y segundo, porque necesito un poco más de tiempo para prepararme a lo que sea que él me vaya a decir.

Mi padre es un hombre que no se anda con rodeos. Sea lo que sea, él no va a prolongar la agonía que estoy viendo en los ojos de mi madre. No, la adora demasiado para hacerla pasar por eso.

Mis padres se conocieron en un hotel en Punta cana, dónde mi padre trabajaba como animador. Mi madre estaba de vacaciones con unas amigas

y una noche durante el show que él mismo conducía, uno de esos que el hotel organizaba para mantener a los turistas entretenidos durante su estadía, él la invitó a bailar y según sus propias palabras: “fue amor a primera vista”. Al otro día se vieron por casualidad en la piscina y hablaron. Hablaron tanto que los días que le quedaban en el hotel se la pasaron juntos, hasta que llegó el día de la despedida. Despedida temporal, ya que meses después ella regresó por él, se casaron y nunca más se volvieron a separar.

Yo los llamo los eternos enamorados adolescentes, porque siempre se andan toqueteando y llenándose de mimos, como si nunca hubieran quemado esa etapa de los primeros meses de amorío.

Él vuelve a sonreír. Es una sonrisa sincera y triste que me provoca un retorcijón.

—La semana pasada fui al doctor —prosigue él y al escucharlo el cuerpo de mi madre se tensa un poco más y por la misma ocasión el mío—. Más que por el cansancio continuo, fue por unos dolores en el pecho que son cada vez más insoportables —trago en seco—. Me hicieron unos análisis, placas de tórax y han descubierto... —un escalofrío me recorre la columna—... que tengo Cáncer en el pulmón —al terminar de pronunciar esas palabras, mi madre no lo soporta más y deja salir los sollozos contenidos y se echa a llorar. Yo me siento erguida en la silla, paralizada. Me ahogo, siento que me faltaba el aire, como se me oprime el corazón del dolor. Dolor por partida doble, primero de saber que la persona que más quiero en la vida, se está muriendo. Segundo, porque mientras sus últimas palabras resuenan en mi mente, sólo me puedo preguntar: ¿Cómo no me di cuenta? ¿En qué momento pasó?

Sé a ciencia cierta que mi padre nunca se quejaría delante de mí, pero aun así me siento culpable. Tuve que haberlo visto, tuve que haberme dado

cuenta.

Cierro los ojos como si de esa forma lo que acabo de escuchar fuera a desaparecer. Y así lo deseo, lo deseo con todas mis fuerzas. Qué sea una mentira, un mal sueño.

«Por favor, él no» —suplico en mis pensamientos.

Sin embargo, las palabras de consuelo que mi padre le ofrece a mi madre asegurándole que todo estará bien mientras ella continúa hipeando, me hacen abrir los ojos y golpearme ante la triste verdad. No, no es un mal sueño, no es una mentira y la realidad me destroza, me hace añicos.

—Todo va a estar bien —dice él con una sonrisa sincera en mi dirección—. No llores Everest. Y yo me siento la persona más egoísta del mundo. Es él quién está enfermo, nos toca a nosotras apoyarlo y consolarlo, no al revés. Sin embargo, ahí está él, fuerte como siempre, preocupado por nosotras, por lo que podemos estar sintiendo en estos momentos, y lo admiro un poco más si es posible, por su fuerza y valentía.

Me seco las lágrimas que ni siquiera sabía que estaba derramando, hasta que él me lo hizo notar. Me paro de mi silla y voy a abrazarlo con todo mi amor y fuerza. Yo debo estar ahí para él, se lo debo por ser el hombre más importante en mi vida y por haber sido un padre y marido ejemplar. Lo abrazo y me prometo que seré fuerte por él, porque nada está perdido. Mientras haya vida, aún hay esperanza.

—Todo estará bien —repito sus propias palabras.

Pero nada estuvo bien porque a los cuatro meses descubrieron que había hecho metástasis en otros órganos. Un año entero pasando por quimio con varios ingresos al hospital por neumonía. Su último ingreso fue fatal, los médicos ya no dieron esperanzas. Nos recomendaron sedarlo para que sufriera menos. Puede que para ellos, fue la mejor solución y lo vieron cómo una forma de morir tranquila y piadosa. Pero para mí fue duro y doloroso, yo no estaba

preparada para decirle adiós, ¿y qué decir de mi mamá?.. Estaba destrozada.

Él no merecía morir así. Era un hombre de cincuenta y seis años con una larga vida por delante. Fue el hombre más generoso que he conocido nunca, cariñoso y siempre antepuso nuestro bienestar al suyo.

Pero la vida es así de perra.

¿Por qué niños y personas buenas e inocentes se enferman y mueren, cuando existen monstruos: violadores y asesinos sueltos y en plena salud?

Nadie lo sabe.

Por eso, cuándo las personas te piden que tengas fe, lo dudas, esa fe que siempre mantuviste se quiebra y te cuestionas sobre la existencia de algún Dios ahí arriba.

Te haces tantas preguntas y entiendes que la vida simplemente... no es justa.

Mi mente se llena de recuerdos y angustia. Al salir de esa penumbra, la foto ya no es tan clara, la veo borrosa por culpa de mi visión vidriosa por las lágrimas retenidas quemándome la garganta.

Entonces ahí, en la soledad de mi cuatro paredes, me derrumbo y comienzo a llorar. Dejo que las lágrimas corran por mis mejillas con total libertad y cubran mi boca de un sabor salado, al igual que dejo que la angustia y el miedo se apoderen de mí.

Lloro con fuerza, desconsoladamente entre gemidos, a la vez que siento como mi cuerpo convulsiona con los temblores.

Siento un dolor punzante en el pecho que me paraliza la respiración. Es tan insoportable que por un momento creo que éste es el fin, que moriré aquí y ahora.

Ya no hay vuelta a atrás... Voy a morir.

«Igual que lo hizo él».

Y nunca he estado tan aterrada en toda mi vida.

Capítulo XXV



Han pasado dos noches, dos noches desde que me enteré que ése enemigo oculto podría estar creciendo en mí. Dos noches en las que me la he pasado dando vueltas en mi cama, sin poder conciliar el sueño. Aturdida, ida, llorando, con la vista clavada en el techo y mis ojeras así bien me delatan.

¿Qué debo hacer? ¿Qué pasará? ¿Por qué a mí? ¿Por qué ahora? ¿Por qué en esta etapa de mi vida dónde todo parece ir tan bien?

En el caso de ser cierto, ¿cómo voy a costear todos los gastos? Tener Cáncer no sólo es un proceso doloroso, sino que también costoso.

¿Quién estará ahí para mí?

¿Molly... Daniel?

No, Molly tiene su vida al igual que Daniel y no puedo pedirles que las detengan por mí. Si resulta ser cierto, lo más seguro es que tenga que pasar por todo el proceso yo sola.

Mil y una preguntas a las cuales no he podido responder pero se acabó, no pienso seguir llorando, gastando energías en algo que no cambiará, ni maldiciendo a los dioses por ser tan despiadados. Si me tocó, pues ni modo,

hay que seguir adelante. Me niego a seguir martirizándome. Si ése monstruo vive o no en mí, no quiero saberlo, no quiero seguir pensando en ello. Voy a concentrarme en lo que realmente importa, ser feliz.

El sonido del teléfono de mi cubículo me saca de mi tormento. Debo enfocarme en mi trabajo, no puedo permitir que nada interfiera en él.

A las diez y cuarenta subo a la cafetería, pido mi café y me acomodo en una silla. Muy a mi pesar vuelvo a sumergirme en mis recuerdos.

—Mamá, ya llegué —le informo tras cerrar la puerta de entrada al regresar del trabajo.

—Shhh... —me chuchutea saliendo y cerrando rápidamente la puerta de la habitación—. Se acaba de dormir.

—¿Cómo está?

—Hoy no ha sido uno de sus mejores días —me informa con pesar y tristeza y mis esperanzas se hundan un poco más ante esa noticia. Un abismo lleno de penumbras y desesperación en el que hemos ido cayendo todos se ha ido creando y tengo miedo de que ya no volvamos a ver la luz—. Tú comida está en el microondas.

—Ya comí algo en la cafetería.

—Everest, no puedes seguir así... —me reprende—... alimentándote de cualquier chuchería en la calle. Tienes que comer mi corazón —y su petición se pierde en un suspiro de cansancio.

—Estoy bien —miento y le dedico media sonrisa para restarle importancia. Ya tiene suficientes preocupaciones para que encima se preocupe también por mí.

—Hazme caso por favor, no quiero que te enfermes tú también.

—Lo haré —vuelvo a mentir. Tengo el estómago cerrado y no creo que pueda comer nada—. ¿Y tú, qué haces? —le pregunto al ver que lleva una

cesta de ropa sucia en las manos.

—Voy a lavar estas sábanas.

Eso significa que mi papá ha vuelto a ensuciar la cama. La quimio lo ha debilitado tanto que a veces no le da tiempo llegar al baño.

—Déjalo —le pido y le quito la cesta de las manos—, ya lo hago yo.

—No Everest, mírate, estás exhausta. Llevas dos semanas haciendo turnos dobles y a penas duermes cuando estás en casa. Necesito que comas, que estés fuerte. Yo lo hago mientras tú te sientas y comes algo decente.

La miro sin dar crédito. ¿Ella me dice eso a mí? Ella que desde la enfermedad de papá no ha parado. Vive 24 horas al día, siete días a la semana, pendiente de él y de mí. Casi no come, no duerme, está cada día más delgada, ojerosa y poco a poco ha ido remplazado el brillo de sus ojos por el miedo y una profunda tristeza y a mí me destroza verla hundirse de ése modo.

—Mamá en serio, estoy bien. Anda, ve acostarte —le pido empujándola hacia mi habitación—, descansa un poco. Si papá necesita algo, ya me ocupo yo.

—Everest...

—No quiero peros que valgan, mírate, estás agotada, te vas a caer en cualquier momento. Ya me ocupo yo, ¿sí? Déjame ayudarte.

—Está bien, llámame si necesitas algo y por favor come.

—Te lo prometo —de nuevo miento y vuelvo a esbozar una sonrisa que no me llega lejos. Así son las sonrisas en esta casa desde la segunda operación de papá, fingidas, efímeras.

—Eve... ¡Eve!

—¿Ah?

—Te estoy hablando mujer.

—Lo siento —me disculpo—. Estaba distraída.

—Tienes dos días que estás en Belén con los pastores —apostilla Paige. Pestañeo varias veces para espabilarme.

—Tienes razón. Es que tengo muchas cosas en la cabeza, lo siento. ¿Qué me decías?

—Que te tengo una sorpresa.

—¿A mí?

Pero no le da chance explicarme porque en ése mismo instante, entra David en la cafetería y se dirige al mostrador para pedir su café.

Me deja totalmente boquiabierta.

¡Se ha cortado la barba y el pelo! Dejando en evidencia unas facciones muy angulosas, destacando su maxilar cuadrado muy marcado.

Y no sólo se lo ha cortado sino que se ha peinado el pelo hacia atrás. Un corte masculino y sexy. Algo así como Henri Cavill pero no cuando va disfrazado del soso de Clark. Oh no, más bien cuando está vestido de Superman y lleva ése peinado, el cual, en otra persona para mi gusto llevaría demasiado gel, pero que en él, luce varonil, atractivo y hace que cualquier mujer pierda los pantis.

Me quedo pasmada. Tengo que tragar varias veces. Nunca pensé que se vería tan bien.

—¿Qué te parece? —me pregunta Paige sentándose a mi lado.

—Pues que más de una perderá el corazón —contesto con sinceridad.

Paige se ríe.

David como si sintiera que están hablando de él, se gira, nos mira, toma su bebida y camina hacia nosotras. Parece nervioso y medio sonrojado, se ve adorable.

—¿Qué tanto me miran ustedes dos? —demanda ya en frente a nosotras manteniéndose de pie.

—Hablando de lo buenón que te has puesto —respondo.

Sus mejillas se enciende y yo me río.

—¿Te gusta? —inquire dudoso al tiempo que se pasa la mano por la nuca.

Me levanto y camino hasta dónde él está.

—Si no tuviera novio, te pediría una cita —digo divertida por su nerviosismo y luego le guiño un ojo antes de seguir mi camino para regresar al trabajo.



Al salir del trabajo decido ir a ver a Molly, hace dos días que no la veo. No estaba preparada. He evitado sus llamadas, de hecho, no he querido hablar con nadie, incluyendo a Daniel. Me he encerrado en mí misma para pensar y tomar una decisión. Molly me conoce muy bien, estoy segura que si me hubiera visto, se hubiera dado cuenta que algo anda mal y no quiero que se entere. No quiero que lo haga porque le haré daño, sufriré.

Recuerdo cuando mi papá nos dio esa noticia, todo cambió. Fue duro, muy duro. Uno trata de ser positivo pero el miedo, la angustia, la desesperación y el sufrimiento te persiguen siempre. Es una carga emocional muy grande para las personas que te rodean y no quiero eso para ella, ni para nadie a mi alrededor.

Llego a la cafetería, pero antes de entrar tomo un hondo respiro para apartar los fantasmas del pasado y el miedo reflejado en mi rostro y pongo mi mayor sonrisa.

Al entrar la observo. Está sirviendo unos sándwiches a una pareja acompañada por sus dos hijos en la mesa cuatro. Cuando termina de depositar los platos en la mesa, de una vez se encamina hacia la mesa de al lado y toma

su mejor pose profesional para tomar nota. Uno de los niños de la mesa cuatro la llama y le pide que le aporte el ketchup, ella asiente en su dirección mientras sigue haciendo apuntes del pedido. Ella levanta la cabeza de su libreta, me ve y yo le sonrío. Sin perder el tiempo retoma sus pasos hacia el mostrador donde se pone a preparar una malteada.

—¿Qué hubo? —pregunto al hacerme un hueco entre los clientes de la barra.

—Estoy harta —se queja.

—¿Qué pasó?

—No lo ves, mira a tu alrededor, no me doy abasto y estoy cansada de decirle al tacaño de Henry que necesito ayuda pero él no entiende razones.

Efectivamente, el lugar está movidito. Hay cinco mesas llenas y cuatro clientes en la barra. Es una locura y entiendo su irritación.

No lo pienso dos veces y paso detrás de la barra.

—¿Qué haces?

—Te ayudo.

—Estás loca, acabas de salir de tu trabajo y tienes que estar cansada, además si Henry te ve...

—¿Qué va a hacer, despedirme? —pregunto levantando una ceja interrogativa en su dirección mientras me pongo el mandil.

Ella me dedica una sonrisa agradecida.

Juntas empezamos a trabajar, yo me ocupo de las mesas y ella de la barra. Lo prefiero así porque aunque bien poco me importa lo que piense Henry, no quiero que llegue y me encuentre detrás del mostrador y perjudicar a Molly.

Me siento feliz de poder ayudarla, por unos instantes recuperamos ése buen ambiente que nos envolvía cuando trabajábamos juntas.

Al cabo de una hora, los clientes empiezan a marcharse y la calma

empieza a sentirse. Estoy tan exhausta que suspiro aliviada.

—Tienes que hablar seriamente con Henry —asevero al recoger unos platos vacíos de una de las mesas.

—Créeme que lo he intentado pero el tonto de Henry no entiende o no quiere hacerlo.

—En ése caso busca la forma de que lo entienda y si no lo hace entonces busca otro trabajo pero así no puedes continuar.

—Lo sé, estoy tan agotada que cuando llego a la casa caigo frita.

—¿Eso significa que no has hablado con Justin? —pregunto al pasar por su lado para poner los trastes sucios en la parte de atrás—. Molly —insisto al no escuchar su respuesta.

—Lo he seguido.

Su respuesta es apenas un murmullo por lo que pienso que he escuchado mal.

—¿Qué has dicho?

—Que lo he seguido —vuelve a repetir y su repuesta me cabrea por lo que ceso toda actividad y me planto frente a ella para encararla.

—¿Pero te has vuelto loca? ¿Por qué has hecho eso?

—Porqué quería tener las pruebas de su infidelidad. Ya sabes que los hombres siempre negarán ser unos traicioneros, incluso si los agarras con los pantalones en los tobillos.

—Molly déjate de tonterías que me estoy cabreando. Te he dicho varias veces que lo hables con él, la vida es muy corta como para estar perdiendo el tiempo con idioteces.

Ella suspira agotada y eso hace que trate de suavizar el tono.

—Espero que por lo menos esto haya servido para algo.

—Nada. Por suerte soy camarera y no detective sino me moriría de hambre, se me dio fatal esto de seguirlo, lo perdí en la 45 con Broadway

Entorno los ojos exasperada con ella, con su actitud.

—Molly, te estás comportando como una adolescente por no decir como una lunática. Todavía no entiendo que prefieras estar revisando su teléfono y estar siguiéndolo en vez de hablar de una puta vez con él. Te quiero mucho y siempre me han parecido divertidas tus locuras pero te estás pasando y ya es hora que dejes de un lado toda esa tontería que no te llevará a ninguna parte y que enfrentes esta situación como un adulto.

—Tienes razón Eve, pero y si me dice que es cierto, ¿qué voy a hacer?

La observo y veo miedo en sus ojos, el mismo miedo al que me enfrento yo. Ése de no querer saber lo que pasa. No obstante, en mi caso, saberlo o no, no cambiará para nada mi situación. Yo ya tome una decisión, no quiero tratarme. No quiero pasar por ése proceso largo y doloroso. Sin embargo, en su caso, saberlo puede definir su vida. En el caso de ser afirmativo, ella sufrirá pero se recuperará y seguirá adelante. Y si es una equivocación, todo quedará en un susto y seguirá siendo feliz.

Acuerdo con Molly que hablará con Justin esta misma noche. Sin embargo, ya me lo ha prometido en dos ocasiones y en ninguna ha cumplido. De manera que tomo una decisión que puede no ser de su agrado.

En la noche, la angustia y la soledad se apoderan de mí. Tengo la impresión que me asfixio en mi propia casa. Por suerte, llega Daniel y se queda a dormir. En silencio se lo agradezco en el alma, estoy harta de darle vueltas a lo mismo. Yo trato y trato de no pensar pero por más que me esfuerzo, no lo consigo.

En la madrugada, una pesadilla me despierta, sobresaltada, sudorosa. Soñé que mis amigos lloraban mi muerte mientras yo estaba enterrada bajo tierra, viva y escuchaba sus llantos y lamentaciones. Por fortuna, mi pesadilla no despertó a Daniel que sigue durmiendo como un tronco. Salgo de la cama y voy al salón, doy vueltas, enciendo la tv pero no hay forma, la angustia y el

tormento siguen ahí, no me dejan. Sé que no volveré a dormir, otra noche en vela, de manera que me quedo mirando el alba a través de la ventana. Como a las cinco de la mañana, tomo mi teléfono y le envío un mensaje a David informándole que iré a correr a las 6a.m.

Al salir del apartamento, Daniel todavía duerme así que le dejo una nota.

Llego al parque puntual pero no hay señales de David. Sé que ha leído el mensaje que le envié, así me lo hizo saber el chivato del WhatsApp por lo que espero que venga pese que no me haya respondido.

Mientras espero que aparezca y deseo con el alma que así sea, empiezo a calentarme. Necesito que venga, necesito nuestras pláticas mientras corremos. Eso me distrae y es lo que necesito, realizar actividades que me mantengan la mente ocupada para no poder pensar. Estoy cansada de pensar.

Quince minutos más tarde, David no ha aparecido, así que me doy por vencida y empiezo a trotar.

A los pocos minutos de haber comenzado, él llega corriendo hasta donde estoy y me alcanza. Mi corazón da un brinco de alegría al verlo aparecer.

Él se disculpa por la tardanza y me explica que tuvo un contratiempo, lo hago callar, no importa las razones de su retraso, lo único que importa es que ya está aquí.

Corremos en silencio, pero no me molesta, su presencia y correr me calman. De vez en cuando miro en su dirección, todavía no me acostumbro a verlo sin su barba de antaño y su pelo largo, me resulta extraño.

Veinte minutos después, David apostilla que estoy muy callada y que eso no es propio de mí, además me acusa de lucir cansada y pensativa. Nunca pensé que él estaría tan pendiente de mis reacciones. Al ver que no he respondido a ninguna de sus provocaciones, insiste en saber qué me pasa.

Me mantengo callada y para hacer que deje de preguntar porque no

quiero mentirle, aprovecho que estamos cerca del lago y lo empujo. Este lanza un grito de sorpresa al caer en lleno en el agua y yo empiezo a reírme, pero a reírme de verdad, como una niña pequeña que acaba de cometer una travesura.

David me lanza una mirada indescriptible al tiempo que intenta salir del agua pero se resbala y vuelve a caer.

Yo me río más fuerte.

Al salir, escupe agua por la boca y yo continúo riendo.

Está serio. Lo miro y la risa se me frena de golpe. No tiene pinta de que le haya hecho gracia mi broma, más bien todo lo contrario, parece cabreado.

—Lo siento —me disculpo a la vez que levanto la mano en son de paz—. Sólo quise hacer algo gracioso.

Me mira con cara de querer asesinarme y yo retrocedo de un paso.

Joder, yo y mi espontaneidad. ¿Por qué no pienso bien las cosas antes de llevarlas a cabo?

Tengo que estar mal de la cabeza, seguro que sí.

—David, de verdad lo siento.

De pronto para mi sorpresa, un estallido de carcajada se escapa de sus labios pero yo ya no me río. Veo algo en sus ojos que me hace desconfiar: venganza.

Él empieza a acercarse paso a paso al tiempo que yo voy retrocediendo.

—Tienes razón —me dice—, es divertido y el agua está bien buena.

No le creo nada, son las seis y pico de la mañana y el agua tiene que estar helada.

—Deberías probarla.

—No.

—¿Segura?

—Sí.

—No sabes de lo que te pierdes —me dice con cara de pillo tratando de

lucir despreocupado.

Me encojo de hombros.

Sin embargo, David no acepta un no por respuesta y empieza a correr en mi dirección, yo corro al mismo tiempo, trato de alejarme y le pido entre gritos medio histéricos y medio divertidos que no se me acerque.

—¡Ven aquí! —me grita.

Al estar él en mejor forma que yo, no logro llegar muy lejos. A los pocos segundos, siento como sus brazos rodean mi cintura y me levantan. Yo me remuevo entre sus brazos intentando escapar, él resbala y ambos caemos sobre el césped. Yo caigo arriba de él y me río con todas mis fuerzas, intento parar pero me es imposible. David rueda hasta estar encima de mí y restriega su cuerpo mojado contra el mío, empapando mi ropa deportiva.

Cuando se da por satisfecho para, apoya los antebrazos a cada lado de mi cabeza sosteniendo el peso de su cuerpo para no aplastarme. Me mira, lo miro sin parar de reír. Joder que bien se siente reír de esa forma. Su mirada me penetra, pero no aparto la mía. Mi pecho sube y baja de forma irregular, por la carrera y la risa, tengo la adrenalina a mil.

Inhalo fuerte para tratar de calmarme.

David se humedece los labios y me mira fijamente.

—Cena conmigo —me pide con la respiración igual a la mía cerca de mi boca.

—¿Qué?

—O sea... —carraspea y retrocede para incorporarse—... mis padres me han invitado a cenar y quería saber si te apetecería acompañarme —termina ya de pie.

—Claro, ¿cuándo sería? —pregunto mientras imito su gesto poniéndome de pie y su rostro se ilumina.

—Éste sábado.

Estoy a punto de responder que sería un placer, cuando recuerdo que tengo la gala.

—Lo siento, pero éste sábado tengo un compromiso con Daniel y no puedo faltar —el brillo de sus ojos desaparece bruscamente. No parece satisfecho por mi respuesta y eso me hace sentir mal, por lo que me apresuro a añadir—: estaba previsto hace semanas y de verdad no puedo faltar.

—Descuida —dice y me dedica una sonrisa que no le llega a los ojos—, entiendo... ya es hora de regresar, se nos hace tarde para ir al trabajo —me avisa y dicho eso, empieza a correr.

Capítulo XXVI



Me encuentro recostada contra un poste frente al John Jay High School en la 237 7th Avenue, que es donde trabaja Justin. Pese a que Molly se moleste conmigo, necesito hablar con él. Esta situación no puede seguir alargándose.

Mientras espero a que salga, echo un vistazo a mi alrededor, veo algunos padres recoger a sus niños. Sonrío con melancolía y añoranza de lo que nunca será.

Casarme, formar una familia, verme realizada como madre era uno de mis más grandes sueños. Sin embargo, al igual que ir a París es algo que quizás nunca podré realizar y eso hace que me hunda un poco más en el dolor y la tristeza.

Me empeño en querer seguir adelante y aparentar que todo va bien pero al mirar a todos los que me rodean, me doy cuenta de que ellos siguen avanzando mostrando su buena fortuna, sin mostrar ninguna piedad hacia mi dolor, mientras que yo me he quedado congelada en el tiempo. A veces, cuando los veo reír y ser felices, pese que son ajeno a mi desgracia, siento como si un puñal se me clavara en lo más profundo de mi ser. Reconozco que

me estoy volviendo egoísta y no me gusta ése sentimiento.

—¡Hey! —vocea Justin devolviéndome a la realidad. Viene en mi dirección vistiendo unos pantalones crema, con una camisa azul cielo y una americana que ha dejado abierta azul oscuro—. ¿Qué haces aquí?

—Necesito hablar contigo.

—¡Ouch!.. Pues ay de mí si has venido hasta aquí —contesta de buen humor.

Estoy a punto de responderle cuando dos adolescentes pasan por nuestro lado y llaman su atención para despedirse. Justin se gira y con una sonrisa encantadora levanta la mano para decirles adiós. Las chicas sonrían con nerviosismo a la vez que se sonrojan.

—Si ya terminaste de tontear con tus alumnas...

—No son mis alumnas y no estoy tonteando —me interrumpe con una sonrisa sin vergüenza.

—¿Y eso qué fue?

—Ya sabes que con lo guapo y simpático que soy es imposible no adorarme.

Entorno los ojos divertida a la vez que sacudo la cabeza.

—Ven, te invito un café.

Justin se remueve inquieto y mira su reloj de muñeca.

—¿Tienes algo que hacer?

—De hecho... —vacila un poco—... Sí.

Su respuesta me sorprende dado que sé que su jornada laboral ha terminado.

—Me gustaría que me concedas como mucho diez minutos —insisto.

—Está bien, enviaré un mensaje diciendo que llegaré un poco tarde.

—Muchas gracias.

—Tú sabes que soy incapaz de negarle nada a mi segunda chica

preferida —dice mientras cruzamos la calle—. ¿Y cómo van las cosas en Siberia?

—Sí sabes que el Everest está Nepal, ¿verdad?

—Mira tú, me acabo de enterar —contesta socarrón y yo lo empujo levemente con el hombro.

—Idiota.

Ambos sonreímos.

—Hablando en serio, ¿cómo van las cosas? Te ves cansada.

—Últimamente duermo poco —respondo con indiferencia para quitarle hierro al asunto con la mirada al frente.

—Me imagino que se debe a ése galán que te has echado como novio —cometa pícaro.

Yo sonrío levemente.

«Si fuera sólo eso».

Cruzamos la calle y entramos en un bar que está justo en frente, nos acercamos a la mesera y pedimos dos cafés antes de retirarnos y acomodarnos en una mesa al fondo del local.

—A ver, ¿de qué querías hablar?

—De ti. Hace mucho que no hablamos y quería saber cómo van tus cosas.

—Todo va bien.

Lo miro detenidamente para ver si muestra alguna señal de que me esté ocultando algo pero la verdad luce relajado por lo que no creo que me esté mintiendo.

—¿Y con Molly?

—Perfectamente.

Lo miro sin dar crédito, ¿cómo que “perfectamente”? En definitiva, la persona que dijo que los hombres son de Marte y las mujeres son de Venus, no

pudo estar más acertada.

No entiendo cómo él puede decir eso cuando Molly está que se tira de las greñas de lo molesta, frustrada y triste que se encuentra.

—¿No?.. —pregunta indeciso como si por fin cayera en cuenta de que algo está mal—... ¿Las cosas no están bien?

—Bueno, ella está preocupada y para serte sincera yo también lo estoy.

—¿Preocupada? ¿Y eso por qué?

—Dice que has estado llegando tarde, que andas muy ocupado y...

—Eso es ridículo —me interrumpe—. No veo porqué están preocupadas. He tenido mucho trabajo y es lógico que esté cansado.

—¿Y qué haces tú por los barrios de Chelsea? —termino mi frase aunque esta vez la formulo en una pregunta. No pensaba ser tan directa pero no me está dejando otra opción.

—¿Y tú cómo sabes que he estado en Chelsea? —pregunta de pronto en alerta y eso llama aún más mi atención. Sin embargo, no puedo echar a Molly de cabeza y decirle que ha estado revisando su teléfono.

—La semana pasada estuve por ahí y te vi por casualidad —miento.

Al instante que pronuncio esas palabras Justin se echa para atrás y deja caer la espalda en el asiento, me mira con los ojos bien abiertos como si temiera que lo haya descubierto.

—¿Qué hacías tú por los lados de Chelsea? —inquieta con recelo.

—Justin no me respondas una pregunta con otra. Te acabo de decir que te he visto en un barrio que no sueles frecuentar entrando en casa de una señorita —me atrevo a añadir, esperando no ir muy lejos en mi mentira.

—¿Se lo contaste a Molly?

—No —vuelvo a mentir y de nuevo me doy cuenta que definitivamente él no tiene ni idea de todo lo que pasa por la cabeza de mi amiga—. Esperaba hablarlo contigo primero.

Justin suspira al tiempo que se deja caer en la silla, obviamente aliviado, luego resopla con fuerza y baja la mirada a la mesa.

—No es lo que tú crees. No estoy haciendo nada malo.

Estoy convencida de ello, pero aun así le exijo una explicación.

—¿Entonces, por qué no me lo cuentas?

Él levanta la vista y me mira directamente a los ojos.

—No puedo creer que pienses que yo podría estar engañando a mi pastelito —me acusa un poco molesto.

—Yo no lo creo —aclaro y es la verdad—, pero ya sabes cómo es Molly y las cosas que le pueden pasar por la cabeza.

—Es una sorpresa —confiesa—. Te la contaría pero primero quiero estar seguro de que puedo hacerlo antes de contarlo.

—Entiendo, pero tienes que tener cuidado. No hagas cosas buenas que parezcan malas o pueden traerte consecuencias, ¿de acuerdo?

Él asiente.

—No sé lo que estás planeando pero sea lo sea te está tomando mucho de tu tiempo libre y Molly está inquieta, te recomiendo que intentes dedicarle un poco más de tiempo... para que se tranquilice, ¿sí? No quiero que vayan a haber malos entendidos entre ustedes y que luego no se puedan arreglar.

Justin vuelve a asentir y yo me quedo mucho más tranquila.

—Gracias.

—No tienes que darme las gracias, tú sabes que yo los adoro. Ustedes son mi única familia y no quiero que tonterías o malos entendidos puedan alejarlos.



El sábado por fin llega la dichosa gala. En la tarde la agente de Daniel

me hizo llegar con su chofer un vestido de corte A hasta el suelo, gradiente de color verde esmeralda al lado izquierdo, azul turquesa en el medio y un toque de azul royal al lado derecho, sin tirantes, de cuello en corazón y gracias al sujetador interno mis pechos quedan bien parados y en evidencia. En la cintura tiene un adorno parecido a una hoja con detalles en cristal del lado derecho. Ciertamente es un lindo vestido, pero me hubiera gustado que lo consultara primero conmigo. Después de todo, yo soy la que lo voy a llevar. ¿Acaso tenía miedo de que no supiera vestirme para la ocasión?

Como Molly estaba ocupada en la cafetería, fui al salón y me hicieron un recogido de ondas entrelazadas y una raya de lado, culminado con una sencilla peineta plateada. Me encantó porque detona juventud y frescura. He decidido acompañar el peinado con unos pendientes largos de plata y motivos azules.

Y aquí estoy intentando maquillarme de una forma muy natural, y digo tratado porque el maquillaje no ha servido de mucho para ocultar las manchas oscuras que rodean mis párpados inferiores.

«Bueno Eve, no puedes hacer más, así que no te mires tanto y termina por salir de aquí».

Me miro una última vez y debo confesar que el vestido me ha entallado bien. La condenada de Susan ha sabido encontrar mi talla a la primera.

Escucho unos golpes en la puerta, tomo mi bolso, abandono el cuarto y abro.

Apenas lo hago, escucho el silbido de admiración de la parte de Daniel.

—¡Woooo! Tú sí que sabes dejar a un hombre sin palabras.

—¿Debo tomarme eso cómo un cumplido?

—Demonios que sí. Estás arrebatadora.

—Gracias —digo con una sonrisa—, tú tampoco estás mal.

Y es cierto, luce hermoso dentro de ese esmoquin azul marino, con la camisa blanca con botones negros y una pajarita negra.

Daniel se inclina y me da un leve beso en los labios.

—¿Sabes qué es lo mejor de que lleves ése vestido?

—No —respondo un poco acalorada por su tono ronco y la mirada devoradora que me ha lanzado.

—Que toda la noche sólo estaré pensando en el momento que lleguemos y te lo pueda quitar para descubrir que debajo llevas lo que más me gusta de ti.

Trago en seco.

—¿Y eso es?

—Tú piel suave y cálida. No veo la hora de regresar y poder perderme en ti.

Después de decir eso, ¿cómo espera él que yo sea capaz de formular un pensamiento coherente?

—Pues vamos entonces —propongo con voz temblorosa—, mientras más rápido empiece la noche, más pronto estaremos de vuelta.

Bajamos y descubro asombrada que la agente de Daniel no hace las cosas a media, ya que en la calle nos espera un carro lujoso negro. El chofer apenas nos ve salir, se apea del coche y nos abre la puerta. Me siento cien veces durante la noche del baile.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco —respondo con sinceridad—. Nunca he asistido a una fiesta como esta y no tengo idea de lo que me espera.

—Todo estará bien —intenta tranquilizarme, me toma la mano y luego me acaricia los nudillos con delicadeza—. Tú sólo quédate a mi lado todo el tiempo. Únicamente estaremos allí para hacer acto de presencia, conocer algunas personas pero en cuanto te quieras ir, sólo dime y nos iremos, ¿de acuerdo?

Asiento. Saber que estaremos toda la noche juntos, me tranquiliza.

Voy tan concentrada hablando con Daniel que no me doy cuenta hacia dónde nos dirigimos y en cuanto veo que el chofer entra en la 5th Ave. del distrito de Manhattan, la mandíbula se me cae al piso. No puede ser. Al principio creo y espero que sólo estemos pasando por aquí por casualidad antes de llegar a nuestro destino pero al ver que empieza a disminuir la velocidad y a posicionarse en la fila detrás de otros vehículos igual de fino que éste, no me queda la menor duda.

Si antes estaba un poco nerviosa, ahora he entrado en pánico. Ni siquiera se me había ocurrido preguntarle a Daniel en dónde era la dichosa gala. Pero yo pensaba que sería algo más pequeño. Ahora entiendo el por qué Susan me envió el vestido. Es obvio que yo no me iba a vestir adecuadamente para la ocasión.

—¿Hemos llegado? —pregunto aún con la esperanza de que me diga que no.

—Eso creo —contesta con naturalidad. Entonces me doy cuenta de que Daniel no tiene idea de dónde estamos, ni mucho menos de la magnitud de la fiesta. También realizo lo alto que está volando él y el mundo inmenso que se le está abriendo a su paso. Un mundo en el que puede yo no tenga cabida.

—Estaremos en la puerta en dos minutos —anuncia el chofer.

—¿Estás lista?

—Todo lo que se puede estar.

Daniel sonrío y me besa rápidamente en la mano que no ha soltado en todo el camino y que espero no lo haga durante el resto de la noche.

A los pocos segundos, el carro se detiene en frente del Museo Metropolitano de Arte, acentuando así mi nerviosismo.

Un hombre vestido de negro nos abre la puerta y una alfombra roja aparece bajo nuestros pies.

No puedo creer que estoy a punto de entrar al Met, donde cientos de

celebridades desfilan cada año en su gran gala anual.

Daniel sale del coche, varios reporteros aparecen y empieza el destello de luces que provienen de las diferentes cámaras de fotos. Él con mucha elegancia se gira y me tiende la mano para ayudarme a salir del coche. Tomo un hondo respiro para calmar los nervios y la excitación. Salgo del auto con una gran sonrisa dibujada en mis labios.

—No me sueltes —le pido.

—Nunca.

Sin embargo como el deseo de los pobres es la risa de los dioses, apenas atravesamos la tormenta de flashes y los gritos de los periodistas que le preguntaban a Daniel, “¿si era cierto que estaba en la vía de convertirse en el chico de moda de la revista Vogue?” Subimos las escaleras y al llegar a la puerta del museo nos esperaba una mujer, envuelta en un largo vestido negro de seda con su cabellera rubia envuelta en un moño alto muy elaborado.

—Hasta que por fin llegas corazón —dice con mucho entusiasmo la señora de unos cuarenta y tantos.

—Disculpa la tardanza, había mucho tráfico.

—Bueno, lo importante es que ya estás aquí.

—Susan, te presento a mi novia, Eve. Nena, ella es Susan, mi agente.

—Mucho gusto —dice ella al tiempo que me tiende la mano y me regala una mirada exhaustiva de los pies a la cabeza. Una sonrisa se cuelga en sus labios, creo que satisfecha de su elección—. Estás preciosa.

—Gracias, aunque no debió molestarse...

—Claro que sí querida —me corta—, mi trabajo es hacer que Daniel brille y por ende todo lo que esté a su alrededor. No podía permitir que llegaras a la alfombra vistiendo cualquier cosa.

La sonrisa se me borra de golpe. Levanto una ceja y la miro de forma interrogativa, ¿qué coño se supone que significa eso?

—Disculpa cariño, suelo ser muy directa. No digo que no fueras a vestirme bien pero es mi trabajo ocuparme de todos los detalles y así lo prefiero. Existe un código de vestimenta y hay que respetarlo, no sólo mi chico favorito, sino también la mujer que lleva del brazo, y ahora que los veo, estoy más que encantada. He acertado bien en la elección de los colores, juntos forman una armonía perfecta, y no sólo en la ropa, sino también como pareja. Me imagino lo bello que estaban en la alfombra. No puedo esperar a ver las fotos en las revistas y periódicos de mañana. “Nuestro chico de moda, llega muy bien acompañado a la alfombra en un lindo traje Valentino azul oscuro” —dice ella con la mirada a lo lejos, como si estuviera leyendo el titular de una nota.

Miro de nuevo a Daniel, asombrada con lo que acabo de oír. Cuando lo vi aparecer en mi puerta, pude apreciar lo bien que le quedaba el esmoquin, parece como si se lo hubieran cocido encima. No obstante, nunca pensé que llevara puesto un Valentino.

¿En qué momento pasó de ser mi nuevo vecino, el que acababa de mudarse en la gran manzana y hacer unas cuantas fotos a convertirse en el nuevo chico de moda que usa un traje Valentino?

—Ahora querida, si me permites me llevo a éste bombón unos quince minutos. Necesito que conozca a algunas personas.

Asiento confusa, aún sin salir de mi asombro. (Chico moda, traje Valentino, coches con chofer, gala en el Met) son muchas cosas que digerir en muy poco tiempo.

Daniel me suelta y se disculpa con la mirada antes de que Susan me indique donde se encuentra el bar y juntos desaparezcan entre el gentío.

Le hago caso a la tan competente de Susan y me dirijo al bar donde me sirven una copa de champaña.

La tomo más para mantener la mano ocupada. Miro a mi alrededor y

distingo algunos rostros de modelos conocidas, diseñadores, empresarios y gente del medio. En el ambiente se respira dinero y poder, nada que ver conmigo.

Recorro el lugar en busca de Daniel pero no lo veo, creo que mi deseo de que no me soltara en toda la noche, ha caído en un saco roto.

—Veo que también te han enviado al banco de los suplentes.

Ladeo la cabeza y me encuentro con una morena un tanto sofisticada de ojos verdes.

—Claro que en nuestro caso más bien sería el banco de los espectadores —prosigue la chica. Es tan alta y esbelta que tiene toda pinta de ser una de las modelos del catálogo de *Victoria Secret*.

—Disculpa —digo sin estar segura de que se haya dirigido a mí.

—He visto a Susan acaparar al chico de la noche —sigo sin entender nada, por lo que levanto una ceja interrogativa. Ella parece darse cuenta que estoy más perdida que uno de los personajes de la serie *Lost* porque se apresura a añadir—: eres la pareja de Daniel Aguirre, ¿no es así? Digo, te he visto llegar con él.

—Sí, soy la novia de Daniel pero no entiendo eso que acabas de decir del “banco de suplentes.”

—Es la zona del bar o del bufé. Nosotras las llamamos “La Zona Fantasma”. Es dónde Susan te envía para que según ella, puedas tomar o comer algo mientras ella se roba a tu chico unos minutos —dice al tiempo que dibuja comillas en el aire con una perfecta manicura—. Cuando en verdad lo único que le interesa es mantenerte la boca y las manos ocupadas para que no puedas interrumpir a su nueva adquisición mientras ella se luce presentándolo y presumiendo que será su próximo chico o chica estrella —termina haciendo un gesto hacia la sala, mostrándome un grupo de empresarios que conversaban muy amenos.

—Bueno, me imagino que a eso han venido, ¿no? A trabajar, además Daniel me ha dicho que serán sólo unos minutos.

—Y así es al principio, hasta que te aburres tanto que cuando vienes a darte cuenta ya has acabado con la mitad de lo que hay en el bar pero tranquila, yo estuve ahí el año pasado —me informa al tiempo que pasa uno de los mozos y ella agarra una copa de vino blanco de la bandeja.

«Y aparentemente, aún lo sigues estando».

—Ya te irás acostumbrando —prosigue ella después de darle un sorbo a su copa—. Lo bueno es que ahora somos varias y podemos entretenernos entre nosotras. La noche es mucho más amena y menos larga.

La miro sin creermelo nada de lo que acaba de decirme. No es algo que puedo aceptar. A pesar del lujo que me rodea y de todas las sorpresas que he descubierto esta noche, me niego a creer que soy sólo una muñequita en una vitrina de cristal a la que van a utilizar únicamente para ir bien vestida del brazo del chico que está ascendiendo en el mundo de la moda. Daniel me dijo que no me soltaría y que en el momento que me quisiera ir, nos iríamos y estoy segura de que así será.

—¿Cómo te llamas?

—Eve.

—Yo soy Diana, la prometida de Pablo Lambre.

La miro de nuevo sin saber de quién me está hablando.

—Fue el rostro de la revista Vogue el año ante pasado y la imagen de la campaña primavera de Calvin Klein —dice con evidente orgullo.

—Ah, sí, por supuesto. Ya lo recuerdo —miento para no ser descortés pero en verdad no tengo idea de quién me está hablando.

—Hey, te estaba buscando —medio grita una rubia con el pelo bien planchado e igual de sofisticada que Diana que se hace espacio entre las personas hasta llegar a nuestro lado. Se acerca y le da un ligero beso y un

rápido abrazo—. Anna sí que sabe organizar una fiesta, ha reunido a la crema y nata nacional e internacional. No pensé que vendría tanta gente —dice mirando a su alrededor.

¿Quién diablos será esa tal Anna? ¿Y dónde rayos está metido Daniel que no ha vuelto?

—Veo que tenemos una nueva integrante —continúa la recién llegada mirándome de arriba abajo con evidente curiosidad.

—Ella es Eve, la novia del chico nuevo.

—Uii... debes estar muy contenta, he escuchado maravillas sobre nuestro chico a la moda.

¿Ah? ¿Nuestro chico? Hago mi mayor esfuerzo para no rodar los ojos. Me estoy hartando del apodo que le han puesto. No hace ni media hora que estamos aquí y ya lo he escuchado una docena de veces.

—¿Ah sí? —respondo porque la verdad no sé qué más decir.

—Sí, escuché decir que Gucci se lo está peleando para que sea la imagen de su nueva campaña.

Diana lanza un “guaooo” demasiado exagerado para mi gusto mientras yo me quedo asombrada al descubrir el ascenso de mi novio aunque rápidamente disimulo mi sorpresa.

—Tú siempre al tanto de todo —dice la morena y ambas lanzan una risita que me parece de lo más irritante.

—Ya sabes cómo funciona este mundo querida, tienes que estar al tanto de todo para que no llegue otra y te remplace. Por cierto, hablando de remplazo, ¿te enteraste que el soso de Mark al final no resultó ser tan soso y le ha puesto los cuernos a la pobre de Grettel?..

—Si me disculpa, voy al baño —las interrumpo. Necesito alejarme, no entiendo que pinto yo aquí. Es obvio que nada. Me siento fuera de lugar, no me gusta el aire que se respira y no me interesa hablar de Daniel o cualquier otra

persona que no conozco con dos desconocidas.

Ambas asienten sin prestarme mucha atención mientras siguen sumergidas destripando a la pobre o tonta de Grettel como bien acaba de llamarla Diana.

Deposito mi copa que ya se ha calentado encima de una mesa y me sumerjo entre la multitud buscando a mi pareja en cada rostro, sin embargo todo indica que se lo ha tragado el salón porque no lo veo. Saco el teléfono de mi diminuto bolso y le llamo, pero no responde. Me distraigo admirando a mi alrededor algunas obras para darle el chance de que aparezca pero al cabo de una hora, ya no aguanto más, estoy aburrida y harta de no hacer nada.

¿Será ése el destino que me espera al lado de Daniel? ¿Podré yo convertirme en una de las chicas fantasmas y ser ignorada toda la noche?

No, no lo creo.

No es mi forma de ser y mucho menos ahora que existe la posibilidad de que no tenga mucho tiempo delante de mí. Me niego a mal gastar el poco que me queda.

De pronto recuerdo la invitación de David. Miro el reloj de mi celular y me doy cuenta de que aún es temprano, puede que sí me doy prisa aún llegue a la cena.

Vuelvo y le marco a Daniel y es el mismo resultado. Así que me toma dos segundos decidir mis próximos pasos.



Llego a la dirección que me envió Paige por mensaje, subo las pocas escaleras hasta la puerta de entrada y toco. A los dos minutos esta se abre y tengo delante de mí a un moreno de casi metro noventa, con mucho más músculos que David. Seguro por las tantas horas pasadas en el gimnasio y

quizás alguna ayuda de asteroides que debe consumir.

En principio me mira sorprendido, sus ojos me recorren de los pies a la cabeza, dos veces, sin disimular su interés. Su mirada se ilumina y lanza un silbido de admiración. No contento con eso añade:

—¡Fui...fuiuu! ¿En dónde dejaste a los paparazzis muñeca?

Adivino y no precisamente por el parecido físico, sino por lo que me ha contado David sobre él, que se trata de su hermano Jack, el casanova.

—Buenas noches, estoy buscando...

—No me digas más —me corta apoyando una mano en el marco de la puerta, ya que en la otra lleva una cerveza y se inclina levemente hacia adelante—. Me he portado bien este año y me han enviado mi regalo de navidad con anticipación —continúa esbozando una sonrisa seductora.

—Qué tierno —digo mordaz.

—Y eso que aún no has visto lo mejor de mí —asevera levantando y bajando una ceja de forma sugerente.

¡Virgen santa! Cuanta pretensión.

¿De verdad existirán mujeres que caigan ante semejante palabrería?

—De seguro que eres todo un encanto —repongo sarcástica—. Pero veras, éste regalito está buscando a David.

—¿Segura? Mira que el divertido de la familia soy yo.

—Sin duda —replico con seguridad para que no le quede la menor duda. Su rostro se descompone—. Lo siento vaquero pero me temo que tendrás que portarte mejor.

Él bufa con fuerza. Se mueve de la puerta y con un gesto de la mano me invita a pasar.

—¡Ey, pela patatas! —vocea por el pasillo—. Te buscan.

Casi de inmediato veo a David salir de la cocina con una papa en la mano y un cuchillo en la otra. Al verme sus ojos casi se salen de sus órbitas. A

toda prisa regresa a la cocina y cuando vuelve a reaparecer en mi campo de visión, lleva un paño con el cuál se está secando las manos. Su mirada me recorre entera mientras se acerca, es tan grande la intensidad de su mirada que por un momento me parece ver deseo en ellos y tengo que tragar en seco, pero luego recuerdo que se trata de David, que ahora somos amigos y que al igual que yo, él no me ve de esa forma.

—Viniste —dice incrédulo y pese que es una afirmación, su tono suena más a una pregunta.

—Sí, espero que no te moleste que me presente a última hora —replico sintiéndome un poco extraña de repente. Sobre todo por la forma en la que voy vestida. Me siento fuera de lugar. Es que sus ojos me miran con anhelo, parece nervioso a la vez que contento.

—No, claro que no. Más bien todo lo contrario, eres más que bienvenida. Ven —me pide tomándome de la mano—. Te presento.

Me guía hasta la cocina y ahí me encuentro a una señora de mi estatura, con el pelo largo, canoso, y aún dueña de una belleza única a pesar de sus cincuenta y tantos.

—Mamá, ella es Everest. Everest, ella es mi madre.

—Buenas noches señora Wyatt. Mucho gusto en conocerla y gracias por aceptarme en su casa.

—Oh no cariño, el placer es mío de tenerte aquí y por favor llámame Doris —dice al tiempo que se aleja de la estufa dónde está friendo un pollo y me da un tierno beso—. Las novias de mis hijos son más que bienvenidas —añade agarrándome por los hombros y mirándome directo a los ojos.

—¡Mamá!

—No, David y yo no somos novios —me veo en la obligación de aclarar.

—¿Ah no? Por la forma en la que él habla de ti, pensé que lo eras.

—Mamá, Everest y yo somos compañeros de trabajo. Ya te lo había explicado —le aclara él con el rostro de pronto carmín. Provocando una carcajada a su madre y una sonrisa a mí.

—Pues al parecer es una amiga muy especial porque aparte de Paige nunca habías traído a nadie.

—¡Mamá! Por favor —se queja él todavía más incómodo y yo me muerdo el labio para evitar reírme abiertamente.

—Mujer, ya deja al pobre muchacho en paz. ¿No ves que lo avergüenzas? —dice un señor al entrar en la cocina, señor que me imagino por su gran parecido, es el padre de David—. Y claro que ha traído a otras chicas antes, ¿no te acuerdas de Samantha?

—Ah —chasquea la lengua—. A esa mejor ni me la recuerdes.

Al escuchar ése nombre le lanzo una mirada a David quién tiene las manos en los bolsillos y cara de no saber dónde meterse. Es evidente que la mención de ése nombre lo hace sentirse incómodo.

—Tú debe ser Everest, yo soy yo George, el padre de ése par. David no ha parado de hablar de ti toda la noche, lamentándose de que no pudieras venir.

—¡Pero papá! —se vuelve a quejar y esta vez sí me río—. ¿Se puede saber qué les pasa a ustedes dos esta noche?

—¡Ja! Y después tú dices que soy yo la que lo avergüenza. Mi vida —empieza a decir en dirección de David—, me habías dicho que era bonita, pero creo que te quedaste corto, es una muchacha hermosa.

—Yo no dije que fuera bonita —tartamudea David incómodo, giro la cabeza y lo miro con una ceja interrogativa levantada. ¿Él piensa que no soy bonita? Interesante—. Nooooo, no es que no seas bonita —aclara mirándome a mí con los ojos desorbitados—, pero lo que quise decir fue que eres una bonita persona.

—Ya me decía yo que semejante máquina no podía ser tu novia —
interviene Jack entrando en la cocina que empieza a hacerse más pequeña
mientras que se encamina hasta la nevera—. Demasiados caballos para ti —
prosigue éste a la vez que toma una cerveza todavía de espalda a nosotros.

Será idiota. Me acaba de comparar con un coche.

¿Cómo le llueven las mujeres?

No tengo la más mínima idea. Se estarán volviendo locas o poco
exigentes.

—Cómo si tuvieras idea de lo que es eso, si tú a parte de las máquinas
del gimnasio, no reconocerías una aunque la tuvieras de frente.

—Chicos ya, no empiecen que tenemos visita —les riñe su mamá—.
David, acompaña a Everest a la sala y pon otro plato, la cena está casi lista.

—Noooo, cómo cree —intervengo de inmediato. En mi casa, cuando mis
padres estaban vivos cada quien aportaba su granito de arena en la cocina. Si
uno cocinaba, alguien más lavaba los platos y el otro tiraba la basura, por lo
general, ése siempre era mi padre.

—No hija, vas a dañar ése bonito vestido que tienes.

—Eso es lo de menos, el vestido se lava, sino deme un delantal y ya está
—insisto. No hay forma de que yo me siente campante en el salón mientras que
ellos preparan la cena.

Jack se acerca hasta donde estamos.

—Bueno hermanito ya encontraste a quién pasarle tu delantal —bromea
dándole unas palmaditas en la espalda—. Lo único es que estoy seguro de que
a ella le quedará mejor que a ti.

Y justo después abandona la cocina con una sonrisa pretenciosa.

Es oficial, es un idiota.

—Eres un sol cariño pero no, si quieres, puedes ayudar a David a
terminar de poner la mesa —continúa su madre—. ¡Jack! ¡A ver si aprendes un

poco de tu hermano y escoges mejor a las mujeres!

—¿Qué dices mamá!?! ¡Si las chicas que traigo a casa son todas universitarias!

—¡Claro, de primer año y todas parecen tener dos mosquitos jugando Ping Pong en la cabeza en vez de cerebro! —lo pica David.

Yo me río. Eso explica muchas cosas.

Por suerte, ya me estaba empezando a preocupar por el género femenino.

Acompaño a David hasta el salón y juntos ponemos la mesa mientras que su hermano ve una pelea de boxeo en la televisión. Cada vez que volteo la cabeza, lo encuentro observándome detenidamente, ya sé que no está acostumbrado a verme vestida así, pero tanta miradera ya me tiene nerviosa.

—¡David, ya basta! Al final voy a creer que tengo una mancha en el vestido y no encuentras cómo decírmelo.

—Eh... no, no tienes nada raro.

—¿Entonces qué tanto me miras?

—Es... es que...estás hermosa —dice al cabo de unos segundos y yo sonrío divertida por su incomodidad.

Veinte minutos más tarde estamos todos en la mesa disfrutando de una maravillosa cena. Había olvidado lo que era comer un guiso de verdad. El calor de un hogar. Estar rodeada de David y su familia, ver cómo su mamá le propina un ligero manotazo porque mete la mano para robarse un pedazo de pollo ante de dar las gracias, o escuchar a los dos hermanos picarse mutuamente y que su padre intervenga en cada ocasión, me saca más de una carcajada y no existe mejor sensación en el mundo.

En varias ocasiones me veo a mi misma, sentada con mis padres en la mesa de nuestra cocina. Es imposible no recordarlos cuando todo lo que se respira en el aire es amor y la armonía de un hogar.

David luce feliz, relajado, aunque su hermano se mete con él cada vez

que puede, no se puede negar lo obvio, y es que se quieren mucho. Está tan despreocupado y sereno que yo termino contagiándome de esa misma sensación.

Al terminar la cena, no puedo estar más que contenta con la decisión que tomé al abandonar la fiesta y venir para acá.

Intento que la señora Wyatt me deje ayudar con los platos pero ella insiste en que le toca a Jack de recoger la mesa. Él le pide que espere a que termine el partido pero Doris le lanza una mirada que lo hace saltar de inmediato del asiento. No cabe duda del respecto que le tienen. Una vez que Jack abandona el salón refunfuñando, ella me dedica una sonrisa cómplice.

—Siempre es lo mismo, ya se le pasara en cuanto lave el segundo plato.

Capítulo XXVII



Después de sentarnos en el salón y alargar la noche entre risas y anécdotas que los padres de David contaban sobre él y su hermano cuando estaban pequeños, nos despedimos, no sin antes prometerle a Doris que volvería pronto.

Mi teléfono suena en varias ocasiones pero ni siquiera lo miro. Sé a ciencia cierta que es Daniel.

El camino a casa transcurre en el más agradable de los silencios. A David y a mí se nos da bien estos momentos. Él está perdido en sus propios pensamientos y yo, miro por la ventana del coche las luces de la ciudad mientras rememoro los acontecimientos de esta noche. Quizás no debí abandonar la fiesta de esa manera pero no me arrepiento. La vida es sólo esto, un puñado de momentos que muy deprisa se van y mucho más en mi caso que soy una bomba de tiempo a punto de explotar.

Cuando llegamos a mi calle, David quiere asegurarse de que llegue sana y salva por lo que me acompaña hasta arriba. Al llegar al umbral se mueve inquieto mientras yo introduzco la llave en la puerta. Una vez que está abierta,

me giro y le doy un beso en la mejilla en modo de despedida. Siento su cuerpo tensarme bajo mis labios como ocurre cada vez que tengo hacia él una muestra de cariño de ése tipo.

—Buenas noches —digo y él asiente en modo de respuesta.

Justo cuando se voltea para marcharse, me doy cuenta de que no quiero que se vaya, no todavía.

—Espera —lo detengo cuando está en el primer escalón dispuesto a marcharse y él levanta la cabeza sorprendido—. Quiero enseñarte algo.

Entro, dejo caer mi bolso en el sofá y atravieso el salón con David siguiendo mis pasos muy de cerca. Me acerco a la ventana que da hacia el pequeño balcón y paso a través de ella con cuidado de no romper el vestido.

—¿A dónde vas?

—Arriba —recalco lo obvio, ya que tengo un pie en la escalera de emergencia.

—¿Y vas a subir con ese vestido y esos tacones?

—Cierto —conuerdo. Me quito los zapatazos de tacón, los lanzo dentro del apartamento y luego vuelvo a subir.

—¿Qué vamos a hacer ahí arriba?

—Quiero enseñarte algo.

—Prométeme que no piensas cometer suicidio y necesitas algún testigo.

—Ja ja ja —finjo reírme de su ocurrencia. Sigo subiendo las escaleras y de pronto no lo escucho. Miro hacia abajo y lo veo congelado en el mismo lugar.

—Oye, ¿qué haces?

—Éste... no estoy seguro Everest..., yo no sé qué es lo que quieres mostrarme, pero ¿de verdad debemos subir tanto?

—No me digas que le temes a las alturas.

—A decir verdad, un poco —confiesa.

Me sorprende, los hombres por lo general no confiesan sus miedos, siempre se las dan de muy macho.

—Ya casi hemos llegado —trato de asegurarlo—. Tú sigue subiendo y no mires para abajo pero no me veas el culo —digo para distraerlo.

—Con ése vestido, aunque quisiera es imposible.

Al cabo de unos minutos hemos llegado al techo. Mi pedacito de cielo.

—Ya está —le aviso al tiempo que me sacudo las manos para quitarme un poco del sucio de las escaleras—. Aquí es.

David mira a su alrededor, parece estar buscando algo mientras que yo me encamino hasta el borde.

—¡Estás loca, aléjate! ¿Tienes deseos de morirte o qué?

Me río. Aunque es una risa forzada.

Por supuesto que no deseo morirme. Creo que ningún ser humano desea morir a pesar de saber que en cualquier momento, todos los haremos. Unos primeros que otros, pero todos tendremos el mismo final.

—Tranquilo papá —bromeó—. Es seguro. Ven acércate.

—¿Para qué? Yo estoy muy bien dónde estoy.

—Anda, no seas aguafiestas, ven acércate, quiero que escuches algo.

No me hace caso. Él Permanece en el mismo sitio, moviéndose incómodo. Luce nervioso.

—David, ya has subido hasta aquí que era lo más difícil, no me digas que te vas a echar para atrás.

Él chasquea la lengua y finalmente cede.

—Dime —dice con el rostro contraído.

—Sólo escucha.

Él se concentra, arruga la frente.

—No escucho nada— me dice después de unos segundos.

—Exacto. Es el silencio total.

Al escuchar mis palabras ladea la cabeza y me mira desconcertado.

—Dicen que Nueva York es la ciudad que nunca duerme, cosa que es cierta. Hay ruido a toda hora por donde quiera que vayas —empiezo a explicarle al ver su cara de no entender nada—. Cuando mis padres murieron, necesitaba estar sola, sin escuchar nada ni a nadie. No sé si me explico pero quería estar lejos del bullicio del metro, de las calles, de las personas, en fin, de todo. Sentía que me asfixiaba y quería, o más bien necesitaba desaparecer de la superficie aunque fuera unos instantes. Y entonces, una noche me pregunté qué habría allá arriba —digo mirando hacia el cielo—, y antes de pensar en nada más me vi subiendo las escaleras, como si ellas me fueran a conducir hasta allá —sonríó levemente—. Estúpido, ¿no? El hecho es que sin saber por qué subí y llegué hasta aquí y fue la gloria. No se escucha nada, es excelente. Creo que es por la superposición de esos dos edificios. Si te paras aquí, puedes ver las luces de la ciudad y si miras hacia arriba puedes ver las estrellas brillar, es increíblemente hermoso. Lo bauticé mi pedacito de cielo porque sólo se respira paz y tranquilidad. Empecé a subir a menudo, era como estar cerca de mis padres. Es imposible lo sé pero así lo sentí la primera vez que subí y esa sensación no ha desaparecido con el tiempo. A veces pienso que ellos donde quiera que estén me guiaron hasta aquí para darme esa paz que necesitaba y buscaba con desesperación. Así que cada vez que quiero desaparecer un rato del ruido y de todo, vengo aquí.

—¿Por qué has querido mostrármelo?

—Bueno —digo encogiéndome de hombros—, tú me has invitado a casa de tus padres y me has abierto una parte íntima de tu vida. Yo no tengo familia a la cual invitarte, así que quise enseñarte una parte de mí que nadie conoce. Es mi forma de agradecerte que me hayas recordado lo que es el calor de un hogar.

—Eres bienvenida cada vez que quieras —dice con una sonrisa.

—No me tientes que después tus padres me van a terminar echando.

—O adoptando, créeme. Sobre todo, después de querer limpiar los platos, ya ves que Jack no es muy devoto de la tarea.

Ambos reímos.

—Extrañas mucho a tus padres, ¿no es así? —me pregunta al cabo de unos segundos.

«Oh joder que sí, cada día que pasa y más en estos momentos».

—Sí, más cuando llego a casa y la encuentro vacía.

—¿De qué murieron?

—Si no te importa, es algo de lo cual preferiría no hablar ahora. La noche ha estado perfecta y no quiero arruinarla hablando de cosas tristes.

Él asiente. Nuevamente nos quedamos en silencio y respiro paz.

—Deberíamos bajar.

—No, todavía no. Quedémonos un poco más.

Lo miro con una sonrisa complacida.

—Sabía que te enamorarías.

Él ladea la cabeza y se encuentra con mis ojos.

—Sin lugar a dudas —dice con ése tono ronco que es propio de él—. Es imposible no enamorarse.

El brillo de sus ojos me estreche y tengo que voltear la cabeza para romper nuestras miradas. Por un momento, por la intensidad de su mirada, deseé que fuera Daniel quién estuviera aquí y poder pedirle que me besara. Aquí, bajo mi cielo estrellado, mi lugar favorito. No obstante, algo muy en el fondo me dice que Daniel no hubiera sabido entender ni apreciar el lugar como lo ha hecho David.



Nos quedamos en silencio. Es algo que se nos da muy bien a ambos. Creo que nos entendemos igual de bien hablando o guardando silencio.

De vez en cuando giro la cabeza y la observo con la vista clavada al frente, perdida en algún lugar, luce serena al mismo tiempo que preocupada. En los últimos días, le ha pasado mucho. Desde que la conozco he aprendido a conocer y a diferenciar muy bien sus sonrisas espontáneas y las fingidas.

Desde que la vi parada en el umbral de mi casa, el corazón me dio un brinco tan grande que pensé que tendría que recogerlo del piso. Joder, parecía una princesa con ése vestido que resalta su figura en los lugares adecuados y entonces lo supe o más bien tuve la certeza, estoy irremediablemente enamorado de esta mujer y lo voy a estar toda mi vida.

Puede que no sea la mujer más alta, o más bella, pero es la que mi corazón ha elegido para ser su dueña.

Está tan hermosa que no he podido dejar de mirarla. Y ése vestido, ése jodido vestido ha sido mi perdición toda la noche, ha sido como estar en el cielo y el infierno al mismo tiempo. Es que la forma en la que resalta sus pechos, llamando mi atención a esa parte de su cuerpo, invitando a mi mente perversa a imaginarla de todas las formas habidas y por haber y en las cuales todas terminan del mismo modo, o sea, yo perdido en ella.

Me duelen los ojos de tanto mirarla y cuando, por unos segundos dejo de hacerlo, me siento vacío; porque durante estos instante que le robo a la vida para admirarla en secreto, puedo sentir, imaginar que es mía y de nadie más.

Sé que no debería desearla.

¡Ella no está disponible! Me grita mi conciencia pero mi corazón no lo escucha, o no quiere hacerlo. Porque él sólo me dice: “Es tuya, solamente tuya” y soy consciente que arderé en el infierno por desear con tanta intensidad a una mujer que no es libre, que le pertenece a otra persona.

¿Cómo hago para sacármela de la cabeza y del corazón?

Es la pregunta que me hago a diario, pero ella sin saberlo, se ha convertido en mi obsesión más perversa. Estoy tan cansado de tratar de no desearla, de no mirarla, de no quererla, que ya he renunciado a ello. Porque cuando el amor es tan grande, de nada sirve tratar, simplemente se siente y se ruega para que en algún momento de la vida, puedas llegar a vivirlo.

No sé qué habrá pasado en esa fiesta para que ella se marchara, pero sea lo que haya ocurrido, le doy gracias a Dios por convertirme esta noche en el cabrón con más suerte en el mundo. Tenerla en mí casa, rodeada de mis seres queridos, es la mejor sensación que he sentido nunca, porque verla ahí sentada, en nuestra mesa, a mi lado, riendo tan relajada y natural, sólo me hizo reafirmar lo que yo ya sabía, es a mi lado que debe estar.

—Everest, ¿eres feliz?

Ella gira la cabeza y me mira con la frente arrugada.

—Quiero decir, ¿Daniel te hace feliz?

Qué diga que no.

«Por favor di que no» —suplico en silencio.

Necesito que diga que no para poder traspasar ésa línea que nos separa y poder besarla hasta saciar estas ansias que me están volviendo loco.

—No...

Demonios, mi corazón empieza a martillar a toda velocidad. Estoy a 3,300 metros de altura del monte Everest.

—Daniel no me hace feliz... —dice y vuelve a centrar su atención al frente.

Mi corazón se acelera un poco más. Sigo escalando cuesta arriba. Me encuentro a 4,000 metros de alcanzar la cima. Doy un paso que me acerca a mi más grande deseo. Ella.

Soy consciente de como mis pupilas se dilatan.

Las manos me hormigean, mi pecho sube y baja de la emoción.

Mierda, nunca he estado tan ansioso y nervioso en toda mi vida.

—... Daniel completa mi felicidad —continúa ella. Y yo acabo de resbalar, mi arnés se ha soltado haciéndome caer al vacío a 90 millas por hora y mi espalda se ha estrellado contra toneladas de hielo—. Él no me hace feliz, porque la felicidad no depende de lo que haga, diga o piense otra persona, sino de nosotros mismos.

Ella hace una pausa, como si quisiera darme el tiempo de analizar y entender sus palabras.

—A ver si me explico. Ahí afuera... —prosigue y con un gesto de la cabeza señala hacia el vacío—... existen muchas personas dispuestas a joderte la vida. Las conoces, les abres las puertas de tu casa, tu corazón, tu vida y toman todo lo que necesitan hasta que te dejan vacía y se marchan. Y tú te derrumbas, lloras y piensas que nunca te sobrepondrás. Entonces, la vida te quita lo más grande, lo máspreciado que tienes, tus padres y te quiebras. El dolor es tan inmenso que sientes que ya nada importa, que te mueres lentamente. Sin embargo, milagrosamente lo superas. Acomodas el dolor en tu vida y aprendes a vivir con él —vuelve a hacer una pausa y suspira profundo—. Por lo tanto, te das cuenta que si sobrevives a eso, y logras ser feliz pese a la ausencia de tus seres queridos, entonces no necesitas a nadie para serlo. Puedo ser feliz viendo mi película favorita mientras bebo una copa de vino y como una pizza sentada en mi sofá. Claro que si Molly está presente me río mucho más por sus ocurrencias, pero no dejo de ser feliz porque ella no esté. También soy feliz cuando camino y miro la puesta del sol desde el puente de Brooklyn. Son pequeñas cosas pero soy feliz con cada una de ellas.

Ella vuelva a poner sus hermosos ojos en mí y añade:

—No digo que sea feliz todo el día, eso es imposible, pero en cada día encuentro algo que me haga feliz. No sé si me entiendes.

Asiento porque lo hago.

—Entonces, ¿eso significa que si Daniel te dejará, seguirás adelante?

—Dolería porque lo quiero mucho pero de igual forma seguiría con mi vida y encontraría la forma de seguir siendo feliz.

—¿Y si soy yo el que se va? —me atrevo a preguntar y nuevamente mi corazón se acelera, expectante de su respuesta.

Ella me mira directo a los ojos y tras pensarlo unos segundos contesta:

—He descubierto hace poco que te adoro, eres una persona muy especial para mí. Me gusta hablar contigo, eres la persona a parte de Molly que más me escucha y siento que puedo hablar contigo de cualquier cosa — trago en seco, con el corazón en la garganta. Joder, si sigo así, terminaré colapsando antes de tiempo—, pero igualmente seguiría adelante.

Su sinceridad me destroza y siento cómo el mundo se hunde a mis pies.

¿Puede un cuerpo vivir sin corazón?

Porque tengo la impresión de que el mío me lo acaban de arrancar del pecho.

Capítulo XXVIII



Una vez David se marcha, me dejo caer en el sofá. Estoy exhausta.

Cierro los ojos y me hundo en el mueble por culpa del cansancio mental. Ha sido una noche larga e intensa y las horas que he pasado sin dormir me están pasando factura.

Después de pasar la noche con David y su familia y recordar lo que es el calor de un hogar, sólo hace que el silencio y la soledad que me rodean me agobien un poco más.

Abro los ojos de golpe.

Me rehúso a dejar que la melancolía y la tristeza me depriman.

Me voy a mi cuarto, me quito el bonito vestido que me imagino tendré que devolver y me pongo algo más cómodo. Me desmaquillo, me cepillo los dientes y con un gran suspiro me dejo caer en la cama.

Espero poder conciliar el sueño.

Después de dar vueltas y vueltas en la cama, el cansancio termina por vencerme y me dejo caer en brazos de Morfeo.

Un golpe seco en la puerta me sobresalta. Confundía y desorientada

verifico la hora en el reloj de mi mesita de noche y son pasada las dos de la madrugada.

—¿Se puede saber por qué coño no me respondes el teléfono?! —grita un Daniel muy enfadado a penas abro la puerta.

—A mí no me grites —digo manteniendo la calma y alargando cada sílaba—. Si estás molesto, te aconsejo que vayas a tu casa y cuando estés más tranquilo regreses.

—¿Y cómo diablos quieres que esté cuando desapareciste de la gala sin decir una palabra?

Y sin esperar a que yo le de paso, entra en mi casa con la furia pintada en la cara.

Lo dejo pasar. Sabía que vendría a buscarme, sobre todo cuando no respondí a sus llamadas. También sabía que estaría molesto, por eso respiro hondo, armándome de paciencia para encajar su reclamo.

—Pensé que no te importaría —contesto con desgana cerrando la puerta detrás de mí.

Él se detiene en medio de la sala, se gira hasta estar frente a mí y me fulmina con la mirada. Parece cansado al mismo tiempo que molesto. Se ha quitado la pajarita, lleva el saco abierto, los primeros botones de su camisa desechos y su pelo ya no está tan bien peinado como lo estaba antes pero a pesar de eso, sigue luciendo bello y atractivo. Le quitaría el aliento a cualquiera.

—¿A qué coño viene eso? —pregunta frío.

—A que me dejaste tirada durante dos horas en una fiesta donde no conocía a nadie —lo acuso al tiempo que cruzo los brazos sobre mi pecho malhumorada.

—¡Demonios Eve, fui a trabajar! Te dije que tenía personas a las que conocer —replica con la mirada endurecida.

Está exasperado. Molesto.

No lo culpo, sé que no estuvo bien la forma en la que me marche.

—Sí, como también me dijiste que estarías conmigo toda la noche, ¡y no lo hiciste! Te llamé en dos ocasiones y tampoco respondiste —respondo sin querer dar mi brazo a torcer.

Él tiene que entender, no pienso convertirme en una novia fantasma. Puede que mis días estén contados. Tengo derecho a pensar en mí, a ser egoísta, a ser feliz y estar en casa de David esta noche me hizo feliz y no pienso culpabilizarme por eso.

—¿Y qué querías que hiciera? En el momento que me llamaste estaba hablando con Marco Bizzarri.

—¡Responder al maldito teléfono! —grito perdiendo la paciencia y dejando caer mis brazos ¡No creo que te costara mucho disculparte unos segundos para decirme por lo menos dónde diablos estabas!

—Estábamos hablando de cosas importantes. ¿Tienes idea de quién es..?

—Pues por mí como si fuera el mismísimo Rey Felipe —sentencio molesta, cortando así su explicación—. ¡Oye que te voy a decir una cosa Daniel, yo no pienso acompañarte a esas clases de fiestas sólo para lucir bien en una maldita alfombra y que me ignores todo el resto de la noche!

—¡¿De qué diablos me estás hablando?! —grita a su turno dando un paso en mi dirección—. ¡Yo no te invité a esa fiesta para lucir en la jodida alfombra..!

—¡¿Entonces para qué me invitaste si me ibas a dejar tirada toda la noche?! —lo interrumpo nuevamente.

—¡Porque eres mi mujer y quería que me acompañaras! ¡¿Tan difícil es para ti comprender eso?! —asevera con cansancio.

—Pues quizás debería dejar de serlo —sentencio y Daniel se tambalea hacia atrás como si lo hubiera abofeteado.

—¿Qué mierda me estás diciendo? —pregunta con el ceño fruncido, confuso.

Las palabras salieron de mi boca sin que las hubiera meditado antes. Sin embargo, es la verdad. Su vida está cambiando, está creciendo, un nuevo mundo se está abriendo para él y yo no puedo amarrarlo a mí sabiendo lo que me espera. Puedo ser egoísta pero mantenerlo en la oscuridad sería cruel de mi parte.

—Eso, que quizás deberíamos dejar esto —reafirmo y rezo para que mi voz no titubeé.

Tengo que ser fuerte, darle una vía de escape. Él ha trabajado duro en su vida para llegar tan lejos. Se merece ser el próximo chico que está a la moda. Y si acepta esta oportunidad que le estoy ofreciendo ahora, me dolerá menos que si se marcha más adelante, cuando en verdad lo necesite.

—¿Pero se puede saber que mosca te ha picado esta noche? ¿A qué viene semejante disparate?

Suspiro hondo y decido llenarme de valor.

—Porque existe la posibilidad de que esté enferma —confieso y mis palabras lo congelan en el acto. Su cara se torna pálida—, y creo que a lo mejor necesitas una persona que se adapte más a tu nivel de vida, alguien que tenga el tiempo de sobra y no le importe malgastar algunos momentos —le aviso. Me detengo para ocultar el temblor de mi voz—, pero yo no puedo. No puedo prometerte que no volveré a hacer lo que hice porque no sé cuánto tiempo estaré en esta tierra y quiero vivir y llevarme lo mejor que me ofrezca la vida mientras aún tengo una.

Duele. Duele mucho decir esas palabras en voz alta. Es la primera vez que lo admito desde que visité el consultorio de la Doctora Jacob y cada palabra pronunciada, es una daga clavada en el pecho. Duele horrores.

—¿Cómo que estás enferma? Eve, ¿de qué me estás hablando? —

pregunta y su tono de voz se ha suavizado. Ya no luce molesto, la rabia ha dado paso a la preocupación.

—Existe la posibilidad de que tenga Cáncer

A penas esas palabras salen de mi boca, un escalofrío me recorre la columna vertebral. Ahí estaba, mi miedo resurgía a la superficie. Sin embargo, reprimo el aullido de dolor que siento.

Mi confesión lo impacta. Desde aquí puedo ver todas las preguntas que se han amontonado en su cabeza. Su boca se abre y de inmediato se cierra. No encuentra palabras, parece confuso y entiendo perfectamente el sentimiento.

El silencio se apodera de la sala.

—¿Segura? —pregunta al cabo de un rato.

—Todo indica que así es, pero debería hacer algunas pruebas para confirmar el diagnóstico —digo con amargura.

—¿Desde cuándo lo sabes? —continúa sin moverse del sitio, creo que al igual que yo cuando me enteré, está en estado de shock.

—Hace una semana.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no le veía el caso —digo y me encojo de hombros—, pero después de esta noche, entiendo que debes saberlo y pensar muy bien si quieres o no estar en una relación que tiene fecha de caducidad.

Daniel respira hondo y después se pasa las manos por el cabello y las deja reposar sobre su cuello.

Me mantengo en silencio, dándole el tiempo de absorber mis palabras. Todo depende de él ahora.

—Me imagino por lo que me has contado que no tienes intenciones de averiguar si es cierto ni mucho menos de seguir un tratamiento —pese que sus palabras parecen una pregunta, fue más una afirmación. Me mira detenidamente. Puedo voltear la cara para que no vea las lágrimas que

amenazan por caer pero no lo hago. Le mantengo la mirada y con ella le confirmo lo que él ya sabe—. ¿Por qué?

—Tengo mis razones... y nada me hará cambiar de opinión —me apresuro a añadir al ver que abre la boca, adelantándome a su próxima pregunta.

Él vuelve a respirar profundo, cansado.

—Ven aquí —me pide tendiéndome la mano.

Dejo salir el aire de mis pulmones, ni siquiera me había dado cuenta hasta éste momento que estaba reteniendo la respiración.

Me acerco y Daniel envuelve sus brazos alrededor de mí y me aprieta contra su cuerpo. Yo recuesto la cabeza contra su pecho y cierro los ojos.

Él me besa en el cabeza.

—Siempre voy a estar contigo —murmura contra mi cabello—. Siempre —vuelve a decir para reafirmar su promesa—. Pase lo que pase, siempre estaré a tu lado.

Me acomodo a gusto entre sus brazos y me dejo abrazar por su calor. Una mezcla de gusto y tristeza se apodera de mí. Gusto porque en verdad pensé que saldría corriendo y el hecho de que se haya quedado me hace feliz. Tristeza porque muy a mi pesar y por más que sus palabras sonaran sinceras, yo no estoy segura de que Daniel vaya a quedarse. Él no tiene idea de lo que es enfrentarse y estar rodeado de una persona que sufra de Cáncer. Se necesita valor y fortaleza para aguantar todo lo que viene. Y, aunque yo haya decidido no tratarme, el dolor, el cansancio, las náuseas, tarde o temprano empezarán a manifestarse.

Esa noche Daniel se queda conmigo. No duermo, pero no por las mismas razones de las noches anteriores. No, esta vez me mantienen despierta sus besos, sus caricias y la ternura que nunca antes había mostrado a la hora de hacerme el amor.

Capítulo XXIX



Esta noche he quedado con Molly para ir a ver la nueva entrega de *Fast and Furious*, a pesar que no será lo mismo sin Paul, estoy loca por ver a Toretto en acción porque esta saga siempre consigue sorprenderme, arrancarme unos cuantos suspiros, sustos y carcajadas. Sí, las locuras de Roman siempre consiguen sacarme una carcajada y eso es precisamente lo que necesito, perderme en la magia del cine y desconectar un poquito de mi realidad. No pensar en lo que viene, ni en cuanto tiempo me queda. No, no quiero pensar en eso, lo único que deseo, sea cuál sea el tiempo que me quede es pasarlo en grande en compañía de las personas que más quiero.

Delante del espejo estoy poniéndome un poco de corrector de ojeras, cuando escucho que Molly entra como un remolino, sobresaltándome.

—¡Joder, Molly! Un día vas a hacer que me dé un infarto —grito llevándome las manos al pecho y dejando caer el corrector dentro del lavado.

—No entiendo por qué te sorprendes si tú sabes que tengo llaves.

—Te di una llave en caso de emergencia, no para que un día me mates de un susto.

—Vives en un apartamento de cuarenta metros cuadrados, no entiendo cómo no me escuchaste entrar y más aún con lo ruidosa que es tu puerta.

Tiene razón pero estaba tan centrada en mis pensamientos que no la escuché entrar.

—Lo siento tenía la cabeza en otra parte.

—Déjame adivinar... Un europeo de ojos azules y pene despiladito — bromea.

—Sí... algo así —contesto antes de retomar lo que estaba haciendo.

—Ese tipo te tiene trastornada. Andas en nubelandia todo el santo día.

—No seas exagerada.

—No lo estoy siendo —me dice posicionándose a mi lado y buscando algo en mi neceser—. Ayer te pedí que me llevaras el Cosmo a la cafetería pero al parecer se te olvidó y me corto la mano si señor pene depiladito no tuvo nada que ver en eso —prosigue antes de encontrar el rímel y retocar sus pestañas. Nunca he entendido porqué insiste en ponerse tanto si tiene unas pestañas maravillosamente largas mientras que yo debo ponerme dos raciones para conseguir que las mías se vean un poco decente.

—Anda, no te quejes tanto, está en la mesa junto al correo.

—Bueno, iré a echarle un vistazo en lo que terminas, trata de no tardar que...

—Que no quieres perderte los *trailers* —termino la frase por ella y Molly hace una mueca con la cara. Me río—. Casi estoy que termino —le aviso en el momento que cruza la puerta del baño.

Sigo con lo que estoy haciendo, aplico el corrector, me pongo brillalabios, un poco de polvo translúcido para armonizar todo y le doy un último retoque a mi cabello antes de abandonar el baño.

—Ya podemos irnos.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —pregunta con el rostro desencajado.

—¿Qué cosa?

—Esto —contesta en el momento que levanta un papel al aire. Papel que parece ser un carta pero no tengo idea de qué pueda ser.

Levanto una ceja interrogante y la miro con cara de circunstancias. No entiendo.

—Querida señorita Montés, luego de su visita a mi consulta hace dos semanas, aún no he recibido noticias tuyas concerniente a sus resultados. Le recuerdo la importancia de realizar una cirugía lo antes posible para retirar el tumor y, de ser necesario empezar con el tratamiento de quimioterapia.

Lee la carta con las manos temblorosas y mi corazón da un vuelco, paralizándome en el acto.

Esto era lo que no quería, que Molly se enterara.

Una corriente fría me atraviesa al mismo tiempo que siento mi cuerpo temblar.

—¿Cómo te atreves a abrir mi correspondencia? —pregunto furiosa mientras me encamino hacia ella y le arranco el papel de las manos—. Es mi privacidad y no tienes derecho.

—No me vengas con esa mierda ahora que bien sabes que no es la primera vez.

Tiene razón, no lo es pero es que joder, yo no quería que se enterara.

—¡Y no trates de desviar el tema! —prosigue ella—. ¿Tumor?... ¿Operación?... ¡¿Quimio?! —Continúa incrédula, confundida—, ¡¿Cuándo me lo ibas a decir?!

La miro pero no respondo. Estoy demasiado molesta, furiosa. Todo mi cuerpo tiembla de rabia, o de miedo, no lo sé con claridad. Me aterroriza que lo haya descubierto porque sé que no me dará tregua y no quiero escuchar lo que sea que me vaya a decir. Yo ya tomé una decisión y no hay marcha atrás.

Entonces ella cae en cuenta. Su cara así me lo demuestra.

—¡No puede ser! —clama con el horror dibujado en su rostro—. ¡No te vas a operar! ¡No puedes estar hablando en serio!

—Molly por favor —digo con voz derrotada. Ya lo sabe. No hay marcha atrás—. No quiero hablar de ello.

—Me importa una mierda que quieras o no hablar de ello, ahora mismo me vas a explicar ese disparate de que no te vas a operar.

—Pensé que tú mejor que nadie me ibas a entender.

—¿¡Yo?! —dice, luego apoya la mano en el respaldo de la silla. Como si necesitara sostenerse para no caerse—. ¿Yo por qué?

—¡Porque tú mejor que nadie sabes lo que me ha tocado vivir! —grito y su rostro al caer en cuenta de lo que le hablo se descompone—. Y no pienso pasar lo mismo. ¡No otra vez!

—Pero no es lo mismo —replica en un tono empático, comprendiendo por fin mi miedo, mi dolor.

—¡Claro que lo es! —vuelvo a gritar, sintiendo las lágrimas instalarse en mi garganta—. Un año Molly, un año viviendo en medio de hospitales, quimioterapias, medicinas, ¡¿y todo para qué?!.. Para terminar en una cama cansado, apagándose hasta que la maldita enfermedad extinguió la última llama de luz de su cuerpo.

—Eve, por favor —dice suavizando la voz—. Cuando se descubrió que tu papá padecía de Cáncer, los médicos hicieron lo humanamente posible para mantenerlo con vida pero lamentando el caso y aunque te duela lo que te voy a decir, tú sabes muy bien que era demasiado tarde.

Sus palabras hacen que me escuecen los ojos, sin embargo retengo las ganas inmensas que tengo de llorar. Cada vez que hablamos de la enfermedad de mi padre es lo mismo. Me duele, duele demasiado y me niego a hablar de él, mi padre, mi héroe. El hombre que me lo enseñó todo: montar bicicleta, el amor por los deportes, a defenderme de los bravucones o de los chicos que se

querían pasar de listo. El hombre que llegaba después de una dura jornada laboral y pese estar cansado, se sentaba conmigo a hacer los deberes y cuando yo ya me había ido a dormir, se quedaba leyendo y estudiando la lección del día siguiente para poder explicármela mejor. El hombre con el que tomaba de brazos salía a caminar bajo la luz de la luna. Hasta que un día me dio la desgarradora noticia y pese a que le hicimos frente a la enfermedad con la esperanza de que saldría bien librado, de que todo volvería a ser como antes y que todo quedaría en un mal recuerdo, nos atrapó la realidad, llegaron los malditos resultados: Carcinoma de pulmón etapa IV, con metástasis en ganglios linfáticos, huesos y glándulas suprarrenales.

Desde ese día todo cambió. Tuve que dejar mis estudios, conseguir un empleo para mantener la casa y ayudar con el tratamiento. Fueron largos meses dónde lo vi sufrir, aguantar dolores horribles. Días en los que no podía pararse de la cama siquiera, hasta que al final, la maldita enfermedad lo venció.

Mi mamá se fue enfermando al mismo tiempo que él, la diferencia fue que su enfermedad la llevaba en el alma, entró en una depresión de la cual no supo salir, hasta que terminó apagándose. Los médicos dijeron que fue por la depresión, yo pienso que fue por el dolor de perder a su otra mitad.

Mis padres creían en las almas gemelas, esas que se encuentran en la tierra y se quieren aún después del más allá. Ruego todos los días para que eso sea cierto y que en algún lugar hayan encontrado la paz que se les negó en la tierra, pero sobre todo, que la hayan conseguido juntos.

—Tienes razón, sé por todo lo que pasaste pero la historia no tiene por qué repetirse.

—Molly, no insistas. Ya tomé una decisión y no pienso retractarme.

—No entiendo cómo puedes darte por vencida sin siquiera intentarlo.
¡Eso no es digno de ti!

—Ya te expliqué que no quiero eso para mí.

—Pero Eve...

—¡Basta Molly! —claudico—. Me rehúso a vivir lo que me quede de vida postrada en una cama, ensuciándola de mierda, con llagas en todo el cuerpo porque no tendré la fuerza necesaria para levantarme siquiera para ir al baño. ¿¡Tan difícil es de entender?!

—¡Sí! ¡Porque te estás equivocando! ¡Porque eres mi mejor amiga y me estás pidiendo que te deje morir en vida! —dice y se le quiebra la voz mientras las lágrimas acuden a sus ojos—. Yo... no puedo —prosigue en el momento que se dirige a la puerta.

—Molly, ¿qué haces?

—¡Me voy!

—Molly, por favor —le suplico y al ver que está a punto de irse, el miedo de quedarme sola hace que deje caer las barreras y permito que las lágrimas salgan a flote—. Por favor no te vayas.

—Tengo que hacerlo porque eres tan obstinada que por más que lo intente sé que no me vas a escuchar y no puedo quedarme de brazos cruzados mientras que tú... —habla gesticulando con las manos hasta que las deja caer con desgana y sin decir nada más sale de mi casa y me deja ahí plantada en el medio del salón, sola en medio de mis fantasmas y miedos.

Capítulo XXX



—Gracias por acompañarme, de verdad necesitaba que me echaras una mano. Ya sabes lo mal que se me da escoger mi ropa.

—Tú sabes que lo hago con gusto —me responde Paige mientras que caminamos el uno al lado del otro de regreso a casa. La arrastré conmigo toda la tarde para que me acompañara al Gateway Center—. Aunque pienso que debiste pedírselo a otra persona, digo, después de todo es a ella a quien debe gustarle.

—No entiendo de lo que hablas —contesto mirando al frente para tratar de disimular mi incomodidad.

—Oh vamos David —comenta buscando con insistencia mi mirada—. Primero el corte de pelo, ahora un cambio de vestuario, ¿que vendrá después? ¿Comprarte una moto para aparentar ser más sexy?

No digo nada pero si comprarme una moto me fuera a asegurar que me miraría diferente, correría mañana mismo a comprarme una.

Dejo escapar un largo suspiro al darme cuenta que mi esfuerzo por disimular mis sentimientos por Everest ha sido en vano.

—¿Cómo te diste cuenta? —pregunto con un hilo de voz.

—No, si la pregunta más bien sería, ¿cómo es que ella no se ha dado cuenta?

—¿Tanto se me nota?

—Si sólo te falta un letrero con luces en Neón encima de tu cabeza que diga “Estoy completamente enamorado de Everest.”

La miro con los ojos bien abiertos. No pensé que fuera tan obvio pero al parecer todos se han dado cuenta. Lo que siento por ella es como una mancha en la piel, he tratado de quitármela pero no funciona y tampoco sé si quiero que lo haga.

—Lo que no entiendo es, ¿por qué no sé lo dices?

—No lo sé... Creo que tengo miedo de joder nuestra amistad. Tú y yo sabemos que ella no me ve de esa forma.

—Es cierto pero quizás si se lo dices...

—Nada cambiaría... De todos modos ella está enamorada del tal Daniel —confieso con cierta amargura. Reconocerlo en voz alta, no sólo deja un sabor amargo en mi boca, sino que también reafirma el dolor que siento al imaginarlos juntos.

El silencio de Paige confirma lo que ya sé: Ella está loca por los huesos del modelito.

—¿Lo ves? De nada serviría —prosigo cabizbajo.

Seguimos caminando en un absoluto silencio. Eso es lo bueno de conocernos desde hace tanto tiempo, que ambos sabemos cuándo debemos guardar silencio y ella sabe que en estos momentos no hay nada que decir porque nada de lo que diga cambiará la situación. Yo estoy enamorado de Everest y ella está enamorada de Daniel. Lo único que espero es que el tipo sepa valorarla como se merece.

De todos modos, yo me conformo con tan sólo ser su amigo, estar cerca

de ella y disfrutar de los momentos que pasamos juntos.

Por un momento me pierdo en mis pensamientos recordando todos los momentos que hemos compartido, recordando su risa, su colonia, su sentido del humor y ese aire de niña traviesa que tanto me enloquece. No me doy cuenta de que casi hemos llegado a nuestro bloque hasta que escucho el sonido del teléfono de Paige.

—Hey, ¿cómo les va? ¿Ya llegaron al cine?

De pronto Paige detiene sus pasos y cómo su brazo está enredado con el mío, me obliga a detenerme también.

—Molly, despacio que no te entiendo nada. ¿Qué dices? ¿Le pasó algo a Justin?

Escuchar ese nombre hace que me ponga en alerta pero ver la cara de Paige hace que mi corazón se acelere y el pánico me invada.

—¿Qué te peleaste con Eve? —pregunta ella y yo me paro en frente para mirarla mejor, hago aspavientos con la mano queriendo saber lo que sucede pero ella levanta la suya y me pide que me espere. Se queda escuchando la respuesta del otro lado y de pronto su rostro cambia de color, lo que incrementa mi miedo de que algo malo haya ocurrido y ya no aguanto más, de manera que le arrebató el aparato.

—Este... Molly, soy yo, David. ¿Qué ha pasado con Everest?

La escucho sollozar al otro lado de la línea y mi pánico aumenta.

—Se está muriendo y no quiere hacer nada —responde entre sollozo y sollozo.

—Molly, no te entiendo... ¿cómo que se está muriendo? ¿Han tenido algún accidente? —demando con desespero al mismo tiempo que mi respiración está por cielos.

—No, no hemos tenido un accidente. Hoy he descubierto que tiene Cáncer...

Creo que mi corazón se ha detenido de golpe, podría jurar que durante unos segundos lo he dejado de escuchar mientras que todo da vueltas a mi alrededor y el sudor recorre mi frente.

De pronto me doy cuenta que estoy conteniendo la respiración y que por eso me estoy mareando. Me agacho, apoyo los codos en mis rodillas, cierro los ojos y empiezo a inspirar y expirar a grandes bocadas para tratar de recuperar el aire.

«No, no. Por favor ella no» —pienso con la cabeza agachada entre mis piernas.

—David, ¿te encuentras bien?

Su pregunta me reactiva y regreso al aquí y ahora. Abro los ojos y encuentro a Paige de rodillas frente a mí, pálida y preocupada.

Asiento moviendo la cabeza con poca convicción. Desvío la mirada a mi mano donde sostengo el teléfono de Paige en un puño.

Joder, Everest.

—Aló... Molly, ¿sigues ahí? —pregunto llevándome el teléfono a la oreja.

—Sí.

—¿Dónde está?

—La he dejado en su casa... y sé que he sido una mala amiga porque la he dejado sola y ella está muy triste, estoy segura que tiene que estar desesperada... pero yo no podía seguir ahí. Es que lo que ella me pide es demasiado y no puedo, yo no puedo... —y vuelve a llorar desconsoladamente.

—¿Y tú dónde estás? —pregunto incorporándome y agradeciendo a los cielos que las piernas me respondan.

—Camino a mi casa.

—Molly, necesito que trates de calmarte y que me expliques bien las cosas por favor.

Durante un momento me cuenta todo: cómo lo descubrió, lo de la enfermedad del papá de Everest y por último escucho con horror el hecho de que ella no quiere operarse.

Termino de escucharla, le entrego el teléfono a Paige y le pregunto si le importaría ocuparse de consolar a Molly y de recoger todos los paquetes que en algún momento, no tengo idea cuál, han terminado esparcidos por el suelo. Paige me contesta que sí y me pregunta ¿qué pienso hacer? Pero no respondo a su pregunta porque cuando ella viene a terminar la oración, yo ya estoy dándole la espalda y me alejo corriendo como alma que lleva al diablo en dirección de la casa de Everest.

Corro con desesperación agradeciendo mentalmente cada calle que cruzo y que acorta la distancia que me separa de ella. Es ridículo porque tomando un taxi podía llegar más rápido pero mi cerebro no pensó en nada que no fuera llegar a ella lo más pronto posible y antes de que la idea se materializada en mi cabeza, mis pies ya se estaban moviendo por voluntad propia. Y correr es bueno, me permite quemar la adrenalina y la desesperación que llevo por dentro.

Corro como un poseso con la boca seca mientras siento mis pulmones quemarse y ni siquiera cuando doblo en la esquina de su calle y veo su edificio dejo de hacerlo, todo lo contrario, acelero el paso al riesgo de que el corazón se me salga por la boca.

Atravieso la puerta de abajo y subo las escaleras de dos en dos. Llego a su puerta y toco casi sin aliento, con el corazón martillándome a toda velocidad queriendo salirse de mi pecho.

Cuando me abre se me parte el alma, tiene los ojos enrojecidos y la cara llena de lágrimas. Si no fuera por la carrera que acabo de pegarme y estar tan agotado, reuniría el valor suficiente para estrecharla entre mis brazos.

—Dime que no es cierto —logro articular cuando paso la puerta.

—¿De qué hablas? —pregunta confundida en el momento que se agacha para tomar un pañuelo de la mesita que sirve de centro y luego limpiarse la nariz.

—He hablado con Molly.

Su rostro se descompone pero luego empiezo a ver cómo pasa del desconcierto a la rabia.

—¿Y desde cuando son tan amigos para andar haciéndose confesiones?

De camino aquí no tenía idea de cómo iba a enfrentarme a ella. Lo único que tenía claro era que haría lo que fuera necesario para convencerla de que cambiara de opinión, incluso suplicarle pero ahora que la tengo delante de mí, me doy cuenta que suplicar no servirá de nada. Después de todo, si Molly que es su mejor amiga no logró hacerla cambiar de pensar, qué me garantiza que me escuchará a mí que no soy ni pata ni garrapatas de ella. Si algo he aprendido de Everest en los pocos meses que llevo conociéndola, es que no se deja intimidar, si la atacas, ella contraataca y su mejor defensa es el sarcasmo.

—Déjate de tonterías y respóndeme.

—No me acabas de decir que hablaste con Molly, entonces para qué haces preguntas tontas si ya conoces las respuestas —contesta mirándome directamente a los ojos, desafiante, al mismo tiempo que cruza sus brazos sobre el pecho.

—Porque quiero ver si tienes el valor de mirarme directo a los ojos y decírmelo —la desafío dando un paso firme en su dirección.

—¿Decirte qué?

—Que tienes la intención de dejarte morir como una cobarde.

Su rostro se contrae de la ira, sus ojos se oscurecen en el momento que me lanza una mirada envenenada. Está cabreada. Eso es precisamente lo que quiero, que se moleste y me grite. Es la única forma que deje caer sus defensas y me deje entrar.

—¡Hijo de la gran puta! ¿Cómo te atreves?..

—¿A qué? ¿A decirte la verdad? ¿Que eres una cobarde? Porque sólo los cobardes se rinden sin tan siquiera haber luchado.

—¡Cállate! ¡Cállate! Tú no sabes nada —me grita en el momento que da un paso hacia adelante y me golpea con los puños cerrados—. Tú no sabes una mierda de mí.

—¡Sé lo suficiente! Como que te montas en tu pedestal y críticas a todo el mundo —digo sin detener sus ataques. La estoy empujando lejos, puede que demasiado, pero necesito que se quiebre para que me abra las puertas—. Te la pasas diciendo que la gente no sabe vivir, que vivimos perdiendo el tiempo con estupideces, que nos escondemos. ¡Yo, bajo mi barba! ¡Paige ,detrás sus anteojos! ¿Pero y tú? ¿De qué te escondes? —pregunto mientras le agarro las manos deteniendo así sus golpes.

—¡Eres un cabrón al que no tengo que darle explicaciones! —vuelve a gritar tirando los brazos para soltarse de mi agarre y reteniendo las lágrimas que de nuevo amenazan con correr. Sin embargo, no la suelto, sino que aprieto más para que le quede claro que de aquí no me voy a mover hasta que no obtenga una respuesta. Y no cualquier repuesta, de aquí no me marchó hasta que me diga que sí, que piensa luchar por su vida que por la misma ocasión viene siendo la mía, porque sin ella yo no vivo.

—¡Claro, prefieres gritarme, insultarme y pegarme antes de reconocer que todo lo que vives predicando es una mierda y que no crees en ella, porque a la hora de la verdad tú lo único que sabes hacer es sermonear a los demás pero cuando te toca a ti afrontar una situación difícil, en vez de usar esa fuerza que aparentas tener, prefieres esconderte y eso sólo lo hacen los débiles y cobardes!

—¡Eso no es verdad, yo no soy cobarde!

—Molly me contó lo de tu papá y por la forma en la que siempre hablas

de él, entiendo que fue un hombre fuerte que luchó hasta su último aliento — recalco buscando su mirada pero ella cierra los ojos mientras sacude la cabeza como si quiera apartar ése recuerdo de su mente—. Lo hizo por ti, por tu mamá, para no dejarlas sola porque las amabas. ¿Qué crees que pensaría él al ver como su hija baja los brazos y decide echarse a morir sin hacer nada?

—No lo entiendes —un sollozo se escapa de sus labios.

—Explícamelo.

—¡Yo no me quiero morir! —vuelve a gritar y aprovecha que he aflojado mi agarre para soltarse.

—¿Entonces por qué no quieres pelear?!

—¡Porque estoy aterrada! —su confesión me paraliza, me destroza ver cómo se quiebra y empieza a llorar. Quisiera dar un paso y acercarme para estrecharla contra mi pecho y consolarla pero tengo miedo de moverme y que deje de hablar—. Tengo miedo de lo que vendrá después, tengo miedo de no ser lo suficientemente fuerte para soportar todo el tratamiento, pero ante todo, tengo miedo de estar sola durante el proceso.

Dicho eso rompe a llorar desconsoladamente y siento cómo algo en mí se rompe. Ya no lo soporto más y reduzco los pasos que nos separan, hago lo que llevo queriendo hacer desde que llegué, la estrecho contra mi pecho y la abrazo fuerte. En un principio se rehúsa y trata de zafarse pero no se lo permito, hasta que al final se da por vencida y continúa llorando dejando salir todo lo que lleva semanas guardando. La abrazo y no puedo dejar de pensar que soy un egoísta porque mientras ella llora temblando entre mis brazos, no puedo sacarme de la cabeza lo bien que se siente tenerla así, tan cerca, tan mía y que esté es el lugar donde pertenece, donde tiene que estar.

—Shhhh... No llores. Todo va a salir bien.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —me pregunta con el rostro escondido entre mi pecho.

Bien podría decirle que mi vida era ordenada pero monótona y que ella la puso patas arriba, o que lo que siento es demasiado fuerte para terminar antes de haber empezado, o que ahora que ha llegado a mi vida, no concibo que no esté en ella. Sin embargo las palabras no salen de mi boca, se quedan estancadas. Quizás, porque sé que ella no está preparada para escucharlas, porque ella está enamorada de un idiota que estoy seguro no se la merece y el miedo a perder lo único que nos une, nuestra amistad, me hace callar y decirle:

—Porque no estarás sola y yo tengo fe y esperanza para los dos, por lo que estoy convencido de que todo saldrá bien. Me niego a que sea de otra manera —puse mi alma en cada palabra.

Esa noche la abrazo con todas mis fuerzas hasta que su cuerpo deja de convulsionar por el llanto. Ya muy entrada la noche, después de que me promete que irá a ver a su doctora, muy a mi pesar, la dejo y me marcho a casa.

En el camino de regreso a mi apartamento, no dejo de pensar en todo lo que ha pasado desde que nos conocemos y en todo lo que vendrá. No sé a ciencia cierta cómo terminará esto pero de una cosa estoy seguro, sola no estará, yo la voy a acompañar en cada paso del camino.

Cuando llego a casa descargo la canción *When you believe* de Mariah Carrey y se la envío por el WhatsApp con el mensaje: “Yo creo en ti”.

Capítulo XXXI



Lo primero que hago al despertar en la mañana es llamar a la Doctora Jacob, pude haber llamado a mi doctora habitual pero después de pensar en la forma tan precavida y rigurosa de trabajar de la Doctora Jacob prefiero que sea ella quién me aconseje que hacer.

Sigo pensando que es una mujer dura y fría pero eso no le quita lo profesional y es todo lo que me interesa.

Ella me recomienda que vaya con un colega y amigo suyo que trabaja en el centro presbyterian de Queens. Según ella los estudios muestran que si un ginecólogo-oncólogo realiza la cirugía, la tasa de supervivencia aumenta de un 25%.

Inmediatamente corto la comunicación, llamo al número que me ha facilitado. El doctor Manson acepta verme el miércoles a las once de la mañana.

Envío un mensaje por el WhatsApp a David, Molly, Paige, Justin y Daniel para informarles de la cita. No sé por qué aún no he creado un grupo, sería mucho más rápido que enviar cada mensaje por separado.

Cuando llego al trabajo subo a la oficina de recursos humanos y le explico toda la situación a Hope, pidiéndole permiso para poder ausentarme media mañana del miércoles. Ella muy conmovida me dice que me tome todo el tiempo que sea necesario. Es una mujer muy dulce y desde que llegué a la empresa siempre me ha tratado de manera cariñosa y atenta.

Los días previos a la cita siento una sensación muy extraña en el pecho que no me deja respirar con normalidad.

Voy a emprender una nueva etapa de mi vida y estoy asustada e insegura.

Trato de sonreír, de disimular delante de los demás pero me cuesta, me es difícil no pensar en nada más que no sea lo que vaya a decir el médico.

Las chicas se la pasan revoloteando a mi alrededor y tratan de mantenerme ocupada.

Daniel tiene mucho trabajo pero por las noches me saca a cenar, sé que lo hace para distraerme un poco y se lo agradezco sin embargo no funciona, la opresión en el pecho no me abandona.

No suelo ser una persona creyente, sé que existe un Dios ahí arriba, porque algo debe de haber encima de nuestras cabezas pero que haya hecho todos esos milagros que dicen, nunca he estado segura. Pero al contrario de mí, la mamá de David parece creer fuertemente en que sí existe un Dios milagroso y así me lo hace saber al mandarme una cadenita en plata con un crucifijo como dije. Me la ha enviado con David y me ha hecho prometer que siempre la llevaré conmigo.

El gesto me parece de lo más tierno.

La noche previo a la cita mi angustia y ansiedad aumentan, dormir no es una opción. Aparentemente Morfeo piensa que es un lujo que no me puedo permitir. Cansada de dar vueltas y vueltas en mi cama, me levanto y le envío un mensaje a David. Ambos quedamos en vernos en nuestro parque a las seis

en punto como cada mañana.

Pensar que empecé a correr con David para agradarle más a Daniel y ahora resulta que correr se ha vuelto vital para mí, una necesidad para calmar mis miedos.

Sonrí con ironía.

Al llegar al parque David ya me está esperando. Intercambiamos un rápido buenos días pero nada más, enseguida empezamos a correr en total silencio. Él sabe cómo me siento, así que las palabras sobran entre nosotros. No sé cuánto tiempo corremos, lo único que sé es que sólo paramos cuando los pies y los pulmones se quejan ardiendo de dolor.

David me acompaña hasta la puerta de mi edificio.

—Te paso a recoger en tres horas.

Me sorprenden sus palabras pero no las debato. Con Molly trabajando y Daniel que tiene un shooting, pensé que tendría que ir sola y aunque nunca se lo hubiera pedido, él no tiene idea lo mucho que se lo agradezco.



Cuando llegamos al centro oncológico de Queens, el Doctor Manson nos recibe. Me sorprende al verlo. No sé bien por qué pero en mi cabeza lo imaginaba mayor y con mucho más años de experiencias sobre la espalda pero lejos de ahí, es un hombre joven e incluso atractivo con una sonrisa que ilumina la habitación. Él nos invita a ocupar los asientos que están enfrente y sin perder el tiempo David le explica el porqué de nuestra visita.

Después de revisar los análisis que me he hecho previamente, me envía a repetirlos. De manera que de nuevo me hacen una ultrasonografía transvaginal, una tomografía computarizada y análisis de sangre CA125. Me dicen que los resultados no tardarán y afortunadamente así es.

Dos horas más tarde al entrar en el consultorio el doctor tiene la frente arrugada y su sonrisa ya no es tan grande, por no decir que ha desaparecido mientras lee mis resultados.

—Te tengo dos noticias, una buena y una mala —me dice sin pestañear—. La mala es que efectivamente todo indica que tienes Cáncer.

Lo escucho atentamente pero esta vez encajo la noticia de forma diferente, no lloro, no pataleo porque no estoy sorprendida, en el fondo yo ya sabía que ése sería el resultado. Me pregunto si pasar por la enfermedad de mi papá en cierta forma me estaba preparando para éste momento. Sin embargo no entiendo qué puede haber de bueno después que te confirman que vas a morir.

—La buena es que ya estás aquí y puedes empezar a pelear —prosigue él como si me hubiera leído el pensamiento—, y peharemos duro, sólo tienes que confiar en ti y en mí.

Desde ése momento, mi cuerpo está ahí pero mi mente anda vagando. David le hace cientos de preguntas al médico y el Doctor Manson le responde a cada una de ellas con mucha paciencia y profesionalismo sin obviar ningún detalle.

Mentalmente vuelvo a agradecer que David me acompañara porque no estoy segura que yo hubiera hecho las mismas preguntas.

Todavía veinte minutos más tarde sigue interrogando al doctor y con cada nueva pregunta que formula me sorprende más, es como si se hubiera documentado antes de venir.

“¿Cuál es el procedimiento?”

“¿Cuánto tarda la operación?”

“¿Cuál a son los riesgos para ella?”

Son unas de las tantas preguntas que le hace. Mis ojos se desplazan entre uno y el otro como en un juego de tenis. A pesar de que están hablando de mí,

me parece estar viendo la escena desde afuera, cual espectador y no la protagonista y, en cada ocasión que escucho las palabras: “Cáncer” “tumor” “extirpar” “daño” “riesgos” mi cuerpo se tensa y David me aprieta ligeramente la mano para luego acariciarla con el pulgar, como para transmitirme valor, demostrarme que no estoy sola, que él está aquí, que me está apoyando. Confieso que con él aquí, el miedo se atenúa ligeramente.

Estoy enmudecida, no logro formular ni mucho menos pronunciar una palabra y cuando David le pregunta al doctor:

—¿La extirpación será total o sólo retirarán el ovario afectado?

El mundo se detiene, mi corazón se congela de terror y aprensión de la respuesta. Y, durante los segundos que el doctor se toma para responder, cada músculo de mi cuerpo se estira hasta el punto de doler al mismo tiempo que yo contengo la respiración.

—Tiene veinte y cuatro años, es muy joven y el tumor sólo se ve en el ovario izquierdo. Sin embargo, tenemos que esperar abrir para evaluar los daños y tomar la decisión. Sea cual sea que tomemos será para favorecer su recuperación.

Su respuesta en vez de sosegar me, me aterroriza más porque un brillo de esperanza de que exista la posibilidad aunque muy efímera de que pueda ser madre, se cuela en mi cabeza y me da pavor que pueda desaparecer.

—¿Cree que vale la pena? —pregunto en un murmullo y, por primera vez desde que entramos aquí, lo miro directo a los ojos.

No se trata de cobardía, ni mucho menos que quiera morir. Lo único es que yo sé lo que me espera y no quiero pasar mis últimos días postrada en una cama sin poderme mover. No pienso convertirme en un títere de la tecnología para al final, terminar prolongando lo inevitable.

—No lo sé —contesta con sinceridad—. Sin embargo, no hay peor luchar que la que no se hace. Y, como te dije antes, yo estoy aquí para luchar

contigo y poner hasta mi último esfuerzo para que sobrevivas a esto. No pierdas la fe.

Su respuesta no pudo ser más clara, él tampoco tiene idea si saldré viva de esta y a pesar de no ser la respuesta que esperaba, su sinceridad me reconforta y me hace sentir segura. De manera que decido ponerme en sus manos y programar mi cirugía.



—Todo va a estar bien—dice Daniel con una sonrisa alentadora cuando le cuento cómo me fue en la visita médica. Quiso verme al salir de la consulta pero yo preferí regresar al trabajo. Me había pasado toda la mañana fuera y en cuanto terminé, junto a David nos reintegramos al trabajo. Necesitaba hacer algo para alejar los malos pensamientos y de paso hablar con Hope para explicarle todo, ya que después de la cirugía me tendré que ausentar.

De manera que en cuanto llegué a la casa, a los pocos minutos lo tenía en frente a mi puerta.

Asiento a sus palabras por inercia.

“Todo va a estar bien”

Es la frase prefabricada que suelen usar las personas, quizás porque piensan que es lo que se debe decir en estos casos. El problema está en que cuando la dicen, aquellas que la reciben ya la han escuchado tantas veces, que ya no creen con la misma fuerza en ellas.

—¿Y para cuándo está programada tu cirugía?

—Para el viernes. El médico dice que debe operar de inmediato.

—¿Este viernes?

—Sí.

Daniel se pasea por el salón con nerviosismo, se pasa la mano varias

veces por el cabello, lo que llama mi atención. Debería estar feliz pero luce contrariado.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Seguro?

—Sí, sí... Sólo estoy pensando.

Asiento pero no le creo. En los pocos meses que llevamos saliendo he aprendido a conocer sus gestos y estoy convencida de que algo le anda dando vueltas por la cabeza y todo indica que no es nada bueno.

—Daniel, sea lo que sea, puedes decirme.

—¿Recuerdas el hombre con quien estuve hablando el día de la fiesta? —muevo la cabeza en confirmación—. Pues verás... Me han contratado, hoy he firmado un contrato con Gucci.

Abro los ojos de par en par por la sorpresa de su anuncio y casi de inmediato salto de mi silla y le brinco encima, enredando mis brazos alrededor de su cuello.

—¡Enhorabuena! —chillo de la alegría.

Daniel lanza una carcajada al mismo tiempo que aleja un poco la cabeza. Creo que le he reventado el tímpano.

No me lo puedo creer. Ahora entiendo por qué estaba raro de repente. Yo aquí hablando de mi enfermedad mientras que a él le acaban de dar la mejor noticia de su vida.

Pobrecito, me imagino que no encontraba cómo decirme. A lo mejor pensó que me molestaría pero muy lejos de ahí. De corazón me alegro.

—¡Eso sí que es un notición! —prosigo mientras que sus brazos me rodean la cintura—. Me imagino cómo debes estar.

—Sí, estoy muy contento. Es un paso grande en mi carrera —afirma en el momento que yo rompo el abrazo.

—Uiii... entonces estoy saliendo con el chico que está a la moda — bromeo. Daniel sonrío tímido y se pone colorado. Es la primera vez que lo veo avergonzado.

Se ve adorable.

Me lo comería entero.

—Pronto todas van a querer contigo —añado y le doy un ligero golpe en el hombro.

Su sonrisa se ensancha y se torna pícara.

—Pero yo sólo quiero contigo —dice y entierra sus dedos en mi cintura de forma posesiva.

Esta vez soy yo la que sonrío complacida.

—Esto hay que celebrarlo.

Apenas termino mi oración, el rostro de Daniel se contrae y vuelve a estar serio.

—Daniel, ¿qué es lo que ocurre? —inquiero y esta vez mi tono deja claro que no aceptaré un “nada” como respuesta porque no me la creo.

Él me mira atormentado, parece llevar una batalla interna entre si decirme o no.

—Tengo que filmar un comercial para un perfume y para ello tengo que ir a L.A —contesta al cabo de un rato.

—Pero eso es genial —no entiendo cuál es su preocupación.

—Es que tengo que viajar el viernes a primera hora —termina y mi alegría se espuma en un santiamén, el alma se me cae al suelo—. Te juro que no tenía ni idea de que tu operación sería tan pronto sino no hubiera aceptado, o hubiera pedido posponer el viaje aunque eso significara perder el contrato, porque de verdad no creo que hubieran aceptado que de entrada ya estuviera poniendo condiciones —continúa él gesticulando con las manos nervioso mientras yo trato de organizar mis pensamientos. Me cuesta pensar que no

estará presente en un momento tan importante para mí. Sin embargo también entiendo lo mucho que esto significa para él—. Sé que debo estar contigo y quiero estarlo pero esto de verdad es importante para mí pero si tú me lo pides, yo decidiré no ir.

Tomo un hondo respiro y voto el aire lentamente.

Que mierda.

Todo esto apesta.

Apesta que yo tenga Cáncer. Apesta que Daniel se tenga que ir.

¿Lo necesito conmigo? Sí, muchísimo. Es importante para mí saber que estará presente. Y, mucho más sabiendo que Molly no podrá estarlo porque también tiene que trabajar.

¿Puedo pedirle que se quede? ¿Comportarme egoístamente y sólo pensar en mí?

¿Que renuncie a su sueño de ser la cara de una de las firmas más importantes en el mundo de la moda?

Trabajar para Gucci es entrar en un mundo lleno de posibilidades: futuro prometedor, viajes, fama, dinero, el sueño de cualquier joven de su edad. Por otro lado, tener Cáncer es sinónimo de incertidumbre.

¿Se pueden poner juntos en una balanza?

No, por supuesto que no. El Cáncer tiene todas las de perder.

—Tú ve tranquilo.

—¿Segura?

—Sí, todo estará bien —respondo con mi mejor cara fingiendo una sonrisa que no llega lejos.

Sí, yo también sé usar frases prefabricadas cuando es necesario y es precisamente por eso que ya no creo en ellas.

Capítulo XXXII



Mientras el vuelo de Daniel despegaba desde el aeropuerto JFK, yo entro de la mano de David al Centro Presbiteriano de Queens para ser ingresada para mi cirugía.

Después de firmar varios papeles entre los cuales hay uno donde doy mi consentimiento para que me sea practicada una histerectomía total en caso de ser necesario, ingreso al quirófano. Lo último que recuerdo antes de cerrar los ojos es haber pensado:

«Señor no me quiero morir».

Al despertarme de la Salpingo-ooforectomía laparoscópica bilateral, el doctor me informa que he corrido con suerte ya que el Cáncer se había detectado a temprana edad y que la cirugía ha sido todo un éxito, de ahí el hecho de que no haya sentido ningún síntoma aparte del cansancio.

A pesar de la bruma en la que me encuentro, siento como una lágrima se

desliza por mi cien.

«Gracias señor, he ganado una batalla y aún conservo la esperanza de ser madre» —fue mi último pensamiento antes de volver a cerrar los ojos.

Cuando vuelvo a despertar, unos ojos color miel me esperan. El brillo de su mirada y su sonrisa me lo dicen todo: las cosas han salido bien. No ha sido un sueño.

—¿Cómo te sientes?

—Viva.

—Y lo seguirás estando.

Sonríó agradecida y feliz.

Cada vez que David dice algo así, sus palabras salen con tal fuerza y seguridad que es casi imposible no creerle.

—Molly, Paige y Justin me han reventado el móvil preguntándome por ti cada segundo. Ambos te envían un montón de besos y mimos —él sonríe como si recordara los mensajes—. También dijeron que vendrán desde que les sea posible, así que no te sorprendas si los ves aparecer por esa puerta en cualquier momento.

Y así es. A partir de las seis de la tarde, las visitas desfilan por mi habitación. Todos han venido, incluso Lizzy y Hope. Esta última me cuenta que hace diez años perdió una hermana por culpa de un Cáncer de mama. Me dice que tome todo el tiempo que necesite para mi recuperación, que no me preocupe por el trabajo y que si necesito algo se lo haga saber. También me informa que entre David y ella han hablado con el seguro para arreglar todo sobre el tratamiento a venir.

Escuchar eso hace que me relaje un poco. La verdad es que a David no se le ha pasado nada. Se ha ocupado de todo. Si salgo de esta no me alcanzará la vida para agradecerle todo lo que ha hecho por mí.

En la noche David me pasa mi celular y me informa que he recibido varias llamas y mensajes de Daniel. Me siento muy adolorida y no tengo deseos de hablar, de manera que sólo verifico los mensajes bajo la cautelosa mirada de David. En ellos me dice que espera que todo haya salido bien y que en cuanto pueda estará de regreso para dedicarse a mí en cuerpo y alma.

Me siento cansada y únicamente quiero dormir. Insisto con David para que se vaya a su casa a descansar, se ha pasado todo el día aquí metido y debe estar agotado pero éste persiste en que se quedará conmigo toda la noche y que no se irá hasta que Paige lo remplace en la mañana.

A la mañana siguiente el médico pasa a ver cómo va todo y me informa que una muestra ha sido enviada a patología para calificar el tipo de Cáncer y que tendremos los resultados en unos quince días. También nos aconseja de acercarnos a los grupos de apoyo que ofrece el centro. Nos explica que ahí encontraremos personas que han pasado por situaciones iguales o similares y que entenderán a la perfección nuestros sentimientos.

Miro a David y él me entiende enseguida. No estoy preparada, no todavía.

—Gracias doctor, lo tendremos en cuenta —responde él al médico.

Ahora mismo lo tengo a él y es todo lo que necesito.

Después de finalizar mi estancia de tres días en el hospital, me voy a casa con el pensamiento de que dentro de poco tendré que empezar otra etapa de mi vida y puede que mi mayor batalla, la quimio.

Al llegar a mi casa lo primero que hago es llamar a la Doctora Jacob, después de todo fue gracias a su profesionalismo que pudieron detectarme el Cáncer a temprana edad y, necesito decirle lo muy agradecida que estoy con ella. De hecho le digo que si salgo de esta será mi ginecóloga de ahora en adelante. La doctora lanza una sonora carcajada que me parece de lo más extraña. Nunca pensé que sabría cómo reírse.



Los días siguientes David, Molly y Paige se turnan para convertirse en mis enfermeros personales, hacen de todo para mantenerme ocupada con la mente lejos de los resultados.

Lo que tenía que haber sido un viaje de una semana para Daniel, termina prolongándose hasta nuevo aviso. Según él, Susan insistió en que aprovechara su estadía en LA para que asista a algunos eventos donde conocerá a las personas indicadas del medio. Me pregunta si me importa el hecho de que se quede más tiempo. La verdad es que su llamada me llena de tristeza. Quiero y, lo necesito aquí conmigo pero nunca he sido una mujer de dramas y no voy a empezar a estas alturas de la vida. Así que mi respuesta es la misma que la última vez. “Tú tranquilo, todo estará bien.”

Estoy ansiosa por regresar al trabajo, a pesar del esfuerzo de los chicos por mantenerme distraída, necesito hacer algo y me gusta mi trabajo. Además siento que me ahogo en mi propia casa. Llamo a mi oncólogo y se lo explico, le hago saber que me siento mejor. Al inicio me dice que no, que aún debo descansar ya que por lo general se requiere entre un mes a mes y medio para recuperarse. Le rebato alegando que el dolor no es tan grande y que es lo

mismo estar sentada en mi casa que en el trabajo. Después de analizarlo y hacerme prometer que iré a paso de tortuga, está de acuerdo que me hará bien. Así que a los diez días me reintegro.

Reconozco que atender las quejas de los clientes, no me parecen tan molesta como antes, más bien todo lo contrario, me entretienen y hacen que mis días sean menos largos.

En las noches mi casa se convierte en el nido de una manada. Ella que siempre estaba casi vacía, aparte de cuando venía Molly, ahora mi salón queda pequeño ya que ella, David, Paige y hasta Justin quién ha vuelto a estar más presente, vienen a cenar todas las noches.

El día D llega, por fin se acabó la espera. Voy a consulta de nuevo acompañada por David y mientras su mano sostiene la mía, calmando mis nervios, el doctor me diagnostica un Cáncer de ovario en estado IIC. También me ordena empezar de inmediato con seis ciclos de Carboplatino y paclitaxel.

Tengo dos opciones: Desmoronarme y echarme a morir o comenzar a pelear.

Al llegar a mi casa le digo a David que necesito estar sola y lo entiende perfectamente. Necesito sosegarme, estar en paz conmigo misma antes de entrar en esta nueva etapa y, que mejor lugar que mi pedacito de cielo. De manera que subo hasta el techo y me siento en el suelo.

Me paso toda la tarde perdida en mis pensamientos, analizando las cosas buenas que me han pasado, las que he hecho y de igual forma, también las malas. Decido perdonar a aquellos que me han hecho daño de una manera u otra. También perdono mis actos que, de manera inconsciente o no, han herido a personas a mi alrededor. Ruego en silencio para que mis padres estén orgullosos de la persona en la que me he convertido. Pienso en Molly, en todo lo que hemos vivido desde que nos conocemos. Espero que pueda abrir la

peluquería que siempre ha querido, pero sobretodo, espero estar ahí cuando eso suceda. Y, de no ser así, le pido perdón por no estarlo. De igual forma, deseo que Paige vuelva a creer en el amor y recupere ése brillo que ha perdido desde su decepción con Brad. La vida es tan corta y no sabemos aprovechar los momentos que nos brinda porque nosotros los mortales tenemos tendencia a creer que viviremos eternamente, aun estando conscientes de que a todos nos toca irnos. Siempre decimos: “si no es hoy, mañana será” pero estamos equivocados, la vida es el aquí y ahora y debemos saborear cada segundo que nos otorga. Espero de corazón que David lo entienda y deje en el pasado ése amor traicionero que no supo valorarlo y encuentre una mujer que lo haga feliz.

Me quedo ahí sentada durante mucho rato pidiendo por cada uno de mis seres queridos mientras me permito llorar.

Lloro por el miedo, por la incertidumbre, porque lo necesito para desahogarme, pero sobre todo, lloro para hacer las paces conmigo misma y sacar toda la rabia que llevo acumulada contra Dios desde que me enteré. Lloro hasta estar conforme con el destino que me ha tocado y acepto que mi vida puede ser más abreviada de lo que yo esperaba.

Cuando bajo a mi casa, me encuentro con la sorpresa de que Daniel ha vuelto. Después de hacerle un resumen de lo que ha dicho el médico y de decirme que todo saldrá bien. Me entrega muestras de perfume que creo le han regalado durante el rodaje del comercial. Luego emocionado me da un estuche. Adentro me topo con un reloj en oro y diamantes con la pulsera a juego. Es muy bonito pero con cierta tristeza me doy cuenta de que Daniel no me conoce bien, de hacerlo se hubiera dado cuenta que nunca uso nada en oro, no me gusta, siempre me ha parecido muy extravagante, prefiero la sencillez y discreción que ofrece la plata. No obstante, no quiero hacerlo sentir mal, de

manera que pongo mi mejor sonrisa, le doy las gracias y guardo el estuche en una gaveta.

Daniel me invita a cenar y pese que no estoy de humor, recuerdo mi propio consejo: “vive la vida como si fuera tu último día”. Así que me cambio, pongo mi mejor cara y decido hacerle frente a la vida.

Capítulo XXXIII



Me ha llegado un mensaje por el WhatsApp, lo sé porque suena *Shape of you* que es el timbre que le he puesto para la entrada de mensajes. Me levanto del sofá y voy en busca del aparato, lo tomo y leo el mensaje.

Molly: Que haces?

Nada.

Molly: Quieres salir de compras?

No, no tengo deseos

Paige: Anda, ámate

Tenemos que aprovechar

Los últimos días de calor

Molly: Además escuche que hay ofertas en Macy's

*Debemos asaltar la tienda
Antes que no quede nada*

*De verdad chicas
No me apetece
Otro día, si?*

Molly: :(

Paige: Está bien, nos vemos luego.

Y así cierro el teléfono y de regreso al sofá, me desplomo. Sólo quiero dormir. No me apetece hacer nada más. El lunes empiezo el tratamiento de quimioterapia y no tengo cabeza más que para pensar en eso. Enciendo el televisor, salto de un canal a otro buscando algo interesante, al final termino viendo E. News. Miro el programa pero no me entero de nada.

Cierro los ojos y poco a poco voy cayendo en los brazos de Morfeo.

Escucho un ruido y me despierto desorientada. No tengo la menor idea de cuánto tiempo he dormido. Vuelvo a escuchar el ruido y arrastrando los pies en mis medias multicolores con diseños de mariposas abro la puerta.

—¿Qué hacías que no habrías la puerta? —me pregunta David alarmado.

—Dormía —contesto con toda la serenidad.

—Lo siento, no era mi intención despertarte.

—No pasa nada —respondo al mismo tiempo que un largo bostezo se escapa de mis labios—. ¿Qué te trae por aquí?

—Quiero que me acompañes a un lugar —me avisa en el momento que me sigue dentro del salón.

—David, hoy no tengo deseos de salir —digo retomando nuevamente mi

puesto en el sofá.

—Eso me han dicho.

Levanto una ceja interrogativa hasta que mi cerebro se despierta y caigo en cuenta, Paige.

—Deberíamos meterte también en el grupo, así podrás enterarte mejor de todo y no esperar a que te lo cuenten, digo, con eso que ahora con Molly ustedes se han vuelto tan inseparables y se lo cuentan todo —anuncio con ironía.

—Ja ja ja! Que chistosita estás hoy. Anda ve a vestirte —insiste tomando mi mano y tirando de mí para que me levante del mueble.

—No, David. Te he dicho que no quiero salir.

—Es importante, por favor.

Miro sus ojos suplicantes e insistentes. No va a desistir y parece que realmente es importante para él así que no me queda de otra que ir a cambiarme.

Una vez vestid, me toma de la mano y juntos salimos de mi apartamento. En la puerta de la calle, una ligera brisa y más que bienvenida me da en la cara. Al principio creo que tomaremos su coche pero luego que pasamos por el lado, me doy cuenta que sea donde sea que vamos, no debe ser muy lejos ya que iremos caminando.

Caminamos en silencio tomados de la mano. Eso es algo que hace muy a menudo cuando estoy ansiosa. David me toma de la mano y trata de transmitirme un poco de serenidad. Ya estoy tan acostumbrada, que cuando no lo hace él, soy yo quien toma la suya.

Y hoy es uno de esos días, el lunes es mi primera quimio. Recuerdo el

efecto que tuvo el tratamiento en mi papá. Estuvo cansado, con vómito, diarrea, pérdida de peso, cabello, entre muchos otros. Sin embargo, ahora realizo que en los días que le tocaba su tratamiento, mi mamá era quien lo acompañaba, yo nunca pude porque tenía que trabajar, por lo que no tengo la menor idea de cómo son esos centros ni lo que se siente al estar allí.

Eso es lo peor de todo, el miedo de no saber qué pasará, ni lo que vas a sentir.

¿Dolerá? ¿Cómo me tratarán? ¿Será el personal simpático o me toparé con una banda de gente aburrida y cansada de bregar todo el santo día con enfermos? ¿Se me caerá el pelo a la primera?

«Dios mío, mi pelo. Me voy a quedar calva» —pienso con tristeza.

—Quiero hacerte una pregunta —la voz de David me saca de mis pensamientos y me devuelve a la realidad.

Hemos llegado al parque donde solemos correr y no tengo ni idea qué hacemos aquí.

Está tan serio y tenso que por un momento me preocupa su actitud.

—¿No me irás a pedir matrimonio? —bromeo para que se relaje un poco—, porque si así es, la verdad hubiera preferido algo más romántico, como por ejemplo: una propuesta en la cima de la Torre Eiffel.

Sus labios se curvan en una sonrisa tímida. Yo imito su gesto, feliz que esté menos tenso. No me gusta verlo tan serio, me recuerda el David que conocí hace meses atrás y no quiero que vuelva a ser así otra vez.

—Quiero que mires a tu alrededor y me digas qué ves.

—¿Qué se supone debo ver?

—Sólo mira y responde por favor.

Miro al rededor del parque confusa, no veo nada.

—Eh... David, mira no entiendo qué es lo que quieres que mire y al parecer es importante para ti pero no veo nada.

—Ven —me dice tomando mi mano y tirando de mí hasta el medio de la línea peatonal—. Aquí, párate aquí y vuelve a mirar.

Resoplo a la vez que entorno los ojos.

¿Qué diache es lo que quiere que mire?

Yo que estaba de lo más cómoda en mi sofá, no sé cómo me dejé convencer.

Miro, miro y miro en dirección de todas partes. ¡Puf!.. No entiendo nada. De manera que me voy por la respuesta más sencilla.

—Si tengo que ver algo, te diría que veo un día gris, árboles desojándose, flores por todo el suelo, nada nuevo, o sea, un día otoñal como cualquier otro —respondo con dejadez antes de voltearme para verlo y justo en ese momento, el flash de la cámara de su celular me alcanza en plena cara sorprendiéndome.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto desconcertada.

—Te he tomado una foto —responde como si tal cosa fuera lo más común.

—Me he dado cuenta, pero quiero saber, ¿por qué lo has hecho?

—Quiero que veas algo, si después que te lo enseñe quieres que la borremos, pues la borramos y listo —dice en el momento que se encoge de hombros, restándole importancia.

—Está bien —claudico. Sea lo que sea, ya me tiene intrigada.

Abre la foto y me la enseña. Me le quedo mirando y sólo me veo a mí: pálida, ojerosa y cansada. Si eso es lo que quiere que vea con tanta insistencia, no era necesario que me trajera hasta aquí, ni mucho menos que me tomara una foto. Sé a ciencia cierta cómo luzco, me veo todos los días en el espejo.

—Bien. Ya me has dicho lo que ves, ahora yo te voy a decir lo que no ves. Yo no veo sólo lo que está a simple vista, en el primer plano. No, yo veo mucho más allá. Donde tú vez un simple día gris otoñal, yo veo la lluvia que está a punto de caer, y que al hacerlo, se llevará el polvo que se ha ido acumulando durante el verano. La lluvia es buena, no sólo limpia, sino que escucharla repiqueteando sobre el asfalto o los cristales de las ventanas te relaja. Además que al parar de llover, deja un olor a aire limpio y balsámico. Ahí dónde tú ves un árbol desojándose, yo veo una especie de transformación, un descanso que se toma la naturaleza al dejar caer sus frutos, preparándose, fortaleciéndose contra el invierno. Y una vez que pase las álgidas corrientes de aire frío, cuando llega la primavera, despierta de su letargo, ya preparado para dar mejores frutos y flores más bellas... —ladeo la cabeza y lo encuentro mirándome detenidamente con una mirada abrazadora que me llena de calor. Es hermoso. Nunca pensé que alguien pudiera hablar de una forma tan bonita. Cierro los ojos y me dejo llevar el sonido melodioso de su voz, llenándome de paz—... Ahí donde tú ves hojas esparcidas por todo el lugar, yo veo magníficos colores anaranjados, acompañados por la brisa que desplaza las flores por el aire creando un paisaje hermoso. Quiero que cuándo te sientas cansada, sin ganas de seguir porque piensas que algo puede salir mal, o que la vanidad que llevan adentro ustedes las mujeres salga a la luz y pienses que vas a perder esas curvas matadoras que tienes —prosigue, emocionándome hasta las lágrimas y arrancándome una risa nerviosa—, y que veas que estás pálida y pienses que puedes perder tu cabello, quiero que mires esta foto y recuerdes,

que mucho más allá del primer plano, existe un hermoso paisaje. Cuando el doctor te diga, y sé que así será, que estás libre de toda célula maligna en tu cuerpo, sabrás que ha llegado la primavera y que pronto el sol volverá a brillar.

No puedo creer que haya comparado mi enfermedad con el otoño pero sobre todo, no puedo creer que lo haya hecho de una forma tan bonita. No intento retenerlas más y dejo que las lágrimas corran por cuenta propia.

—¿Quieres que borre la foto? —me pregunta en el momento que acuna mi rostro entre sus manos y pasa sus dedos bajo mis ojos limpiando las lágrimas con suavidad y cariño.

—No, no quiero que la borres —respondo entrecortadamente dejándome consolar a la vez que le ruego a todos los dioses que él tenga razón y que pronto llegue a mi vida la hermosa primavera.

Capítulo XXXIV



¿Me esperas un momento? —me pide David y luego se acerca al mostrador donde se pone a conversar con una enfermera.

Normalmente Daniel era quien debía acompañarme pero desafortunadamente estamos en septiembre, o sea, el mes en el cuál se celebra el *fashion week*. Desde que llegó de su viaje de Los Ángeles, no ha parado. Se la ha pasado preparando todo para el evento. Ya me avisó que tendrá que viajar a Londres, París y Milán. Puede que no en ese mismo orden. El hecho es que en cuanto termine el evento aquí en Nueva York, se marchará y estará fuera por más de un mes.

A noche cuando me dijo que no podía acompañarme hoy, me entristecí mucho y hasta me dolió un poco porque como no estuvo en mi cirugía, pensé que estaría conmigo para la quimio. No digo que en todas, entiendo que con su trabajo es imposible, pero por lo menos en la primera. Sin embargo, como he hecho hasta ahora, puse mi mejor cara y le dije que lo entendía.

Desde la muerte de mis padres siempre he sido una persona muy

independiente y he estado sola. Ya he tomado la decisión de seguir adelante con todo esto y mientras más pronto acepte la idea de que estaré sola y que no puedo contar con nadie más que conmigo, más fácil será todo este proceso para mí.

Antes de acostarme, como cada noche, recibí un mensaje de David, en el que me preguntaba si estaba lista para el día de hoy. Lo pensé un momento y la verdad era que no, seguía aterrada y, no quería venir sola. De manera que con un poco de vergüenza porque soy consciente de que he abusado de su generosidad, le pregunté si le importaría acompañarme. Su respuesta fue inmediata, “ahí estaré.” No me preguntó nada del porqué Daniel no me acompañaría. Se lo agradecí en silencio porque me daba un poco de pena confesar que mi novio no me podía acompañar porque tenía que trabajar.

«Es un hombre realmente maravilloso» —pienso mientras me le quedo mirando hasta que un llanto desconsolador llama mi atención. Un señor acaba de salir por una puerta. Es un hombre alto, corpulento pero el dolor reflejado en su rostro, además de estar aparentemente destrozado, lo hace ver más pequeño. Él se deja caer en un sillón y entierra la cabeza entre sus manos, dejando caer así unos papeles que llevaba en las manos. Una enfermera se acerca a él rápidamente con un vaso de agua y le brinda palabras que pese no logro escuchar por la distancia, parecen ser de aliento. Se me encoge el corazón y no puedo evitar sentir pena por él, porque aunque no tengo ni idea de cuál ha sido la noticia que le han dado. En el fondo la conozco perfectamente. Le acaban de informar que su vida o la de un familiar, será más reducida de lo que él pensaba.

En camino hacia aquí estaba más o menos tranquila, eso también se lo debo a David, su presencia me serena, pero al ver la escena tan desgarradora, mi angustia se ha reactivado.

—¿Qué lees? —una dulce vocecita me saca de mis pensamientos. Ladeo la cabeza y me encuentro con una niña de ojos grises, de unos diez años. Está sentada en una silla de ruedas y lleva un pañuelo blanco con flores de color fucsia que cubre su cráneo rapado. Esta pálida y se le ve cansada pero conserva ése brillo en los ojos y ése carisma, el cual sólo los niños poseen.

—Eh... yo —levanto el libro que ni recordaba llevaba en manos y el cual aprieto con fuerza—.Crepúsculo —respondo obligándome a quitar los ojos del señor que no para de llorar. Es difícil ver a un hombre tan grande romperse de esa forma.

—¿No estás un poco grandecita para empezar a leer la saga *Twilight*?

Vuelvo a mirar el libro y sonrío.

«Sí, de seguro que lo estoy».

—A decir verdad, ya lo he leído.

—Y si lo has leído, ¿por qué lo vuelves a leer?

Reduzco los pocos pasos que nos separan, me acuclillo al lado de su silla para poder estar a su mismo nivel.

—¿Ves a ése grandullón que está allá? —digo mostrando a David con un gesto de la cabeza, el cual sigue hablando con la enfermera.

—Ajá —contesta a la vez que asiente.

—Hace mucho tiempo lo empezó a leer y no lo terminó, entonces una amiga nuestra y yo, le hemos dado lata para que lo termine, así que se lo ha comprado para que lo leamos juntos.

—Me imagino que piensa que es una tontería —replica ella sin quitar sus ojos de David.

—Sí, pero entre nosotras... —le susurro acercándome un poco más a

ella—... creo que como el resto de los hombres, lo que no soporta es ver que un hombre sea más rico y atractivo que él, aunque estemos hablando de un personaje literario.

—Hombres —dice ella a la vez que entorna los ojos y yo vuelvo a sonreír.

—¿Y tú qué llevas ahí? —inquiero al reconocer el libro que lleva sobre sus piernas—. No estás muy chiquita para leer a Jane Austen —copio sus mismas palabras. Ahora que veo la clase de libros que lee, entiendo porqué se sorprendió al verme con el libro de Stephanie Meyer.

Ella mira el libro y se encoge de hombros.

—Tengo el *face* invadido de fotos y spoilers sobre el misterioso y apasionado Sr Darcy y me pico la curiosidad.

Su respuesta me sorprende. Orgullo y prejuicio no es un libro que debería estar leyendo una niña. Estamos hablando de literatura inglesa. Ni yo misma lo he leído.

—Además, cuando estás enferma y dedicas tus días a la lectura, tus opciones se van agotando —prosigue ella y sus palabras me golpean doblemente. Primero porque su tono no ha sido una lamentación, todo lo contrario, al levantar la mirada del libro realizo que lo ha dicho de forma divertida. Su sonrisa así me lo confirma. Y, segundo, porque su contestación me devuelve a la realidad. Por un momento me había olvidado del por qué estoy aquí.

—¿Es tu primera vez? —me pregunta con su voz melodiosa.

—Sí, ¿cómo lo sabes? —inquiero, aunque la respuesta es evidente. Aún conservo todo mi cabello.

—Porque tienes esa mirada —anuncia.

Esa no era la respuesta que espera.

—¿Qué mirada? —pregunto confusa.

—Esa dónde miras todo con una mezcla de confusión, asombro y miedo.

Escuchar esas palabras me remueve todo por dentro y me conmocionan hasta las lágrimas pero me recompongo rápidamente. No puedo derrumbarme delante de una niña tan pequeña. Una pequeña a la que al parecer, la enfermedad ha hecho madurar antes de tiempo y que lleva toda la razón. Porque antes de llegar aquí, pensaba encontrarme un lugar triste, gris, lleno de personas enfermeras, las cuales estarían cada una sumergida en su propia angustia y dolor. Sin embargo, constato con asombro que estaba muy lejos de la realidad. En el ambiente se respira ternura y calidad humana. El personal médico que está aquí, es súper positivo. Parecen guerreros consagrados a los pacientes con una gran sonrisa. La prueba un botón, desde que llegamos, David no ha parado de atosigar a la pobre enfermera con miles de pregunta y ella no ha perdido ni la sonrisa, ni la paciencia pero, a pesar de ver todo eso, el miedo no me abandona.

—¿Qué tienes? —se interesa.

—Cáncer de ovario —respondo y por primera vez desde que sé mi diagnóstico, las palabras salen con menos amargura. Puede que ya me esté acostumbrando a la idea o a lo mejor, al estar delante de una niña, ha surgido ése instinto protector que todos tenemos y mostramos hacia los niños o a tal vez he querido sonar menos afectada—. ¿Y tú?

—¿Yo? —suspira con cansancio—. Hace dos años me diagnosticaron un meduloblastoma —dice y luego se detiene. Me mira, creo que para estudiar mi reacción y al ver mi rostro, de no tengo idea de lo que es, se apresura a aclarar —: es un tumor cerebral —el alma se me cae al suelo. Me quedo aturdida. «No puede ser, es muy joven» —pienso con un nudo en la garganta y el

corazón en un puño. Me pican los ojos. Las lágrimas quieren subir pero las mantengo a raya—. Es uno de los tumores malignos pediátricos más agresivos que existen y dentro de los posibles grados de riesgo, el mío es el más alto. Desde que me lo detectaron, he estado doce veces en el quirófano, han intentado removerlo pero no lo han conseguido, por lo menos no del todo. Desde el año pasado he sufrido complicaciones graves y he tenido que pasar por un tratamiento de radio y esta es mi cuarta quimioterapia. Los médicos esperan poder removerlo después que finalice este tratamiento.

«No llores, no tienes derecho a hacerlo» —me repito una y otra vez.

No puedo creer que una niña que no supera los diez años de edad, me acaba de contar la historia más triste que he escuchado en la vida, manteniendo una sonrisa en la cara mientras que yo no he dejado de compadecerme. Uno siempre escucha casos de niños enfermos y se siente mal.

¿Por qué?

Simplemente porque son niños y tú código genético te obliga a sentir pena. Pero la verdad es que no vemos la realidad y la gravedad del asunto hasta que no nos topamos cara a cara con uno.

¡Es una niña de por Dios! A penas está empezando a vivir. No debería estar aquí.

«Y yo creyendo que soy la mayor víctima del mundo» —pienso sintiéndome la persona más egoísta de la tierra.

De repente algo dentro de mi cambia y dejo de compadecerme, porque me doy cuenta que justo a mi lado, hay una persona que está pasando por algo mucho peor y las ganas de abrazarla, de llenarla de mimos y de protegerla, supera todo. Entonces dejo de pensar en mí, para pensar en ella.

—Por cierto, soy Maya —se presenta tendiéndome la mano.

Trago el nudo de emociones que llevo acumulado en la garganta e imito su sonrisa.

—Me llamo Everest.

—Pero si aquí está mi princesa Zelda —exclama con mucho entusiasmo un joven de uno metro setenta y tantos, moreno, con una sonrisa angelical vistiendo un conjunto rosa pálido. Por lo que deduzco que es un personal del hospital—. Su majestad, su transporte llegó y tenemos que irnos —dice el recién llegado hacia Maya.

Ella sonrío y hace una ligera inclinación de cabeza. Como en la realeza.

—Este caballero que ves aquí, aparte de ser mi mano derecha —dice divertida en mi dirección—, es Chris. Chris, ella es Everest.

Ambos intercambiamos un “mucho gusto” antes de que él se posicione detrás de ella con las manos en la silla de rueda.

—¿A dónde vas? —me apresuro a decir poniéndome de pie con miedo de perderla de vista.

—Al departamento pediátrico —me informa el joven cortando la respuesta de Maya.

Asiento un poco desalentada.

Por un momento pensé que estaríamos juntas. No sé qué es lo que me pasa con ella. No quiero dejar de verla.

—Ya sabes dónde encontrarme, búscame la próxima vez que vengas —me pide con una sonrisa antes de que Chris empiece a empujar su silla.

Vuelvo a asentir contagiándome de su sonrisa.

Puedes contar con eso princesa Maya.

—¿Estás bien? —me pregunta David de frente a mí.

—Sí —respondo con sinceridad.

—La enfermera en jefe vendrá en unos segundos a buscarte, ¿estás lista?

Miro esos ojos miel que tanta seguridad me brindan y con una sonrisa en los labios le digo:

—Bien. Vamos a patear a ése Bastardo.

A los pocos minutos la enfermera en jefa viene y se presenta como Shirley. Es una mujer rubia de pelo corto, de unos cuarenta y tantos. Ella junto a otros profesionales será la encargada de administrarme el tratamiento.

Ella me va explicando el proceso y mientras la escucho hablar me doy cuenta que tiene una voz melodiosa que hace que me sienta relajada.

—Tienes que cortarte el pelo —me aconseja—. Es menos traumático si lo haces tú misma y no esperas a que se te caiga.

Asiento pero la verdad es un paso que aún no estoy preparada para dar.

—Trata de mantener una actitud positiva —prosigue ella con una sonrisa—, porque el estado de ánimo que muestras ante la enfermedad es el cincuenta por ciento de la curación.

No sé si es porque su voz me serena o porque no queda más remedio y es lo que se debe hacer pero pongo el piloto automático y dejo que me guíe. Permito que los miembros de guerreros vestidos de blanco me digan dónde ir y qué hacer.

Me realizan un examen físico para controlar mi presión arterial, el pulso, la respiración, la temperatura, la estatura, el peso. Siento que me agobio, que me mareo con tantos acontecimientos programados que aún no logro procesar muy bien pero en los cuales estoy inmersa y no digo nada.

Acato cada orden como autómeta.

—¿Qué es eso? —pregunta David.

—Es un medicamento para apaliar los efectos secundarios —contesta Shirley con paciencia y tranquilidad.

Y es ahora cuando llega mi momento más temido, ése que me ha mantenido el estómago anudado por los nervios y la anticipación. Ése dónde no tengo idea de qué rayos va a pasar. Dónde me enchufan la bolsa con ese líquido que me aterroriza, mi suero de vida. He decidido llamarlo así porque desde el momento en que supe que estaba enferma y que recibiría quimio, he pensado en muchas cosas y en cada una de ellas el resultado no es positivo, en ninguna he pensado: “esto es lo que me va a curar.” De manera que necesito algo que me recuerde el por qué estoy recibiendo gota a gota esa sustancia extraña que mi cuerpo va a rechazar y por ende, me va a enfermar.

Cuando la enfermera termina con su trabajo, me da una palmaditas de aliento en la mano y se marcha.

David me mira, creo que estudiando mi reacción pero me mantengo impasible con la vista clavada en la bolsa. Al cabo de unos segundos, él empieza a leer y yo me obligo a concentrarme en su voz, en la historia, y de olvidarme del estridente ruido de la máquina. Por suerte, entre la lectura amena de David que a pesar de haber leído el libro anteriormente, me parece descubrir la historia por primera vez y los mensajes por WhatsApp de Paige y Molly, la sección pasa sin mayores.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta David con evidente preocupación cuando termino.

Lo pienso unos instantes. La verdad pensé que me sentiría distinta pero no, me siento... normal.

—Bien.

David me acompaña a casa y se queda conmigo. Creo que al igual que yo, está ansioso por los síntomas que llegarán. Sin embargo, ellos no se han mostrados aún. Recuerdo cuando mi papá llegó a casa luego de la primera quimio, estaba agotado, tanto, que durmió cinco horas de corrido.

—Deberías recostarte.

—En serio me siento bien —y es cierto. Tengo un subión de adrenalina que no logro explicar.

—Puede ser, pero acabas de recibir un tratamiento fuerte y pese que ya estamos avisado de cuáles son los síntomas, no sabemos cómo tú cuerpo pueda reaccionar —insiste.

Lo pienso y entiendo que tiene razón, de manera que le hago caso.

Me tumbo en la cama y él luego de acomodarme la almohada, sale del cuarto. Mientras lo escucho moverse en mi cocina, reviso mi teléfono y tengo varios mensajes de las chicas y de Daniel. Este último me informa que apenas pueda liberarse, vendrá a casa.

—Toma, bebe —me pide tendiéndome un vaso.

—No tengo sed.

—Debes tomar mucho líquido para que puedas expulsar las toxinas de tu cuerpo lo más pronto posible.

Acepto el vaso y le doy un primer sorbo.

—¿Qué es esto? —pregunto haciendo una mueca de asco con la boca.

Sabe horrible.

—Es una mezcla de hiervas, entre ellas de guanábana —me anuncia al

sentarse a mi lado en la cama—. Al parecer ayuda a mantener tu sistema inmunológico, tus energías y es conocido como un anti cancerígeno —recita como si se hubiera tragado un folleto sobre los beneficios de la guanábana.

—¿Y has conseguido eso aquí en NY? —pregunto con asombro después de darle otro sorbo a la bebida que ya no sabe tan mala. Hasta donde tengo entendido esa es una fruta tropical y no es fácil conseguirla. Mucho menos aquí en Estados Unidos.

—Tengo un amigo, que tiene un amigo, que conoce a un tipo, que conoce a otro tipo... —dice imitando una voz de mafioso y yo me río—... ¿sabes qué? Mejor no te digo nada, porque después tendré que matarte.

Vuelvo a reír y esta vez él se ríe conmigo.

—Tú nunca comes —más que una pregunta es una afirmación.

Lo miro por encima del vaso con las cejas levantadas, ¡por supuesto que como!

—Tu nevera está tan vacía que parecería que no comieras nunca. Mañana al salir del trabajo voy a ir a hacerte unas compras. Es hora de que empieces a mejorar tu alimentación.

Al rato le digo que se vaya a casa a descansar, él no quiere dejarme sola, tiene miedo de que me sienta mal pero la verdad es que estoy bien y él tiene su vida, por lo tanto, cosas que hacer, así que insisto. También le explico que no estaré sola mucho tiempo porque Daniel no tardará en llegar. La verdad es que no tengo idea a qué hora vendrá pero estoy convencida que de esa forma se irá más tranquilo.

Antes de irse me deja una nota con la explicación de la medicina que debo tomar y que compramos de camino aquí. Y, que él se empeñó en pagar. Cómo si no le debiera ya lo suficiente.

Después de irse de mi casa, me manda un mensaje cada treinta minutos para saber cómo estoy.

Ya cayendo la noche, Molly y Paige se dejan caer por la casa, juntas vemos la peli En nombre del Amor. Al terminar la peli, Paige me cuenta como van las cosas por el trabajo. Las tres cotorreamos de varias cosas y después se marchan.

Daniel llega a casa después de medianoche, está agotado y yo empiezo a estar cansada. Ha sido un largo día. Después de hablar un rato y explicarme que mañana le toca madrugar, cae rendido y yo lo sigo tres horas después.

Un dolor punzante en el estómago me despierta. Me sobo la barriga para intentar hacerlo pasar, pero el dolor no desiste y para rematar, una oleada de mal gusto empieza a invadirme la lengua de adentro hacia afuera. Me siento en la cama de golpe, no sé si es por la rapidez pero me mareo. Cierro los ojos para calmar el vértigo y las náuseas que poco a poco va subiendo, pero no funciona, y, en cuanto esa desagradable sensación llega a la punta de la lengua, salgo disparada para el baño y vomito. Es bastante desagradable porque soy de esas personas que mientras más vomita, más náuseas siente. De manera que me agarro del váter como si mi vida dependiera de ello y sigo vomitando hasta que mi estómago grita y se queja de dolor porque no le queda nada más para votar.

Intento levantarme pero la pesadez que siento es tan grande que me cuesta un mundo hacerlo pero lo consigo. Tengo la frente y el cuello empapados de sudor. Me siento sucia y tengo calor, quisiera darme una ducha pero el cansancio es tal que estoy segura que no lo lograré. De manera que con dificultad me lavo los dientes, la cara y me desplomo literalmente en la cama, estiro la mano pero el lado de Daniel está frío, muestra de que hace rato que

se marchó.

Antes de irse al trabajo David pasa por mi casa, me trae algo para comer, lo cual no hay forma, no me lo como, me duele el estómago y las náuseas no ayudan. Me da la medicina, espera un poco a que me asientan y luego se marcha al trabajo. Paso todo el día en la cama con el cel en las manos por si se llegara a presentar una emergencia.

Un poco después del mediodía Molly pasa por la casa y me trae una peluca del mismo largo y del mismo color que mi cabello.

—Para cuando estés lista —me dice.

Pero no, no lo estoy y mucho menos un día como hoy que siento llevar todo el peso del mundo encima.

En la noche después de salir del trabajo, David se presenta en mi casa con el mercado para por lo menos quince días: que si pescado, verduras, frutas, leche, queso, yogurt, entre otras cosas que mi nevera nunca había visto. No soy una friki de la cocina, por lo general siempre como algo en la calle o me preparo un sándwich rápido.

—Debes empezar una dieta balanceada y esta noche te voy a preparar un caldito...

—David —lo interrumpo—. Déjalo, no hay forma que coma algo.

—Vas a hacer el intento, aunque sólo un poco pero debes comer algo.

No tengo fuerzas para discutir y mucho menos con él que se ha portado tan bien, lo único que quiere es ayudarme.

Me tumbo, cierro los ojos para apalear las náuseas mientras lo escucho tararear en mi cocina.

Cuando termina me trae un poco en un boul, ni siquiera lo pruebo, desde

que el olor llega a mi nariz, se me remueve el estómago y salgo disparada para el baño. Y es lo mismo que en la mañana, la diferencia es que David está aquí para ayudarme a levantarme, lavarme la cara y recostarme.

—¿Quieres darte un baño? —pregunta acariciándome la frente.

La verdad es que sí quiero pero me da vergüenza pedir ayuda para algo tan sencillo como darme un baño.

—No, gracias. Ya me bañaré cuando llegue Daniel.

Él asiente.

Casi a medianoche Daniel aún no ha llegado, obligo a David a irse, igual que la noche anterior no quiere pero miento diciéndole que me siento mejor cuando en verdad me siento fatal.

Los próximos cinco días es más o menos la misma rutina, con la diferencia que las náuseas y el dolor de estómago han ido desapareciendo. Y, poco a poco vuelvo a ser persona. He empezado a comer algunas cosas de la dieta balanceada que David me ha hecho seguir, la cual contiene muchos jugos de vegetales y frutas. Según él la alimentación es un paso fundamental para mi recuperación. Al principio me sabe horroroso, en mi vida me los hubiera tomado pero ahora me he ido acostumbrando y ya no me sabe tan malo.

La semana pasa, con ella el *fashion week* se acaba y Daniel viaja a Londres.

—¿Qué es eso? — le pregunto a David al verlo sacar productos de una bolsa.

—Eso es una crema corporal —responde lo evidente.

—¿Qué pasa, no te gusta la mía? —bromeo buscando su mirada.

—No... —titubea—... o sea, sí..., a mí me encanta tu crema. Huele

divino, siempre me pregunto a qué huele —sonrío por su nerviosismo. Siempre se ve tan impenetrable, con el control de todo que cuando se pone así de colorado, es una delicia poder verlo. Me le quedo mirando hasta que él carraspea—, pero no es lo suficientemente hidratante —continúa recuperando la compostura y vuela a estar serio—, con el tratamiento tu piel puede researse y debes mantenerla hidratada.

Cada vez me sorprende más lo pendiente que está de todo. No sé le escapa un solo detalle.

—Ahora eres mi cosmólogo personal —digo en broma con una sonrisa.

—Tu cosmólogo, enfermero, cocinero, animador, todo lo que sea necesario hasta que estés bien —sentencia sin asomo de dudas—. Yo cuido a las personas que son importantes para mí.

Me quedo callada y lo observo en silencio. Es un hombre tan bueno y especial que aún me cuesta creer que existan personas así en el mundo.

Al cabo de unos segundos él, quizás al ver que no he dicho una palabra, levanta la vista y me pierdo en el pardo de sus ojos.

Siempre me ha parecido un hombre fuerte, salvaje, pero existen momentos en el que me mira, como ahora y su mirada es tan dulce, tan intensa y transparente que logra dejarme sin habla. Es como si por un momento dejara caer todas sus barreras y me permitiera ver sus deseos y anhelos. Y, en ocasiones, creo notar un brillo de deseo hacia mí, pero siempre termino desechando esa idea.

—Es una mezcla de fresa, ciruela y manzanilla —le informo para cortar la intensidad del momento.

Él me mira desconcertado.

Mi crema corporal —le aclaro—. Cómo dijiste que siempre te

preguntabas a qué huele.

Sus labios se curvan en una tímida sonrisa, antes de volver a lo que hacía con gestos atropellados.

Vuelvo a sonreír. Aún no me puedo creer que todavía consiga ponerlo nervioso.



Al día siguiente me siento mucho mejor, por lo que después de consultarlo con mi médico vuelvo al trabajo. Es importante para mí tratar de mantener cierta normalidad en mi vida y trabajar me otorga eso. Me hace sentir útil, me permite conservar mi independencia y me ayuda a no pensar, o por lo menos a tratar porque nunca dejo de hacerlo totalmente.

Los días van pasando y con ellos voy perdiendo un poco de cabello, así me lo dicen el peine, la almohada y la toalla con la que me seco el cabello. Cada vez que lo veo pienso en lo que Shirley me dijo: “debes cortarte el pelo” pero todavía no estoy preparada, conservo la esperanza que quizás, a pesar de que ya ha ido perdiendo el brillo, caerá tan despacio que no será necesario cortarlo. No obstante, que equivocada estaba. El día veinte después de mi quimio, me meto en la ducha y mientras me estoy lavando el pelo, se me queda un gran mechón de cabello en las manos. No me queda más que aceptar la cruda realidad. Es hora de cortarlo. Me paso veinte minutos bajo el agua llorando, trantando de aceptar ése paso que estoy a punto de dar.

Salgo de la ducha, me visto, me maquillo y me recojo el pelo en un moño. Hago malabares para que no se note el blanco del cráneo. Tengo que ir a trabajar y no quiero que nadie se dé cuenta.

En el trabajo, trato de aparentar que todo está bien, me siento cansada pero me niego a mostrar que todo esto me está afectando. Como con Paige y David, aunque decir comer, es mucho porque la verdad como bien poco. No tengo apetito. Estoy ansiosa por lo que haré esta noche. Pero no les digo nada. David siempre está pendiente de todos mis movimientos por lo que pongo mi mejor cara y finjo una sonrisa cuando la verdad es que quiero echarme a llorar.

Al salir del trabajo, entro en la primera tienda que veo y me compro un rasurador eléctrico. Ya es hora de dar ése paso, pero no quiero hacer un drama de eso. Es algo que debo y quiero hacer sola. He fingido demasiado por el día y necesito permitirme llorar sin miedo a que me vean, sin miedo a lastimar a los míos.

Llego a mi casa y me meto al baño. Me paro delante del espejo y me miro. Me miro durante mucho tiempo, trato de memorizar cada pulgada de mi rostro, de mí, de quién soy. Tengo tanto miedo de perderme, de dejar de ser quien soy y de no encontrarme jamás.

Al cabo de un buen rato, empiezo a pasarme el rasurador por el cráneo y con cada mechón de pelo que cae en el lavado, permito que un torrente de lágrimas caiga de mis ojos. Cuando termino, ver mi reflejo es demoledor. Por mucho que intenté prepararme para este momento, nunca pensé que dolería tanto. Soy una mujer coqueta, me encantaba mi cabello y hasta éste momento, pese las náuseas y los vómitos, nunca me había sentido tan enferma. Me veo frágil, vulnerable y eso me destroza.

Así que lloro, lloro y saco todo lo que pensé que ya no sentía, pero que sigue ahí escondido bajo un montón de sonrisas fingidas, rabia, impotencia y miedo. Un miedo atroz.

Capítulo XXXV



A la mañana siguiente me preparo para mi segundo chute. Me levanto y me pongo la peluca que Molly ha elegido con tanto cariño para mí.

—No me veo tan mal —trato de animarme delante del espejo. El reflejo se parece a mí pero si me miro bien, me doy cuenta de que no soy yo, de manera que intento no mirarme mucho y no darle más vuelta.

Llaman a la puerta y en cuanto la abro, encuentro a mi chica fuego del otro lado. David tiene una reunión importante con los demás supervisores por lo que hoy es ella quién me acompañará a tomar el tratamiento.

—¿Lista?

—Ajá —respondo y me quedo más tiempo de lo debido frente a ella para ver si se da cuenta que ya no llevo mi verdadera melena. Al parecer no es el caso, porque no hace ningún comentario. Cojo mi bolso de la mesa y nos vamos.

En el camino se lo cuento, le digo que ya me corté el pelo. Paige se

sorprende y me dice que si no se lo hubiera dicho no se hubiera dado cuenta. Eso me hace sentir un poco mejor porque quiero pasar lo más desapercibido que se pueda.

Al llegar al centro y aprovechando que hemos llegado temprano, le pido que me acompañe a un lugar porque quiero que conozca a una persona especial.

Juntas vamos al departamento de pediatría y pregunto por Chris. Una enfermera me dice que espere un momento mientras lo ubica. Diez minutos más tarde está delante de mí. Al inicio no me recuerda por lo que le explico que soy una amiga de Maya y que nos conocimos hace tres semanas.

—Ahh, claro. Everest, ¿no es así?

—Exacto —confirmo feliz de que me haya recordado. Tengo muchos deseos de verla.

Lo presento con Paige y le pregunto si puedo ver a Maya. Éste después de dedicarle una mirada más larga de lo socialmente debido a mi amiga, me pide que lo acompañe. Antes de entrar en la sala donde Maya está recibiendo su tratamiento, me dice que sólo puede entrar una sola persona y que su madre ya está adentro pero que hará una excepción conmigo.

—Ve, aquí te espero —me dice ella con esa dulce sonrisa que siempre la acompaña.

Antes de entrar me lavo las manos, me unto desinfectante y él me pasa una mascarilla. Le pregunto para qué es y me responde que ha Maya le han bajado mucho los glóbulos blancos y que es mejor evitar cualquier riesgo de infección.

Al entrar en la sala privada, el rostro entumecido de una señora rubia, de pelo largo, aunque descuidado, con el mismo color de ojos que Maya, de

unos cuarenta y tantos, me da la bienvenida. Su cutis está cuarteado, seguro por las tantas noches que ha pasado en vela y el sufrimiento de ver y cuidar a su hija enferma.

—Buenos días —saludo en su dirección.

Después de dedicarme una mirada desconcertada, seguro preguntándose, ¿quién rayos soy? Hasta que Maya, con esa vocecita melodiosa grita en mi dirección “¡Everest, viniste!” Me devuelve el saludo, acompañado de una sonrisa que no le llega a los ojos.

—Te dije que lo haría —le respondo con una sonrisa mientras me acerco al sillón dónde se encuentra la niña quién se ve más pálida, cansada y puede que sean ideas mías dado que únicamente la he visto una sola vez, pero parece más delgada—. ¿Cómo lo llevas? —bien podría haberle preguntado, ¿cómo estás? Pero me parece una pregunta tonta, porque además de lo obvio, yo más que nadie sé que no está bien. Nadie lleva bien un tratamiento de quimio, por más que diga o aparente lo contrario.

—Lo mejor que puedo —responde con cansancio—. ¿Y tú?

—No tan bien como tú —y es la verdad, anoche me derrumbé por tener que cortar mi cabello y sin embargo, ella se ve que lo está pasando mucho peor que yo y sigue con la frente en alto, luchando y llevando todo cómo una guerrera.

—Supongo que ambas hacemos lo mejor que podemos —me dice.

Sonrío.

—¿Y tú amigo, ya terminó de leer el libro?

—Sólo el primero, no quiso seguir con la saga —confieso con una sonrisa al recordar la cara de horror de David cuando le dije que debíamos leer luna nueva. No hubo forma, se cerró en banda, al final lo di por perdido y

no insistí más.

—Míralo por el lado bueno, por lo menos has hecho que un grandullón como él leyera aunque sea el primer libro.

Ambas sonreímos.

—¿Y cuál es tu próxima lectura? —me pregunta.

—No lo sé. He vuelto al trabajo y no he tenido mucho tiempo para leer —es la verdad, los días que me pasé en cama, me sentía tan mal que leer una línea se me hacía imposible y en cuanto me sentí mejor, regresé a trabajar.

Un largo suspiro se escapa de sus labios.

—Lo que daría por volver al colegio —dice con pesar y entiendo el sentimiento a la perfección. El deseo de querer normalidad en tu vida. De ser una más del montón—. Aunque te confieso que lo que más quiero es comer un *Big Mac* con muchas papas fritas y un vaso enorme de Coca Cola.

En el segundo que sus palabras salen de su boca, me parece escuchar un aullido de dolor amortiguado por un sollozo salir de la boca de su mamá. Sin embargo, como estoy de espalda a ella, no lo puedo asegurar. Ver morir a un padre es duro, pero no puedo imaginar lo que es para los padres ver consumirse a un hijo. Los padres están en la tierra para amar y proteger a sus retoños y ver cómo su vida se apaga antes de haber empezado, debe ser mortal.

Trago en seco. Es duro y doloroso escuchar eso de la boca de un niño. Y ni siquiera me atrevo a decirle que todo va a estar bien. Primero, porque odio esa frase y segundo, porque en esta enfermedad no hay nada seguro. No valen las estadísticas, ni mucho menos los, “yo conozco o conocí a alguien que al igual que tú tiene Cáncer y lo superó.” No, en esta enfermedad no vale eso porque cada persona es única y lo lleva de diferente manera, puede que lo que

a otro le funciona a ella, o a mí, no nos haga el menor efecto. Por eso hay que aprovechar cada minuto y vivir al máximo.

—A ver, cuéntame, ¿cómo te fue con el Sr Darcy? —pregunto para cambiar de tema e intentar animarla.

—Es un libro que te da una lección: no se puede juzgar a las personas por su apariencia —si lo sabré yo bien. Con todos los prejuicios que tenía sobre David cuando lo conocí y resultó ser el mejor de todos los hombres.

—¿Y es cierto que al final terminas enamorada del arrogante y orgulloso Sr Darcy?

—No pienso spolearte —me avisa divertida y yo sonrío—. Tendrás que leerlo.

—Prometo que lo haré —le digo de forma cómplice—. ¿Y tú, qué lees en estos momentos?

Ella deja de sonreír y luego lo piensa unos segundos.

—Ahora mismo nada. Me voy a tomar un tiempo de descanso —anuncia de pronto decaída—. Últimamente me duele mucho la cabeza y me molestan los ojos.

Esa revelación me preocupa, así que me volteo hacia Chris que está de pie en la entrada y me detengo en su mirada. Él sacude la cabeza y ése gesto más el pesar que veo en sus ojos, me lo dicen todo. La quimio no está funcionando. De nuevo me invade ése sentimiento de rabia, impotencia y frustración. Quisiera patalear, gritar: “¿por qué?!” “¡Maldición, no puede ser!” La vida es injusta, el mundo es demasiado cruel.

Me muerdo el labio para evitar que el grito salga y trago en seco para hacer bajar el nudo de emociones que siento.

—¿Sabes qué? La última vez se me pasó pedirte tu número, ¿por qué no me das tu *face* y así seguimos en contacto?

Ella asiente sonriendo, me parece que entusiasmada y me da su nombre de usuario.

Abro la App en mi teléfono, busco “Maya, la princesa Zelda” y la agrego a mis contactos.

Me despido de ella, prometiéndole que nos mantendremos en contacto y que descanse lo más que pueda.

Al despedirme de su mamá, la señora con la voz temblorosa, me da las gracias. No entiendo por qué lo hace, cuándo debería ser yo quién le agradezca por haber traído al mundo a un ser tan maravilloso. Las madres tienen un papel fundamental en la vida de sus hijos, prepararlos para la vida, y ella lo ha conseguido.

Voy con Paige en busca de Shirley quién en cuanto me ve, me saluda.

—Buenos días Everest.

Me quedo pasmada. ¡Sólo he estado aquí una vez y recuerda mi nombre! ¡Alucinante! Con la cantidad de personas que entran aquí, es increíble que se acuerde de mí. Eso dice mucho del equipo médico que me ha tocado, no sólo te atienden sino que además, te escuchan y eso hace que tenga mucho más confianza en ellos.

—¿Cómo ha ido todo?

—Bien —contesto y es cierto. Pensé que los síntomas serían más arrolladores pero no, ha sido soportable.

—Pues vamos a ello cariño.

Y así empieza mi martirio: me pinchan para hacerme los análisis, me

ponen los tubitos y otro chute, el cual esta vez me sienta fatal de entrada.

En lo que recibo mi suero de vida, me doy cuenta de que a esto se resumirá mi vida durante los próximos meses. Me recuesto en el comodísimo sillón.

¿Me pregunto por qué lo harán tan cómodo?

Quizás para que las horas pasadas aquí se hagan más llevaderas. A igual que la otra vez me olvido del sillón, del pitillo de la máquina y me concentro en lo que me cuenta Paige y en las loqueras que me manda Molly por el WhatsApp.

Cuando termino, siento una pesadez tan grande que me cuesta un mundo ponerme de pie. Y, eso hace que mi angustia regrese, ya no por lo desconocido, sino porque si ahora me siento de esa forma, no quiero pensar en lo que me espera en los próximos días.

No podía estar más en lo cierto, al llegar a la casa, me siento tan cansada, como si hubieran hecho un licuado de hierro y me lo hubieran inyectado. Duermo el resto de la tarde. Al salir del trabajo, David pasa por mi casa para hacerme la cena y asegurarse de que tome la medicación. Para la última le hago caso y me la tomo, pero lo que es de la comida, no hay forma. Me duele demasiado el estómago, aparte de que tengo un calor asfixiante. Me molesta hasta la peluca, así que me la quito. Cuando me ve ni pestañea, es como si para él siguiera llevando mi cabello largo y ondulado.

Al rato llega Molly junto a Justin.

—Oye, pero si te pareces a Demi Moore en *GI. JANE* —me dice al verme.

Justin y David se echan a reír y si no fuera porque me siento tan mal, me hubiera reído yo también.

Me quedo tumbada en el mueble, los escucho moverse en la cocina donde David ejerce de chef y pese que tengo los ojos cerrados y no participo para nada en la conversación, es un alivio saber que están aquí.

Los días van pasando y Daniel me escribe cada vez que puede para decirme lo bien que le están yendo las cosas y lo excitante que es estar rodeados de diseñadores tan reconocidos. Yo rara vez le respondo enseguida, y no por el cambio de horario, sino porque tengo tres días en los que levantarme de la cama es una tortura, me dan asco un montón de cosas y para rematar, me han empezado a salir ampollas en la boca. Es desagradable, al punto que ni beber puedo. Cuando consigo poner algo en la boca que no me dé náuseas, se me hace tan doloroso que prefiero no comer. El doctor me ha mandado hacerme enjuague bucal después de cada comida, lo hago aún sin comer nada, porque la verdad es que ayuda.

Al cuarto día la mamá de David pasa por mi casa, me trae un caldo de pescado que me sabe a rayos, pero por no hacerle el desaire, me lo trago. Ella dice que vino para saber cómo estoy, pero sospecho que fue David quién la envió para asegurarse que yo no esté sola.

Está vez la recuperación ha sido más larga y difícil. Mi cuerpo me pide más horas de descanso.

Al décimo día me siento mucho mejor y me incorporo al trabajo. Todos me tratan bien, se interesan por mi estado y hasta Lizzy que al principio a penas me hablaba y siempre estaba de uña y mugre con Charlotte, se ha acercado a mí para saber cómo lo llevo.

Charlotte sigue igual de antipática pero si antes no le daba importancia, ahora mucho menos. Tengo tantas cosas en la cabeza que lo último que me interesa es preguntarme por qué no le caigo bien.

Los días en el trabajo me distraen, pero me parecen interminables, al

caer la noche estoy tan agotada que lo único que quiero es dormir por mil años. Pero uno de los efectos de la quimio o puede que de la mente, es el insomnio. Es que por más que mi cuerpo me pide a gritos descanso y se me cierran los ojos, tengo esa sensación de inquietud que no me permite hacerle caso.

No logro dormir.

Se lo comento a David y él me dice que lo hablará con el médico. Entre los dos se ha creado un vínculo particular. Hablamos tantas veces al día que cuando necesito algo, él ya se ha anticipado a ello.

El viernes en la noche estoy tirada en el mueble. Escucho que llaman a la puerta y al abrir me llevo la sorpresa de que Daniel ha vuelto. Al verme se queda perplejo y es cuando me doy cuenta que no llevo la peluca. De hecho cuando estoy en casa me la quito porque se requiere mucho cuidado. Siempre estoy pendiente si está bien puesta, si va a agarrar malos olores y con el miedo constante de que se me caiga. Además que con el tratamiento me he empezado a deteriorar y mi aspecto no es el mejor que digamos.

Cuando se recupera del asombro o más bien finge recuperarse porque estoy segura que debe ser un shock para él irse de viaje mes y medio y, al regresar encontrar a su novia calva. Me sigue adentro, le pido que me hable de su viaje y él con los ojos luminosos, me cuenta con lujos y detalles lo bien que se siente estar entre pasarela y pasarela, estar frente a los medios de comunicación, ser arropado por una banda de periodistas y lo excitante de conocer a tantas personas nuevas. Me cuenta todo con tanto entusiasmo que hasta logra contagiarme a mí también, hasta que me doy cuenta que su mirada se pierde de vez en cuando en mi cabeza y que ya no me ve de la misma manera. Pena y puede que lastima, es lo que veo en sus ojos. Me hace sentirme enferma, frágil y vulnerable, no me gusta. Me doy cuenta que esa es la forma

en los que todos me verían si llego a salir a la calle sin la peluca y sólo Dios sabe cuánto odio ponérmela, porque cada vez que lo hago me recuerdo a mí misma lo que he perdido, y no hablo solamente de mi cabello, sino de algo mucho más importante aún, mi salud.

Finjo delante de él que lo que veo en sus ojos no me afecta. De hecho, en los últimos días se me da bien hacerlo. Creo que las únicas veces que no lo hago, es cuando estoy alrededor de David, porque aunque me las ingenie para ocultar mi estado, él siempre se llega a dar cuenta cuando algo no está bien.

Como a las dos horas de estar en mi casa, Daniel se disculpa alegando que está cansado y que tiene que subir a ver a su tía y se marcha. Quedamos en vernos al día siguiente para comer.

Esa noche después de pensar en muchas cosas y de pasarla en vela como tantas otras, tomo una decisión.

Capítulo XXXVI



En la mañana llamo a David para comentarle la decisión que he tomado.
—No lo sé Everest —duda a través del teléfono—. Podrías agarrar alguna infección.

—Buscaremos un buen sitio —casi suplico. Sé que puede ser arriesgado pero lo necesito.

—Está bien —concuerta en medio de un suspiro—. Voy a llamar al oncólogo y si él está de acuerdo, yo me encargo de todo.

Sonrío esperanzada.

Es una idea loca y puede que antes nunca se me hubiera pasado por la cabeza pero ahora que he tomado la decisión, me hace mucha ilusión.

Al medio día como con Daniel, me lleva a un restaurante muy bonito en Manhattan. Me he vuelto a poner la bendita peluca y me he maquillado. Pasamos un rato ameno, hablamos de todo y por un momento me llego a olvidar de que estoy enferma, hasta que él me anuncia que tendrá que volver a viajar.

—Aún desconozco la fecha pero trataré de que sea después de tu tratamiento para poder acompañarte —dice después de masticar un pedazo de carne. No debería tomármelo mal. Después de todo, lo hace por trabajo y quiere estar ahí conmigo en mi próximo chute, pero lo hago. Me molesta que se tenga que volver a ir tan pronto. El día que decidí salir con él, pensé que lo hacía con un modelo, no con un piloto de avión. Tal parece que pasa más tiempo en los aires que en el suelo—. Pero no será un viaje largo, te lo prometo.

Asiento pero a partir de ahí, el ánimo no es el mismo, pongo el cuerpo pero no la mente.

En la tarde paso por casa de Maya. Desde mi visita al hospital nos hemos hecho muy amigas y hablamos todos los días por Facebook. Ahora sé que tiene 11 años, vive en Queens y se llama Maya Tanner. Es fanática de la serie animada La Leyenda De Zelda, basada en el vídeo juego del mismo nombre y también de Xena, La Princesa Guerrera. Chris ha hecho una mezcla de las dos series y por eso la llama, “Princesa Zelda, La Guerrera.”

Su madre era profesora de escuela primaria pero lo dejó para ocuparse de ella y su papi es empleado en un banco.

Juntas vemos las dos versiones del libro de Jane Austen: Orgullo y Prejuicio y Orgullo, Prejuicio y Zombis. Al terminar la segunda tanda, ambas nos miramos con una sonrisa cómplice.

—Nos quedamos con la segunda —decimos al mismo tiempo y después nos reímos. Lo que me encanta escuchar reír a esa enana.

El domingo aprovechando que estoy bien, voy con Molly y Paige al Mall, entre las tres escogemos varios pañuelos y gorritos para mí. Nos la pasamos genial. Nada mejor que una mezcla de amigas, shopping, y risas para sentirme normal, feliz.

—Debo pasar por el departamento de higiene personal —nos informa Paige—. Necesito comprar toallas sanitarias y algunas cosas.

—Yo también —dice Molly.

—Por lo menos yo no tengo ése problema —ambas miran en mi dirección con las cejas levantadas—. Desde que empecé la quimio se me ha detenido la regla.

—¿De verdad? —pregunta Paige sorprendida.

—Sí, es lo bueno de la quimio, aparte que no debes preocuparte por rasurarte —digo socarrona.

Mentira, no hay nada bueno con la quimio pero una debe mantener el buen humor.



A mitad de la semana David pasa por mí y juntos vamos a cumplir esa idea loca que me se me ocurrió. Al rato llegamos a una tienda de tatuajes. Entramos, David y el dueño se saludan amigablemente. David le dice algo y él levanta la mirada en mi dirección.

—¿Tienes idea de lo que quieres tatuarte? —me pregunta el tipo lleno de tatuajes. Dios, no creo que quede una parte a la vista que no esté cubierta de tatuajes.

—Lo que quieras, sólo deseo adornar mi cráneo —le informo al mismo tiempo que me quito la peluca. El tipo ni se inmuta, creo que no es la primera vez que alguien le pide algo así.

—Bien —dice con una sonrisa auspiciosa—. Tengo justo lo que necesitas.

Me acomodo en el sillón un poco nerviosa pero decidida. ¡Toda una machota!

Lo escucho y siento trabajar, pero no le pregunto qué está haciendo. Duele pero el dolor es soportable.

Hora y media después, él termina y me pide que me vea en el espejo. Le hago caso y sonrío satisfecha.

—¿Por qué escogiste ése tatuaje precisamente? —inquiero mirando la bella mariposa naranja con negro en 3D que descansa encima de flores moradas, rodeadas de vectores.

—Soy mexicano —dice encogiéndose de hombros. Arqueo una ceja hacia él, ¿eso qué quiere decir?—. Para los antiguos aztecas existían dos tipos de muerte que se consideraban las más nobles: la muerte de un guerrero en batalla y la muerte de una madre en el parto. Sobre sus cuerpos, se colocaban mariposas porque ellos creían que ellas eran una parte de esas almas nobles. Además que para los griegos, ellas representan el viaje del alma, su evolución, un nacimiento, la renovación. Y, aquí mi amigo David me ha dicho por lo que estás pasando, así que creí que sería el tatuaje ideal para ti. Una guerrera en la lucha que espera volver a nacer.

Miro a David con asombro, no sabía que eran amigos. Él sí que sabe hacer las cosas. Ya tenía que saberlo, él nunca me traería a cualquier sitio. No, él se aseguraría que fuera un lugar perfecto.

Vuelvo a mirar mi mariposa y sonrío feliz. Ya no me veo enferma, ni frágil, ni débil. Todo lo contrario, me veo fuerte y ruda. Justo lo que yo necesitaba. Me gusta.

Me acerco a David, lo rodeo con los brazos y lo envuelvo en un gran abrazo.

—Gracias —digo con sinceridad. No sé qué haría sin él—. ¿Por qué no te haces uno? —lo pico aunque sé muy bien que él nunca se haría algo como eso. Él es demasiado serio.

—Pero él ya...

—Hoy no —lo interrumpe David—. Debemos regresar para que descanses —dice apresurándome.

Ambos intercambian una mirada que no logro entender. La verdad es que él tiene razón, estoy agotada.

Me despido del chico de la tienda y antes de abandonarla, me detengo.

—Nunca más —afirmo tirando la peluca en el zafacón.



Los días siguen pasando y con ellos llega mi nuevo chute. Esta vez es Justin quién me acompaña, dado que Daniel tuvo que viajar a New Jersey para una sección de fotos. La verdad es que no me molesté. Creo que el Cáncer te cambia y empiezas a ver y a tomar sólo las cosas positivas. Además, ya me lo imaginaba.

—“Si llegas tarde, te corto las bolas” —me enseña el mensaje que le ha enviado Molly y ambos sonreímos.

—Por lo visto las cosas entre ustedes han mejorado —observo desde mi sillón mientras recibo mi suero de vida.

—He decido hacerte caso. Quiero demasiado a mi pastelito como para poner en riesgo nuestra relación.

—O sea, que ya puedes decirme en qué andabas metido.

—Andaba no, ando —aclara mirándome directo a los ojos.

—¿Eso qué quiere de...? —mi oración se ve interrumpida por Chris que entra en ése mismo instante.

—Hey, ¿cómo estás?

—Bien —respondo en su dirección. Hoy lleva un conjunto verde manzana que le resalta el tono tostado de su piel.

—Me alegro —aunque por su cara no diría que se alegre mucho—. Vine

a decirte que Maya no vino hoy, está pasando por un proceso gripal y tiene los glóbulos blancos muy bajo por lo que no se le pudo administrar el tratamiento.

—Lo sé —digo con pesar. Mi chiquita no se siente bien y empieza a estar cansada—. Anoche hablé con ella —aclaro al ver su cara de desconcierto.

Éste asiente.

Sin embargo, no creo que haya venido sólo a eso. Más bien pienso que el moreno ha venido con la esperanza de ver a cierta pelirroja y la decepción que he apercibido en sus ojos en cuanto ha visto a Justin en lugar de Paige, me lo confirma.

Chris se despide de nosotros y me quedo pensado en lo bien que se ve. Aparte de que parece un buen muchacho.



Desde que comencé el tratamiento, éste ha sido el chute más fuerte, el más duro.

Me he pasado el día vomitando, tal parece que la medicación para las náuseas no hace su trabajo. Deben de ser casi las siete de la noche y Justin tuvo que irse. Molly estaba supuesta a reemplazarlo pero no ha llegado. Mi teléfono no ha parado de sonar pero me siento tan mal que no he tenido la fuerza para levantarme e ir a buscarlo. Me he quedado sola y el dolor en la tripa me está matando. Esta es la séptima vez que vengo al baño y el cansancio y la debilidad en las piernas, no me permiten pararme. Creo que llevo más de una hora en la misma posición. Tirada en el suelo, con la cabeza metida en el inodoro, y los brazos sirviéndome de almohada. Y, como si las náuseas no fueran suficiente también tengo dolor muscular. Antes eran llevaderos pero hoy son insoportables. No lo resisto. Es una sensación tan difícil de explicar, como

si te estuvieran moliendo los huesos. Quisiera darme golpes contra el suelo, a ver si así dejo de sentirlos.

«Señor ayúdame» —suplico en silencio.

«No voy a poder con esto» —pienso con las lágrimas en los ojos que se han ligado con los mocos. Me siento sucia, enferma, hundida—. «Papá, mamá, me muero, siento que muero».

—¡Everest! —escucho que me llaman pero no puedo responder. No me sale la voz—. ¡Everest! —Me vuelven a llamar tras cerrarse una puerta—. Oh por Dios, cariño —es David. Y, apenas me ve se acerca a toda prisa y me toma en brazos. Me levanta con sumo cuidado del suelo. Protesto, me duele todo. Es horrible. No quiero que me muevan.

—No voy a volver —digo entre lágrimas y desesperación—. ¡Me oyes? no pienso volver. No lo soporto —trato de gritar pero el dolor es abismal y no tengo las fuerzas para hacerlo por lo que mi voz se pierde en un murmullo.

—Everest, mírame —me pide acunando mi cara entre sus manos—. Tú puedes. Si te ha tocado vivir esto es porque tú puedes sobrellevarlo. Eres una mujer fuerte.

—¡Mentira! —grito haciendo un esfuerzo sobrehumano para que mi voz tome más fuerza y que lo entienda de una vez «no voy a poder con esto»—, no lo soy y no quiero serlo. Lo único que quiero es que pare. Que el dolor desaparezca.

Es desesperante sentirse así y no poder hacer nada.

—Cariño —susurra buscando mi mirada—. Claro que lo eres. Vas a volver y seguirás luchando —sentencia sin asomo de dudas, con sus ojos miel clavados en los míos, impactándome con esa fuerza que lo caracteriza y que siempre me ha llenado de seguridad. Sin embargo, hoy tengo dudas. Es demasiado duro y tengo tanto miedo—. Yo no voy a permitir que te rindas. ¿Me entiendes? Tienes que seguir luchando —su voz es casi un suplica—, por

los dos —su voz se evapora en esas palabras—. Si quieres llorar, hazlo, si quieres maldecir, hazlo, pero no me digas que no volverás —su voz regresa con más fuerza—, porque no lo voy a permitir.

Entonces lloro, lloro y lloro. David con delicadeza me acuna en su regazo. Trato de apartarlo porque estoy sucia, me he manchado la camiseta de vómito, pero él no me deja alejarlo.

—Ya falta poco, cariño —trata de consolarme—. No te des por vencida, hazlo por mí.

Cuando esta nueva crisis pasa, él prepara la ducha, me lleva hasta el baño y una vez que se asegura que el agua está a buena temperatura, me desnuda.

—Te hará bien un baño caliente —me dice, como si de esa forma pudiera justificar el hecho de que me esté desnudando.

Yo lo dejo, dejo que me quite la ropa, que me meta en la bañera y que me lave. No siento vergüenza porque él no me mira con ojos lujuriosos, está cuidando de mí. Y es ahí cuando me doy cuenta que tengo que dejarme ayudar. Pedir ayuda cuando lo necesite, aunque eso signifique perder mi independencia.

Al salir del baño, ya vestida con ropa limpia, David cambia mis sábanas y me recuesta. Luego llama al médico y le dice que necesito algo más fuerte para los dolores. Así que me suben la dosis del medicamento.

Él sale del cuarto y pese que intenta bajar la voz, escucho perfectamente que está discutiendo con Molly. Está muy cabreado.

—¡Acaba de recibir quimio, joder! ¡No puede estar sola! —Él hace una pausa—. Mejor ni me lo menciones —vuelve a haber un silencio—. ¡Me importa una mierda! ¡Esto no se puede volver a repetir, porque si no me la llevo a vivir conmigo, pero sola no puede estar!

Molly llega al rato pero estoy tan cansada que no le presto atención a lo

que hablan. Minutos después, escucho la puerta cerrarse.

—Lo siento corazón —se disculpa Molly al sentarse al costado de la cama—. Tenía que venir a remplazar a Justin pero el cabrón de Henry no llegó a remplazarme. Te estuve llamando pero no respondiste.

—Molly no te agobies. No pasa nada.

—Claro que pasa, David tiene razón. No puedes estar sola. Es que no quiero ni imaginar que te llegara a pasar algo y que...

—Tranquila —digo apretando su mano ligeramente.

Al cabo de una hora David está de regreso con una bolsa con cosas suyas. Molly le dice que ella se quedará conmigo esta noche pero él la contradice.

—Yo me quedaré con ella —gruñe él. Está de mal humor. No entiendo por qué está tan enfadado. Molly no tiene la culpa de que yo me sienta mal.

—David, de verdad yo puedo quedarme —insiste ella.

—Molly, mírate. Estás cansada —sus palabras se pierden en un suspiro. Se escucha agotado—. Además, yo ya hablé con Hope y le avisé que me tomaría la mañana libre. Ve a descansar y mañana me remplazas después del almuerzo.

Molly acepta. Se despide y se marcha.

Me siento mal por hacerles esto. Tal parece que sus vidas sólo giran entorno al trabajo y a cuidar de mí. Sobre todo la de David, que aparentemente se ha detenido desde que supo que estaba enferma.

Hay días en los que llevo mi enfermedad de manera tal que no quiero levantarme de la cama, porque hacerlo es como si estuviera escalando el Kilimanjaro, o el mismo Everest. Es una tortura. Eso son los días donde quisiera encogerme tanto, dónde nadie me pueda ver. Porque la quimioterapia

te cambia, te deja secuelas, no sólo psicológicamente, sino también físicamente. Es tanto el dolor de estómago, de cabeza, musculares, el cansancio, la debilidad y ése extraño sabor a rayos que te dejan los alimentos en la boca, que siento que me muero poco a poco.

Y es que con cada gota que recibo de mi suero de vida, es una batalla que gano pero paradójicamente me deterioro, me siento más fea, menos deseable, me hundo un poco más. Todo es tan difícil pero trato de llevarlo lo mejor que puedo. De todos modos, no me queda de otra.

No es el hecho de sentir dolores que son realmente insoportables, lo que hace esta guerra tan dura. Más bien, es la carga de tener que sentir malestares todo el tiempo. De estar derribada en una cama porque hasta respirar te duele, el no poder dormir en las noches porque cuando no es una cosa es otra. Y lo que más me jode y hace que a veces quiera tirar la toalla, es la lucha constante, no bien he superado un síntoma, cuando ya empieza otro.

En estos días me he sentido como si tuviera gripa, tengo todos los síntomas: moco, tos, cansancio pero no tengo fiebre. Es horrible. Me he dado cuenta que no voy a poder regresar al trabajo, así que he pedido la baja. Me la he pasado tirada en el mueble, por suerte tengo personas que me quieren y me apoyan. Amigos incondicionales que están a mi alrededor todo el tiempo y eso hace todo más llevadero.

Mi vida parece estar dividida en porciones de tres semanas. Los jueves me toca análisis, exámenes y los viernes me toca quimio. A lo que le sigue días de cansancio y más dolor y luego dos semanas de libertad que pese estar muy cansada, es la gloria porque el dolor es efímero, y mi cuerpo y mi mente funcionan más o menos bien. Esos son los días que aprovecho y trato de vivir al máximo, como hoy, dónde David me sorprendió con una bicicleta y hemos

salido a dar una vuelta. Mientras recorremos nuestro parque y hacemos carreras como niños, o nos distraemos viendo el paisaje a través de sus ojos, porque él lo ve todo de manera mucho más bonita, el Cáncer abandona mis pensamientos y me siento yo nuevamente. Esos son los momentos en los que no me siento enferma y casi rozo la felicidad.

Capítulo XXXVII



Estamos a principio de diciembre, el otoño ya ha culminado. La temperatura sigue bajando y el frío se empieza a sentir, hoy es un día en el que podría nevar. Me encanta esta estación del año, podría decir que es una de mis favoritas porque las calles se encienden con luces mágicas y el ambiente se empieza a llenar del espíritu navideño. Sin embargo, estoy en un periodo de gripe y no puedo salir. Eso es otra cosa que te quita el Cáncer, la libertad de hacer lo que quieras cuando se te antoje.

Normalmente para estas fechas con Molly, voy al Carnegie Hall a escuchar los primeros villancicos del mes. Nunca desde que tengo uso de razón me he perdido el levantamiento del árbol de navidad, en el Rockefeller Center pero me temo que este año será el primero. Tengo que cuidarme, evitar que mis glóbulos blancos bajen demasiados o no podré recibir el tratamiento. Así que he decido no amargarme por ello, al contrario, aquí en el calorcito que me ofrece mi hogar estoy tirada en el mueble viendo una película. Disfrutando de mi Henry Cavill en *Superman Regresa*. Dios mío, es que ése hombre es tan bello que le alegra la vista hasta a un muerto. Estoy de lo más

sumergida en la peli cuando recibo una llamada que me deja aturdía. Me entra el pánico y antes de darme cuenta, estoy en un taxi en dirección del hospital.

La mamá de Maya me ha llamado para decirme que la niña ha sufrido convulsiones epilépticas por lo que ha sido ingresada de urgencias.

En el camino hacia el hospital que se me ha hecho eterno, voy pidiéndole a Dios y a todos los Santos que la niña esté bien. Ha estado muy decaída en los últimos días, con fuertes dolores de cabeza, tos, fiebre, eso sin contar todos los efectos de la quimioterapia.

Al llegar al hospital, no reparo en nadie, veo a Chris y le pido que me lleve a verla. Sigo el protocolo de higiene antes de entrar a la habitación.

La veo y se me cae el alma al suelo, se ve tan cansada, tan pálida y lo que más me aterra es que ha perdido el brillo de sus hermosos ojos grises.

Hablamos todos los días por Facebook pero ha desmejorado bastante desde mi última visita hace tan sólo una semana.

—Hey preciosa —digo acercándome a la cama donde yace su cuerpecito. Dios, se ven tan débil que me entran ganas de abrazarla y no soltarla más hasta que no esté bien—. ¿Cómo te sientes?

Ella me mira a través de sus pesados ojos y una pequeña y débil sonrisa se dibuja en sus labios.

—Estoy cansada —me dice con un hilo de voz.

—Lo sé cariño, lo sé —digo mientras le cojo su manita entre las mías—. Pero pronto pasará y estarás mejor, ya verás.

—Tal vez, o tal vez no —replica en un tono abatido sosteniendo mi mirada. Lo que veo en sus ojos no me gusta, me causa una opresión en el pecho. Mi princesa Maya se está dando por vencida y eso es algo que me niego a aceptar.

—Corazón, entiendo que estés cansada y que tengas miedo...

—No tengo miedo —me corta con seguridad. Y yo no puedo dejar de

preguntarme, ¿cómo lo hace? ¿Cómo no puede tener miedo cuándo yo vivo aterrada constantemente?—. He leído mucho sobre la vida después de la muerte y creo que estoy preparada para irme —prosigue ella con la mirada al frente. Mi miedo se intensifica. Ella no puede estar hablando en serio Ella no puede irse, su vida acaba de empezar y aún le queda mucho por descubrir. Quiero pensar que está diciendo esas cosas por el bajón. Ése que nos da a todos en algún momento del tratamiento y que nos hace querer tirar la toalla.

—Venga cariño, estás cansada y es normal que pienses eso, pero mañana estarás mejor y verás todo con otros ojos.

—Everest, ¿puedo pedirte un favor?

—Claro cariño, ya sabes que puedes pedirme lo que quieras.

—¿Has leído el libro, *Yo Antes de Ti*?

Cierro los ojos y me esfuerzo en tragar antes de responder a esa pregunta. Porque sólo de pensar en lo que puede estar pasando por su cabecita me da pavor. No entiendo por qué lee esa clase de libros. Ella debería leer libros que la animen, que la hagan soñar, libros para niñas de su edad. Yo no sé mucho de cuales son esos libros, porque la verdad antes de conocer a Maya, aparte de la sobrina de Justin, no he estado rodeada de alguno, pero estoy segura que ése libro no lo es, porque por muy buen libro que sea, es un libro deprimente. Cuando lo leí, duré un mes con resaca literaria, no podía sacarme a Will de la cabeza.

—Sí, lo he leído —contesto después de tragar un nudo de emociones—. Pero cariño, espero que no me estés pidiendo que te lleve a Suiza porque lo tendríamos muy difícil —bromeo. Maya es una niña muy madura, siempre hemos hablado con sinceridad y ella sabe que he dicho eso para quitarle el hierro al asunto, pero también sabe que estoy aquí para escucharla, para lo que necesite.

Ella sonrío.

—Estás demente —dice sacudiendo la cabeza y yo sonrío—. Nunca te pediría eso...

—Me alegro de escuchar eso —la interrumpo con una sonrisa—, porque no llegaríamos lejos, tengo el pasaporte vencido.

Ambas rompemos a reír hasta que de pronto su risa es remplazada por un ataque de tos.

Le suelto la mano, voy hasta la mesita que está en la esquina, le sirvo un vaso de agua, me acerco y la ayudo a tomar un poco.

Una vez que se le ha calmado el ataque de tos, su rostro se asombrece.

—Te lo preguntaba porque a veces pienso, que cada individuo debe poder escoger la forma más digna de morir y he escogido ése libro para que entiendas lo que te voy a pedir —dice ella, con la mirada clavada en el techo mientras acaricia la parte de arriba de la colcha azul cielo que la cubre.

—¿Qué es lo que me quieres pedir? —me atrevo a preguntar pero con el temor de escuchar la respuesta.

—Quiero que me ayudes a convencer a mis padres para que me permitan dejar el tratamiento de quimioterapia.

Su petición me deja sin palabras y me traslada años atrás, al momento dónde los médicos me dijeron que había llegado la hora que más temía, esa donde me informaron que ya no sé podía hacer nada más. Ése momento donde sentí que una parte de mí se moría, porque nunca en toda mi vida había sentido tanto miedo, tanta rabia, tanto dolor.

—Princesa —la voz se me rompe—. Sabes que si paras el tratamiento no podrán operarte, ¿verdad?

—Soy consciente de eso —replica con la mirada apagada y algo dentro de mí se rompe—. Sabes, cuando se me diagnosticó que padecía de Cáncer, los médicos dijeron que sería algo de unas cuatro cirugías. Sin embargo, desde entonces, han pasado dos años. He estado en el quirófano más de diez veces y

esta no es la primera crisis epiléptica que hago. Y, si encima le sumas, las dos veces que he estado ingresada por meningitis, las fiebres, los malestares... No te voy a hacer la lista porque el resto tú lo conoces de sobra. Estoy agotada Everest, muy cansada y yo misma se lo explicaría a mis padres pero tengo miedo de que me odien por ello. Que crean que los quiero abandonar —ella deja escapar un suspiro lleno de pesar—. No recuerdo la última vez que vi a mi madre reír, pero reír de verdad. Siempre está pendiente de mí, de si tengo fiebre, si tengo frío, si me duele. No come, no duerme, no vive desde que estoy así y no quiero que siga sufriendo. Yo quiero que ella vuelva a ser feliz. Tú me entiendes, ¿verdad?

Lo peor de todo es que aunque me duela escucharla hablar así, la entiendo a la perfección. Yo he tenido la mala suerte de ver las dos cara de la moneda: ver padecer a un ser querido y la de enferma. Y sé cuánto se sufre de ambos lados. No hay palabras que pueda explicar cuánto. Y, sólo una persona que ha pasado por lo mismo puede entender.

—Cariño, tus padres están aquí para cuidarte y protegerte, ése es su deber, no el tuyo. Ellos nunca podrían odiarte, te aman demasiado para que eso pueda suceder.

—Puede ser, pero aun así no creo que me entiendan. Únicamente una persona que ha pasado por lo mismo que yo, puede hacerlo. Y sé que tú lo haces, por eso quiero que me ayudes a hacérselo entender. ¿Lo harás? ¿Me vas a ayudar? —pregunta buscando y sosteniéndome la mirada.

Me duele, me duele horrores escucharla y verla así.

Me llevo la mano a la cadenita que me regaló la mamá de David y que nunca me he vuelto a quitar, sostengo el crucifijo entre mis manos. No entiendo porqué hago eso, yo nunca he creído realmente en Dios. Pero, si de verdad existe uno, espero con el alma que haga un milagro.

—Te voy a ayudar —prometo después de tragarme la tristeza, el terror y

el dolor. Sintiendo cómo se me oprime el corazón.

Salgo de la habitación de Maya habiéndole hecho una promesa que pienso cumplir, aunque puede que no de la forma que ella cree.

Antes de salir del hospital hablo con Chris, necesito ayuda. Siendo él la persona que se ha encarado de Maya desde que comenzó su tratamiento, es el más indicado para hacerlo.

Los próximos días me la paso buscando información sobre la enfermedad de Maya, buscando posibles tratamientos, casos similares. Lo hago en conjunto con Chris y David, éste último sabe lo importante que es para mí que ella sobreviva a esto.

Paso cuatro días en los que no duermo, total, nunca lo hago, así que mejor emplear ése tiempo en algo útil. La noche anterior Maya tuvo otra crisis. Me desespero, no encuentro nada útil. Me siento impotente, sobre todo cuando al visitarla ayer, me preguntó que cuándo hablaríamos con sus padres. No sé qué hacer, la entiendo pero me niego a dejarla ir, no quiero que se muera.

Hoy me he pasado todo el día buscando en internet, estoy cansada. Estoy a punto de cerrar la PC, cuando veo un link que llama mi atención. Es un artículo de un periódico que habla sobre un niño de diez años quién sufre la misma enfermedad de Maya. Le diagnosticaron el Cáncer a los ocho años y no podían removerle el tumor. Sus padres estuvieron a punto de darse por vencidos, hasta que su búsqueda desesperada, los llevó a un hospital en Boston, dónde el cirujano Dominic Miller le practicó una cirugía, logrando remover el noventa y nueve por ciento del tumor. El niño debió seguir un tratamiento de quimio intensiva durante seis meses pero hoy en día se recupera favorablemente.

El corazón casi se me sale del pecho de la felicidad. Me leo el artículo

entero. Busco información sobre el hospital y sobre el médico. Llamo a Chris y lo pongo al tanto de todo lo que he descubierto.

Él llama al hospital para investigar si el médico aún trabaja allí. Contamos con suerte porque sí, ¡aún lo hace! De hecho ahora es el cirujano en jefe del departamento de pediatría. Me reúno con Chris y juntos llamamos al médico y le contamos la historia de Maya. Él nos pide que le enviemos su historial médico. Ahí las cosas se complican un poco. Tengo que hablar con los padres de Maya y con su doctor para que ellos den su acuerdo. Para ello tengo que contarles lo que Maya me ha pedido, su madre se viene abajo en cuanto le explico que Maya no quiere seguir con las quimio porque ya perdió las esperanzas. El doctor no está muy de acuerdo. Él insiste en que se ha hecho todo lo humanamente posible y que si ellos no han podido removerlo es porque es imposible hacerlo. Me cabreo muchísimo y casi mando al doctorcito a donde se fue el padre a pie. Pero luego recuerdo que estoy en el hospital y que estoy enfrente de la mamá de Maya y me digo que mandarlo a la mierda no ayudará.

—No es mucho pero es una esperanza —digo en dirección de la madre de Maya—. Ella tiene derecho a una segunda opinión, a una segunda oportunidad —prosigo con la esperanza que la doña reaccione. Que luche por su hija, porque mi pedacito de luz se lo merece.

—De acuerdo —dice ella con ímpetu, poniéndose de pie y yo casi que doy brincos en el consultorio.

A partir de ahí es una carrera contra el reloj. Le mandamos el historial médico de la niña, el cirujano nos confirma su recepción y nos dice que nos llamará para darnos su opinión. Creo que son las horas más largas de mi vida. Cuatros horas más tarde, el médico nos llama y dice que quiere hacerse cargo del caso de Maya.

Me siento y lloro, pero lloro de felicidad. No es una victoria pero es una

esperanza que crece.

La madre de Maya me pide que se lo cuente yo a ella.

—Yo tengo fe y creo en ti —le digo a la niña que sigue interna—. Sé que estás cansada y no te pediría esto si no creyera que tenemos una esperanza. ¿Qué dices? ¿Nos echamos una última batalla contra ése bicho?

Ella asiente y el gris de sus ojos empieza a brillar.

Me dedica una sonrisa esperanzadora.

—Una última pero esta vez nos vamos con toda —sentencia ella con firmeza y yo sonrío feliz. ¡Esa es Zelda, mi guerrera!

A los dos días Maya y su familia se van para Boston y yo vuelvo a tocarme el crucifijo.

—Éste es el momento en que me demuestras que sí existes —digo mirando el dije plateado.

El quince de diciembre Daniel me pide que lo acompañe a Galicia a visitar a sus familiares para las fiestas navideñas. Con mucho pesar declino la invitación. No puedo faltar a ninguno de mis chutes.

El veinte de diciembre salgo con las chicas para comprar los regalos de navidad y disfruto de la brisa de invierno.

El veinte y uno acompaño y despido a Daniel en el aeropuerto JFK. Es tradición que toda su familia se reúna para esas fiestas y él no puede faltar. A parte que hace mucho tiempo que no ve a su mamá y quiere pasar estos días con ella. Cosa que entiendo a la perfección.

Al día siguiente, David me lleva a ver el árbol de navidad en el Rockefeller Center. A pesar de haber visto este árbol todos los años desde que tengo conciencia, hoy lo veo diferente. Pero diferente de una forma positiva, con mucho más luz, más hermoso. De ahí David me invita a cenar y después de una noche mágica, nos vamos juntos a casa. Como en otras ocasiones, se queda a dormir. Sólo que esta vez, no dejo que duerma en el mueble, le pido que lo

haga conmigo en la cama. Ambos somos adultos, somos amigos y hemos compartido tantas cosas en los últimos meses que dormir juntos no es raro, ni mucho menos algo malo. Sólo somos dos amigos compartiendo la misma cama.

El veinte y cuatro de diciembre mientras recibo mi chute, me dan la mejor noticia que podría esperar. Maya se ha recuperado de su gripe, las inyecciones que le han puesto la han ayudado a subir su defensa, de manera que será operada el día de navidad. La llamo desde al hospital y hablamos durante una hora. Está mucho más animada y yo disfruto, soy feliz de escucharla así.

El veinte y cinco de diciembre voy a casa de los padres de David, ellos han organizado una cena a la cual asisten Justin, Molly, la madre de Molly, Paige y sus padres. Pese no sentirme bien, hago un esfuerzo y me arreglo para la ocasión. Pasamos una noche de lo más maravillosa. David se desvive para que yo esté lo mejor posible. Entre eso y el hecho de que mi chiquita haya salido bien de la operación, no puedo estar más feliz. Le esperan seis ciclos de quimio intensiva, pero con una nueva esperanza. ¡Han logrado remover el Cáncer! Será difícil, pero confío en mi princesa. Y, en cuanto me sea posible, iremos a verla junto con David y Chris. En estos días este último y yo nos hemos mantenido en contacto para informarnos mutuamente con todo lo relacionado a la salud de Maya.

El último día del año, Molly y Justin se van a New jersey a casa de la madre de él. Paige se va con sus padres, donde otros familiares. Yo nuevamente paso la noche con David y su familia, cómo estoy más recuperada de la quimio, él propone que vayamos a un restaurante para que su madre no tenga que preparar la cena. Estoy feliz, desde la muerte de mis padres nunca pensé que podría volver a convivir con personas tan humildes y buenas de corazón. No me siento como una intrusa, sino todo lo contrario, me siento un

miembro más de la familia y eso se debe al calor humano y al amor que cada uno de ellos me ha demostrado.



—¿Qué haces aquí?

—He renunciado —me contesta Molly plantándose delante mí mientras recibo mi anti penúltimo chute. Estamos en enero y ya estoy viendo el final del túnel.

—¿Qué has hecho qué?

No me lo puedo creer.

—Como lo has escuchado —confirma ella al sentarse en el asiento que David ocupaba hace unos segundos. Ha salido a responder una llamada del trabajo y pese que le dije que no me molestaba, quiso salir para no importunarme mientras estaba leyendo—. Después de lo que pasó en tu tercer chute, le pedí permiso a Henry para poder faltar hoy en la tarde al trabajo, de modo que pudiera ayudar a David. El pobre se la pasa del trabajo a tu casa, de ahí, a su casa, o sino contigo al médico. Debe estar agotado y yo, siendo tu mejor amiga siento que no he podido ayudarle ni apoyarte lo suficiente por culpa del trabajo. Así se lo hice saber a Henry, ¿y sabes lo que me respondió el muy Bastardo?

La miro con cara de consecuencia. No tengo idea, pero por el hecho de que ha renunciado, nada bueno debió de ser.

—Me ha dicho que él no tiene la culpa de que tú te hubieras enfermado. ¡¿Te lo puedes creer! —prosigue ella incrédula y obviamente indignada. Es fuerte, lo sé pero viniendo de Henry, es lo menos que se puede esperar—. Me enfadé tanto que te juro que quise tirarle las tazas que tenía en las manos pero luego pensé que si hacia eso, él quedaría como una víctima en vez del gran

hijo de la puta que es. Así que solté todo lo que tenía en la mano y le dije: “eres un tacaño insensible, un dictador, vamos, que sólo te falta tomarme el tiempo cuando voy al baño. Te he aguantado tus abusos, el que me hayas hecho trabajar como burra, pero ya no más. ¡Estoy harta de ti! —continúa ella con fervor apoyando sus manos en los reposa brazos del sillón e inclinándose ligeramente hacia adelante. Es como si estuviera reviviendo la escena otra vez —... a ver si encuentras otra estúpida a la que puedas explotar, porque esta que está aquí, se va. Así que metete tu trabajo por el c...”

—Molly, te entendí —la corto divertida antes de que se siga emocionando con su discurso. Suspiro hondo—. Lo siento —me disculpo mucho más sería. No me agrada la idea de que se haya quedado sin trabajo por mi culpa.

—Qué va —hace un gesto de la mano para restarle importancia—, no tienes nada que sentir. Tú misma lo dijiste, no podía seguir trabajando para un cretino así.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—No tengo idea —dice al desplomarse en el asiento y cruzarse de brazos—. Pero no me arrepiento, es más, ahora me pregunto por qué no lo hice antes. Debí irme en cuanto te despedió.

Ambas suspiramos y nos envuelve un silencio que sólo es interrumpido por el pitillo de la máquina de la quimio, hasta que de pronto Molly empieza a reírse con una risa histérica.

—¿Qué? —pregunto contagiándome de su risa.

—Sólo recordaba —dice sin parar de reír—. No tienes idea de lo bien que me sentí al mandar a ése cabrón a la mierda.

Me imagino la escena y según las imágenes van tomando forma en mi cabeza, voy asintiendo, hasta que las dos rompemos a reír.

Joder, lo que hubiera dado por ver eso.

—¿Quién era? —me pregunta Molly al verme revisar mi teléfono. Termino de teclear y lo devuelvo al apoyabrazos.

—Daniel.

—¿Qué quería? —pregunta torciendo el gesto. Si antes no le caía bien, desde que empecé con mi tratamiento, no lo tolera. Y, cuando se encuentran en mi casa, estoy consciente que hace su mayor esfuerzo para no decirle unas cuantas cosas.

—Saber cómo estoy.

—¿Y cómo van las cosas entre ustedes? —pregunta con cautela.

—Tan bien como pueden estar.

—¿Eso qué significa?

—No lo sé. Es sólo que desde que estoy enferma, siento que nos estamos alejando.

—¿Y eso por qué? Digo, a parte del hecho de que él siempre está lejos —dice mordaz.

—Cuando empezamos a salir —le confieso ignorando su tono irónico—, él no podía quitarme las manos de encima. Y ahora, a duras penas si hacemos el amor —mis palabras se pierden en un murmullo.

Dije “a duras penas” pero la verdad es que no recuerdo cuando fue la última vez que estuvimos juntos. Tanto, que he llegado a creer que él ya no me desea.

Me duele hacer esa revelación tan íntima, aun tratándose de Molly porque el Cáncer te divide en dos: la parte psicológica y la parte física. Tienes muchos cambios que procesar, los sofocos, cambios en el sueño, resequedad vaginal y además si a eso le agregas que pierdes el apetito sexual, que te vas deteriorando con el paso de los meses. Te sientes fea, poco apetecible y tener un novio ausente no ayuda.

—¿Ya no lo deseas?

—Claro que sí pero cuando él está en la ciudad, no estoy en mis mejores días y cuando estoy más o menos mejor, pues él no está —digo en medio de un suspiro—. Por lo que hace mucho que no estamos juntos y, créeme que lo entiendo. Él siempre está rodeado de mujeres hermosas y cuando llega a casa se topa conmigo. ¿Qué crees tú que ve cuando me mira?

—No digas tonterías. Tú sigues siendo una mujer hermosa —trata de animarme, ése es su rol de amiga, pero no es lo que necesito en estos momentos. Necesito que me deje ser sincera, que me permita derrumbarme. Es lo bueno de poder hablar con David, él entiende que de vez en cuando necesito llorar, necesito lamentarme, dejar de fingir que todo está bien por unos instantes. Pero claro, con él no puedo hablar de mi sexualidad con Daniel. Por muy amigos que seamos, es demasiado vergonzoso.

—Por favor Molly —le pido buscando su mirada—. Tú y yo siempre hemos sido sinceras, no empezamos a mentirnos ahora, ¿quieres? Bien sabes que estoy lejos de estar hermosa, pero eso es lo de menos y lo acepto, porque no queda de otra que seguir adelante. Por suerte doy gracias a YouTube y a todos los tutoriales que existen y te enseñan cómo maquillar tu enfermedad para verte un poco mejor. Pero cuando llegas a tu casa y te quitas esa capa de maquillaje, sólo queda una mujer calva, sin pestañas, sin cejas, pálida, ojerosa, sin expresión. Que se mira en el espejo, buscándose a sí misma pero que no se encuentra porque ya no queda rastro de lo que era —trato de ocultar el temblor de mi voz.

—Lo siento. He sido una mala amiga. Nunca pensé en preguntarte cómo lo llevas realmente. No sabía que te sentías así.

—Es normal que no lo sepas. Yo trato de verme bien para que ustedes no me vean mal y no sufran. Ya bastante tienen con saberme enferma y estar ahí para mí, para que encima le agregue más drama al asunto. Por lo que intento hacer que las cosas sean más llevaderas. Ustedes hacen hasta lo imposible

para estar bien por mí, para que no me derrumbe y eso está bien, porque significa que hay amor, que nos queremos y que aún nos preocupamos por el otro.

—Eres una mujer fuerte Everest, ya verás que pronto vas a volver a recuperar tu belleza.

—Eso ya no me importa —digo con sinceridad.

Ella frunce el ceño. Creo que no es la respuesta que esperaba. Normal, yo siempre he sido una mujer coqueta y muy femenina, que se preocupaba por verse bien.

—No, lo que realmente quiero es seguir riéndome con tus locuras, seguir viendo a David tarareando una canción en mi cocina cuando piensa que no lo estoy escuchando mientras prepara algo para cenar, seguir disfrutando de la dulzura de Paige y descubrir a través de sus ojos que todavía existen personas inocentes en el mundo, pero para ello debo estar viva y eso es lo único que realmente importa Molly, vivir.

Un carraspeo nos hace a ambas voltear la cabeza en dirección de la puerta. Joder, David. Espero que no haya escuchado nuestra conversación.

—¿Hace mucho que estás ahí? —le pregunto con la esperanza de que me diga que no.

—Acabo de llegar —contesta y me invade una sensación de alivio—. ¿Y tú qué haces aquí? —inquire él con los ojos clavados en Molly. Esta le cuenta lo sucedido y él le pregunta si se puede quedar conmigo dado que él tiene algo que hacer.

—Tú ve tranquilo que yo tengo todo el tiempo del mundo —dice Molly.

Capítulo XXXVIII



Empiezo a caminar. Necesito alejarme. No podía mirarla a la cara y correr el riesgo de que se diera cuenta que le había mentado. Nunca lo había hecho, ni siquiera con todo lo relacionado a su enfermedad. Ya fuera malo o bueno, siempre he sido sincero. Pero, sé lo incómodo que hubiera sido para ella darse cuenta de que había escuchado algo tan íntimo. Estoy consciente que no debí quedarme callado y espiarlas. Y no era mi intención, pero fue más fuerte que yo. A penas escuché el nombre de él, me congelé y quise saber en qué punto exacto está la relación de ellos.

Salgo del hospital y empiezo a subir por la Booth Memorial Avenue. Tengo que calmarme antes de volver a verla. Estoy furioso con ése imbécil, conmigo, por haberla dejado en mano de un idiota cómo él. Al inicio, renuncié a decirle lo que siento por ella porque pensé que él la hacía feliz y que yo no tenía derecho. Además una vez me juré que nunca me interpondría en una relación, nunca le haría a alguien lo que me hicieron a mí. Luego, cuando me enteré que estaba enferma, me callé porque pensé que no era el momento de pensar en mí, sino de ocuparme de ella y ahora escucho que el bastardo ni siquiera hace bien la única maldita cosa que se supone debe hacer, hacerla

feliz. Por tanto, no se le está pidiendo mucho. Yo me ocupo de todo, de su tratamiento, de su medicina, de cuidarla, de acompañarla, de escucharla, de animarla... Lo único que se requiere de él cuando está en la ciudad claro, ya que el señor popular al parecer tiene más compromisos que el mismo presidente, es ocuparse de la parte emocional; hacer que se sienta bella, femenina. Llenarla de besos, abrazos, mimos y hacerle el amor pero ni eso es capaz de hacer. ¡Joder, ni que fuera tan complicado!

—Señor, ¿desea que lo ayude?

Giro la cabeza y miro a la señora que está a mi lado con una ceja levantada y la frente arrugada. ¿Por qué tendría que ayudarme?

—Estoy esperando a una amiga y me he dado cuenta que el semáforo ha cambiado dos veces y aún sigue aquí parado —aclara ante mi desconcierto—. ¿Se siente usted bien? ¿Necesita ayuda para cruzar la calle?

Casi me río ante su pregunta. ¿Ayuda, yo? Cómo si alguien pudiera ayudarme.

—Eh, no. Muchas gracias.

Cruzo la calle y me paro frente al Deli que está en la esquina. No tengo hambre, pero de pronto me siento tan cansado. Cansado es una palabra que había decido borrar de mi vida porque no tengo derecho a ella. No se puede estar cansado cuándo la mujer a la que amas enfrenta y pasa por algo tan grande como el Cáncer. Sin embargo, hoy siento las piernas pesadas, como si todo el peso del mundo hubiera caído sobre mis hombros en un abrir y cerrar de ojos. Así que decido entrar, pido un café y ocupo el banco de madera de una de las mesas que está junto a la ventana vitrada que da a la calle. Desde aquí puedo ver el hospital.

«No sé cuántas veces he venido a este hospital en los últimos meses» — pienso a la vez que dejo escapar un suspiro de fatiga.

Cuando te informan que un conocido tuyo padece de Cáncer, te afecta

porque humanamente te condues de lo que pueda llegar a pasarle a tu entorno. Pero, cuándo es la mujer de la cual estás perdidamente enamorado que tiene esa maldita enfermedad, es devastador. Tú mundo se paraliza de golpe, pero realizas que debes reaccionar y convertirte en un roble en el cual ella se pueda apoyar.

¿Qué puedo hacer para proteger a la mujer que amo? Fue la pregunta que me hice al día siguiente de conocer su estado. Informarme para poder cubrir todos los frentes. Y eso es precisamente a lo que me he dedicado en los últimos seis meses. Abarcar, anticipar todo lo que pueda afectarla en alguna manera. Para ello, me pasé días buscando todo lo que tuviera que ver con su enfermedad. Navegué entre páginas y páginas en internet, descubrí que el Cáncer de ovario es uno de los más difíciles de detectar y que cuándo se hace por lo general ya está en una etapa muy avanzado. Nosotros corrimos con suerte. Eso me dio más ánimos para seguir en la búsqueda y en la lucha.

Busqué en foros, leí cada uno de los comentarios que había sobre mujeres que habían pasado por lo mismo. Hablé con los médicos, con las enfermeras para saber cuáles serían los síntomas de manera a anticiparme a ellos, a ayudarla para que fuera mucho más llevadero. Investigué tanto, que estar delante de una computadora hacía que me dolieran los ojos. Entre eso y estar metido todo el tiempo en el hospital, inconscientemente, empecé a descuidar el trabajo. Nunca pensé que algo así me pasaría, soy una persona centrada y celosa de mi trabajo, me gusta lo que hago y siempre lo he hecho bien. Sin embargo, cuándo en una reunión con los demás ejecutivos y el director, éste último me hizo una pregunta y no tuve respuesta. Sabía que la había cagado. Que había un franco en el que estaba fallando y eso era inaceptable.

En el momento que Luke, el director, me llamó a su oficina, temí lo peor. «Perderé mi trabajo» — pensé.

—¿Me puedes explicar qué coño fue eso? —Casi grita Luke cuando atravesé la puerta de su oficina—. Se supone que eres el encargado del departamento de ventas —aunque no era una pregunta, asentí—. ¡Entonces, ¿cómo es posible que te pida un dato tan sencillo como la previsión de venta para el invierno y tú te quedes como si te hubiera pedido los números de la lotería?! —Abrí la boca para explicarle, pero de nuevo volvió a gritar, más fuerte esa vez—: ¡¿Cómo se supone que debo explicar eso delante de los otros ejecutivos?!

—No tienes por qué darles ninguna explicación —respondí encogiéndome de hombros con aire despreocupado. Aunque mantuve la calma, por dentro me estaba carcomiendo los nervios y el miedo. No podía perder mi trabajo. Everest había pedido la baja porque no podía seguir trabajando y pese que me alegré cuando tomó esa decisión porque ella estaba muy cansada y necesitaba centrarse en ella y nada más; también me di cuenta de que era otro frente que debía cubrir. Su tratamiento era muy caro y en vista que ella llevaba poco tiempo en la empresa el seguro no quiso seguir cubriéndole las quimio. Cuando Hope me lo comentó, le pedí que no le dijera nada a ella, que yo me encargaría de todo. Tenía mis ahorros pero aun así no podía darme el lujo de que me echaran.

—Mira David, cuando te presentaste al puesto de encargado en esas pintas que tenías, me dije: “es un tipo extraño pero no estoy contratando un modelo, sino un ejecutivo que saque a flote el departamento” y tus respuestas e ideas para hacerlo me parecieron convincentes, así que te di el trabajo —prosiguió Luke, obviamente cabreado y no lo culpé. Yo no hubiera admito algo parecido en ninguno de mis subordinados—. Y cuando recibí algunas quejas por tu falta de tacto hacia tus compañeros y empleados, les dije que no te había contratado para socializar, ni para que fueras amable, sino para trabajar.

—*¡Y lo he hecho!* —*Sentenció con firmeza. He trabajado noche y día para conservar el puesto que tengo—.* Cuando entré a trabajar aquí, el margen estaba por el suelo, los empleados estaban desanimados porque siquiera llegaban a realizar las ventas suficientes como para cobrar una comisión decente. Tomé el departamento en mis manos y en menos de un trimestre el margen de ganancia había aumentado en un 25% y en cuanto a lo otro, no sabía que para hacer mi trabajo debía aceptar los avances de la supervisora de Marketing o aceptar que una empleada me picara el ojo. *Cómo bien lo has dicho, estoy aquí para hacer mi trabajo, no para agradecerle a nadie y hasta hoy no te había dado un sólo motivo..!*

—*¿¿Un motivo!?* —*Preguntó con incredulidad e ironía—.* *¿Has estado llegando tarde, faltando media jornada y cuándo estás aquí, todo indica que tienes la cabeza en otra parte. ¿¿Se puede saber qué diablos es lo que pasa contigo?!*

Inspiré hondo.

Discutir con él no arreglaría nada.

—*Estoy enamorado* —*solté sin pensarlo. Entre tantas personas que conozco, no pude creer que había escogido a mi jefe para sincerarme. Llevaba tantos meses reteniendo esas palabras en mi garganta, que decirlo en voz alta, me produjo un alivio enorme. Además, era mejor decirlo, si me iba a votar, era mejor que supiera la verdad del por qué he estado tan distraído—.* *Everest está enferma y no tiene a nadie más que a mí.*

—*No sabía que tú y ella tenían algo* —*replicó con calma después de recuperar el habla. Mi confusión lo había dejado fuera de juego.*

—*No lo estamos. De hecho, ella ni siquiera sabe lo que siento por ella.*

Sus ojos se abrieron de par en par, obviamente asombrado. Incluso yo mismo me di cuenta lo patético que había sonado eso.

Luke se dejó caer en su asiento.

—Espero que no se vuelva a repetir —dijo después de un rato y con un gesto de la cabeza me dio a entender que saliera de su oficina. Creo que sintió pena por mí o puede que sólo estuviera incómodo con mi confesión.

Esa misma tarde, Hope me llamó por teléfono y me dijo que era libre de ir y venir a la oficina, siempre y cuando organizara y tuviera pendiente de mi trabajo.

En la tarde cuando me iba a casa, después de haber hecho la proyección de ventas para ése invierno, me topé con Luke en el vestíbulo, lo miré, me miro y con una leve inclinación de la cabeza, nos comprendimos. Él me daba la autorización para que luchara por el amor de mi vida sin tener la necesidad de cumplir un horario y yo le daba las gracias.

Otro franco cubierto. Sin embargo, incluso tendiendo todos los francos cubiertos no podía evitar que Everest sufriera, no podía frenar los vómitos, ni la caída de su pelo y, Dios bien sabe que si se me hubiera permitido raparme yo la cabeza con tal de que ella conservara su melena y evitarle ése trauma, lo hubiera hecho con los ojos cerrados.

Cada vez que la veía retorciéndose de dolor, era una puñalada que recibía mi corazón, no lo resistía. Y aunque por fuera parecía estar entero, por dentro me estaba muriendo de dolor.

Estaba desesperado y tenía miedo de derrumbarme en cualquier momento.

—¿Cómo lo llevas? —me preguntó mi papá sentándose al lado mío en el sofá y pasándome una cerveza. Mi mamá me había llamado para que pasara a buscar algo que ella había preparado de comer. Lo miré y sonreí al darme cuenta que me habían embaucado. La comida había sido una treta para hablar conmigo. Mi papá nunca me pregunta las cosas, él siempre espera que sea yo quien me dirija a él y el hecho de que hayan inventado

una excusa para hacerlo, debe ser la muestra de que estaba hecho una mierda—. Y no te estoy preguntando sobre la enfermedad de Everest, porque eso es obvio. Me refiero a lo que sientes por ella.

No me sorprendí de que lo supieran, al parecer todo el maldito mundo lo sabía, todos menos ella.

Pensé en Daniel que había llegado de su viaje por Europa, lo que significaba pasar menos tiempo con ella. Me ardía la sangre por los celos.

Suspiré hondo y dejé caer mi cabeza en el respaldo alto del mueble, pensando y organizando mis palabras antes de dejarlas salir de mi boca.

—Estoy jodido —dije y, después le di un largo sorbo a mi cerveza.

—Hijo, entiendo que después de lo que pasó con Samantha cuestiones tus sentimientos hacia esa muchacha, pero no deberías, Everest no tiene nada que ver con ella.

—No tengo miedo. Hace mucho que dejé de tenerlo.

—¿Y por qué no se lo has dicho?

—Es complicado.

—Simplifícalo —insistió. Conociendo a mi padre, estaba seguro de que no saldría de ahí sin haber soltado la sopa. Además, entendí que era hora de que hablara con alguien sobre el torbellino de emociones que representaba Everest en mi vida.

—Al principio estaba confundido sobre mis sentimientos hacia ella, pensé que lo que sentía era algo físico, una atracción que pasaría pronto, pero no fue así. Se me fue metiendo cada día más bajo la piel. Quería estar con ella a cada momento, hablar sobre cualquier cosa, siempre y cuando fuera con ella, tocarla, besarla... —confesé con sinceridad. Con mi padre siempre hemos tenido una excelente relación, en la que solemos hablar abiertamente. De manera que no me daba vergüenza decirle esas cosas—... Entonces entendí que estaba enamorado, pero ella no estaba libre. Así que

me callé. Después ella se enfermó y no quise decirle nada para que...

—No llegara a pensar que lo que haces por ella, lo haces buscando su agradecimiento —me interrumpió, demostrando lo bien que me conoce.

—Exacto. Prefería seguir viéndola en brazos del imbécil que tiene por novio, a que esté conmigo por agradecimiento. Tú y yo sabemos que hubiera hecho lo mismo si Paige estuviera en su lugar, claro que, queriéndola cómo lo hago, las cosas son mucho más difíciles para mí. Y te juro papá que estoy agotado y no hablo físicamente, más bien al nivel emocional. Estoy cansado de aguantar las ganas que tengo de abrazarla y no soltarla jamás, cansado de fingir que no me afecta saber que está con otro que no la merece, cansado de pretender que todo está bien, cuando en realidad tengo un nudo en el estómago que no me deja vivir en paz por el miedo de que algo salga mal, de no saber si estoy haciendo las cosas bien y sobre todo, estoy cansado y harto de hacerme la misma pregunta: “¿qué pasará conmigo cuando todo esto acabe y ella esté bien y vuelva a su vida?”

—Hijo, ¿y por qué no buscas ayuda, alguien con quién puedas hablar de todo esto? —preguntó mi mamá saliendo de la cocina. La verdad me sorprendió que no haya salido antes. Estaba seguro de que había estado pendiente de toda la conversación.

—El doctor nos dijo para que fuéramos a un grupo de apoyo, pero Everest no quiere. Además tampoco lo necesita, para eso me tiene a mí.

—No hablo de Everest cariño, hablo de ti —la miré sorprendido. La verdad no había pensado en ello—. Tú sabes que nos tienes a nosotros para lo que necesites. Pero seamos honestos, nosotros no conocemos a nadie que haya padecido esa enfermedad por lo que no sabemos lo que se siente, quizás deberías hablar con alguien que haya o esté pasando por lo mismo que tú. Alguien que pueda orientarte y responder a todas tus dudas. Por lo menos, a lo que la enfermedad de ella se refiere, porque lo que es lo otro,

sólo tú puedes ponerle remedio a lo que estás sintiendo y creo que eso sólo pasará cuando decidas decirle lo que sientes por ella.

Al salir de casa de mis padres llamé a Shirley y le pregunté cuando se reuniría el próximo grupo de apoyo. Fue la mejor decisión que he tomado. Me ayudaron a comprender muchas cosas.

Recuerdo la primera reunión a la que asistí. Estaba nervioso e impaciente. Y, mientras cada persona se ponía de pie para contar su historia, yo me sentía más identificado con cada una de ellas. Compartíamos la misma angustia, el mismo miedo, la misma rabia y el mismo sentimiento de impotencia. Para cuándo llegó mi turno ya no estaba nervioso. Estaba dispuesto a conseguir respuestas a mis miedos y a contar mi historia.

“¿No se detecta con una prueba de Papanicolaou?” —me preguntaron con asombro las mujeres al escucharme.

¿Qué puedo hacer para que todo sea más llevadero para ella? —fue la primera pregunta que hice porque era la que más me interesaba.

“Estar ahí para ella”

“Quererla”

“Mimarla”

Fueron muchas de las respuestas que me dieron.

“Dejarla quebrarse, dejar que se muestre vulnerable. Permitirle llorar. Está pasando por una etapa bien dura y tiene derecho a pasarlo mal. Así que no le pidas que sea fuerte todo el tiempo.”

A mi parecer esa fue la mejor respuesta de todas. Porque la verdad estaba harto de escucharla sollozar bajo el chorro de agua de la ducha a través de la puerta porque pensaba que era mejor dejarle su espacio, cuando todo lo que quería era abrazarla y beberme hasta la última de sus lágrimas.

—Puedo con esto —dijo Everest infringiéndose valor una noche que

estuve en su casa mientras sostenía una jeringa en la mano.

—¿Estás segura? —pregunté. Veía en su rostro la indecisión. La mezcla de miedo y angustia de tener que pincharse ella sola.

—¡Claro que sí! —Replicó con demasiada efusividad para mi gusto—. No es complicado, pillas el michelin al lado del ombligo, pinchas y para adentro —prosiguió ella con su explicación. Mostrando una sonrisa totalmente fingida al tiempo que retenía las ganas de llorar. Era obvio que estaba aterrada. ¡Era una inyección en la tripa! Por muy pequeña y fina que fuera la jeringa, ¡seguía siendo una maldita inyección! Tenía derecho a estar asustada.

—Si quieres llorar, hazlo. Si quieres maldecir, hazlo. No tienes que aparentar estar feliz cada maldito momento del día —le dije harto de ver tantas sonrisas fingidas. Ni que fuera el maldito guasón. Sé que fui rudo, pero ella tenía que entender que podía estar harta de tantas agujas, como si no tenía suficiente con los análisis que le hacen cada diez días. Ahora también tenía que pincharse durante cinco días. Estaba en su derecho de estar molesta, asustada. Además, yo necesitaba saber cuándo estaba bien y cuando no y, el hecho de que se la pasara sonriendo todo el tiempo me complicaba la tarea. Tenía que esforzarme doblemente para determinar su estado de ánimo.

Entonces, así lo hizo, lloró.

—Estoy aterrada —me dijo en medio de las lágrimas—. No voy a poder hacerlo yo sola.

Tomé la jeringa de su mano y armándome de valor, porque la idea de lastimarla en cualquier forma me dañaba a mí también, la pinché. Nunca había hecho algo parecido. Fue tan doloroso para mí como para ella, pero era un mal necesario y ambos lo sabíamos.

Desde ése momento ella supo que podía fingir con todo el mundo, menos conmigo.

—¿No le gustó el café? —me pregunta la dependienta del Deli, devolviéndome al aquí y ahora.

—Este... sí, claro.

—Pero si no lo ha tocado —dice antes de hacer una mueca con la boca y me avergüenzo de haberle mentido.

—Lo siento.

—¿Está usted bien? —inquire arqueando una ceja, preocupada.

—Sí, gracias.

Ella asiente no muy convencida y se gira para regresar a lo suyo.

—Disculpe —la freno—, ¿tendría la amabilidad de regalarme una hoja y prestarme un lapicero?

—Enseguida.

—Gracias.

Al rato me trae lo que le pedí. Mis ojos bailan entre el hospital y la hoja de papel.

«Ya no me puedo seguir callando» —pienso en el momento que agarro el lapicero.

Capítulo XXXIX



—Buenos días chicas —saludo al grupo de enfermeras detrás del mostrador—. Eso es para ustedes —digo al momento que extiendo una caja de bombones es su dirección—. Y esta es para ti —prosigo girándome hacia Shirley—. Gracias por todo. Por cada palabra de aliento, cada gesto de cariño que has tenido hacia mí durante estos seis meses. No tengo palabras para agradecerle a cada una de ustedes.

—Cariño pero si tú eres un sol, no te quejaste ni una sola vez —me dice Shirley rodeándome en un tímido abrazo. Es muy dulce pero eso no es cierto. Claro que me he quejado, simplemente que lo he hecho delante de David y de nadie más—. Espero volver a verte —continúa con una sonrisa que yo imito.

—Yo también, pero sólo de visita —bromeo.

Shirley y las otras dos enfermeras se ríen. Incluso yo me uno a ellas.

Estoy de buen humor. Hoy es mi último ciclo. Y una mezcla de felicidad, anticipación y nerviosismo me envuelve. Llevo meses esperando este día y por cada sesión que pasaba me decía: “¡ufff, una menos!” Muchas cosas han pasado desde que inicié este viaje. Horas de quimio en las cuales no disfrutaba nada pero que gracias a personas maravillosas, fueron más

llevaderos. Malestares, vómitos, un cansancio enorme y muchos dolores, es el resumen de esta enfermedad, pero no con lo que me quedo. Porque mientras una parte de mí se debilitaba, otra se hacía más fuerte. Algo así como Sansón. Sin embargo, mientras él se hacía más débil por perder algo que para mí ahora es tan insignificante, el cabello, yo me he hecho más fuerte y siento que podría enfrentar cualquier cosa.

—¿Lista para el último baile?

—Oh sí, Baby.

Y así empieza el proceso que ya conozco también.

Ya he visto al Doctor Manson y me ha dado la hora buena por terminar esta etapa de mi vida y esperando que todo lo que pase a partir de ahora sean buenas noticias.

—Tú y yo nos enfrentamos por última vez —le digo a mi suero de vida, una vez que Shirley termina de enchufarme. David sonrío pero no de forma auténtica. No sé lo que le pasa, pensé que al igual que yo, estaría en una nube. Sin embargo, es todo lo contrario, parece distraído, no deja de moverse incómodo en el asiento, como si estuviera nervioso.

—¿Empiezas tú o empiezo yo?

—¿Qué cosa? —pregunta distraído.

—A leer —contesto al tiempo que señalo el libro que lleva entre las manos como si su vida dependiera de ello—. Aunque si te soy sincera, estaba tan ansiosa que a noche no dormí y estoy cansada. Así que prefiero que empieces tú. Además, a mí me encanta escucharte leer, me relaja.

—¿Quieres empezar a leer ahora? —vuelve a moverse en el asiento incómodo, creo que se ha puesto pálido.

—David, ¿Te encuentras bien? —inquiero en alerta. Me estoy empezando a preocupar.

—Sí.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—Nada.

—¿Seguro?

—Sí —contesta, pero no le creo.

De acuerdo, esta otra vez con las monosílabas, sinónimo de que algo no anda bien.

«Le voy a dar unos minutos y si no empieza a hablar, me va a tocar sacarle la verdad con cucharita» —pienso y después agarro mi teléfono para enviarle un mensaje a Molly. Hoy tiene una entrevista de trabajo y quiero desearle buena suerte una vez más.

Una hora más tarde, David sigue callado, pensativo y yo no aguanto más. Estoy demasiado ansiosa para esperar más tiempo.

—David, ¿qué es lo que sucede? Y no me digas que nada porque que nos conocemos bastante bien y sé que algo te está rondando por la cabeza.

—Este... ¿sabes qué? Acabo de recordar que tengo algo que hacer. Regreso en seguida —dice levantándose de la silla—. Si quieres empieza a leer...—me aconseja empujando el libro hacia mí—... y cuándo yo regrese lo hablamos, ¿de acuerdo?

Su comportamiento me está empezando a asustar. Nunca lo había visto así de nervioso.

—De acuerdo —digo escéptica

Sale apresurado del cuarto y luego se devuelve.

—Tú empieza a leer, ¿ok? —insiste desde el quicio de la puerta.

—De acuerdo —contesto mientras asiento.

Cuando David se va, me quedo con la vista clavada por donde se ha marchado.

«Eso ha sido raro».

¿Qué será lo que le está pasando?

David nunca me hubiera dejado sola, al menos que no fuera algo de suma importancia. Entonces, ¿por qué no me lo cuenta?

«¿Y si el médico le ha dicho algo con respecto a mi tratamiento y él no se atreve a decírmelo?»

Pero el Doctor Manson dijo que todo está bien.

Sacudo la cabeza para alejar todos esos pensamientos de mi mente. Estoy a punto de abrir el libro cuando una visitadora inesperada se presenta ante mí.

—¿Pero tú que haces aquí?

—Tomé la mañana libre para hacer una diligencia y al pasar por enfrente de un kiosco vi esto —dice Paige al tiempo que me muestra una revista en la cual Daniel aparece en la portada—. Y me dije: “tengo que enseñárselo a Eve. ¡Ya!”

—Ah —es todo lo que logro decir. Últimamente lo veo más en las portadas que en persona. La verdad no sé cómo me siento con eso. Quiero ser comprensiva pero a la vez me fastidia.

A principio me dolía mucho esta brecha que se ha creado entre nosotros, pero ahora no lo sé, creo que me ha dejado de importar. Además, está David, quién se ha portado tan lindo conmigo y no dejo de preguntarme, ¿qué pasará ahora que todo esto termine? ¿Se volverá a comportar distante y frío?

No lo creía, pero su comportamiento de hace un rato me ha dejado mucho en qué pensar.

—¿Qué sucede? —inquire ella, quizás al darse cuenta de mi falta de entusiasmo.

—Nada —respondo y sonrío. Daniel es un tema del que no me apetece hablar ahora mismo. Aún sigo molesta con él porque no pudo estar presente hoy. Joder, he pasado seis meses tomando quimio y para cada una de ellas siempre se le ha presentado un compromiso del cual no se ha podido zafar. La

última es que está enrollado con la presentación de la campaña otoño-invierno. No logro entender cómo estando en febrero, ya estén anunciando lo que estará a la moda al final de año. Pero bueno, yo de moda no sé mucho por no decir nada, así que me quedo callada. Lo único es que cuando me anunció que no llegaría a tiempo para mi último tratamiento, la noticia no me hizo ni la más mínima gracia—. A ver cuéntame, ¿dónde andabas?

—Fui al oculista, tengo que cambiar mis lentes, aunque estoy pensando en ponerme lentes de contactos —me informa al tiempo que se sienta en el sillón del al lado—. ¿Tú qué piensas?

—Lo importante no es lo que yo piense, sino cómo te sientas más cómoda —algo que ha hecho la quimio es replantarme los valores que van más allá del aspecto físico.

—No lo sé. Aunque te confieso que me gustaría probar los de contactos a ver qué tal.

—Pues hazlo. También puedes usar los dos y ver con cuál te sientes mejor.

—No lo había pensado. ¿Y David? Pensé que estaría contigo.

—Salió. ¿Sabes una cosa? Hoy anda de lo más raro —se lo menciono a ver si ella sabe algo.

—Debe de estar cansado —dice al mismo tiempo que hace un gesto de la mano para quitarle importancia.

—Me han dicho que una de nuestras pacientes se marcha hoy —dice Chris atravesando la puerta con una enorme sonrisa y podría jurar que al ver a Paige esta se ha agrandado—. Así que he venido a darte la enhorabuena.

Yo sonrío.

—Gracias, pero esto no es una despedida. Tú y yo tenemos una cita para ir a visitar mi princesa Maya.

—Lo sé, pero aun así quise venir a felicitarte —agrega él al pararse a

mi costado—. Ya puedes decir que eres una sobreviviente.

¡Sí! Tengo cita con el médico en dos días pero estoy segura que todo estará bien.

—¿Y cómo estás? —me pregunta con la vista clavada en mi pelirroja favorita. Pero ella está ojeando la revista y ni se entera.

—Feliz —contesto con sinceridad. ¡Por fin voy a recuperar mi normalidad!

—Me alegro. ¿Y a ti, qué tal te va? —pregunta sin poder contenerse en dirección de Paige.

—Bien, gracias —responde ella educadamente antes de volver a clavar la vista en la jodida revista. ¿Cómo no se ha da cuenta de cómo la mira?

—Este, Chris... ¿Por casualidad piensas o encuentras que David es atractivo e interesante? —pregunto y por fin logro que Paige levante la vista de la dichosa revista.

—¿Es una pregunta con trampa? —me pregunta Chris divertido.

Levanto la vista y lo miro directo a sus ojos marrones para que entienda que voy en serio.

—Este.. eh..., no. O sea, es un tipo simpático pero no me he fijado si es atractivo —dice obviamente incómodo con mi pregunta. Ladeo la cabeza y con una sonrisa de suficiencia miro a la chica fuego que está roja como un tomate. Ella clava su mirada en mí, quizás preguntándome con los ojos si me he vuelto loca. Pero no me importa. Necesito que se espabile, que viva. Que se dé cuenta que la vida es muy corta para que la desperdicie pensando en lo que pudo o no pasar con Brad.

—Bien. Entonces, ¿por qué no invitas a Paige a tomarse un café?

—Claro, digo si ella está de acuerdo —replica con asombro, puede que por mi atrevimiento. Quizás nunca pensó que yo haría algo así. Y Paige, por la mirada que ha lanzado, de seguro, tampoco—. Yo estaré más que encantado.

—Pero yo no puedo dejarte sola —protesta ella mientras me acribilla con la mirada.

—Por favor Paige, aún seguiré aquí cuando regreses. Créeme.

Ambos se miran, ella colorada y Chris un poco incómodo pero a la vez agradecido. Paige se queda quieta. Tengo miedo de que deje al pobre de Chris ahí parado, como si fuera un tarado.

«Debería insistir» —pienso.

No, mejor le dey tiempo a que reaccione.

—Sólo será un café —insiste Chris al ver la indecisión de mi amiga. Yo quisiera patear el sillón para que se pare de una vez. Es un excelente muchacho.

—De acuerdo —acepta al mismo tiempo que se levanta. ¡Uf! De verdad por un momento llegué a pensar que le diría que no—. Regreso en seguida — me dice y deja la revista encima del libro de Dan Brown.

—Tú tranquila que no hay apuro.

Ella me crucifica una vez más con la mirada y yo le saco la lengua divertida.

Al cabo de un rato aún estoy sonriendo por mi travesura, cuando bajo la cabeza y mis ojos se topan con la portada de Vogue.

Agarro la revista y decido echarle un ojo. En algo debo de entretenerme y David aún no ha llegado.

No le doy muchas vueltas y voy directamente a la página dónde está el artículo sobre él.

“En un espacio inundado por un profundo oscuro, sólo iluminando discretamente la pasarela —una clara declaración de que lo importante no es el lugar sino la colección misma— Gucci nos presentó su nueva propuesta para lo que será lo más esperado de éste final de año. La apertura del gran show la hizo su más reciente adquisición, Daniel Aguirre. Un modelo español

que se lució en la pasarela arrancando más de un suspiro entre las féminas presentes, con su elegancia y sensualidad. Demostrando una vez más porqué es el hombre del momento.”

Cierro el artículo de golpe. Se me quitaron las ganas de leer cualquier cosa.

Entiendo que éste totalmente enfocado en su carrera, pero y yo, ¿en qué lugar quedo yo en su vida?

«Es obvio que en el primero no es».

Él y David son tan distintos.

¿De verdad, después de todo lo que me ha tocado vivir me voy conformar con las migajas de lo que él pueda darme?

No lo creo.

No puedo creer que en algún momento consideré la idea de vivir con él. ¿En qué rayos estaba pensando?

Pero se acabó, llegó la hora de hacer algunos cambios en mi vida.

Al regresar Paige hablamos un poco, no me contó mucho sobre Chris pero creo que le ha caído bien porque el café duró alrededor de una hora. ¿Quién dura una hora bebiendo café con un chico sino le interesa?

Le comenté sobre David, del hecho que somos inseparables y que tengo miedo de que algo cambie ahora que termine el tratamiento. Ella piensa que a lo mejor él se siente de la misma forma. Así que, cuando David regresa y no me quita los ojos de encima, le dedico una mirada alentadora. Esperando que comprenda que todo seguirá igual entre nosotros.

Cuando Shirley viene a desenchufarme y a darme mi libertad. Condicionada, porque seguiré haciendo análisis y pruebas mientras viva, pero libertad al fin y al cabo, me embarga una abrumadora sensación de alivio que no puedo explicar. Podría llamarse felicidad, pero mucho más grande y más intenso que eso.

Le lanzo una mirada a la sala, a la cual espero nunca más tener que volver. Me despidió una vez más de ése maravilloso ejército blanco que me ha rodeado durante todo este tiempo.

En todo el camino a la casa, David no dice nada. Sólo me mira. No me toca, no me sonríe y odio esa sensación e distancia que ha creado entre nosotros. No lo soporto. De manera que cuando llegamos a mi piso, siguiendo el consejo de Paige, me lanzo al pozo.

—David, sé que estás preocupado de saber qué pasará entre nosotros después de lo de hoy... —empiezo a decirle mientras gira la llave en la cerradura de mi puerta. Nos hemos acoplado también que ya él abre y entra en mi casa como si fuera rey y señor del lugar. Me gusta esa sensación. Él se detiene y me mira expectante—... pero quiero que sepas que todo seguirá igual. Eres un gran hombre y excelente amigo, no quiero perder eso.

Apenas esas palabras salen de mi boca su rostro se contrae. Tiene la mandíbula apretada. Es como si le dolieran mis palabras.

No entiendo esa tristeza que veo en su mirada. Pensé que le haría feliz saber que nada se interpondría entre nosotros. Que seguiríamos juntos pase lo que pase.

—Entiendo —lanza un suspiro abatido—. Te prometo que cumpliré mi promesa. Siempre podrás contar conmigo —me avisa con la voz suave. Es un hombre tan grande, tan fuerte y pareciera que se fuera a quebrar en cualquier momento y no entiendo el por qué—. ¿Me dejas darte un abrazo?

Es una petición extraña. Él nunca me pide un abrazo. Él siempre sabe cuándo lo necesito y me lo da sin previo aviso.

¿Qué está pasando?

—David, ¿estás bien?

Él asiente y yo lo rodeo con los brazos. Me mata verlo tan triste.

David aprieta sus brazos alrededor de mí, como si quisiera sentirme cerca. Me aprieta tanto que casi duele pero me quedo callada. Comprendo que a lo mejor lo necesita y él siempre ha estado ahí para mí, ahora me toca a mí estar ahí para él.

Es extraño, David me ha abrazado un montón de veces pero esta vez se siente diferente.

—¿Se puede saber qué significa esto? —nos interrumpe la voz furiosa de Daniel. David me suelta y después de recuperarme de la sorpresa de ver a Daniel en el peldaño del escalón, lo fulmino con la mirada. Él no tiene derecho a estar enfadado—. Acabo de hacerte una pregunta, Eve —prosigue con el tono endurecido.

—Te aconsejo que moderes tu tono —dice David, o mejor dicho, casi gruñe con el cuerpo entero en tensión. Tengo la impresión de que en este preciso momento, quisiera tirarse encima de Daniel y descuartizarlo.

—Tú a mí no me dices que tengo que hacer —suelta Daniel dando un paso amenazador en dirección de David. Me quedo incrédula.

¿Qué diablos ha sido eso? ¿Con qué derecho?

«Con el que le he dado yo» —pienso enfadada conmigo misma.

—Daniel, te sugiero que te calmes —le pido, con miedo de que se vayan a agarrar a golpes aquí mismo. Joder, me acaban de dar mi última sesión de quimio, debería estar festejando, estar feliz y no estar presenciando este arranque de celos injustificado. Pero me va a oír—. David, Daniel y yo tenemos que hablar. Creo es mejor que te vayas a casa. Te llamo en un rato, ¿sí? —en una décima de segundos, su rostro cambia. Pasa de la rabia que siente hacia Daniel, a una mezcla de confusión y tristeza. Me duele pedirle eso, pero tengo que ponerle los puntos sobre las íes a Daniel y no es prudente que él esté presente—. Por favor —insisto al ver que no se mueve.

De pronto se ve cansado y derrotado. Deja caer la cabeza y sin decir una

palabra se va.

«Fui injusta lo sé» —pienso respirando hondo.

Ya lo llamaré más tarde y le explicaré todo.

Abro la puerta de mi casa y le hago un gesto a Daniel para que pase.

Siento como me arde la sangre. Estoy furiosa.

—¿Se puede saber qué fue eso? —Casi alzo la voz cerrando la puerta con fuerza detrás de mí.

—Eso mismo te pregunto yo a ti —contraataca dejando caer su bolso de viaje al suelo—. Llego de un viaje de más de siete horas para encontrar a mi mujer abrazada de otro hombre.

Por su tono diría que está ofendido.

¡Pero será el colmo!

—Ése “otro hombre” cómo lo acabas de llamar, tiene un nombre —estallo—, y en vez de comportarte como un energúmeno, deberías darle las gracias por cuidar de “tu mujer” como bien te jactas en llamarme —mi voz va en crescendo y el rostro de Daniel se dulcifica—. Porque mientras tú estabas de shooting en shooting, de pasarela en pasarela, él, el hombre al cuál le acabas de faltar el respeto, con tus celos absurdos de macho gallego, ¡ha estado cada minuto conmigo, apoyándome, cuidándome, acompañándome, haciendo, lo que se supone tú debías haber hecho pero que no hiciste!

—Eve, yo...

—¿Sabes qué? —lo corto. Desde hace meses he estado confundida, pero ahora lo veo todo claro y de nada sirven los reproches ni discutir—. Ahórrate tu explicación porque no la necesito. Dios sabe que me ha costado, pero me he callado todos estos meses porque es tu carrera y he intentado entenderte pero se acabó, no quiero seguir con esto...

—¿Qué quieres decir con eso? —su mirada se torna cautelosa. Como si hiciera esa pregunta pero en el fondo no quisiera escuchar la respuesta a pesar

de que ya la conoce.

—Es mejor que dejemos lo nuestro hasta aquí —suelto con firmeza sin abandonar su mirada.

—Eve, yo sé que no he estado presente y no tienes idea de cuánto lo lamento pero yo no quiero que terminemos. He hecho hasta lo imposible para venir hoy y estar contigo, porque sé que es un día importante para ti. Además también quería decirte que me pienso tomar unas largas vacaciones para que recuperemos el tiempo perdido, solos tú y yo. Sin Susan, sin los paparazzis, sin nadie que nos pueda molestar —explica mientras que la sensación de pérdida se abre paso en sus ojos—. Eve, yo te quiero y aunque no he sido el mejor de los novios, ni he estado ahí haciendo lo que debía hacer, yo quiero estar contigo. Por favor démonos otra oportunidad.

Suena muy bonito todo lo que acaba de decir.

“Te quiero”

Hubiera dado un mundo por escuchar esas palabras meses atrás pero el pasado no se puede recuperar y a mí esas palabras ya me han dejado de importar.

Podría lanzarme en una larga discusión llena de gritos y reproches pero de nada serviría porque al final todo se resume a que me tuvo y no supo valorarme; a que “querer” es “poder” y él no quiso o por lo menos no lo intentó lo suficiente.

—Lo siento Daniel pero es mejor que te vayas —digo abriendo la puerta.

Capítulo XL



Una vez que Daniel se va, le marco a David. Necesito hablar con él y explicarle por qué le pedí que se fuera, pero no me responde. Insisto tres veces y es el mismo resultado.

Cansada y no sólo físicamente, sino también emocionalmente, me dejo caer en mi cama.

Dos horas después escucho la puerta de entrada abrirse y casi doy un brinco de alegría, sin embargo, me llevo tremenda decepción al ver que no se trata de David.

—¿Y esa cara? —me dice Molly cuando entro en su campo de visión.

—Pensé que era David —respondo dejándome caer en el mueble.

—¿Y dónde está? —Demanda ella dejándose caer a mi lado en el sofá—. Yo venía pensando que íbamos a celebrar tu libertad. De hecho, vine con la esperanza de encontrarlo cocinando uno de esos platos que él preparará... —prosigue quitándose los zapatos de tacones con los pies—... que a ti te saben a rayos pero que en realidad son súper delicioso y que a mí me caen de lo más bieeen —me mira divertida y yo sonrío—. Mira que eso de comer sano, para mí era impensable, pero es que David cocina tan rico que desde

que él hace la cena como súper bien e incluso, creo que hasta he perdido unas cuantas libras.

—Pues esta noche creo que tendrás que prepararte la cena tu solita porque se ha marchado y creo que está molesto conmigo.

—¿Contigo? ¡Imposible!

—Ni tanto. Ya lo he llamado varias veces y no me responde.

—¿Qué has hecho?

La miro con asombro, ¿por qué tiene tan claro que yo he sido la culpable?

«Será porque lo eres».

«Y porque David es un sol».

Le explico a Molly lo que ocurrió y si antes me sentía mal por haberle pedido que se fuera, al ver la cara de incredulidad y enfado de Molly, hace que me sienta peor.

—¿Pero es que tú estás tonta o qué? ¿Cómo se te ocurre hacer algo así?

Resoplo.

Ya sé que estuvo mal y no necesito que me lo recuerden.

Estoy fatal.

Me duele la cabeza.

—Molly ya te expliqué mis motivos.

—La verdad es que no te doy una colleja porque has recibido tu tratamiento y me imagino que no estás bien pero sobre todo, porque me acabas de dar la mejor noticia del año. Ya era hora de que mandarás a freír papas al idiota ése.

—Pensé que no habías escuchado esa parte —digo con ironía y ella entorna los ojos.

—Bueno, estoy segura en cuanto David sepa los motivos por los cuales le pediste que se fuera, se le pasará el enojo en un santiamén.

Me mira y sonrío picara, como si ella supiera algo que yo no.

—¿Y cómo te fue en la entrevista?

Ella suspira hondo.

—Creo que bien. Ahora sólo falta que me llamen.

Seguimos hablando por un rato más. En vista de que David no va a venir, Molly decide quedarse a pasar la noche.

A las nueve le mando un mensaje de buenas noches a David y le digo que mañana tengo algo importante que decirle. A las doce, el chivato del WhatsApp me informa que no lo ha leído.



Al día siguiente Molly se pasa toda la mañana conmigo, me siento un poco pesada, me duele la cabeza y David no ha dado señales de vida. Llamo a Paige para preguntarle si sabe algo de él, ella me informa que está en la oficina.

¡Uf! Respiro más tranquila, ya que en mi cabeza se habían formado todo tipo de imágenes: desde accidente de carro a secuestro.

Sí, lo sé, suelo tener una imaginación bien grande cuando estoy preocupada.

En la tarde le marco pero nuevamente no me responde. Estoy empezando a cabrearme. Odio cuando se encierra sobre sí mismo.

Entiendo que éste molesto. Pero, ¿por qué no habla conmigo? Prefiero que me grite y me peleé a que pase de mí de esa forma. ¡Somos adultos, de por Dios! Además, pensé que ya habíamos superado esa etapa.

Aprovecho que Molly bajó a comprar algo de comer para ella, porque yo tengo el estómago tan cerrado que no creo que logre pasar nada y tomo el libro que David y yo habíamos empezado a leer.

—Bueno Robert, será tu turno de hacerme compañía esta tarde —digo mirando la cubierta del libro.

Lo abro y me cuesta leer dos líneas coherentemente. No dejo de pensar en David.

Suspiro hondo y trato de apartarlo de mis pensamientos para poder concentrarme y disfrutar de la lectura.

Cuando paso a la página siguiente, encuentro un papel blanco doblado a la mitad.

Al principio dudo si abrirlo o no, dado que el libro es de David y puede que sea algo personal. Sin embargo, la curiosa que llevo dentro, puede más que yo.

Querida Everest,

¿Quieres saber qué veo yo cuando te miro?

Veo una mujer fuerte, hermosa, luchadora y de profundos sentimientos, debo reconocer que un poco loca, pero no serías tú sin ese toque de locura.

Te conozco desde hace poco pero con tu risa y espontaneidad has logrado lo que muchas no han hecho en años.

Dios, hemos compartido tantas cosas que debería ser fácil para mí hablar contigo. Seguro te preguntarás por qué te escribo estas líneas cuando bien podría decírtelo en persona; la respuesta es simple: porque tengo miedo de mirarte a los ojos y que me falten las palabras, miedo de enfrentar tu rechazo al confesarte que te quiero, que llevo enamorado de ti desde que tropezamos aquel día.

Qué locura, ¿no? A mí también me costó creerlo al principio.

He salido a caminar por ahí durante el tiempo que leas estas líneas, para darte el chance de pensar en ello, no estoy siendo justo lo sé, yo he

tenido tiempo de sobra para meditar mis sentimientos por ti, mientras que sólo te estoy dando unos instantes para pensar si crees posible que puedas llegar a quererme aunque sea tan sólo un poco.

Si la respuesta es afirmativa, quiero que sepas que no sólo te voy a querer, sino que también te voy a cuidar y llenaré tu vida de pequeños detalles que harán que nuestros días sean muy grandes.

Si tu respuesta no resulta ser lo que yo espero, descuida, te prometo que nada cambiará entre nosotros, haré como si nada de esto hubiera pasado y seguiré siendo sólo tu amigo.

Todo tuyo, y si me aceptas, siempre tuyo,

D.

Me quedo de piedra.

Mi boca se abre y el corazón empieza a martillarme a toda velocidad.

¡No puede ser!

«¿Pero en qué momento?» —pienso totalmente bloqueada. Entonces, las imágenes de lo sucedido ayer con David me vienen a la cabeza como flashes de una película.

Su comportamiento, su nerviosismo... El hecho de que insistiera tanto en que leyera el libro.

“Enamorado de ti desde que tropezamos aquel día.”

«¿David, enamorado de mí?»

Pero, ¿cómo?

Con las manos temblorosas vuelvo a leer la carta. Termino en la última frase y vuelvo a empezar. Una y otra vez.

Me llevo la mano a la boca para retener un sollozo.

“Si tu respuesta no resulta ser lo que yo espero, descuida, te prometo que nada cambiará entre nosotros, haré como si nada de esto hubiera pasado y seguiré siendo sólo tu amigo.”

Ahora entiendo su respuesta.

“Te prometo que cumpliré mi promesa. Siempre podrás contar conmigo”

Dios mío. Ahora entiendo por qué se veía tan afligido. Él pensaba que yo había leído la carta y que lo estaba rechazando.

«Pobrecito, todo lo que ha tenido que sufrir».

¿Cómo se pudo callar algo así tanto tiempo?

¿Cómo no me di cuenta?

Necesito hablar con él.

Agarro mi teléfono y empiezo a buscar el último número que marqué. Estoy a punto de pulsar el botón para llamar, pero me detengo.

«No. Algo así debe hablarse personalmente».

Cojo mi abrigo, bufanda, bolso, gorro y abro la puerta. Al llegar a la calle me topo con Molly que viene con una bolsa del Dragón Hoo, el restaurante chino que está a la vuelta de la esquina.

—¿Qué pasa? —inquire con cierta alarma en la voz y evidente preocupación.

—Necesito hablar con David...

—Entiendo Eve —me interrumpe—, pero no es bueno que salgas tan pronto, recuerda que ayer te dieron la quimio y debes cuidarte. ¿Por qué no esperas a que él venga más tarde..?

—Esto no puede esperar —ahora es mi turno de interrumpirla—. Necesito verlo, ¡ahora!

Grito la última parte para que entienda mi urgencia. No voy a esperar sentada a que él venga.

—Está bien, cálmate. Ven, tomemos un taxi.

Una vez en el auto, Molly me pide explicaciones pero estoy demasiado conmocionada para explicar nada. Primero tengo que entender todo lo que estoy sintiendo en estos momento. Estamos hablando de David, quién en un

principio me parecía la personas más irritante en el planeta, para luego convertirse en alguien a quien le tenía cierto afecto y hoy en día ser mi amigo y cómplice. Seguramente, la persona a quién más le debo en el mundo.

Pero, ¿enamorarame de él? ¿Podría yo plantearme tener una relación con él?

Si me hubieran hecho esa pregunta hace meses, la respuesta hubiera sido inmediata: no.

Sin embargo, ahora no lo sé.

Me siento confundida.

Llego al edificio de mi trabajo y nos montamos en el ascensor, al igual que el primer día aprieto el botón del segundo piso varias veces, como si de esa forma el elevador fuera a llegar más rápido.

—¡Vamos! —digo alzando la voz y Molly me mira, comprendo que pueda estar preocupada. Ahora mismo parezco una loca.

Cuando las puertas se abren salgo tan rápido como puedo con Molly pisándome los talones. Me topo con algunos colegas que me saludan, pero al riesgo de parecer insolente, no me detengo. Entro en el departamento de ventas, todos me miran sorprendidos, normal no debería estar aquí. Miro a mi alrededor, pero no lo veo.

«¡Maldición! —Pienso desesperada—. ¿Dónde está?»

Salgo de ahí y voy en busca de la única persona que me puede ayudar.

—Eve, ¿qué haces aquí? —me pregunta Paige cuando entro en el departamento del servicio al cliente.

—¿Dónde está David? —demando, ignorando su pregunta y por la misma ocasión, la mirada interrogante de Charlotte y Lizzy.

—No está —me dice con semblante confuso.

—Paige ya sé que no está. Lo que quiero saber es, ¿a dónde ha ido? —digo al acercarme—. ¿Acaso está en una reunión o se fue para la casa?

—No —contesta y luego le lanza una mirada a Molly del tipo, ¿qué le sucede? Sé que debo parecer una desquiciada pero ahora mismo no me importa. Cada minuto que pasa, únicamente pienso en encontrarlo, en hablarle. Necesito verlo.

—Entonces, ¿en dónde está? —Ella abre la boca—. Déjalo, ya mismo lo voy a llamar —digo buscando el teléfono en mi bolso.

—No creo que te responda —me avisa y su anuncio hace que detenga mis movimientos y le preste atención.

—¿Y eso por qué?

Sé que está molesto. Pero tenemos que hablar y si tengo que plantearme en su apartamento y acampar delante de su puerta, estoy dispuesta a hacerlo, pero me tiene que explicar.

—Porque se fue de viaje.

En un instante creo que alguien se ha llevado todo el oxígeno del aire. Me falta la respiración y me fallan las piernas.

—¿Qué? —farfullo dejándome caer en mi antigua silla de trabajo.

—Sí, vino ayer y habló con Hope. Dijo que estaba cansado y que necesitaba unas vacaciones —me explica mientras se acuchilla delante de mí y busca mi mirada—. Pasó esta mañana por unos papeles, me pidió que me asegurara que te tomaras tus medicamentos y se fue directo al aeropuerto. Pensaba pasar por tu casa más tarde para decírtelo.

¿Se fue?

¿Sin despedirse?

Entiendo que estuviera cansado y hasta molesto, pero irse así...

Siento como si algo dentro de mí se rompiera.

—¿A dónde se fue? —murmullo.

—No me lo dijo.

—¿Cuánto tiempo?

—Un mes.

Mi mundo se paraliza por segunda vez en el día de hoy.

¿Tanto daño le he hecho para que sintiera la necesidad de marcharse tanto tiempo?

Me siento miserable. He pasado meses con él, prácticamente las veinte y cuatro horas al día y no me di cuenta de sus sentimientos hacia mí. De su dolor.

Ahora me imagino todo lo que debió sufrir viéndome en brazos de Daniel. Todo el dolor que seguro sintió cada vez que le hablaba de él, de lo mucho que lo quería, mientras que él por mí de amor se moría.

¿Cómo pude estar tan ciega?

Me pican los ojos.

—Debo regresar a mi casa —digo poniéndome de pie al sentir como las lágrimas suben a través de mi garganta.

No puedo ponerme a llorar en medio del departamento.

—Eve, ¿qué pasó? —Demanda Paige levantándose de golpe y agarrando mi mano para detener mis pasos—. ¿Para qué lo buscabas? ¿Necesitas algo? —inquire con un tono de voz dulce.

—Sí, necesito que me diga por qué no me dijo antes lo que sentía por mí —digo en voz baja. Sintiéndome de pronto desdichada. Me duele que se haya ido. Siento como si me hubiera abandonado. Paige y Molly intercambian una rápida mirada de complicidad que no me pasa desapercibida.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Molly que hasta ahora se había mantenido callada.

—Espera un momento, ¿ustedes dos lo sabían? —suelto mirando primero a una y luego a la otra. Aunque no sé por qué he hecho la pregunta, cuando la respuesta es más que evidente.

—Sí —responde Molly con el sello de “culpable” tallado en la frente.

—¿Y por qué no me dijeron nada? —digo soltándome del agarre de Paige quién se disculpa con la mirada.

Me siento dolida. Traicionada.

Entiendo que Paige siendo la mejor amiga de David se lo callara, pero ¿Molly?

Sacudo la cabeza mientras la miro con ojos reprobatorios.

No puedo creer que no me lo haya dicho.

—No me mires así, todos los sabíamos, incluso Justin. —dice entornando los ojos sin dejarse amilanar—. Es que era demasiado evidente. Pensé que terminarías dándote cuenta tú sola —termina encogiéndose de hombros como si de esa forma pudiera excusar su silencio.

Suspiro hondo.

Tampoco puedo culparla de que yo haya estado tan ciega.

Me siento cansada, abrumada y confundida.

Son demasiados sentimientos encontrados.

Necesito irme a casa.

Capítulo XLI



De: Evemontes24@gmail.com

A: Davidwyatt@gmail.com

Fecha: 22 de febrero 2018 a 20:35

Asunto: Descubriendo la verdad.

Querido David,

Te he llamado más veces de la que puedo contar. Quise escribirte por el WhatsApp pero me pareció una forma muy impersonal para tratar un tema como éste. Te hubiera enviado una carta pero no tengo idea de donde estás. De manera que me he decido por este medio que tiene más similitud.

Quiero que sepas si no lo sabes ya por Paige, que he encontrado y leído tu carta. Te confieso que lo he hecho tantas veces que creo que he memorizado cada palabra.

Quisiera poder decirte tantas cosas. Todo lo que provocaron en mí tus palabras, pero no sé cómo explicarlo, ni por dónde comenzar. Ya sé que es poco creíble dado que entre nosotros el diálogo se da de una forma bastante

natural.

No dejo de preguntarme, ¿por qué no me lo dijiste antes?

¿Sabes qué? Has caso omiso a ésa pregunta porque ahora que pienso en todos los momentos que compartimos juntos, comprendo que sí lo hiciste. Quizás no con palabras pero si en cada gesto. En cada una de las veces que me sostuviste para que no me derrumbara. En cada sonrisa que me dedicabas, como si no existía nada, ni nadie más alrededor. En cada mirada, en las cuales me arropabas el alma y el corazón.

¡Dios! No entiendo cómo no me di cuenta si ahora lo veo todo tan claro. Tú siempre has estado ahí, cuando no ha estado presente la gente que tanto me prometía y tanto decía quererme.

Capítulo XLII



De: Evenmontes24@gmail.com

A: Davidwyatt@gmail.com

Fecha: 1 de Marzo 2018 a 17:14

Asunto: Sin noticias.

Hola perdido!

No has respondido mis mensajes y me disculpo si te he reventado el WhatsApp, pero estoy desesperada. Hace una semana que te escribo a diario y no tengo noticias tuyas. Ya me conoces, sabes que cuando me preocupo, tengo tendencia a delirar y pensar en lo peor. Sin embargo, tengo la esperanza de que estés en alguna playa paradisíaca, disfrutando un poco de la vida. Pero no lo hagas mucho, por lo menos no sin mí.

Entiendo que te fuiste porque necesitabas poner distancia y descansar. Lidiar conmigo no ha debido ser tarea fácil :).

Tomate el tiempo que te haga falta, pero regresa a casa.

Capítulo XLIII



De: Evemontes24@gmail.com

A: Davidwyatt@gmail.com

Fecha: 7 de Marzo 2018 a 08:10

Asunto: Tirándome de las greñas (bueno no de forma literal, ya sabes que no tengo cabello :))

Sigo sin noticias tuyas y estoy preocupada. Molly dice que lo más seguro te hayan robado el móvil. Puede que suene egoísta pero espero que así sea y no que me estés ignorando. Aunque el chivato del WhatsApp me ha dicho que no has leído ninguno de los mensajes que te he enviado. Por lo tanto, entiendo que lo del robo tenga sentido.

(¡Si usted ha encontrado éste teléfono o lo ha robado, por favor métase en sus asuntos y no ande de chismoso!)

Oh señor, ya no sé ni lo que digo.

David, si aún estás molesto conmigo, quiero que sepas que no te lo tomo en cuenta.

Capítulo XLIV



De: Evemontes24@gmail.com

A: Davidwyatt@gmail.com

Fecha: 13 de Marzo 2018 a 21:43

Asunto: Reportándome como cada día.

¿Recuerdas que Molly pensaba que mi flacucho la estaba engañando? Pues resulta que ayer le confesó que durante estos meses ha estado dándole clases privadas a esas niñas de papi y mami de Chelsea que tenían dificultades en el High School. También ha estado dando clases privadas de español y gracias a eso ha logrado ahorrar lo suficiente para pagarle la escuela de belleza a Molly. Fue tan grande la emoción, que la loca de Molly terminó pidiéndole matrimonio. Ya te imaginarás el resultado.

Capítulo XLV



De: Evemontes24@gmail.com

A: Davidwyatt@gmail.com

Fecha: 20 de Marzo 2018 a 09:21

Asunto: No me daré por vencida.

Te cuento que me he reintegrado al trabajo a medio tiempo. El Doctor Manson no estaba de acuerdo, piensa que es un poco apresurado, pero ya lo conoces, él nunca está de acuerdo con nada. Y yo lo prefiero así. Me siento bien. Algunas molestias pero nada que pueda volver a frenar mi vida y que espero que desaparezcan con el tiempo.

Capítulo XLVI



De: Evemontes24@gmail.com

A: Davidwyatt@gmail.com

Fecha: 29 de Marzo 2018 a 18:05

Asunto: Nuevos sentimientos.

Hoy he agarrado la bicicleta y he salido a dar una vuelta. Intenté correr de nuevo pero no es lo mismo sin ti, así que después del primer intento, lo dejé. Pero hoy dando vueltas y sin rumbo fijo, he llegado a nuestro parque. Lo he recorrido en busca de arco iris en el cielo pero no los encuentro. He tratado de ver el paisaje del mismo modo que tú pero es imposible. Tú eres quién lo hace ver diferente, mi ángel. Sí, me he dado cuenta de que eso eres tú para mí, un ángel que bajo a las penumbras por mí y sin soltarme de la mano, me trajo de vuelta a la vida.

¿Recuerdas cuando te dije que si te ibas podría seguir adelante con mi vida? Hoy te digo con el corazón en la mano, que podría hacerlo pero no quiero.

Quiero sentirme segura y eso sólo lo consigo con tus brazos

rodeándome. Quiero que me vuelvas a mirar como si yo fuera tu máspreciado tesoro y sobre todo, quiero y muero por descubrir a que saben tus besos.

Te extraño con el alma. Por favor, regresa a mí.

Por siempre tuya,

Everest.

Capítulo XLVII



—Esta noche no podré acompañarlas —me anuncia Paige al regresar del almuerzo mientras esperamos el ascensor.

—¿Y eso?

—He quedado con Chris para ir al cine.

—Pero mira tú, ahora resulta que te has convertido en la clase de chica que deja tirada a sus amigas por una cita —trato de sonar irónica pero no puedo ocultar el orgullo en mi voz.

—Yo... eh —se pone colorada—. Tienes razón, le voy a decir que no.

Yo sonrío.

—Paige, estoy bromeando —digo mientras choco mi hombro contra el suyo. Ella me devuelve una sonrisa de alivio al tiempo que llega el ascensor y entramos—. ¿Cómo van las cosas entre ustedes?

—Bien. Eso creo. Nos estamos conociendo.

—Es un buen muchacho —y no sólo trato de asegurarla, es cierto. Lo vi mientras buscamos una solución para el tratamiento de Maya, de verdad se involucró. Y, a pesar de que ella ya no es paciente del hospital, aún sigue pendiente de su salud.

—Ya veremos.

Llegamos a nuestra planta y al acercarnos a nuestro departamento, escuchamos un revuelo en la puerta de al lado, que es donde se encuentra el departamento de ventas.

Paige y yo nos dedicamos una mirada interrogativa. Desde que me reintegré, no he pisado ése lugar porque estoy segura que me entrará la nostalgia de no verlo sentado en su escritorio, con la frente arrugada mientras está concentrado en su PC. Pero la curiosidad me gana. Quiero saber a qué viene tanto alboroto.

Caminamos hasta allá, y al entrar, me quedo patitiesa.

Es él.

Ha vuelto.

¿Pero cuándo volvió?

Me quedo en el quicio de la puerta con la respiración irregular y los ojos clavados en su espalda.

Está hablando con Peter y aún no ha reparado en nosotras. Paige me agarra el brazo y me aprieta fuerte, ella debe imaginarse lo que estoy sintiendo en estos momentos. Pero no la miro, me es imposible apartar la mirada de él. David, mi David ha vuelto.

Deseo que se gire, tengo ganas de perderme en esos ojos miel que tanta falta me han hecho.

Y, como si él de alguna forma estuviera conectado a mí psíquicamente y hubiera escuchado mis pensamientos, lo hace. En cuánto se gira, su mirada me atrapa. Mis latidos golpean mi caja torácica con fuerza. Es una locura. He visto ése rostro tantas veces, sin embargo, es como si lo hiciera por primera vez.

Su piel está tostada, seguro por las horas pasadas bajo el sol, lo que hace resaltar más el pardo de sus ojos y lleva una barba de tres días que le da

un toque sexy. Me cautiva. Tanto, que tengo que parpadear varias veces para salir de su hechizo.

Aparto la mirada de su rostro, tratando de escapar de su embrujo.

¡Vaya error! Porque salto del salto para caer en las brasas. Lleva unos jeans oscuros, una chaqueta en cuero negra que ha dejado abierta, bajo la cual lleva una camiseta manga larga cuello V del mismo color, que marca cada uno de sus abdominales. Está simplemente hermoso. Se ve descansado, fresco, diferente. Aunque, tal vez siempre ha lucido así y sea yo quien lo vea diferente.

No entiendo cómo no vi todo su atractivo antes.

Abro la boca y la cierro. La tengo seca, de manera que trago en seco y repito la acción.

Pero no logro sacar una sola palabra. Le he escrito todos los días por un mes, contándole mi diario vivir. Y ahora quisiera decirle tantas cosas pero no puedo formular una frase coherente.

—Hola —dice él con su voz masculina. Cierro los ojos y suspiro hondo. Sabía que extrañaba ése sonido, pero hasta ahora no había realizado cuánto—. Te ves bien —prosigue con un gesto de la cabeza, pero no se acerca. Y yo deseo con todo mi ser que cruce la distancia que nos separa y me envuelva entre sus brazos.

—Tú también —es lo único que logro decir tratando de calmar mi respiración pero es una batalla perdida.

—Bienvenido de vuelta —añade Paige, quién contrariamente a mí que me mantengo clavada en el sitio, se acerca y le da un abrazo seguido de un beso en la mejilla—. ¿Cómo estuvo tu viaje?

—Bien.

—Me alegro que hayas regresado.

—A mí también —replica él antes de dedicarle una encantadora sonrisa.

Y para mí, es como si el sol volviera a brillar.

—¿Y a dónde fuiste?

—A Brasil —responde al mismo tiempo que busca mi mirada como si esa respuesta fuera para mí. Sonrío tímida a la vez que la niña que llevo dentro empieza a dar brincos de alegría. ¡Siii! ¡Me hizo caso!

—¡Guau! —Exclama Paige mientras le da un ligero golpe en el pecho—. Tienes mucho que contarme. Pero será más tarde porque debo regresar al trabajo.

Tengo tantas cosas que preguntarle y demasiado que contarle. Pero Paige tiene razón, debemos volver al trabajo. Además, no es el lugar adecuado para confesar mis sentimientos por primera vez.

Lo sigo mirando, tengo miedo de perderlo de vista.

Dios, lo extraña tanto.

¿Pero qué me pasa?

Se trata de David.

Ya volvió y es lo importante.

«Podemos hablar más tarde».

Con ése pensamiento, salgo del departamento.

Como estoy trabajando medio tiempo, a las tres se acaba mi turno. No quiero irme a casa antes de verlo, así que voy en su búsqueda pero no está, descubro que está en una reunión.

Me marcho a casa tratando de no desanimarme. Ya lo veré en la noche

«De seguro ira a buscarme».

Pero no lo hace. Lo llamo al celular y está apagado.

No sé si sentirme decepcionada o desesperada. Quiero verlo. Necesito verlo.

Mi teléfono empieza a sonar y lo miro a toda prisa. Mi rostro se descompone cuando veo que la pantalla muestra el nombre de Molly. Quiere

saber a qué hora nos vemos pero no tengo deseo de salir. No quiero hacerlo. Quiero estar aquí por si David viene, de manera que cancelo nuestra salida.

A las diez de la noche no tengo ninguna noticia de David. No tengo idea de cómo sentirme con eso, si triste o decepcionada. Después de todos los correos que le he enviado, pensé que vendría a buscarme para aclarar las cosas y me duele que no lo haya hecho.

«Ha llegado de un largo viaje, debe estar cansado» —trato de animarme.

Minutos después, me tumbo en la cama. He pasado tantas horas pensando en lo que le diré que de pronto me siento cansada.

Sobre las tres de la mañana me duermo aún vestida.



Al día siguiente, me levanto y le marco a Paige para saber cómo le fue con Chris, aunque también lo hago con la esperanza de que me diga algo con respeto a David:

¿Lo volviste a ver?

¿Hablaste con él?

Son algunas de las preguntas que le hago.

“No.”

“Aún no.”

Son sus respuestas.

Me desespero.

¿Por qué no me llama?

Hoy es sábado. ¿Por qué no ha venido a verme?

—A lo mejor tiene mucho trabajo pendiente —le digo a Lucie mientras acaricio su suave pelaje. La señora Ripolli fue a visitar a una amiga y me

pidió que se la cuide durante unos días. A mí me vino como un guante porque me hace compañía, me siento menos sola. De esa forma me enteré que Daniel se mudó a un apartamento en Manhattan. Su agente se propuso hacer de él un hombre exitoso y lo está logrando. Y, aunque las cosas entre los dos no salieron bien, me alegro mucho porque ha trabajado muy duro para conseguirlo. Después de nuestra ruptura, vino a verme varias veces para tratar de arreglar lo nuestro. En una de esas visitas, le conté que me había enamorado de David. No lo he vuelto a ver desde entonces—. Aún es temprano. Quizás venga más tarde.

Se lo digo a ella, pero la verdad es que estoy tratando de autoconvencerme de que todo está bien, aun cuando el fondo estoy empezando a creer que no es así.

«Quizás éste mes le sirvió para olvidarse de mí».

Me duele sólo de pensarlo. Sacudo la cabeza para alejar esos pensamientos y me levanto del sofá.

Me pongo con las tareas del hogar.

A las dos de la tarde llamo a Paige ya que David sigue sin contestarme el teléfono. Esta me dice que habló con él.

—¿Qué te dijo?

—No mucho.

—Paige, pero de algo hablaron —insisto al límite de ponerme pesada—. ¿Qué hizo? ¿Por qué no responde a mis llamadas?

—Bueno —titubea—, realmente no hablamos mucho. Fui a su casa pero estaba ocupado poniéndose al día con el trabajo, así que no quise molestarlo.

—Entiendo —digo en voz baja. No sé qué me pasa, yo misma había pensado en esa posibilidad. Entonces, ¿por qué me siento abatida? Ha de ser porque el David que conozco, hubiera venido corriendo a ver cómo estoy o ya me hubiera llamado para saber cómo me fue en la consulta de hace quince

días. Y eso reafirma mi idea de que tal vez ya no siente lo mismo—. Eve —me llama insegura.

—¿Sí?

—Creo que hay algo que debes saber.

Mi corazón da un brinco.

—¿Qué pasó? —pregunto pero no estoy segura de querer escuchar la respuesta.

—David me ha dicho que conoció a alguien en el avión de regreso —¿qué? No es cierto. Eso no puede ser cierto—, da la casualidad que ella también es de aquí y esta noche tienen una cita —termina y por su tono sé que le ha costado decirme eso.

Me quedo congelada. Siento que todo da vueltas a mi alrededor. No puede ser.

Me fallan las piernas y me dejo caer en una silla. Siento un dolor tan grande en el pecho que me impide respirar. ¿Una cita? ¿Ha conocido a alguien? ¿Va a ver a otra mujer está misma noche?

Me pican los ojos. Quiero llorar.

—¿Everest? —La voz de Paige me saca de esta bruma que se ha esparcido a mi alrededor—. ¿Sigues ahí?

Paso la lengua por mis labios, necesito humedecerlos. Aprovecho el gesto para apretarlos durante unos instantes y evitar soltar un sollozo.

—Sí —farfullo al cabo de un raro—. Sigo aquí.

—Lo siento.

—Descuida. Mira Paige tengo que colgar, hablamos luego, ¿sí?

—Está bien.

Cuelgo el teléfono y me quedo con la vista clavada en la mesa.

«¿Qué pensabas Everest? Lleva meses enamorado de ti y tú lo has ignorado. ¿No pretendías que siguiera ahí esperando toda la vida a que tú

abrieras los ojos?».

Ése pensamiento no impide que el dolor en el pecho crezca.

Podría llamarlo, decirle que siento no haberme dado cuenta antes de sus sentimientos. Pedirle perdón por todas las veces que lo hice sufrir mientras me escuchaba hablar sobre Daniel. Disculparme por no haberle dado suficientemente las gracias por todo lo que hizo por mí. Explicarle que no puede dejarme, que lo necesito en mi vida. Que antes de saber lo que sentía por él, no concebía mi vida lejos de él y que ahora que lo sé, siento que me ahoga la falta de él.

Recuerdo todos los momentos que hemos compartidos. El increíble hombre que es. Merece enamorarse. Ser feliz. Sin embargo, mi parte egoísta no lo ve de esa forma, no entiende que ya no estará conmigo y saberlo me mata

Entierro mi cabeza entre mis manos y lloro.

«Le he perdido».

A las siete bajo a hacer la colada, necesito moverme. Me niego a pasarme todo el día llorando. Me duele y dolerá durante un tiempo, puede que duela toda la vida. Pero ahora mismo, necesito moverme, mantener mi mente y mis manos ocupadas.

Al regresar al apartamento me doy cuenta que la puerta estaba mal cerrada.

«¡Joder Lucie!»

Entro a toda prisa y busco a la perrita pero no la encuentro. Me pongo un gorro, un abrigo que dejo abierto y bajo a toda prisa.

«Por favor, que no haya salido a la calle».

Salgo a la calle y una leve brisa fría me golpea en la cara. El cielo está despejado y aunque la temperatura es baja, es una delicia estar afuera porque ya ha llegado la primavera.

—¡Lucie! —grito mirando alrededor del parking.

¡Mierda, puedo creer que no sea capaz de cuidar a un perro!

Nada me sale bien.

«¡No la puedo perder!» —pienso mientras me pican los ojos.

Estoy cansada de perder a las personas que quiero. Claro que Lucie es un perro, pero es lo mismo.

—¡Lucie! —vuelvo a gritar

—¿¡Everest!?! —me volteo y el corazón se me acelera tanto que creo que ya no lo siento. ¿Qué hace él aquí?—. ¿Qué te pasa? —inquire con urgencia ya de frente a mí.

Está preocupado.

Lo miro asombrada. Confundida.

«¿Qué hace él aquí?» —vuelvo a preguntarme. No esperaba verlo. Por lo menos no hoy.

¿No se supone que debería estar preparándose para su cita o estar en ella?

Mejor no voy por ahí porque me entran unos celos asesinos. No conozco a la tipa con la que va a salir esta noche pero quisiera arrancarle la cabeza por alejarlo de mí.

—¿Estás bien? ¿Te ha pasado algo? —pregunta agarrándome por los brazos y buscando con insistencia mi mirada. Luce realmente preocupado.

—Sí. Sólo he perdido a Lucie.

David frunce el ceño.

—¿Quién es Lucie?

—Es una perrita. La han dejado a mi cuidado y se ha salido del apartamento —explico todo atropelladamente. De pronto me entran unas enormes ganas de llorar. Verlo aquí, preocupado por mí como siempre lo ha hecho, me llena de alegría al tiempo que me pone triste porque sé que se irá y

me dejará para encontrarse con otra mujer y saber eso me hace infeliz.

—Tranquila —me consuela envolviéndome en un abrazo y yo entierro mi cabeza en su pecho. Quisiera quedarme aquí por siempre—. Ya la encontraremos.

Asiento contra su pecho.

Me pregunta cómo es Lucie y se la describo.

Entre ambos empezamos a buscarla en los alrededores pero no hay rastros.

David me dice que seguro todavía está dentro, pero yo no lo creo así. La conozco, Lucie es muy traviesa y le encanta salirse a la calle. Pero aun así le hago caso y juntos subimos y empezamos a buscar en los diferentes pisos. Le preguntamos a los vecinos pero es el mismo resultado nada.

Subimos hasta el cuarto piso, estoy empezando a desesperarme cuando de pronto la veo acostada en frente de la puerta de la señora Ripolli. Me llevo de alivio. No pensé ni un minuto en buscarla aquí arriba y como la puerta de abajo siempre está abierta, fue mi primera opción.

—No me vuelvas a hacer esto Lucie. No sabes el susto que me has dado —digo tomándola entre mis brazos. Pobrecita debe extrañar a su dueña.

Una vez en mi apartamento, voy a la cocina y le pongo algo de comida en un plato. Luego la llevo a un lugar que le he preparado cerca de la ventana.

—Así está mejor —susurro cuando la pongo en el piso y ella empieza a comer.

Me levanto y me quito el abrigo bajo la atenta mirada de David quien se mantiene a una distancia prudente. Ahora que no tengo la preocupación de la desaparición de Lucie, me abruman las emociones. Lo he echado tanto de menos. Ése abrazo allá abajo ha sido mortal para mí. Lo quiero y necesito que lo vuelva a hacer. Quisiera decirle tantas cosas pero me siento nerviosa. No sé qué hacer.

—¿Qué haces aquí? —es una pregunta tonta porque estoy feliz de que éste aquí y quisiera echarle llave a la cerradura para que no pueda salir nunca más. Sin embargo, él sigue ahí parado mirándome con cautela, cómo si tuviera miedo a moverse. Lo cual es extraño porque hace tan solo un mes atrás, David entraba en esta casa cómo si fuera la suya. Pero ahora es diferente, todo se siente más intenso, más abrumador.

—Quería verte —responde escueto.

Regreso a la cocina, tomo un trapo, voy hasta la mesa y empiezo a limpiar. ¿El qué? Un mancha invisible pero necesito moverme, estoy muy nerviosa y no sé cómo actuar.

—¿Cómo estuvo tu viaje?

—Bien.

Espero a que agregue algo más. Quizás que me cuente sobre esa misteriosa mujer que conoció, pero no lo hace.

—Te escribí, ¿sabes?

—¿Ah sí?

Su respuesta me da a entender que aún no ha leído ninguno de los mensajes que le envié. ¿Qué hago? ¿Se lo digo?

A lo mejor ya no le interesa.

«Everest, tú nunca has sido una cobarde y él se merece que luches por él».

De todos modos en algún momento leerá los mensajes, así que, ¿qué más da?

Lo peor que puede pasar es que me diga que ya no me quiere. Y estoy dispuesta a perder muchas cosas pero a David no.

—Terminé con Daniel —suelto sin preámbulos. No era lo que quería decir primero pero deseo que lo sepa. Tal vez esa información influya en él y decida no ir a ésa cita.

—¿Por qué? —su tono de voz se mantiene suave, imperturbable.

Tomo un hondo respiro y dejo el paño sobre la mesa. Si le voy a decir lo que siento por él, debo hacerlo mirándolo de frente, de manera que me volteo y casi doy un paso atrás al encontrar a David parado a tan sólo dos pasos de mí. No tengo idea en qué momento se acercó tanto.

Su pecho sube y baja de forma irregular.

Lentamente subo la mirada y sus ojos miel me esperan insistente. Me hace sentir insegura, tímida. Nunca me había sentido así alrededor de un hombre.

¿Cómo puedo sentirme así después de todo lo que hemos compartido? ¡Dios, pero si me ha visto hasta desnuda! Entonces, no entiendo por qué me cuesta tanto hablar.

«Porque estás enamorada. Realmente enamorada.»

Mi respiración se acelera.

—Porque enamorarme de él fue un error —confieso decida a decirle todo lo que siento—. Confundí soledad y falta de afecto con amor...

David alarga la mano, la lleva hasta mi nuca al mismo tiempo que acorta el paso que nos separa, se inclina y estampa sus labios contra los míos, sorprendiéndome y silenciándome en el acto. Yo me agarro de la solapa de su chaqueta para sostenerme. A pesar de que me besa de una forma salvaje, desmedida, sus labios se sienten suaves y se acoplan a los míos a la perfección, mostrándome que es un millón de veces mejor de lo que soñé o pude llegar a imaginar. Él pasa una mano por mi cintura y me aprieta más a su cuerpo mientras siento que mi necesidad de él aumenta. Quiero sentirlo más cerca, así que, enredo mis manos en su cuello. Pero al parecer a él esa cercanía no le basta porque me levanta, me sienta sobre la mesa, se acomoda entre mis piernas y me estrecha contra su cuerpo mientras sigue haciendo estragos en mi boca, arrasando con todo, llevándome justo a la gloria,

paralizando todo a mi alrededor. Su lengua dulce, húmeda y cálida me da la bienvenida a casa

—Joder, te quiero tanto —susurra cerca de mis labios después de romper el beso de golpe y, justo antes de volver a besarme con más fuerza. Es como si quisiera beberse hasta el último de mis respiros, de mis gemidos. Demostrándome que así es como siempre debió ser. Sólo él y yo. Abro la boca y le cedo el espacio para que tome todo lo que quiera tomar porque soy suya y a partir de éste momento tengo la certeza que seré suya toda la vida.

—No tienes idea de cuantas veces soñé con tenerte así, tan cerca, temblando —murmura con su voz roca rozando mis labios entre cada palabra. Está tan cerca que su aliento Me embriaga—... vulnerable entre mis brazos.

David tira de mi labio inferior entre sus labios y sonrío pícaro. ¿Podría ser más sexy? No lo creo. Luego, despacio, sin prisas, vuelve a unir nuestros labios al tiempo que baja sus manos por mi espalda y la sube por dentro de mi camiseta. Los recuerdos de mi vida sexual estos últimos meses, me vienen a la cabeza. La falta de interés de Daniel, mi falta de deseo, la frigidez y todo mi cuerpo se tensa. No quiero arruinar el momento tan lindo que acabamos de compartir.

—Hey, mírame —me pide acunando mi rostro. Yo abro los ojos—. Te deseo, llevo meses deseándote y sólo Dios sabe lo que daría por perderme en ti, pero no haremos nada si tú no estás segura. El día que te haga mi mujer, no quiero que nada se interponga entre nosotros. Ni los recuerdos, ni el miedo, ni las inseguridades. Eres una mujer hermosa, Everest y te lo voy a hacer sentir cada día a partir de hoy. Yo tengo tiempo y paciencia para esperarte, no hay prisas.

—Yo quiero estar contigo —digo y me tiembla la voz. La quimio me ha cambiado. Hace meses que no sé lo que es sentirse mujer y tengo miedo de no volver a sentir igual—. Es sólo que tengo miedo de no poder responderte

cómo esperas. Tú mismo lo acabas de decir, llevas tanto tiempo esperando éste momento y yo... —¿cómo explicárselo? Me da mucha vergüenza contarle lo que la quimio le ha hecho a mi cuerpo.

—Cariño, mírame. Yo sé lo que estás pensando y sintiendo —le creo, porque David siempre ha sabido anticiparse a mis deseos y necesidades—. Por eso te pido que te dejes llevar por el deseo que ves en mis ojos, porque te deseo Everest, con cada célula de mi cuerpo —me da un beso en los labios—. Déjame devolverte las ganas —un beso en la mejilla, mi corazón empieza a martillar más fuerte y lo miro maravillada—. Descubre junto a mí lo que es ser mujer de nuevo —otro beso en el lóbulo de la oreja. Siento como el aire se va cargando de una energía que me atrae hacia él—. Deja que despierte en ti ése fuego que veía en tus ojos y en el cuál quiero arder —baja por mi cuello. Las mariposas en mi estómago se revolotean —, deja que mis caricias te despierten de tu letargo, sin prisas, despacio —baja por el centro de mi pechos y siento como mi piel se acalora—, permite que mis besos cubran y atesoren cada parte de tu precioso cuerpo —regresa a mi boca y luego se detiene y me mira directo a los ojos. Le devuelvo la mirada embobada, enamorada—. Déjame amarte, porque yo tengo deseo, tiempo y amor de sobra para los dos.

Vuelvo a ser feliz. Completamente feliz.

David me toma en brazos como si fuéramos recién casados listos para cruzar el umbral. Me lleva hasta el cuarto y me deposita con suavidad en la cama. Me besa sin darme tregua, me estrecha fuerte contra su cuerpo y siento su calor arropándome, expandiéndose por toda mi piel. Siento su erección y el hecho de saber que me desea, hace que mi cuerpo se despierte, que brille de deseo por él.

—Entonces, no quieres ni puedes vivir sin mí —susurra cerca de mis labios con cara de pillo y una sonrisa pretenciosa.

Abro los ojos de par en par.

—¿Los leíste?! —Exclamo sorprendida. Me separo un poco de su rostro para observar mejor su reacción. Su sonrisa se ensancha—. Eres un mentiroso, sí que los leíste —trato de incorporarme pero él refuerza su agarre en mi cintura, se gira conmigo en brazos y me placa contra el colchón.

—Claro que lo hice, hasta la última palabra, incluso varias veces.

—Entonces, ¿por qué fingiste no saber nada?

—Cuándo me fui, lo hice tan deprisa que se me olvidó el cargador del teléfono y pronto me quedé sin batería. Yo necesitaba desconectar un poco así que me vino cómo un regalo del cielo y lo dejé así. No fue hasta ayer que los vi y leí todos. Me pareció increíble que me escribiera todos los días. Y, en cuanto leí el último, ése dónde me decías que serías mía para siempre, quise venir a verte corriendo...

—¿Y por qué no lo hiciste? —lo corto.

—No lo sé. Supongo que me sentía abrumado y necesita meditar las cosas. Yo no sabía que habías terminado con Daniel, nunca lo mencionaste en ninguno de tus correos y pensé que tal vez habías escrito todas esas cosas porque estabas acostumbrada a estar cerca de mí pero no porque me querías.

—¿Por eso te fuiste? ¿Por qué pensaste que no te quería?

—No, me fui porque necesitaba un respiro. Estar cerca de ti me pedía demasiado esfuerzo y tenía las pilas a cero, tenía que recargar energías antes de volver a estar cerca de ti y más cuando pensé que lo habías escogido a él.

—Terminé con Daniel el mismo día que te pedí que te marcharas...

—Lo sé. Ahora lo hago —me interrumpe—. Paige me lo contó todo esta mañana.

Eso me hace recordar mi conversación con Paige.

—¿Y aun así ibas a salir con otra mujer? —inquiero molesta y de nuevo trato de alejarme. La sola idea hace que me muera de celos. David me besa,

fuerte, se acomoda entre mis piernas y enseguida se me olvida hasta mi nombre.

¡Dios cómo besa éste hombre!

—No existe ninguna mujer —confiesa después de romper el beso.

Me quedo perpleja.

—Pero, Paige me dijo que...

—Paige te dijo lo que yo le pedí que te dijera —abro la boca y la cierro. Vuelvo y la abro pero no digo nada—. Quería ponerte celosa —dice, quizás al ver la confusión de mi rostro.

—Eres malo —me quejo y él se ríe antes de esconder su cara entre mi cuello y el roce de su barba me hace cosquillas. No puedo creer que Paige mintiera tan bien. Joder, de verdad me lo creí—. No tienes idea el mal rato que he pasado imaginándote con otra.

Él continúa riéndose y es música para mis oídos. Me encanta verlo tan despreocupado.

David levanta la cabeza. Ha dejado de reírse, de pronto se pone serio.

—¿Eso quiere decir que me quieres un poquito? —inquire con el ceño fruncido.

—Un poquito no. David, tú eres mi cielo, mi sol, mi mundo —replico mirándolo directo a los ojos—. Creo que siempre lo he sabido pero tardé un poco en darme cuenta.

Pero nuevamente él no me deja terminar. Une sus labios a los míos con desespero, yo le respondo de la misma forma y juntos nos fundimos en un beso lleno de pasión, fervor y amor, mucho amor.

—Quiero hacer el amor contigo —susurro cerca de sus labios.

—¿Segura? —pregunta y sus ojos encendidos por la lujuria, brillan de felicidad.

—Nunca he estado tan segura en toda mi vida.

Él se levanta de la cama y sale del cuarto. Yo me quedo confundida, hasta que oigo el radio encenderse. Lo escucho rebuscar entre mi lista de cede hasta que empieza a sonar una de mis canciones favoritas de Bruno Mars.

David regresa a la habitación y me tiende la mano.

—Quiero que sea especial para ti y pensé que un poco de música te relajaría.

—Será especial porque será contigo —respondo al aceptar su mano y levantándome de la cama. Y, mientras escucho sonar los primeros acordes de “Versace On The Floor” David me desnuda, despacio, recreándose en cada parte de mi piel que queda a la vista. Una vez que me tiene completamente desnuda ante sus ojos, da un paso atrás y me devora de pies a cabeza. Su mirada no tiene nada que ver con la que me dio aquel día en baño. No, ahora su mirada está encendida por el deseo.

Me acerco a él y le deslizo mis manos por debajo de su camiseta gris y lo ayudo a sacársela por la cabeza. Cuando su torso queda al descubierto, el aire abandona mis pulmones y me quedo boquiabierta. Estoy maravillada y creo que me he enamorado un poco más si es posible. Levanto la mano y la paso sobre su pecho en la parte del corazón. Él se queda inmóvil, creo que estudiando mi reacción.

—Es hermoso —digo mientras acaricio el tatuaje que lleva en esa zona y siento su cuerpo temblar bajo mi tacto.

Es una montaña con un dragón negro alrededor, custodiándola. Y, en la cima, dentro de las llamas naranjas del dragón, está escrito: “*Everest mi victoria, mi fuerza, mi vida.*”

Se me llena los ojos de lágrimas.

Nunca pensé un una persona podría amararme tanto.

—¿Cuándo te lo hiciste? —inquiero con la voz cargada de emoción.

—Una semana antes de tu primera quimio —trago el nudo que se ha

formado en mi garganta—. ¿Te gusta? —demanda inseguro con el pecho subiendo y bajando.

¿Gustarme? El dragón parece que está protegiendo la montaña. Así como él lo ha hecho conmigo.

—Te amo. —digo porque es la mejor respuesta a todo lo que estoy sintiendo en estos momentos.

Esta vez soy yo la que da el paso que nos separa, busco sus labios y su aliento acogedor me da la bienvenida. Él abre la boca y yo tanteo su lengua cálida antes de que se lance junto a la mía en un baile húmedo y tierno. Lo saboreo sin prisas. Quisiera poder parar el tiempo y que este momento dure la eternidad. David me aprisiona contra él al tiempo que profundiza el beso, volviéndolo más apasionado, primitivo. Me aprieta tanto, como si no quisiera que nada nos separe, ni siquiera el aire. Yo siento como mi cuerpo se va despertando. Llevo mis manos a su pantalón, dispuesta a desabrocharle el cinturón pero el me frena.

—Esta noche es para ti. Déjame a mí ocuparme de todo —susurra con la voz ronca cargada de deseo, con sus hermosos ojos clavados en los míos.

Siento como algo dentro de mí que estaba dormido, se despierta y nada existe a mi alrededor. Sólo somos él y yo.

—Túmbate —me ordena.

Si no hubiera sonado tan sexy me hubiera reído. Nunca pensé que David fuera así de mandón.

Me mira y se muerde el labio de una forma que me parece de lo más erótica.

—Tengo tantos deseos de comerte entera que no sé ni por dónde empezar.

La mirada que me lanza logra estremecerme toda.

David se cierne sobre mí, hinca una rodilla entre mis piernas y me besa

con hambre lobuna al tiempo que lleva su mano a mi tobillo y, la desliza con suavidad hasta mi muslo. Mi respiración se acelera por la anticipación.

Levanto la mano y la llevo a su cabello pero de inmediato, él la atrapa y la clava de vuelta al colchón.

—Nada de tocar —susurra contra mis labios—. Ya te dije que esto es para ti, así que disfruta.

—Pero quiero tocarte.

Es cierto. Necesito hacerlo. Él es hermoso y no hablo sólo del aspecto físico.

—Lo harás —me dice con una sonrisa pícaro y esa voz hecha para el pecado—. Me tendrás a tu disposición, toda la noche y podrás hacer conmigo todo lo que se te antoje. Pero ahora, quiero dedicarme a ti.

Me muerdo el labio y asiento.

David empieza por besarme el cuello y así va bajando, cubriendo cada parte de mi cuerpo con besos y caricias, enviando ramalazos de deseo a cada célula de mi ser. Provocándome, llevándome cada vez más lejos, llenándome de energía, haciéndome vibrar.

Se levanta ganándose mi atención y me observa con los ojos oscurecidos. Mi piel arde bajo el deseo que veo en ellos.

—Separa las piernas —me ordena seductor.

Doblo las piernas sobre el colchón y me abro para él, sin ningún pudor. No me da vergüenza, no puedo sentirla, el fuego y el hambre que veo en el brillo de sus ojos no me lo permite. Quiero, necesito que me siga mirando de esa manera, porque me siento hermosa, deseada, querida...

—Eres preciosa.

Él se afinca en la cama, toma mis piernas y las abre más, antes de inclinarse y besar mi fuente de deseo. Me besa, me chupa, me muerde, juega conmigo, me provoca mientras que jadeos se escapan de mi boca. Me entrego,

lo disfruto. Cada lengüetazo me acerca un poco más a la deriva, hasta que ya no aguanto más y le pido a gritos que me haga suya.

David se levanta y termina de desnudarse.

Tiemblo.

Las mariposas revolotean más fuerte.

Me tiene hechizada.

—Hoy voy a hacerte el amor despacio —me anuncia cerniéndose sobre mí—, con la piel, con la boca, con el alma... —se detiene cerca de mi rostro y me mira directo a los ojos—... pero cuando estés lista, voy a cogerte de todas las formas que llevo imaginado desde que me dijiste que tenía que leer ése maldito libro.

Sus palabras cargadas de promesas y erotismo hacen que el deseo en mi sexo crezca. Y quisiera que “estar lista” sea ya mismo, porque el David dulce y cariñoso, es adictivo, pero esa faceta de dominante y mandón en la cama, me tiene cautivada.

Nunca pensé sentirme tan deseada, protegida y amada en brazos de un hombre.

Epílogo



—Déjame verlo —casi grita Molly eufórica al ponerse de pie en el momento que David y yo nos acercamos a la mesa del restaurante.

Escucho a David reírse a mi lado ante el tono impaciente de mi amiga.

Han pasado muchas cosas desde que me diagnosticaron Cáncer. Me quebré, me levanté y me he hecho mucho más fuerte. Ha sido una de las experiencias más difíciles que me ha tocado vivir, pero he decidido dejarlo atrás y quedarme únicamente con las cosas buenas.

Recuerdo que en un inicio me pregunté, ¿por qué a mí? Hoy en día ya no me paro a pensar en ello, porque he aprendido que todo pasa por una razón. Si yo no hubiera conocido a Daniel, nunca hubiera ido a ponerme el DIU, si la Doctora Lane hubiera estado ahí ese día, no me hubiera tocado la Doctora Jacob y no me habrían detectado la enfermedad a tiempo. Si no me hubiera enfermado, no hubiera conocido a mi princesa Maya y lo más probable es que hoy en día no estuviera disfrutando de la dicha de haber regresado al colegio y ser una niña más del montón. Bueno, del montón no, porque Maya es especial. Si ella no hubiera entrado en mi vida, yo no hubiera sacado fuerzas para

enfrentarme a ése monstruo que me aterrorizaba. Pero sobre todo, si Henry no me hubiera despedido, nunca hubiera cambiado de trabajo y no hubiera conocido al amor de vida. Mi pilar, mi fuerza, mi todo, David. Un hombre que ha luchado por y junto a mí. Que nunca se dio por vencido. Un hombre que me abraza cuando lo necesito sin tener que pedírselo. Un hombre que me ha dado lo que una vez perdí y que pensé que nunca más volvería a encontrar, una familia, un hogar.

Ha pasado más de un año desde que entre besos y caricias nos confesamos nuestro amor y desde entonces, cada día pasado a su lado ha sido lleno de alegría y felicidad.

Recuerdo cuando a los tres meses de nuestra relación estábamos los dos en la cocina de su casa preparando la cena.

—Mmmm, me encanta verte cocinando —dije con una sonrisa de boba enamorada en la cara sin poder ocultar el orgullo que sentía de saber que ése hermoso hombre lleno de tantas cualidades, era mío—. Te ves sexy.

—Y a mí me gusta verte a ti en ella —él dejó el cuchillo con el que estaba cortando los vegetales encima de la loseta y se acercó hasta estar detrás de mí y rodear mi cintura con sus brazos—. Lo cierto es que me gusta tenerte aquí y punto... —añadió dejando reposar su barbilla sobre mi hombro— ... ya sea en la cocina, la sala, el baño, o el cuarto. Mmmm, sobre todo en el cuarto —prosiguió en un tono pícaro antes de darme un leve beso en el cuello y sus palabras me arrancaron una risa. Era un desvergonzado y me gustaba—. Por esa razón quiero que vengas a vivir conmigo —soltó cauteloso y yo me giré entre sus brazos para poder verlo de frente. La verdad era que la noticia no me tomó desprevenida, desde nuestra primera noche, dormíamos todas las noches juntos, ya fuera en su casa o en la mía. Era como si viviéramos prácticamente juntos—. Soy consciente que vas a extrañar tu apartamento, lo digo por tu pedacito de cielo, pero quiero vivir contigo y tu departamento es muy pequeño

para los dos. No quiero ser de esas parejas que son independientes uno del otro, ni asfixiarte pero te necesito conmigo las veinte y cuatro horas del día. Quiero que seas lo último y lo primero que vea al cerrar y abrir los ojos. Quiero salir del trabajo y venir corriendo a casa porque sé que te voy a encontrar tirada en el sofá leyendo algún libro o viendo una de tus series y poder besarte, perderme en ti...

Le puse un dedo sobre sus labios para acallarlo.

—David, cuando te digo que te amo, ¿qué crees tú que eso significa? — él abrió la boca pero yo apreté un poco más el dedo sobre sus labios para evitar que hablara—. Tú eres mi refugio. Cuando necesito escapar de la realidad, lo hago entre tus brazos. Eres mi paz, mi tranquilidad. Contigo me siento segura, fuerte. No importa dónde esté, siempre siento esas cosas cuando a mi lado estás. Tú eres mi pedacito de cielo.

No lo dudé ni un segundo. Antes solía buscar algo en el día que me diera un poco de felicidad, lo necesitaba para no sentirme tan sola y seguir adelante. Sin embargo, desde que David entró a mi vida, ya no busco ése algo, simplemente lo miro a él llenando mi vida de colores y soy feliz.

—Pero si ya lo has visto —le recuerda David y yo me giro para mirarlo sorprendida—, te recuerdo que fuiste tú quién me ayudó a escogerlo.

Desconocía ése dato.

—Lo sé, pero no es lo mismo vérselo puesto —replica Molly buscando con insistencia mi dedo anular. Yo levanto mi mano al aire mostrando mi bello anillo de compromiso mientras que David se coloca detrás de mí y rodea mi cintura con sus brazos. Él dice que es su lugar favorito en el mundo porque de esa forma me siente más cerca de él y que a veces siente escuchar nuestros corazones latir en conjunto, como si fueran uno solo.

—Es hermoso —dice Paige emocionada hasta las lágrimas.

—Lo sé —coincido mirando el anillo junto a mis dos grandes amigas

con cara de tonta.

—Felicidades hombre —dice Justin en dirección de David al mismo tiempo que le ofrece un rápido abrazo obligando a éste último a soltarme para recibirlo—. Bienvenido a mi mundo —añade en voz baja pensando que nadie lo escucharía.

—Justin Evans, ¿se puede saber qué significa eso? —pregunta Molly con los brazos en jarra. Todos nos reímos mientras que Justin se acerca a ella y la envuelve entre sus brazos.

—Nada mi gorda bella, tú sabes que estar casado contigo es lo mejor que me pudo haber pasado —contesta llenándola de besos—. Sobre todo, cuando me peleas porque no he levantado la tapa del inodoro, o porque no saqué la ropa de la lavadora, o porque se me olvidó pasar al súper...

—¡Justin! —se queja ella dándole un ligero golpe en el pecho y todos sonreímos—. Me haces ver cómo una vieja gruñona.

—No mi reina, ¿cómo crees? Si todos los días a tu lado son como una fiesta. Bueno... casi todos —ella hace un mohín y él, al igual que David, Paige y yo, volvemos a sonreír—. Pero no importa porque yo te quiero igual.

Minutos después nos acomodamos alrededor de la mesa.

—Ahora sí, cuéntanos cómo fue esa propuesta —dice Molly mientras esperamos que el mesero venga por nuestra orden.

—Lo siento, lo siento —se disculpa Chris al tiempo que llega a nuestra mesa con pasos apresurados—. Se me hizo tarde.

—No te preocupes hombre, apenas acabamos de llegar —le indico yo en el momento que se agacha y le da un rápido y firme beso a Paige en los labios.

Llevan un año saliendo y cada vez que los veo juntos, me felicito a mí misma por haber insistido con Paige para que le diera una oportunidad. La complicidad entre ellos es única. Él le hace bien, con paciencia y amor, la ha

ayudado a dejar a tras sus inseguridades. Sigue siendo la chica que se ruboriza cuando le dices que lleva un chupón en el cuello, aunque después le digas que es mentira. Y eso es bueno porque significa que aún le queda un poco de inocencia y mientras existan chicas inocentes en Nueva York, quiere decir que el mundo no está tan jodido como parece.

Chis pregunta al respecto de lo que se ha perdido y Molly le hace un resumen rápido.

—Felicidades a ambos —dice Chris regalándome un sincero abrazo antes de hacer lo mismo con David—. Sobre todo a ti futura colega.

Sonríó al escuchar esas palabras.

Después de mi revisión médica hace seis meses atrás, donde el Doctor Manson me informó que seguía en libertad condicional pero que todo estaba bien, decidí empezar a estudiar enfermería. Quiero ayudar a niños que padecen de ése mal silencioso que nos asecha a todos y que hace tanto daño. Quiero apoyarlos y brindarle el consuelo y la ayuda que necesiten, así como hizo David conmigo.

—Ahora que ya estamos todos, puedes decirnos cómo fue que te lo propuso —insiste Molly, como siempre ávida de información.

Miro a mi futuro esposo quién como siempre está pendiente de mí y me mira con esos ojos de hombre enamorado.

—Cuéntaselos tú —me pide con una sonrisa tierna en los labios.

Miro a mis amigos, mi familia, que se ha ido agrandando gracias a personas maravillosas que Dios me ha puesto en el camino. Bien dicen que uno no escoge a la familia pero si a los amigos, y yo no los cambiaría por nadie más. Cada uno de ellos es especial en su forma de ser y han llenado mi vida de una manera que nunca creí posible después de la muerte de mis padres.

—Pues que te puedo decir, fue maravilloso... —digo en medio de

suspiro antes de empezar a contarles mi pequeño relato.

—Amor, siempre imaginé que la vista desde aquí sería maravillosa, pero estaba muy lejos de la realidad, la vista es espectacular —dije mirando la hermosa ciudad de París desde la cima de la Torre Eiffel. Hacía dos semanas que David me había dado la sorpresa de que vendríamos a cumplir otro sueño. Y digo otro, porque mi primer sueño, lo vivo día a día junto a él. Llevábamos allí diez días y él había conseguido que cada uno de ellos fuera mágico. Era una lástima que tuviéramos que regresar la mañana siguiente.

—Yo tengo una mejor vista y me levanto con ella cada mañana — aseveró antes de colocarse detrás de mí y darme un beso en el cuello—. Y me gustaría seguir haciéndolo por el resto de mis días —prosiguió mientras me rodeaba con sus brazos y sostuvo delante de mí una cajita gris abierta. Estaba tan emocionada que como pude, ya que era prisionera de sus brazos, me lleve la mano a la boca al ver el anillo de oro blanco, con una piedra ovalada, aguamarina, azul cielo natural. Era simplemente hermoso—. ¿Me concederías el honor de ponerle mi apellido a tu nombre? —susurró con esa voz masculina que tanto me enloquece.

Me quedé muda. Cuando pensaba que no podría ser más feliz, él encontraba la forma de sorprenderme y subir un escalón más.

—¡Sí!. ¡Sí! ¡Acepto! —respondí. Escuché cómo se reía feliz en mi oído y di gracias a Dios que era él quien sostenía la caja porque estaba tan nerviosa que yo la hubiera dejado caer.

David sacó el pequeño y sencillo anillo, me lo puso y yo levanté la mano para observarlo.

Estaba fascinada, enamorada y encantada de sentir todas esas sensaciones.

Me giré entre sus brazos, me puse de puntillas y estrechándome contra él busqué sus labios. Los devoré con ansias. David me apretó contra él al

tiempo que me levantó levemente y yo enredé mis manos detrás de su cuello. Continuamos besándonos y cuando sentí su erección, sonreí contra sus labios. (Claro que esa parte del relato la obvié).

—Siento acortar el paseo cariño pero necesito perderme en ti, ¡ya! — me anunció.

Sé lo que esas palabras prometían. Una noche desenfrenada de sexo y amor. Volví a sonreír feliz.

—Eres mi pedacito de cielo.

—Yo también te amo —dijo antes de darme un rápido beso. Me tomó de la mano y nos dirigimos al ascensor. No sabía lo que nos esperaba en el camino pero no importaba, no tenía miedo y estaba dispuesta a enfrentar lo que viniera, siempre y cuando estuviéramos juntos.

« Futura señora Wyatt... me gusta. Es como siempre debió de ser».

Fin.

Biografía

Indhira Jacobo tiene 32 años y vive en Santo Domingo, República Dominicana. Casada, con dos hijos, siempre ha sido una amante empedernida de las novelas románticas. Se denomina a sí misma como: come libros.

Hasta el momento ha publicado dos novelas y un relato que forman parte de la biografía: “La chica de mis sueños”

Encontrarás más información sobre la autora y sus obras en:

www.facebook.com/indhirajacoboautora